



QUE TENGAS UN BONITO... FINAL

MIRILUSI



Círculo Rojo
EDITORIAL



Círculo Rojo

QUE TENGAS UN BONITO...FINAL

MIRILUSI



Primera edición: febrero 2023

ISBN: 978-84-1159-893-4

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Mirilusi

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Ilustración de cubierta: Ana Tejedor, Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

Algunos nombres que aparecen en la historia no son reales, al igual que hay textos en cursiva producto de mi imaginación en esos momentos. El resto de la historia y acontecimientos sí son reales.

INTRODUCCIÓN

«Hace tiempo aprendí que, cuando pierdes a un ser querido, el dolor es menor si en vez de lamentarme día a día pensando en todo lo que me quedó aprender a vivir con ellos, piensas y recuerdas los buenos momentos vividos y haber tenido la suerte de haberlos conocidos». Todos estamos hartos de oír tantas frases míticas como esta, también el dicho de «Mejor ahora que más tarde», «Eres muy joven, te queda mucha vida por delante» y la peor de todas para mí: «El tiempo pone a cada uno en su sitio».

Esta historia no es una historia con final, no esperéis un principio triste con un final feliz, es una historia real (con omisión de nombres y hechos para no tener problemas con aquellas personas que pudieran darse por aludidas), llena de infinitas sensaciones, sentimientos, pensamientos, altibajos, pero sobre todo llena de esperanzas desde el principio hasta la última página. Antes de decidirme a contar mi historia, ya había escrito otra similar a esta, algo más personal para mí, tardé más de un año en atreverme a escribirla, y es una de las mejores cosas que pudieron pasarse por mi cabeza y animarme a escribirla, pues, aunque lo pasé muy mal recordando con todo detalle a detalle, ha sido y será la mejor terapia para mí, y lo más increíble fue la reacción de las personas de mi alrededor que la leyeron. Me esperaba que más de uno se emocionara como sucedió con la mayoría, sabía que muchos admirarían mi fortaleza y superación, pero lo que no esperaba es que a base de insistirme muchos en que mi historia debía ser publicada para servir de terapia a muchos, en que no podía quedarse en el olvido, yo me reía, ¿quién iba a leer la historia de una simple cajera de supermercado con estudios medios?; yo, que nunca había estudiado nada relacionado con la literatura, no quería exponer mi intimidad a unos extraños, pero poco a poco me convencí de que si a algunos conocidos les sirvieron para darles fuerzas en la vida, ¿por qué iba a negar esta forma de ayudar al resto de las personas? Así que, aunque modifiqué algunas cosillas, he roto con mi silencio de tantos años, para que lo entendáis de forma clara, no intento convencer a nadie de nada, ni dármelas de psicóloga ni madre coraje, solo animaros sea cual sea vuestra desdicha, no importa si eres creyente o no, si solo crees en lo que ves, si la vida te ha sonreído siempre, solo importa que tengas sentimientos, porque esta historia que lees no son solo letras sobre papel, te entrego un cachito de mi alma.

VA POR TI, CHRIS

CAPÍTULO I

De niña a mujer

Desde que nacemos, creo que todos tenemos el sentimiento de amar y ser amados, de proteger y sentirnos protegidos.

Cuando yo nací mis padres pensaban que sería un niño, creo que hasta hoy es la única decepción que les he dado.

Tengo dos hermanas, a una la llamo hermanastra porque ese apodo me recuerda a las hermanas, malas, malísimas, de Cenicienta y otra que nació dos años antes que yo, pero, supuestamente, dijeron que por culpa de los médicos que estaban de huelga y no quisieron atenderla falleció a los dos días de vida. Y digo supuestamente porque creemos que fue un bebé robado, ya que a los dos días de nacer cuando les iban a dar el alta, empezó a toser y se la llevaron corriendo diciendo que tenía flemas. Estuvieron horas sin saber nada, hasta que entró una enfermera y les dijo que habían actuado tarde y que había fallecido, y les entregaron una caja pequeña con sus restos supuestamente, porque mis padres ni fueron informados de hacer autopsia ni autorizaron que la hicieran. Raro que lo hicieran en unas horas, raro que en los papeles de defunción solo figure el número de nicho donde fue enterrada esa caja, y que mi madre, pasados treinta años, acuda al hospital, aconsejada y apoyada por mí, para solicitar información del médico que atendió su parto, el que atendió a mi hermana cuando supuestamente murió asfixiada, y no aparezcan esos nombres de facultativos. Raro que le digan que le mandarán la información solicitada por correo o la llamarían para recoger la documentación y pasados los meses no quieran dar esa información.

No daré nombre del hospital que fue, pero puedo decir que fue cuando empezaron a aparecer casos de niños robados, en el Hospital La Paz, O'Donnell, Santa Cristina, Doce de Octubre... y demás clínicas.

Quizás deberían haber comprobado esa caja, pero qué bloqueo debe quedarse después de que te digan que ha fallecido y de las maneras que se lo dijeron. Fue enterrada en el Hospital Almudena de Madrid y diez años más tarde quisieron trasladarla al cementerio del pueblo de mi madre, ahí podrían haber tenido la oportunidad de abrir la caja, pero no hubieran salido de dudas, solo ver si había huesos u otra cosa. Pero de haber huesos podría ser de cualquier bebé, y otro duro golpe de ver unos restos, imposible de borrar en tu cerebro.

Para quitarse esa amarga experiencia los animaron a que fueran a por otro hijo y vine yo, una alegría y a la vez un disgusto, pues nací con un soplo cardíaco y una válvula aorta bicúspide. Me pasé el primer año de vida ingresada cada dos por tres en el hospital, por suerte, mi enfermedad me la vieron a tiempo y con revisiones periódicas aquí sigo hasta la fecha de hoy, sin tratamiento y haciendo vida normal, puede que con los años se vaya cerrando la válvula y me empiece a dar problemas graves, tenga que someterme a operaciones..., pero espero que para esa edad haya vivido lo suficiente para irme satisfecha de este mundo y reencontrarme con mi otra familia en el cielo.

No he tenido una infancia muy buena por la mala relación que ha habido entre mis padres y mi hermanastra. Tampoco una juventud excelente por la separación de mis padres, las rupturas de mis parejas, el maltrato de un hombre, la pérdida de los dos seres más queridos y uno de ellos el

más deseado. A pesar de haberme pasado muchos años haciendo de padre y madre, de buena hermana, de excelente novia y tener a cambio golpes y más golpes con la vida, siempre me quedan fuerzas para coger aire y seguir caminando para marcarme un objetivo, no hacer lo mismo con mis futuros hijos y darles todo el respeto y amor que en ocasiones me faltó. Cuando sienta que he sido capaz de demostrarlo, entonces estaré en paz conmigo misma.

Durante la trayectoria de tu vida puedes elegir muchos caminos; elegir los amigos que te merezcan la pena y apartar a los que no, elegir la persona con la que quieras compartir el resto de tu vida, tu profesión, tu casa, pero la familia es como las enfermedades: no se pueden elegir y hay que aprender a vivir con ello, teniendo nuestro propio espacio y nuestro propio yo.

Tengo extraños recuerdos lejanos de mi infancia, y digo extraños porque me parece increíble que después de media de vida me vengan imágenes de experiencias que he vivido con apenas cinco o seis años y como esas experiencias te marcan a lo largo de tu vida.

Un día recuerdo hablando con una compañera de trabajo, llegamos a la conclusión que tenemos que vivir o pasar todas las etapas que tienen el transcurso de la vida, etapas me refiero a la etapa de tu infancia, la etapa de tu niñez, tu juventud, adolescencia, tu madurez y tu vejez, si te saltas alguna etapa o la vida te obliga a no vivirla, esto te puede conllevar a tener fracasos emocionales en tu entorno. Por poneros unos casos de ejemplos, la mujer que se enamora y se casa siendo muy joven sin apenas conocer a gente, sin haber podido salir con sus amigas, tiene hijos y de repente un día su matrimonio va mal, se separa y se da cuenta de que no puede dar marcha atrás para recuperar su juventud anhelará el resto de su vida todo lo que vea relacionado con la etapa que se saltó: jóvenes saliendo a las discotecas, un grupo de chiquillas yendo de compras, sus propios hijos cuando vayan al instituto... Seguramente esa mujer quiera recuperar esa etapa, encuentre nuevas amigas con las que salir los fines de semana hasta las tantas, consiga retomar sus estudios, pero quizás de alguna manera se encuentre fuera de lugar.

En mi caso, yo sí tuve infancia, he salido de excursiones, he viajado con mis padres descubriendo un poco España, he disfrutado viendo series infantiles como *Heidi*, Jackie y Nuca, he disfrutado los fines de semana con mis abuelos, pero no ha sido una infancia ejemplar en algunos aspectos que a otros niños podían marcar su vida, como el caso de mi hermanastra, solo que yo irónicamente dicen que siempre he sido muy fuerte y podía con todo, esto me hace creer que unos nacen con estrellas y otros estrellados.

Una y otra vez

Rápido, niñas, si ya habéis terminado de cenar, iros corriendo a la cama que está a punto de llegar vuestro padre.

Eran dos hermanas marcadas por la relación de sus padres. La madre, una trabajadora que se pasaba todo el día desde bien temprano hasta la tarde fuera de casa, sin poder dedicar tiempo a jugar o ayudar a hacer los deberes con sus hijas, obsesionada con la limpieza, activa las veinticuatro horas del día. La monotonía de siempre: llegar a casa agotada del trabajo, limpiar su casa milímetro a milímetro para que su marido no se quejara, bañar a sus hijas en dos minutos, preparar comidas y esperar a que su marido, el típico hombre machista que sale de trabajar, se va a tomar cuatro, cinco o seis cervezas con sus vecinos al bar, quejándose de la vida que lleva. Subiendo tarde a su casa, quejándose del cansancio, solo quiere tener el plato encima de la mesa, oír la tele sin ser interrumpido y que todo esté perfecto; que no le gusta la cena, pues se tira y que tu mujer te haga otra en dos minutos. Otra noche más que se cabrea, que rompe el plato contra el suelo, insulta, mira a sus hijas de entre cuatro y ocho años y pega un portazo para cerrar la puerta de su habitación. Aquellas niñas adelantadas a lo que cada noche va a pasar, oyen escondidas detrás de la puerta de su habitación, una de ellas reza lo que su madre le enseñó, con los ojos cerrados fuertemente, la más pequeña

tiembla de pánico, colando su mirada entre la separación de la puerta y el cerco, duda si salir al rescate de su madre o permanecer en silencio y aguantarse las ganas de mearse encima. Cuando ya ha pasado todo, salen a ayudar a su madre a limpiar todo, la abrazan, ella rompe a llorar, lloran las tres en la cocina, para que no las oigan, las niñas vuelven a la cama deseando que pase la noche, deseando que llegue el fin de semana para ir al pueblo y ser mimadas por sus abuelitos.

Si algo me han enseñado mis padres es a ver la vida muy difícil, a conseguir las cosas con mucho trabajo, no deber nada a nadie, quizás por la vida que tuvieron mis padres con mis abuelos o porque mi padre estuvo un año en el paro. Económicamente no ha sido fácil. A nosotras nunca nos faltó un plato de comida, pero a ellos sí. No tuvieron la ayuda de sus padres, ni de nadie, no he sido una niña caprichosa porque sabía que no lo tendría, quizás en Reyes en vez de tener cinco regalos hemos tenido dos, pero ese muñeco o juguete lo he apreciado como si fuera mi gran tesoro. No hemos podido salir a cenar a restaurantes los fines de semana como hacen ahora los padres con sus hijos en la hamburguesería, pero las dos excursiones que hiciéramos al año jamás se me olvidarán, porque era de las pocas veces que veía a mis padres disfrutar de nosotras, de su familia. Por eso, y por más cosas, sé el valor verdadero de las cosas y el valor de lo material no es nada igualable al valor de unos abrazos o una sonrisa.

Nos han enseñado, a una más que a otra, a valerme por mí misma desde bien pequeña; con seis años ya hacía mi cama, ayudaba a hacer la comida, fregaba los platos, el baño. Vamos, que lo único que no sabía era planchar y coser.

Teníamos una perrita, Nuca, se la dieron a mi padre cuando era un cachorro diciendo que era un fox terrier cruzado con otra raza, luego creció y se convirtió en un adorable chuchó. Ha sido mi mejor compañera. Yo solo tenía dos años cuando llegó a casa, me dio mucha pena que falleciera a los diez años. Me encantan los perros, pero por lo mal que lo pasé al verla morir no llego a atreverme a tener otro, aún la echo de menos. Era nuestra excusa perfecta para salir a dar un paseo, a veces mi hermanastra y yo discutíamos por sacarla una de las dos y así aprovechábamos y nos quedábamos más tiempo con las amigas o con el chico que nos gustaba. A la pobre perra la tenía agotada, hablándole todo el día de mi futuro, de mis gustos, intentándole enseñar a escribir con un boli en la boca, ¡madre mía lo que hace el aburrimiento!, y ella tan buena, tan cariñosa.

Mi hermanastra era la niña caprichosa a la que mi madre le consentía todo y sin que se enterase mi padre para no ocasionar una discusión. Si ella no quería hacer algo en la casa, tenía que hacerlo yo; si mi hermana llegaba tarde a casa, me repercutía a mí a la hora de castigarla.

Mis padres y principalmente mi madre cometieron el gran fallo a la hora de educarla por consentir mucho a una y no creer nunca a la otra.

Hoy en día, me sigue molestando que digan que yo soy de otra manera, que yo siempre he sido más fuerte y he conseguido las cosas.

No es que haya nacido siendo fuerte, es que mi infancia y juventud me han obligado a hacerme fuerte, a que las cosas que he podido conseguir han sido con muchísimo esfuerzo y pensando en un futuro, en salir adelante como fuera para poder independizarme cuanto antes y no vivir como vivía.

He hecho de madre y padre para mi hermanastra, para mi sobrino cuando era un bebé, he dedicado casi todo el tiempo de los días a ayudar a mi familia, y cuando quise darme cuenta había cambiado las Barbies por el carnet de conducir para estar siempre de un lado a otro intentando conducir mi vida al camino más fácil. Tuve que atravesar muchos baches y mojarme

en grandes charcos, hasta casi ahogarme para conseguir llegar a la carretera, no sé lo que iba a conseguir, pero sí lo que no quería, retroceder.

CAPÍTULO II

Depresiones que marcan de por vida

A mis veinte años me independicé a la fuerza, digo a la fuerza porque más bien fue salir de mi casa e irme a vivir con mi hermanastra para ayudarla, ya que había salido de una separación y mis padres me convencieron para que no estuviera sola y olvidara su tormentosa relación con su expareja. Aquí es donde asumí más el papel de padre y madre que el de hermana.

Mi hermanastra empezó a tener fuertes depresiones, a volver a la anorexia, su gran error, trabajar en bares con jefes borrachos a los que ella acompañaba a ahogar sus penas en el alcohol, como ya había hecho mi padre hace tiempo cuando perdió a su segunda hija con solo dos días de vida. Pero él consiguió salir de esa mierda de rutina, se apartó de la gente que solo lo quería para compartir botellines, se daba cuenta de que su familia se le iba de las manos, quizás demasiado tarde ya.

En cambio, mi hermanastra fue más allá, se volvió a obsesionar con tener un hombre que le hiciera hijos y comenzó una relación desequilibrada con un hombre catorce años más mayor que ella, al que se unió su vicio por el alcohol. Entonces aquella casa pasó de la tranquilidad al jaleo cada dos días. Yo por aquel entonces trabajaba en una fábrica de golosinas, envasándolas, era un trabajo rutinario y agotador. Entraba a las siete de la mañana, desayunaba en diez minutos y comía en media hora, para envasar más, ya que era un trabajo a destajo, así trabajabas, así ganabas, nos recordábamos a los chinos en cadena. Llegaba a casa a las siete de trabajar, agotada, aprovechaba unos minutos para asearme y prepararme la comida del día siguiente, y cuando llegaba la noche volvía mi hermanastra con su pareja, o bien contentos a rabiarse o bien discutiendo agresivamente.

Cometí el mismo error que mi madre hacía con mi padre al ocultarle la situación de mi hermanastra, pero no quería darles más disgustos. Siempre me decían «Cuidala, cuidala», y yo me tragaba mis lágrimas, mi cansancio de tener que ir a buscarla por las noches cuando le entraba el ataque de ansiedad y desaparecía. Yo era la que por las noches intentaba echar la puerta del baño abajo para evitar que se volviera a meter los dedos y oírle vomitar, de nuestras peleas a golpes, de discutir con su pareja, de perder a un novio por no tener ni tiempo para él... Hasta que no pude más y les conté todo lo que llevaba aguantando a mis padres para que me ayudaran, me sorprendí al oír a mi madre decirme: «¿Qué quieres que hagamos? ¿Que yo era la que había elegido irme a vivir con ella! Hasta que les grité: «¡Es vuestra hija, sois vosotros sus padres!».

La ingresaron en un centro, aunque fue para peor, ya que allí los tienen drogados a base de pastillas, y los tienen mal atendidos. Dejé de ir a verla porque siempre acababa insultándome si no le llevaba tabaco, si no le daba recados a su novio, si no le daba dinero. Siempre llegaba al centro con pánico por cómo estaría y me acababa marchando, llorando de rabia dejando atrás los insultos de mi hermanastra.

Acabé visitando a un psicólogo, me dijeron que mi situación era muy dura, lo único claro que saqué de allí era que o vivía por mí y dejaba de vivir para los que ya habían elegido su camino o perdería muchas cosas a lo largo de mi vida; y vaya si perdí, perdí los mejores años que marcan tu vida, no era suficiente con mi infancia para amargarme mi juventud.

Así que dejé de ir a ver a mi hermanastra por un tiempo, volví a casa de mis padres, oyendo durante todas sus vidas el «Pobrecilla tu hermana, qué mala suerte tiene en la vida».

Tuvo un hijo con ese hombre que aprovechó de su enfermedad e ingreso en un centro para quitarle la custodia de su hijo. Hasta entonces estuvo varios meses bajo la custodia y cuidado de mis padres y mío en casa de mis padres.

Cuando mi hermanastra regresó del centro, vino supuestamente recuperada, con ganas de vivir, de recuperar a su hijo, pero la justicia le reconoció que el niño estaría mejor con un padre cuya educación le estaba enseñando a leer los periódicos en los bares, mientras se emborrachaba. A pesar de todos los juicios y recursos por ayudar a mi hermanastra a tener a su única ilusión o seguir en casa con mis padres, no lo conseguimos, un padre puede ser alcohólico y exdrogadicto y cuidar perfectamente de su hijo, pero una madre nunca puede recuperarse de su enfermedad, palabras textuales de un juez, y hoy en día felicito esa decisión del juez. Porque por lo menos ese hijo no vivió el infierno que ha vivido su hermana al cuidado de mi hermanastra. Ese hijo ha crecido rodeado de un padre enfermo, sí, pero no agresivo, con ayuda de sus tíos y primos, aunque en ese momento me daba rabia y mucha pena tener que dejar de ver a mi sobrino, de cuidarlo y mimarlo como si fuera mi hijo, pero ante todo deseé lo mejor para él, ya que mi hermanastra se las apañó para quitarnos el punto de encuentro los fines de semana con mi sobrino.

Siempre tuve la suerte de encontrar consuelo en mis amigas, aunque no encontraran las palabras para animarme, tenía sus brazos para echarme a llorar y el salir con ellas de marcha hacía que me olvidara de mi cruda realidad aunque solo fuera una vez a la semana, el resto del tiempo deseaba trabajar para tener la mente siempre ocupada.

Deseaba y soñaba con encontrar a ese príncipe rubio que me diera todo el amor que necesitaba, que me protegiera y me llevara a una casa grande, bonita, para crear una familia y poder ser feliz de una vez, pero tuve que besar a muchos sapos, y aquí sí que parte de culpa la tengo yo, por ser tan enamoradiza, por lanzarme tan rápido al riesgo y darlo todo sin tener nada a cambio, por creer en lo que se convierte en falsedad, en definitiva, por no hacerme valer. Aquí es donde me doy cuenta de que todo aquello que nos ha sido negado lo buscamos ansiosamente, ahora tengo respuestas a muchas de mis preguntas: ¿por qué tuve tantos novios?, porque enseguida me enchochaba con el chico que a su vez también se enamoraba rápidamente de mí, porque me gustaba sentir el cariño, los abrazos, la diversión, cuidar de alguien, todo lo que yo no tuve suficiente en mi familia, y ¿por qué siempre me fijaba en el tipo duro de la discoteca?, para demostrarme que podía conseguir lo que quería o por pensar que me protegerían, pero siempre pasaba lo mismo, al principio me costaba confiar, pero con dos palabritas y dos regalitos me engatusaban, y cuando me hacían creer que habría futuro, me entraba el pánico y a la mínima situación que me recordara a mis padres, alguna discusión con mis parejas, cortaba por lo sano: no quería vivir ni de lejos lo ya vivido en segunda persona.

Hubo un par de años que me prometí dedicármelos a vivir sin pareja, a vivir la vida loca para no sufrir al enamorarme. No me arrepiento de nada, salía todo los viernes y sábados e iba sin apenas haber dormido a trabajar. No penséis que me dio por los vicios, nada de eso: las drogas siempre me han dado miedo. Tiene delito reconocer que me ponía contentilla bebiendo solo dos copas, sabiendo la trayectoria familiar, pero es que a mí no me hacía falta beber más de dos copas para animarme, incluso sin beber tenía la misma chispa. Para aguantar en el trabajo un Red Bull y como nueva. Viajé mucho con mis amigas, conocimos a gente agradable y hacía lo que más me gustaba sin hacer daño a nadie, bailar y bailar toda la noche, pero te das cuenta de que

más tarde o más temprano ese ritmo de vida tiene que bajar, tuve que abandonar la tapadera a mis problemas y me reconocí que yo necesito una persona a mi lado que me quiera, me mime, me proteja y me desee.

Más quisiera yo haber aprendido a vivir sola, a conformarme a querer solamente a mi familia, a mis amigos, a la vida, pero para mí la vida no tiene sentido si no aprendes a querer a tu pareja y a tus hijos.

Admiro a aquellas madres solteras, a los que se separan y renuncian a vivir en pareja, a los que aman a la vida sin pasar por las complicaciones de mantener el amor en pareja, pero igualmente admiro a la gente como yo, que vive para amar y ser amada junto a su media naranja, que se cae y vuelve a levantarse y a salir a buscar su felicidad.

También guardo muy buenos recuerdos del pueblo de mi madre, donde mis padres me obligaban a ir casi todos los fines de semana, hasta que fui mayor de edad y entonces iba por mi cuenta, salía de trabajar los viernes por la tarde y me iba directa con mi carnet de conducir recién sacado.

Conocí a amigos en común con mi hermanastra, pero más tarde empecé a juntarme con otro grupo de chicas para mi gusto más divertidas y alocadas como yo. Durante cuatro años tuve una gran amistad con Samanta, la que consideraba mi mejor amiga del pueblo. Éramos cinco chicas las que siempre salíamos juntas a las discotecas del pueblo o de otro cercano; las tardes nos las pasábamos en los recreativos del pueblo, contando nuestras anécdotas de toda la semana, nuestros planes de futuro, donde íbamos a intentar encontrarnos con el chico que nos gustaba o a conocer la novedad de chicos que se hubieran incorporado ese fin de semana.

Samanta y yo nos hicimos inseparables durante esos años; ella vivía en el pueblo, pero empezó a estudiar peluquería en Madrid, y a diario quedábamos para vernos un rato antes de que ella cogiera el autobús que la llevaba a su casa, y los viernes la recogía yo en mi coche y nos íbamos al pueblo. Éramos muy alocadas, a veces compañeras de baile en las plataformas de las discotecas, tan presumidas, tan cariñosas. Muchas personas nos envidiaban, por tener la suerte de ligar más de una ocasión con el bombón que llegaba a la discoteca, por llevarnos bien por entonces con casi toda la gente del pueblo. Las dos unidas por problemas familiares parecidos. Soñábamos con irnos a trabajar fuera, a alguna playa con mucho ambiente, lejos de nuestras familias, ganar mucho dinero y poder irnos juntas a vivir de alquiler, pero todo se quedó en eso, en un sueño. Empecé a salir con un chico de Madrid, que venía con sus amigos los sábados al pueblo, ella se enrolló con otro chico del mismo grupo, era un grupo de chicos que siempre iban liándola. Al principio ellos y la gente del pueblo eran una piña, cuando venían otros grupitos de otros pueblos con ganas de liarla en la disco del pueblo, ellos defendían a los de nuestro pueblo. A nosotras no nos hacía ninguna gracia que casi todos los sábados se pegaran con alguien, nos enfadábamos con ellos, intentábamos no verlos, pero a los dos días nos prometían que no volvería a pasar y claro, como a nosotras nos trataban como a unas reinas, pues no veíamos que eso acabaría mal, hasta que en unas de sus movidas, esta vez fueron contra la gente del mismo pueblo; creo recordar que ese sábado Samanta y yo estábamos en otro sitio, o cuando llegamos ya había pasado todo, el caso es que me enteré de que le habían pegado una gran paliza al hermano de Samanta, no sé si también intervino el chico con el que yo estaba saliendo o no, el caso es que sus amigos sí, incluso uno de los que había estado Samanta, ya habían ido demasiado lejos. Les denunciaron y tuvieron que estar un tiempo sin poder volver al pueblo, no sé cómo siguió el proceso judicial porque yo acabé rompiendo mi relación con ese chico, ya no aguantaba más el ritmo de vida que llevaban.

A partir de ahí, intenté entender por qué Samanta me dejó de hablar, no quería saber nada de mí, entiendo que fue muy fuerte lo que le hicieron a su hermano, pero yo no tuve la culpa, incluso yo también me desvinculé de ese grupo de Madrid; no contestó a mis llamadas, a mis mensajes, y claro, las demás que parecían sus perritos falderos se posicionaron con ella y estoy segura de que metieron mierda en su cabeza para que no me volviera a hablar, ya que una de ellas era muy envidiosa con nuestra amistad. Yo dejé de ir al pueblo, muchas personas me miraban mal y me relacionaban con lo sucedido, no me sentía a gusto, y más cuando rara vez veía a Samanta por el pueblo y se cambiaba de calle.

Durante los nueve años que estuve sin saber nada de ella, en muchos momentos de mi vida la he echado mucho en falta. Estuve intentando localizarla, no sé dónde vive, no me atrevo a ir a casa de su madre y no ser bien recibida, pero gracias a mi madre que habló con ella conseguí su número de móvil, le escribí para saber si ella también quería recuperar nuestra amistad, ya había pasado mucho tiempo y esperaba que, como a mí, a ella también la vida le hubiera hecho ver que el orgullo hay que dejarlo a un lado y luchar por lo que de verdad importa, entre ellas la bonita amistad que nos unió.

Cuando escribí a Samanta un mensaje a su número de móvil, a los dos días me contestó. Me dijo que se alegraba mucho de saber de mí. Nos mandamos dos o tres mensajes más, el último fue algo así como cuando estés por el pueblo me das un toque y nos vemos. Pero cuando fui al pueblo no contestó a mi wasap de quedar para vernos, me hacía mucha ilusión conocer a sus hijos, a su nueva familia y tomarnos un refresco mientras nos poníamos al día de nuestras vidas. Coincidió que nos vimos por el pueblo ese mismo fin de semana, nos saludamos, pero la seguí viendo distante mientras le preguntaba dónde vivía, cómo se llamaban sus hijos, qué tal sus padres... Es más, la conversación se cortó porque tenía prisa por ir a casa de su madre, pero unos metros más la vimos hablando con otra pareja de amigos.

Después de ese día no ha habido más mensajes, no he insistido, ya hice todo lo que pude, y si no ves ganas por la otra parte, para qué seguir pasándolo mal y darte cuenta de que para la otra persona no significas lo mismo.

Yo he valorado mucho siempre la amistad, más en mi caso que mis amigas fueron mi apoyo y desahogo, dicen que la familia es la primera que esta para ayudarte, en mi caso, en más de una ocasión fueron mis verdaderas amigas y padres de ellas quienes hicieron de consuelo y ánimo, para hacerme creer que sería feliz, para sacarme de casa y salir y dejar por un momento todos los problemas detrás de la puerta.

Por eso creo que cuando me di cuenta de que todas mis amigas iban haciendo sus vidas, con sus parejas, sus hijos, yo empecé a sentirme un poco traicionada, egoístamente hablando. Yo pensaba que la amistad se mantiene siempre como el primer día, que, aunque vivas lejos de tus amigos, nos seguiríamos viendo casi todas las semanas como yo siempre hacía por ir a casa de los demás, pero tuve que hacerme a la idea de que no todo el mundo es igual a ti ni las circunstancias son las mismas para todo. De veinte amigas pasan a ser conocidas, con el tiempo quedan diez y más tarde ves que solo dos o tres de ellas estarán para siempre y para todo. Como es lógico, a la hora de la verdad cada uno tiene sus circunstancias, a veces por el trabajo, por la distancia o por prioridades, los novios o los hijos, el caso es que cada uno va a acomodándose a su cambio de vida y esa unión de amistad va minorando.

Yo eché y sigo echando mucho en falta a varias amigas, a mis noches de fiesta y mis tardes de compras con ellas, a nuestras tardes de reuniones y cotilleos, pero me he convencido a mí misma de que el tiempo va pasando y cada uno es mayorcito para valorar y mantener esos lazos. Me he

dado cuenta tarde de quiénes son amigos de verdad y quiénes solo me querían por diversión o por interés, a día de hoy mis verdaderos amigos los cuento con los dedos de una mano, pero tengo la suerte de, por mi forma de ser, siempre estar abierta a conocer a gente nueva y cada año tienes la suerte de conocer a varios, ya sean por vecinos nuevos, compañeras de trabajo, las madres de los compañeros de clase de tus hijos..., pero el caso es que vas conociendo a gente muy interesante, que te aporta y te anima a seguir valorando la amistad. Aprendes a dar prioridad a otras cosas, a no malgastar tu tiempo con gente hipócrita, aunque esto te reste amigos, y aunque digan si eres sincero, eso gusta, muchas veces la realidad no es así. Me ha dejado de lado gente hipócrita e interesada que cuando dices la verdad al resto, como que con ellos no va la cosa porque prefieren tener a diez conocidos más y te dejan sola comiéndote el marrón de otros, aprovechándose de que tú sí sacarás la cara; pero, aunque al principio la decepción duele y te llegas a plantear ¿¿seré yo el bicho raro??, vuelvo a las mismas, prefiero tener solo tres amigos y decir lo que pienso, luchar por las injusticias y no unirme a la pandilla de compañeros u otros padres que viven criticando y luego comiendo de la mano de los que critican. Ojalá el día de mañana mis hijos tengan la misma personalidad que yo en estos aspectos en los que he ido madurando. Que no se dejen manipular por nada ni nadie. Yo tengo muchos fallos, tengo carácter muy fuerte cuando gastan mi paciencia, cuando intentan tomarme por tonta, hablo muchas veces por los demás sabiendo que ellos nos sacarían la cara por mí, pero es algo que con los años intento pulir y no hay manera, no puedo ver el problema ajeno y mirar hacia otro lado aunque, como ya he dicho antes, me haya traído problemas y me hayan dado de lado.

Soy quizás demasiado sensible, una imagen de un perro maltratado en una página de internet o un niño desnutrido del tercer mundo... se me clavan en la retina y me voy a la cama sin poder dormir durante noches pensando lo injusta que es la vida. Apenas veo las noticias porque la mayoría son horribles, y vídeos que comparten en las redes sociales a veces ni los abro por miedo a ver algo que pueda dañar mi sensibilidad.

No puedo ver que se está haciendo una injusticia, ya sea porque se estén metiendo con un niño, se estén aprovechando de una persona mayor, maltratar a un animal..., que salto a la primera y me lanzo a defender sin ver el peligro.

CAPÍTULO III

Juventud, divino tesoro

Cuántas veces nos hemos repetido la frase de «¡Ay, si se pudiera volver atrás, los fallos que no cometería!», miles de veces. Consolaos con que quizás esos fallos a los que nos referimos no, pero sí otros, ya que somos capaces de tropezar varias veces con la misma piedra pensando que las personas pueden cambiar y tenemos que estar a punto de perder la vida para darnos cuenta de que hay cosas y personas que jamás pueden cambiar.

Yo aún sigo diciendo que si retrocediera a mi adolescencia evitaría muchos problemas que ahora arrastro para el resto de mi vida, me hubiera independizado antes yo sola, viviendo de alquiler antes que hipotecarme treinta y cinco años, hubiera disfrutado más el salir con las amigas que echarme novio tan pronto, hubiera pasado desde un principio de mi familia para no llevarme tantos disgustos y llevar una vida más tranquila, fijarme más en los chicos y no ir tan deprisa, estudiar lo que verdaderamente a mí me gustaba, haber exigido más mis derechos ante sanidad..., pero quizás no hubiera conseguido otras cosas como haber encontrado el verdadero amor, aprender el respeto, ser tan fuerte y llegar a admirar mi carácter, mis ganas de seguir luchando por mí y mi futura familia y sobre todo nunca hubiera tenido «un ángel» protegiéndome desde el cielo.

He conocido a muchas personas de diferentes formas de ser, con muchas de ellas ya se ha perdido el contacto y somos tan maleducados los humanos o tan vergonzosos que nos cruzamos por la calle y ni nos saludamos; como compañeros del colegio, del instituto, antiguos vecinos...

Aún conservo algunos amigos desde los diez años, otros pocos de cuando empecé a ser mayor de edad y salir de juerga, otros del instituto, y te das cuenta de que por cada diez amigos que pierdes, porque verdaderamente no eran amigos, conoces a dos más que merecen de verdad la pena y están para lo bueno y lo malo. Me gusta conocer a personas que me aporten y yo aportarles por nuestras experiencias, a gente divertida, sociable, de buen corazón; voy apartando de mi lado a gente negativa como lo son los envidiosos, los falsos, egoístas, problemáticos, y es que por todo lo que llevo aprendido de mi vida a estas personas ya las huelo a distancia.

En muchas etapas de mi vida he echado en falta a personas que creía mis amigas/os y que deberían de haberme ayudado emocionalmente, por suerte no han sido muchas personas porque de otros ya me lo esperaba, pero cuando la vida me ha sonreído y me ha empezado a ir todo bien, he sido yo la que he considerado no compartir esos momentos con los que no se molestaron en perder unos minutos en simplemente llamarme para consolarme, ya que yo nunca pedí ayuda económica, nada material, solo un abrazo, y esos abrazos que siempre tuve sin pedirlos no los olvidare jamás.

Yo creo que en la otra vida tuve que dedicarme a alguna profesión relacionada con el arte, como pintora, escritora o actriz, porque son aficiones que tengo sin haberme puesto nunca en la materia.

Me gusta expresarme escribiendo o pintando cuadros que reflejan etapas o emociones de mi vida, y actriz por la de veces que he tenido que actuar en falso para que la gente de mi alrededor no se diera cuenta de lo desgraciada que era en esos momentos, por las mentiras piadosas que alguna vez tuve que decir para conseguir algún puesto de trabajo.

La personas de mi alrededor, mi familia y mis amigos dicen que soy un poco hiperactiva, que no paro, porque siempre estoy haciendo cosas, para mí no es relajante quedarte un domingo viendo la televisión tirada en el sofá, para mí es más divertido salir de compras, ir al parque, a la piscina aunque lleve toda la semana trabajando sin parar entre el trabajo y las labores de una casa, aunque este agotada en diez minutos me recupero, yo lo asocio a que debido a la situación familiar y personal que he tenido en la que siempre dedicaba mi tiempo en resolver los problemas a los demás.

Ahora quiero estar dedicándoselo al máximo a mi futura familia, a mis verdaderos amigos, ya que mi hijo me enseñó a valorar la única vida que tenemos, a vivirla a tope, pero con cabeza para poder irnos, cuando llegue el momento de dejar este mundo, con plena satisfacción de haber disfrutado en la tierra.

Me gustaría que, si algún joven lee este libro, se dé cuenta y sepa valorar lo bueno de su juventud, porque lo que haga o deje de hacer en esta etapa le servirá para aprender a llevar encaminado su futuro.

No malgastéis tiempo, dinero ni salud en vicios perjudiciales, no corráis el riesgo en demostrar quién es más fuerte del grupo, los jóvenes de ahora tenéis el futuro ya complicado por la crisis de este país y por no hacer buen uso de vuestra libertad, no os lo compliquéis más, divertíos mucho. Aprovechad al máximo vuestras ganas de descubrir, de aprender, pero siempre con cabeza, yo he sido de las primeras que era una revolucionaria en el colegio, un poco traviesa a la hora de gastar bromas, pero también he estado defendiendo las injusticias, no he consentido que delante de mí se metieran con el gordito de clase o con el que no tenía dinero para vestir de marca. Por eso creo que he tenido a tanta gente que me valoraba y respetaba. Otras veces la gente, sin conocerme, me ha juzgado como de chulita por mi forma de hablar o presumir cuando era una cría para que se me respetase o el chico que me gustaba se fijara en mí, pero cuando me han conocido se han tragado sus palabras porque han visto que esa chulita era una chica con muy buenos valores.

Me da miedo pensar en qué valores se educarán mis hijos en la calle, con qué amigos se relacionarán, si sabré educarles y enseñarles a coger un buen camino. Le pido al destino que toda la suerte que no tuve yo la tengan ellos.

Que se alejen de las malas influencias, que no les llamen la atención las drogas, que tengan buen corazón.

Sé que muchos padres del mundo tienen el mismo temor que yo y ante eso no hay nada que hacer porque nosotros podemos influenciar en su infancia, podemos ayudarles e intentar escuchar sus miedos, sus dudas, intentaremos darles todo lo que a nosotros nos faltó, pero al igual que nosotros hicimos en nuestra juventud o adolescencia no depende de nosotros que ellos sufran, se hagan daño... Tienen y deben descubrir su entorno como nosotros tuvimos la libertad de elegir nuestros estudios, nuestra profesión, nuestra casa, nuestra novia/o... nuestros vicios y virtudes.

Si es cierto que cuando yo era joven había menos violencia en las calles o menos bandas callejeras, ni tanta libertad de tecnologías, más respeto y temor a los padres. Siempre ha habido peleas, pero quizás menos violentas; robos ha habido siempre, violaciones también, pero el tema de la violencia callejera ha ido cada vez a peor, cuando había peleas la mayoría se defendían con puñetazos, tirones de pelos o empujones, no con tantas armas como ahora, no se pegaban y buscaban el morbo de subir esa pelea por internet para que lo viera todo el mundo. Si hacías algo malo, insultabas a algún profesor o tus padres se enteraban de que en la calle eras problemático, enseguida te castigaban y tú respetabas y aprendías de la lección; ahora no se respeta nada, son

los padres los que sienten temor por la reacción de sus hijos, los que giran la cabeza cuando pillan a sus hijos drogándose o los que cuando deciden actuar ya es demasiado tarde y encima la ley del menor sigue sin cambiar, sigue de parte de los jóvenes que roban, matan o violan, como dicen muchos, si robas vas a la cárcel, si matas, te haces el loco y vas a un centro rehabilitador.

Me voy a ahorrar mis pensamientos y lo que cambiaría de las leyes, porque entrar en temas de política nunca me gustó. Pero pienso que, si hubiera más actuación por parte de los padres, servicios sociales, de las leyes, menos libertad y más control en las calles, incluso en lugares públicos, quizás volviéramos un poco a la vida más tranquila de hace muchos años.

Os pongo un ejemplo conmigo y con un último caso que salió hace menos de un año en la televisión.

Empiezo por el caso que salió en los medios de comunicación. En una famosa sala enorme de Madrid se hizo una fiesta de música electrónica por el día de Halloween, había más de diez mil personas, se cree, y yo también lo creo, que se sobrepasó el aforo aunque los que vendieron las entradas decían en los medios de comunicación que se habían vendido las justas, a ver qué iban a decir. Todos los que hemos ido a discotecas sabemos que luego aparte entran muchas personas gratis por lista, más los amigos de *disc-jockeys*, más los amigos de los porteros...

Tiraron petardos desde la planta de arriba hacia abajo, la gente se asustó y al intentar correr hacia las zonas de acceso a la salida, hubo una avalancha y se pisotearon unos a otros, al final fallecieron cuatro chicas, una de ellas menor de edad. Durante varios meses se investigó qué falló; falló como siempre el valor del dinero y la irresponsabilidad de los jóvenes que tiraron los petardos. No hubo un buen trabajo a la hora de que las personas pasaran por las entradas del recinto, ya que se supo que a muchos no se les registró ni se les pidió el carnet para comprobar ser mayor de edad o si llevaban algún arma o drogas, no controlaron bien la situación de evacuación porque no estarían bien formados para ello, porque las salidas de emergencia estaban cerradas, dando más importancia a que la gente se colara a la fiesta que a que esas puertas estuvieran preparadas en caso de incendio, peleas multitudinarias o, como en este caso, avalancha, y todo por ahorrarse contratar a más gente cualificada, a vender menos entradas, a prohibir la entrada a gente que ya estuviera drogada o alcoholizada... Demasiadas pocas cosas pasan, la verdad, porque igual que pudieron meter petardos, pueden meter otras armas. Pero desgraciadamente esto sucede en muchas más salas de todos los países, en cambio, ¿a que ocurre mucho menos en otras empresas que organizan obras de teatro, óperas...?, porque hay muchísima más vigilancia y persona cualificada.

Y en mi caso, yo he salido mucho por varias discotecas y *pubs*, conciertos, lo que nunca me atreví fue ir a estas enormes salas, aunque fueran al aire libre, me agobiaba ver a tanta gente pegada en una pista. Solo con dieciséis años fui un concierto de Mark Owen, me encontraba en segunda fila, lo conseguí después de estar esperando en la puerta de la entrada más de quince horas, de repente salieron unos teloneros que se parecían y la gente los confundió con los Backstreet Boys, y se empezaron a levantar emocionados intentando acercarse a la primera fila; yo, que no me había dado cuenta, en cuestión de segundos me vi en el suelo y pisoteada, conseguí levantarme rápidamente, en ese momento también uno de los de seguridad me estaba cogiendo del brazo, quería sacarme del concierto, pero insistí en que me encontraba bien y pude continuar viendo el concierto, aunque ya en quinta fila. Cuando salí me di cuenta de que tenía la marca de varias zapatillas en mi ropa, por suerte gracias a la rápida actuación de los vigilantes conseguí ponerme en pie.

No actuaron igual en una discoteca famosa de Fuenlabrada a la que solía ir dos veces al año,

me gustaba mucho el Dj Nano y cuando hacía la fiesta de pinchar música de nuestros tiempos no faltaba al evento, nunca había tenido problemas en esa discoteca, sí es cierto que se ven muchas peleas a lo largo de la noche.

Esa noche yo iba con mi novio y unos amigos, no entramos por la entrada habitual, nos metieron por una de las salidas más bien, no nos registraron ni pidieron DNI. La gente a esas horas iba muy perjudicada, yo no había bebido nada de alcohol porque me tocaba conducir a la vuelta, y de las drogas, como ya he dicho antes, no consumía nada de nada, ni mi novio, me daba asco. Cuando pedías en la barra no te dejaban sacar el botellín de cristal de la barra.

Aquella noche, yo estaba bailando, disfrutando de la música cerca de mi pareja, cuando algún gilipollas tiró un botellín de cristal y me dio en la cara, cerca del pómulos izquierdo, no vi quién fue, me quedé parada, cuando sentí el fuerte golpe pensé que estaba en medio de una pelea y me había llevado un puñetazo, pero cuando vi rodar el botellín por mi cuerpo hasta el suelo, me toqué la cara asustada, me salía sangre de la nariz y me encontraba mareada. Salí con mi novio corriendo y en cuanto vimos a uno de seguridad le contamos lo ocurrido, pues bien, cuál fue su actuación tranquila de decirnos que fuéramos a la salida teniendo que recorrer solos toda la pista de la discoteca, en vez de sacarnos por la salida más cercana de emergencia. Al llegar con la cara hinchada, un portero me indicó dónde estaba el puesto de emergencias, por llamarlo de alguna manera, me tocaron la nariz para ver si estaba rota y me pusieron servilletas de papel, decían que no les quedaban gasas y que mejor me fuera a casa a dormirla, estaba tan cabreada que puse una hoja de reclamaciones; sé que no conseguiría nada y mucho menos cuando me di cuenta de que me devolvieron la copia sin sello ni firma, pero me valía por lo menos por si me levantaba peor o me habían roto algo, denunciarles.

De allí me fui al hospital para asegurarme de que no tenía nada roto, había controles de alcoholemia, yo pensando «Ahora nos paran, me ven así con la nariz, se piensan que mi novio me ha roto la nariz y le detienen», pero por suerte no estaban entretenidos parando a otros.

Por suerte en el hospital me atendieron bien, aunque se pensaron que yo iba borracha como otros que habían atendido antes.

No tuve nada roto, solo estuve una semana con el ojo izquierdo y la nariz hinchada. Intentando disimular trabajando de cara al público, los colores que tuve en el pómulos y nariz, de morado a naranja, amarillo.

En esa discoteca siguen pasando estas cosas, bueno, cosas peores, y hoy en día sigue abierta, ¿por qué? Porque mueve mucho dinero para callar bocas, como tantas otras discotecas o locales de ocio.

Ahora me conformo con escuchar la música *remember* en el coche o en algún evento que quede con los amigos en nuestras casas.

CAPÍTULO IV

¿Por qué lo llaman amor a una obsesión?

Seguramente todos hemos tenido relaciones de pareja en las que hayamos acabado sin volver a mirarnos a la cara o, en cambio, otros hayan podido seguir manteniendo la amistad. Yo soy de las que piensan que una vez finalizada una relación es muy difícil mantener una buena relación con ese ex, y más si por parte de alguno siguen quedando sentimientos.

Es triste después de todo lo compartido, pero yo lo veo así; es, una vez más, mi opinión contra la de muchos seguramente.

Yo he sido una chica de tener relaciones duraderas, muy complicadas y casi todas acabaron mal, o bien porque me fijaba muy mal en el interior de las personas, le daba más importancia al físico y cuando realmente conocía su persona y su manera de llevar su vida me arrepentía y cortaba por lo sano, o bien mientras me dieran cariño que por otra parte me había faltado en mi familia, me costaba quedarme sola de nuevo.

El caso es que si miro a mis relaciones pasadas seguiría echándome la bronca a mí misma sobre por qué aguanté tantas cosas.

Mi primera relación sería me duró dos años, entregué mi virginidad al peor loco que te puedes encontrar en la vida, eso sí, camuflado de niño que nunca ha roto un plato. Era vago, odiaba y criticaba a todo ser, machista y celoso. Cuando descubrí que me robaba dinero para las máquinas tragaperras y sus drogas, que se inventaba que hablaba por teléfono porque era empresario y tenía empresas de su padre a su nombre y vi que eso jamás existió. Para colmo, cuando empezó a decirme que veía a una anciana (que nadie más veíamos) que le decía que yo le engañaba con otro, fue entonces cuando intenté dejarle. Me dijo que iría a un psicólogo por mí, que no le dejara o se mataría. Me enseñó un papel como justificante de que iba al psicólogo, escrito con su letra, y claro, le mandé a tomar viento. Acto seguido llamé a su madre para avisarla de que, si su hijo seguía molestándome y siguiéndome por la calle, avisaría a la policía.

Durante un tiempo estuve recibiendo llamadas tuyas amenazadoras, estuve encerrada en casa sin salir con mis amigas, hasta que pinché el teléfono y qué casualidad que dejó de molestarme.

Para mí es un ser insignificante que debería de haber recibido ayuda psiquiátrica hace mucho tiempo. Su padre coincidía conmigo, pero su madre le sobreprotegía y no quería ver el futuro que le esperaba a su hijo.

Estando con él debería de haberme ido con otro chico, Lian, que conocí en el pueblo un fin de semana que coincidió, no venía el loco a espiarme si le estaba engañando. Pude respirar y salir sola con mis amigas del pueblo. Mi amiga Sara, que era amiga mía desde los diez años, del mismo barrio donde vivíamos en Madrid, ese fin de semana se vino con mis padres y conmigo al pueblo y allí ella se enrolló con el amigo de Lian. Lian y yo estuvimos a punto de enrollarnos también, pero al darme un beso en los labios me aparté y le dije que primero tenía que dejarle claro al loco que no quería seguir con él. Y ahí perdí la oportunidad de coger ese tren, porque es esa clase de chicos que recuerdas durante muchos años, que te preguntas qué hubiera sido de esa relación si hubiera seguido con él o si hubiera ido a buscarle cuando era libre, pero la vergüenza pudo conmigo; que le desearas que le vaya todo lo mejor porque era una persona cariñosa, guapo, valiente, que respetaba a las mujeres. Como al siguiente fin de semana que vino el loco a mi

pueblo de sorpresa y empezó a discutir conmigo en la discoteca, Lian lo vio y aprovechó que me fuera al baño para pegarle un bofetón. Cuando llegué el loco empezó a chillarme que alguien le había dado un puñetazo, le saqué de la discoteca porque vi que le iban a acabar echando de malas maneras. El loco nunca supo quién le había dado ese puñetazo, pero, aunque nunca te dije nada al respecto, Lian, sé que fuiste tú, con las miradas me lo decías todo.

Cuando conseguí dejar al loco, Lian seguía tonteando mucho conmigo, pero ya era tarde para retomar lo que se quedó en un beso, pues él ya tenía novia y no iba a meterme en medio de una relación.

Después me negué a salir con nadie durante un año, no me fiaba ni de mi sombra.

Conocí a otro chico tres años menor que yo, casualidad que coincidió que era amigo de Lian, del mismo barrio donde vivían. Pero su ritmo de vida y sus amistades no iban conmigo para nada, me llenaba de regalos robados, salía con sus amigos de broncas con la gente y no sabían disfrutar sin drogarse. Yo también lo quise mucho, pero no quería esa vida de mierda para mí. Sabía que no podía cambiar por el barrio en el que se había criado y lo que pensaba era que eran sus amigos estaban por encima de todo, así que le dejé, también insistió mucho en que le diera más oportunidades, incluso meses después sabiendo que ya había empezado a medio salir con otro chico.

Al año de dejarle volví con él, todo seguía igual y yo ya no sentía nada más que cariño hacia él, así que volví a dejarle, le hice daño por darle falsas esperanzas, pero él no me haría feliz jamás.

Así que disfruté un par de años saliendo de fiesta con mis amigas, conocí a mucha gente. Me enrollé con varios chicos a lo largo de esos meses y hacía lo que ellos estaban acostumbrados a hacer con otras, liarme con ellos una noche y si te he visto no me acuerdo.

También en ese tiempo me enamoré rápidamente de un chico rubio, cuatro años más joven que yo, el típico chico con el que todas/os se dan la vuelta y parece que se van a romper el cuello observando su belleza. Pero todo lo que tuvo de guapo y seductor lo tenía de niño. Me dejó tirada en un viaje que teníamos planeado para irnos a Mallorca, con los billetes de avión y hotel reservado, dos semanas antes dejó de escribirme, de llamarme, solo una llamada para decirme que lo sentía, que me quería, pero que su madre no le dejaba viajar tan joven él. Más tarde supe que le esperaban unas mejores vacaciones en el pueblo de sus primos con otras chicas. ¡Por lo menos me dejó antes de ponerme los cuernos! Creo que si algún día le veo le daré las gracias por ello y porque me salió más barato irme sola a Mallorca. Era una coña, le he visto dos veces más en diecinueve años y ni me mira a la cara.

Así que pude viajar con mis amigas a las fallas de Valencia, a Vitoria, la playa de San Sebastián... y conocer sitios libremente, aunque al llegar a casa los problemas familiares seguían, cuidando de un sobrino que contaba con tan solo meses cuando mi hermana había que tenerla hospitalizada para que no cometiera locuras, oír a mis padres recriminarse el uno a otro la culpa de lo que la habían consentido y no sé por qué narices, si me parecían pocos problemas, decidí volver a enamorarme de la peor persona que pude fijarme, un lobo con piel de corderito.

Quién me mandaría a mí presentarme a un desconocido, un sábado por la noche en la discoteca, el peor sitio para conocer a una persona, sobre todo cuando vas alegre con la bebida.

Samuel, un chico serio, solo era divertido con sus amigos, pero cuando empezamos la relación, empezó a relacionarse más, a ser simpático con mis amigos también, pero un poco distante siempre con mi familia y la suya, evitaba hablarme de ella y presentármela y meses más tarde lo entendí un poco porque jamás he conocido a una familia tan extraña como la suya. Sus padres, amantes del alcohol, tanto que perdieron sus trabajos y su casa hipotecada por ello. Su hermana

la reina de la envidia, y el resto de su familia buena gente, pero sin querer relacionarse con los padres de Samuel.

El día que sus padres se enteraron de que su hijo estaba saliendo en serio con una chica comenzó mi calvario y en parte el de él. Le quitaron el coche que le habían regalado con dinero negro, bueno, más bien, dejado prestado, porque a cambio tenía que llevar a sus hermanas y padres a todos los sitios.

Según Samuel, le pegaban cuando llegaban borrachos a casa y le robaban el dinero.

Un día que fui a buscar a Samuel con mi coche a su portal, la madre empezó a gritar por la terraza que dejara a su hijo y a insultarme, los vecinos miraban con cara no de asombro, sino de cansancio de aguantar a esa familia en su comunidad.

Cuando nos fuimos de vacaciones por primera vez, tuve que pagarlo yo porque sus padres le habían quitado lo ahorrado.

Me daba mucha pena, mis padres le trataron como a un hijo, se preocupaban mucho por él, por eso cuando me dijo que nos fuéramos a vivir juntos, que ya no aguantaba más a su familia, acepté en parte por ayudarle y en parte porque vi una vía a salir de casa de mis padres también y es lo peor que pude hacer.

Debía haberle dejado en el primer bofetón que me llevé, recuerdo que fue por discutir hablando de su familia, cómo no, y yo, que ya estaba enferma de amor, le excusaba pensando que era así por la vida tan marcada que había llevado, pero que conmigo, dándole el cariño que nunca había tenido de su familia, aprendería a valorar y amar las cosas. Qué gran error pensar que las personas pueden cambiar; pueden modificar su conducta, cambiar sus hábitos, pero cambiar su forma de ser jamás.

Sus padres le echaron de casa cuando sabían que nos íbamos a vivir juntos, solo pudo coger una mochila con tres prendas y su documentación. Entre mis padres y yo conseguimos comprarle algo más de ropa y comer el primer mes de alquiler, después mi padre le metió en la empresa donde trabajaba y pudo tener su primer sueldo y trabajo en condiciones. Pudimos, durante unos meses, vivir bien con los dos sueldos, hasta que me enteré de que Samuel debía una factura de teléfono de ciento cuarenta euros y no la había pagado desde hacía meses, seguido de que en el anterior trabajo antes de estar con mi padre tampoco le habían pagado y no tenía para responder su mitad en el alquiler, así que me puse a trabajar en un segundo trabajo, en una discoteca, un corto tiempo, hasta que encontré otro trabajo mejor en un supermercado y no podía compaginar ambas cosas, y otra vez vino otra desagradable sorpresa.

Al encontrarme en un cajón la famosa factura en la que aparecía un mismo número repetidamente y que solo llamaba cuando yo no estaba, lo copié y al mirar su agenda vi el nombre de la chica con la que casi pillo juntos, pero me adelanté y le fastidié su futura cita con ella. Me fui de casa y regresé con mis padres sin contarles la verdad, solo les dije que la convivencia no era muy buena. Él me pidió mil perdones, me volvió a prometer y me lloró que era lo único que tenía y quería, que me lo iba a demostrar. Yo de nuevo, tonta de mí, le di otra oportunidad, pero ya no confiaba en él, se volvió muy celoso; claro, se cree el ladrón que todos son de la misma condición.

En mi primer cumpleaños viviendo con él, decidí invitar a cenar a unos amigos, a mí me gusta ofrecer lo mejor a mis amistades y que se sientan a gusto, pero él sentía celos hasta de eso, empezó a quejarse de por qué tenía que cocinar eso, que por qué tenía que hacer la tarta así, se cogió la rabieta de un niño de seis años, yo no lo entendía. De repente me cogió el paquete de tabaco y lo mojó en el fregadero, me tiró la comida preparada a la basura y se fue de casa, me

quedé atónita, recogí todo corriendo y volví a preparar un par de tortillas. Solo quedaba media hora para que vinieran mis amigos y estaba avergonzada de que vieran lo que había montado, vino una amiga de toda la vida con antelación y me ayudó a preparar más comida. Yo lloraba pensando en qué les diría a mis amigos, estuve a punto de anular la cena, pero necesitaba el calor de todos ellos. Así que me tragué mis lágrimas. Alucinaron cuando les conté lo sucedido, pero les pedí que siguiéramos como si nada, que ya mañana hablaría con él para dejarlo definitivamente, pero se presentó y me arruinó la fiesta.

Se puso a chillarme, a intentar tirar mi ropa por la ventana, a querer echar a mis amigos de casa, hasta que se volvió a ir y acto seguido todos hicimos lo mismo, ya había conseguido lo que quería. Me fui a casa de mi amiga, no quería que esa noche me quedara en esa casa por si volvía. Al día siguiente tampoco volví, me fui a casa de mis padres, pero mi sorpresa fue que él habló con mi padre para contarle la película a su manera y hacerse de nuevo la víctima, me convenció no sé de qué manera para encima hacerme creer que yo no le valoraba y no solo volví con él, sino que nos cambiamos de casa a otro municipio más lejos de mis padres y amigos, y allí ya sí que dejé de ser mujer, de tener ese orgullo que siempre había tenido para mirar por mí. No quería verlo ni oírlo, pero el dormir con mi peor enemigo me convirtió en una mujer maltratada psicológica y físicamente, porque mi genio me hacía defenderme y en todos los sentidos yo era más fuerte que él aunque no quisiera darme cuenta de ello, si no, hubiera acabado como esas mujeres que pasan a descansar a otro mundo.

No solo le di más de veinte oportunidades, perdí amistades, sufrí humillaciones como que te escupan a la cara, que te tiren a la calle tu ropa y tus zapatos y tú salgas corriendo a recogerlo para que no vean los vecinos que eres tú, como si no cayera en la cuenta de que los vecinos tienen oídos.

Cada vez que discutíamos y yo quisiera dejarle y salir a denunciarle, llamaba a mi familia, a mis amigos y a sus amigos, para contarles otra versión de los hechos, haciéndose pasar por la víctima, inventándose que yo le estaba pegando y que me estaba tomando pastillas para suicidarme. Que te rompan regalos que te han hecho tus amigas, oír sus puños y patadas contra las paredes y puertas, que te intente romper los espejos del coche porque no se cree que llegues diez minutos más tarde a casa porque has tenido que ir a echar gasolina.

Que te encierren en casa, que intente alejarte de tu familia y amigos, que te insulte y te reproche con lo que más daño se pueda hacer; aprendí a perderle también el respeto, cocinando solo para mí, lavando solo mi ropa, insultándole y recordándole de dónde venía, rompiéndole nuestras fotos, nada que ver con sus maltratos, lo sé, pero igualmente una falta de respeto.

Me acostumbré a salir corriendo cada vez que discutíamos para evitar que me tirara del pelo o me empujara contra el suelo, siempre iba a casa de mi amiga Conchi, ella siempre mi pañuelo de lágrimas, cuántas veces me hizo ver que eso no era amor, que iba a ser una desgraciada siempre a su lado, que lo dejara, pero él no me dejaba dejarle; aunque parezca absurdo, era así. Cuando le decía de dejarlo y darnos un largo tiempo, venían sus amenazas, «Dejaré de pagar el piso para que te embarguen a ti y a tu familia», «Te rebano el cuello como me dejes por otro», «Si tú vas a joderme, yo acabo con los tuyos», «Te quemo el coche...», así que cuando me daba vergüenza correr a pedir ayuda a mi amiga, me quedaba la tarde escondida en el garaje hasta que se iba el a trabajar y cuando él iba a regresar salía yo antes de casa para no coincidir, o me daba una vuelta con el coche, o incluso más de una ocasión yo me pagaba una noche de hotel, hasta que a través de sus más de veinte llamadas que me hacía, al final le cogía el teléfono, le veía más calmado y volvía. Pasaba una semana sin hablarle, durmiendo en la habitación de al lado, en un colchón de

plástico con la espalda destrozada del suelo o me iba al sofá, hasta que me hacía ver que teníamos que cambiar los dos y luchar por lo nuestro, que la culpa era mía por no confiar en él. Y lo más absurdo si cabe es que delante de su hermana, sus abuelos y amigos teníamos que hacer el papel de fuera de película, ¡¡hacer que fuésemos una pareja feliz!!

Y así cuatro años de mi vida, perdiéndome la vida tan maravillosa que había fuera de este enfermo entorno, jugándome la vida, humillándome a mí misma como mujer, siendo tan joven y sin tener que depender de nadie, ni económica ni socialmente. Ya no podía ni quería volver a mi casa, no, porque mis padres ya estaban cansados de lo mismo y ellos ni siquiera sabían de tantas humillaciones, pero yo también estaba cansada de oírlos decir «Te lo avisamos», y mis padres discutiendo me creaban el mismo malestar. No podía pagarme un alquiler con lo que ya pagaba de hipoteca y no quería invadir la vida de nadie, pero tampoco sé a qué esperaba si ya estaba convenciéndome de que él jamás cambiaría, hasta deseaba que volviera a intentar engañarme, se enamorase de otra y esta vez fuera él el que quisiera dejarme. Ya no podía tener relaciones sexuales con él, me daban asco hasta sus besos, tenía miedo a que me volviera a dejar embarazada y atarme a él de alguna manera para toda su vida.

Incluso soñaba con que le tocaba la lotería y me abandonaba, con que tenía un accidente de coche y fallecía, es muy fuerte desear esto, nunca he deseado la muerte ni a mi peor enemigo, pero en los sueños yo no mando.

Una noche tuve una pesadilla horrorosa, y a partir de ahí empecé a tener varias más, coincidían cuando discutía con él; la primera que tuve fue corta y pude despertarme enseguida, notaba como mi alma se separaba de mi cuerpo, yo intentaba moverme para encender corriendo la luz de la habitación y estaba inmóvil. Son esos sueños que no sabes distinguir lo que estás soñando y lo que estás viviendo fuera de él, gritaba y gritaba fuerte, porque cuando despertaba notaba cómo me dolía la garganta y tenía los brazos y piernas muy cansadas. En aquella pesadilla soñaba con el más allá, unas sombras blancas me empujaban y querían abrazarme, yo me veía al mismo tiempo luchando contra esas sombras y a la vez mi cuerpo estaba inmóvil en la cama, gritaba que me dejaran quedarme y de repente me dejaban y notaba un brinco en mi cuerpo y entonces sí podía despertar y lo primero que hice fue encender la luz y salir corriendo de la habitación. Cuando había recuperado mi respiración volvía a la cama, pero esta vez ya no me atrevía a quedarme dormida y veía la televisión con la luz encendida, deseando que llegara la hora de irme a trabajar. Así estaba tres días seguidos, dormía tres horas y cuando tenía las pesadillas, ya no dormía más; hablé con mi jefe porque ya estaba agotada en el trabajo, me dieron cita con la psicóloga de la empresa, pero no me sirvió de mucho, ya que trataba de convencerme de que eso no era la realidad y que me tomara pastillas para dormir. A pesar de probar otros métodos, como leer un libro o tomar leche calentita antes de irme a dormir, no tomé pastillas para dormir porque sería peor si al tener esas pesadillas me costaba más salir de ellas, encima yo dormía sola, pues Samuel trabajaba de noche, y encima cuando le conté las pesadillas que tenía, aprovechaba cuando discutíamos para reírse de mí y tratarme de loca.

Así que la única solución que me di fue aprovechar el día para dormir cuando podía y la noche para hacer tareas de la casa como barrer o limpiar los baños, suena a ilógico, pero no descansar más de cuatro horas es un calvario, empecé a intentar buscar un significado a mis malditos sueños, hasta que un mes más tarde tuve la peor pesadilla. Esta vez las sombras blancas me arrastraban de la cama hasta el suelo agarrándome de los pelos, yo me agarraba a las sábanas y a la puerta de la habitación, pues querían tirarme por las escaleras, recuerdo y no resultó el que gritara que me dejaran, que no quería ir al cielo, que me dejaran en la tierra. En ese terrible sueño

consiguieron tirarme por las escaleras y, al levantarme, empezaron a llamar a la puerta de entrada, abría la puerta y me veía a mí misma vestida con un camisón blanco, pálida como si estuviera muerta y sangrando por la cabeza. Me impresionó tanto esa imagen que aún se me ponen los pelos de punta acordándome; en el sueño preguntaba quién era, no obtenía respuesta, subía corriendo las escaleras y me encerraba en la habitación, de repente me despertaba, estaba sudando y tiritando de miedo. Me incorporé a coger el móvil y llamé corriendo a Samuel contándole lo que me había pasado, él vino a casa, no podía entrar porque tenía echada la llave por dentro y me daba miedo abrirle la puerta por si veía otra vez lo del sueño, en esos momentos ya no sabía distinguir el sueño de la realidad, estaba paralizada de miedo, hasta que escuché la voz de él y le abrí.

No volví a tener más pesadillas así.

Semanas más tardes tuve una fuerte discusión con Samuel, yo venía de la peluquería, de ponerme guapa con mis mechas rubias y mi pelo liso.

Él empezó a chillarme que si ya venía de zorrear, esta vez yo no quise salir huyendo. Estaba en el baño cuando él, por detrás, cogió un bote de mis cremas y me lo echó por todo el pelo y empezó a extenderlo para estropearme el peinado, le grité que estaba loco, me encerré en el baño llorando. Oí cómo cerraba por dentro la puerta de la entrada y gritaba que había escondido mis llaves para no salir, pensé «Ya se irá a trabajar dentro de nada y todo acabará», así que me fui a la cama para dar por terminada la discusión. Pero no fue así, le daba más rabia aún que le ignorase sus insultos, así que estando yo tumbada, él inclinó el colchón hasta que me echó al suelo. Bajé corriendo por las escaleras hacia el salón, para buscar mi móvil, observé que estaban todos mis zapatos y bolsos registrados y tirados por el suelo. Definitivamente decidí llamar a la guardia civil, pero él se quedó arriba riéndose porque tenía mi móvil. Volví a subir corriendo las escaleras y forcejeé con él para intentar meter mis manos en sus bolsillos y recuperar mi móvil, al final me empujó y tropecé en las escaleras, por suerte, al sujetarme en la barandilla, solo resbalé y caí tres peldaños de escalera, digo por suerte, porque al final de la escalera había una máquina de cortar azulejos con la hoja puesta, Samuel la usaba para cortar tablas y rodapiés para la casa. Mientras yo trataba de incorporarme con mucho dolor en el coxis y en un codo, le grité por última vez «Mi vida vale más que la tuya y ya no me das pena, voy a hacer lo que tenía que haber hecho hace tiempo». Él bajó corriendo por mi lado y en el salón empezó a llamar con su móvil a la guardia civil, vi cómo dejaba mi móvil en uno de mis bolsos, lo cogí y salí corriendo a encerrarme de nuevo al baño e intentar llamar a mi amiga; él, mientras, hablaba con la guardia civil diciéndoles que estaba como ida pegándole y rompiendo todo, que vinieran corriendo, yo suspiré y pensé «¡Me da igual ya que mienta, con tal de que vengan y me saquen de este infierno!».

Tardaron media hora en venir, en ese tiempo él seguía llamando por teléfono a sus amigos para que vinieran, a su hermana y a su tía, esta vez no llamó a mi familia ni a mis amigos. En todo ese tiempo vi pasar todos mis cuatro años junto a él, todo lo malo. Entendí mi gran pesadilla, aquella chica que apareció en mi sueño, muerta, era yo, mi ángel me estaba avisando de que, si seguía viviendo con él, acabaría muy mal.

Cuando llegó la guardia civil, primero quisieron hablar con él, después hablaron conmigo, les conté todo, ellos podían ver mi pelo empapado en crema, me dijeron que estaba muy nerviosa, que lo mejor era que me tomara un tranquilizante y, si seguíamos discutiendo, pensar en separarnos, yo les dije que no quería seguir con él, que por favor me llevaran con ellos a ponerle una denuncia, me dijeron que me lo pensara bien y que hasta mañana no podría ponerla. Yo

alucinaba, ellos se iban y me dejaban sola con él y con sus amigos que iban a llegar en cualquier momento, por suerte, mi amiga Conchi y su novio vinieron a buscarme y me llevaron al cuartel de la guardia civil de otro municipio, no quería esperar hasta el día siguiente para denunciar tal y como me habían dicho los otros, y de nuevo gracias a estos dos grandes amigos que estuvieron toda la madrugada conmigo pasando frío en aquella comisaría, que me apoyaban y me mimaban tanto haciendo ver hasta dónde había llegado y que no podía ya dar marcha atrás, que todo iba a ir bien. Yo lloraba y asentía, estaba muerta de miedo por las represalias que él pudiera tener conmigo o mi familia, estaba confusa y avergonzada de hasta dónde había llegado todo esto, de cómo mi vida con veintiocho años iba mal encaminada y había que cortar el camino ya y empezar a ordenar mi vida y seguir luchando por mí misma. Sentí vergüenza cuando estuve más de una hora hablando con el policía, agradezco su trato, se quedaba asombrado cuando le contaba por encima todo lo que había aguantado, me decía que era muy joven para aguantar eso, que estaba haciendo lo mejor y era muy valiente, que cómo era capaz la guardia civil de actuar así, si lo primero que tenían que haber hecho es meterme en su patrulla y llevarme a poner la denuncia. Me ofrecían agua, pañuelos, ayuda psicológica, protección, conseguí que me dieran un dispositivo que tenía que llevar conmigo a todas horas; si mi expareja intentaba acercarse a mí o entrar en casa, llamaría desde ese dispositivo e inmediatamente vendría la guardia civil. Automáticamente le pusieron una orden de alejamiento y en busca y captura para llevarle al calabozo hasta que se hiciera un juicio rápido, yo le dije al policía si eso no era demasiado, el detenerle, y el policía afirmó que era lo mínimo después de lo que yo había sufrido.

Estuvimos cerca de siete horas, entre que me miraba un forense y declaraba. Cuando llegué a casa de mi amiga ya solo me quedaban dos horas para volver al trabajo, no dejaba de pensar en mi casa, si habría roto algo al enterarse de que le iban a llevar detenido, pero una vez más la guardia civil actuó como le dio la gana, ya que no le pusieron en busca y captura, lo llamaron por teléfono y le dijeron que tenían que llevárselo al cuartel, pero que se lo tomase con calma, que no había prisa, o al menos esto es lo que le contó por teléfono a mi amigo, así que catorce horas más tarde desde que le puse la denuncia es cuando fue detenido.

Estuvo dos días en el calabozo, hasta que su abogada se presentó, me tomaron declaración, se la tomaron a él, por suerte sin vernos.

Al final decidieron ponerle la orden de alejamiento hasta nuevo juicio y poder vivir yo en el piso, hasta que decidiéramos si se vendía, alquilaba o me lo quedaba yo.

Es triste comprobar por una misma lo atrasadas que van las leyes aún del maltrato, cuando es la principal noticia en todos los telediarios, radios y prensa. Bien claro me lo dijo mi abogada, si hubiera denunciado el día que me dejó un cardenal en el brazo, un mordisco en el hombro o cuando ocultaba con maquillaje mi cara por el moratón que tenía en el pómulos, entonces hubiera ido directo al cuartel, a no ser que se presentaran en mi casa los mismos guardias civiles y volvieran actuar a su favor.

Pero aún ponen en duda tu declaración, aun cuando la persona que agrede reconoce las humillaciones que te ha hecho, los insultos y el empujón a punto de costarme la vida.

Los siguientes meses los viví asustada, cuando salía de casa, por si estaba esperándome en algún rincón del portal para hacerme daño, y cuando regresaba del trabajo por la noche, más de lo mismo. Había días que miraba hasta dentro de los armarios, eso sí, una vez que me quedaba dormida, dormía del tirón, no volví a tener esas pesadillas. Si estaba un poco más tranquila era por el dispositivo de seguridad que tenía, aun así, llevaba siempre conmigo un spray de autodefensa, sé que era ilegal, pero por encima de todo estaba mi integridad física.

Una noche que regresaba a casa después de haber estado saliendo con una amiga hasta la madrugada, cuando estaba metiéndome en la cama empecé a oír cómo intentaban abrir la puerta, por suerte yo ya había cambiado la cerradura, bajé hasta la entrada temblándome las piernas, no abrí la puerta, llamé con el dispositivo y hasta quince minutos más tarde no se presentó la policía, que están a tres minutos de mi casa, lógicamente allí ya no había nadie.

A las pocas semanas de salir el juicio rápido, él declaró que jamás me había hecho daño y que solo quería protegerme. Se presentaron testigos a favor de él, los dos guardias civiles que habían estado tomándonos declaración en casa; parecían muy amigotes, pues cuando se vieron se saludaron y conversaban amistosamente y riéndose antes de entrar a declarar. Ellos declararon que yo no quería denunciar, claro, qué iban a decir, si decían la verdad, les podían condenar a ellos también por no hacer bien su trabajo, pero Samuel se contradecía él solo mintiendo una vez más, así que le condenaron seis meses más de alejamiento.

No quise pedirle nada de dinero por daños, solo quería no volver a verle jamás. Finalmente, el juez le condenó a hacer trabajos para la comunidad por una serie de horas, él se cabreó y todos fueron testigos de cómo su cara de corderito pasaba a mostrar su verdadero ser. Pocas semanas más tarde, al salir del trabajo, había un coche parado que, en cuanto me vio pasar con mi coche, salió detrás de mí, me paré en dos ocasiones poniendo las luces de emergencia y el coche también se paraba, me siguió hasta mitad de camino, que me paré en una rotonda para ver quién era. Solo pude ver que era una chica morena y al ver que le estaba haciendo fotos a la matrícula de su coche se dio la vuelta y se fue muy rápido. No quise darle más importancia.

Acabé un poco agotada de ir cada dos semanas a hablar con la psicóloga de la Casa de la mujer para ver cómo me iba todo, intenté pedir ayudas para poder pagar el piso, pues Samuel había cumplido su promesa de no pagar nada y en servicios sociales me dijeron en mi cara que, como no era extranjera con hijos y tenía nómina, no me iban a ayudar.

Me busqué otros dos trabajos más para ganar un dinero extra, cuidaba cinco horas a un niño de cuatro años, después a trabajar ocho horas en un supermercado y los sábados por la noche de camarera. Estaba agotada físicamente, pero psicológicamente iba mejorando a pasos agigantados, ya no tenía que dar explicaciones de por qué me había retrasado cinco minutos en llegar a casa ni enseñar los tiques de la compra para demostrar nada. Qué relajación me daba mi casa en silencio, sin gritos, sin oírme llorar.

Me estaba haciendo, si cabe, más fuerte, no tenía claro lo que quería, si vivir sola por un tiempo, si volver a encontrar el amor de verdad, pero lo que tenía claro era lo que no quería, no iba a consentir jamás que me faltaran el respeto, iba a luchar por lo que es mío, por lo que nadie me había regalado, iba a demostrarme a mí misma que soy una mujer.

Ya no me importaba nada el qué dirían los demás de mí, el que si sus amigos en verdad pensaban que estaba loca, más locos estaban ellos por aguantar a un maltratador como amigo.

Me daba igual que mis padres montaran en cólera cuando supieron que estaba sola frente al pago de la casa, cuando mi madre lloraba y me metía miedo en el cuerpo por si él me iba a hacer algo; yo sabía cómo cuidarme las espaldas y, sobre todo, me daba igual que la familia de Samuel intentara hacer algo, sabían que iría en contra de su hijo. Menudo descanso el quitarme de encima a su mala familia, la que cuando nació su primer nieto ninguno quiso conocerlo por el rencor que tenían a su propio hijo. La que estando de nuevo mi hijo, su único nieto, entre la vida y la muerte, no solo no quisieron malgastar cinco minutos de su tiempo en acercarse al hospital, ni siquiera una llamada de apoyo; por eso y muchas cosas más que he tenido que soportar doy las gracias a la vida por ser quien soy y tener la fuerza suficiente para dar una patada a esos malos

recuerdos y hacerme respetar. Me importaban cosas más importantes, como que los míos tuvieran buena salud, seguir teniendo el apoyo de mis amigos y seguir teniendo la fuerza suficiente para poder seguir trabajando y poder afrontar los gastos, sin deber nada económicamente a nadie.

CAPÍTULO V

El motor de mi vida

9 de marzo de 2008

—Queridos futuros padres, acabáis de crear una vida, ahora solo soy una célula y aún me queda un largo camino para anidar en tu útero y convertirme en embrión, pronto os demostraré cómo soy capaz de ir creciendo. Juntos espero poder formar parte de vuestra familia deseada.

Fue un mes y medio más tarde cuando iba sola a una revisión ginecológica por unos quistes que me salían en los ovarios y me dieron la buena noticia de que estaba embarazada y quizás, al quedarme embarazada, mi embrión, además, había expulsado esos quistes.

Aquel día era el principio de mi corto camino hacia la felicidad. No puedo explicar la cantidad de emociones que se me amontonaron en cuestión de segundos; lloré de alegría, estaba deseando decírselo a todos, pero al pensar en mi novio se me apagaron las emociones, pues él no quería tener un hijo, no sabía cómo decírselo, sabía que se lo tomaría mal, pero no imaginé que tanto.

Cuando le dije por teléfono que íbamos a ser uno más, me colgó el teléfono, fui a buscarle y estaba muy enfadado, me dijo que le había jodido la vida y que me pensara el tenerlo, que él, por su parte, no quería.

Yo rompí a llorar, le dije que se arrepentiría y que no abortaría jamás.

Se me quitaron las ganas de contárselo a nadie, veía a mis compañeras embarazadas y cómo sus maridos les regalaban flores, como las mimaban y las llamaban todos los días para preocuparse por sus síntomas y yo no tuve nada de eso, solo el silencio cada vez que llegaba a casa.

Iba sola al médico, mis padres lo llamaban para animarle y darle la enhorabuena y él pasaba de todo, hasta que decidí volver con mis padres. No podía seguir aguantando su ignorancia, me dolía oírle decir que abortara. No quería hacer sufrir a mi embrión, al cabo de una semana parecía que Samuel se había arrepentido su forma de actuar y aceptó formar una familia.

—Querida mamá, no llores más, que me apena sentirte preocupada por nuestro futuro; gracias por decidir tenerme, sé que es lo que más deseas y yo deseo hacerte pasar los nueve meses más buenos dentro de tu vientre. Recuerda que siempre estaré contigo.

Yo desde siempre dije que me gustaría llamar a mi primer hijo Christian, un nombre dulce, bonito y era el único que nos gustaba a los dos; y si era niña, Naiara, pero no quisimos saber su sexo hasta el día de su nacimiento, nos gustaba la intriga. Lo que más me importaba era que estuviera todo bien y fuera un bebé sanísimo.

Estaba ansiosa por ver la primera ecografía para terminar de creérmelo, hasta entonces solo tuve dos vómitos y molestias parecidas a la menstruación. Soy una mujer delgada y, la verdad, hasta que no estuve de cuatro meses no fue cuando mi barriguita empezaba a notarse, pero yo ya estaba ansiosa por que mi panza creciera y al final llegué a engordar trece kilos.

La noche anterior a la ecografía me la pasé dando vueltas, imaginando cómo sería mi embrión, hasta me seguía asustando la idea de que no estuviera embarazada.

Esperando en la sala de espera, de los nervios, no paraba de morderme las uñas. ¡Qué ganas tenía de que giraran ya el monitor y ver a mi hijo! Oía a la doctora decir, feto único vivo, hueso

nasal presente... y cuando lo vi, se movía muchísimo; cómo levantaba sus bracitos, cómo se veía de claro su espina dorsal, sus diminutos pies y su enorme corazón. Le dije a la doctora que si podía ponerme el latido de su corazón y muy seca me dijo que se veía, que era bastante, yo me quedé con las ganas, pero no olvidaré jamás esa primera ecografía, ese pequeñísimo cuerpo en forma de cacahuete, moverse tan rápido, tan lleno de vida, con solo seis centímetros, ya me lo creía. Cómo es de sabia la naturaleza, los análisis estaban bien, no había riesgo de síndrome de Down, estaba orgullosísima enseñando las ecografías a mi gente. Colgué todas las fotos de las ecografías en las neveras, para verlas nada más levantarme todos los días.

—Ya habéis podido verme haciendo acrobacias dentro de la tripita, tengo tanto espacio para mí, estoy flotando y estoy muy calentito. Crezco muy rápido, solo os pido que habléis bajito y me transmitáis todo vuestro amor.

Alrededor de la semana dieciocho, mientras dormía sentí a mi bebé por primera vez dentro de mí. Fue como un aleteo, me hizo estar toda la noche atenta a cada movimiento. Feliz porque significaba que mi feto tenía vida, le sentía mientras conducía, cuando mi bebé tenía hipo, cuando terminaba de comer, tenía que tumbarme en el sofá, para relajar la presión que ejercía en mis costillas. Estaba deseando ver la segunda ecografía, a la cual me acompañó mi madre, ya que el futuro padre de mi hijo seguía sin querer hacerse a la idea, y yo no quería disgustarme y disgustar a mi bebé.

Fue un poco duro ir a las consultas y ver en las salas de espera a las demás embarazadas compartiendo esa felicidad con sus parejas, estar en el trabajo rodeada de más compañeras embarazadas y ver cómo sus maridos les regalaban flores, las llamaban todos los días en el descanso para preocuparse por ellas y mimarlas, y yo como una tonta dándole tiempo a que se diera cuenta de lo que se estaba perdiendo.

En el séptimo mes, Samuel reaccionó de que iba a ser padre, me pidió perdón y volví a irme a vivir con él, no quería negarle la oportunidad de que mi hijo creciera con su padre.

Me gustaba que me tocaran la tripa y le hablaran para que mi hijo se fuera haciendo a la idea de la gente que estaba deseando conocerle, todos seguían intentando averiguar si sería niño o niña; lo típico, va a ser niño porque estás muy guapa, va a ser niña porque la has sentido muy pronto, va a ser niño porque te has caído de rodillas... La mayoría decían niño, yo sinceramente no tenía ni idea, tuve varios sueños, al principio muy bonitos, en los que daba a luz una niña rubita, gordita, en otra ocasión tenía un nene muy arrugadito y moreno, y en la recta final del embarazo tuve un mal sueño en el que tenía un aborto de un varón.

Sabía que, si tenía un niño, sería muy mimado por mis padres, ya que ellos solo tuvieron niñas y se quedaron con las ganas de un hijo, aunque tenían otro nieto por parte de mi hermanastra, pero ella cada vez que mis padres no le daban dinero o lo que quisiera utilizaba a su hijo con no dejarles que lo vieran.

Me cuidé muchísimo durante el embarazo, iba a las clases de preparación al parto, hacíamos pilates y relajación, iba a clases de natación para embarazadas, andaba todos los días media hora, a pesar de que no me gustara andar, fui a charlas de embarazadas a otros centros y tiendas de bebés donde las impartían. Me apunté a revistas de embarazo y bebés para estar al día, quería ser una madre perfectamente informada, me envolvía en Nivea dos veces al día para no tener estrías, y me dio resultado, aunque creo que es más genética. Al igual que el masaje perineal con rosa de mosqueta que hizo que no me dieran ni un punto al parir, cosa que me aterraba muchísimo.

—Querida mamá, ya te oigo mejor y reconozco las voces, me encanta que me cantes, que hagas que sienta que no estoy solo. No te asustes si a veces no me muevo, es que yo también duermo aunque no coincidamos en esa rutina. Ya abro y cierro los ojos, bostezo y tengo mucho hipo. Me encanta tocar esta pared con mis manos y pies, espero no hacerte mucho daño, es mi manera de decir ¡no os olvidéis que estoy aquí! Ya queda poquito para salir y estoy deseándolo. Aquí ya casi no hay espacio para mí y quiero compartir con vosotros esas risas que oigo de felicidad. Soy un bebé muy guapo, ya lo veréis, todos van a querer cogerme, aviso, soy muy hambriento.

En el último mes de embarazo me empadroné en Valdemoro, donde íbamos a vivir, como ya no podía yo sola estar moviéndome cada dos por tres a Fuenlabrada, me cambié también los médicos a Valdemoro, mi gran error también, ya que lo peor era el ambulatorio, siempre saturado, las matronas saturadas, las pediatras que no eran pediatras, sino médicos de familia. Me daban cita para monitores a las cuarenta y dos semanas de gestación, y el hospital recién abierto, con instalaciones muy confortables, muy íntimo, pero sin máquinas, ni medios, ni médicos de guardia suficientes.

Ya tenía todo preparado para el gran día, la canastilla del bebé, mi ropa, la agenda de teléfono, la videocámara cargada, en fin, todo, y eso que las matronas dicen que a las primerizas se nos retrasa la fecha de parto.

Pedí a mi familia que no me llevara bombones, que lo primero que comería nada más parir sería un bocadillo de jamón serrano, ya que solo lo había comido en dos ocasiones, previamente congelado, en todo el embarazo.

—Tranquila, mamá, aprovecha para descansar, que soy un bebé muy espabilado, yo también tengo muchas ganas de conoceros, ver mi habitación que con tanto cuidado que la has preparado, montar en ese carro que tan orgullosos me han regalado los abuelos, dormir entre vosotros, aprender con papá a jugar al fútbol y aprender esas canciones que tú, mamá, me cantas y tanto me relajan.

Y llegó el momento más esperado, cuando menos lo esperábamos.

Así fue, el 29 de noviembre haciendo la compra en mi trabajo, estaba pidiendo pescado cuando empecé a sentirme un poco mojada, fui al baño, una de las cajeras me dijo: «¿A ver si estás de parto?», pero creí que era solo flujo o que tenía ganas de orinar. Cené en casa tan normal, me había puesto una compresa y a la mañana siguiente sí estaba mojada, pero tampoco parecía que había roto aguas como nos lo había descrito la matrona exagerando tanto, que es como si fuera un grifo.

Al día siguiente tuve otra discusión con Samuel porque quería irse a jugar al fútbol con sus amigos y yo le pedía que se quedara por si me ponía de parto.

Empecé a sentirme un poco rara, ya no sentía al bebé y los dos o tres golpes que me dio mi bebé eran golpes secos, tenía la tripa muy bajita y dura. Al ver que Samuel no se movía y estaba preparando su bolsa de deporte, yo cogí la bolsa de mi bebé ya preparada y la mía con los papeles y me fui en mi propio coche, conduciendo hacia el hospital, sé que hice una locura, pero ya estaba intranquila y no podía esperar a que viniera algún familiar a buscarme, y como no tenía contracciones, pensé que me mandarían reposo y a casa.

Me miró una doctora y me puso una especie de tela verde como compresa, andar una hora y media por el pasillo para comprobar que había rotura de bolsa, y así fue. Cuando me vio el ginecólogo me confirmó que tenía rotura de bolsa, llevaba perdiendo líquido amniótico veinticuatro horas, me explicó que a veces la rotura no es tan exagerada y que me tranquilizara porque las aguas se regeneraban, que no existía eso que llaman el parto seco, que mis aguas eran

limpias, eso era lo importante. Si en doce horas no me ponía de parto, o bien me lo provocarían o bien me harían una cesárea.

Me motorizaron para controlar mis constantes y las de mi hijo y para ver la duración de mis contracciones. Cuando oí al doctor pidiendo cama para ingresarme no podía creérmelo, ya estaba más cerca de convertirme en mamá. Cuando me quedaba sola en la sala de ginecología le susurraba a mi bebé «Tranquilo, mi vida, que estamos a salvo».

Samuel se encontraba ya esperando en urgencias, sin imaginarse nada.

Vino una celadora a buscarme, muy simpática. Yo me encontraba perfecta para ir andando, pero me aseguró que después de romper aguas lo mejor era ir sentada y me condujo hasta mi habitación, nunca había visto una habitación tan íntima y nueva. Una habitación sola para nosotros, más grande, con un baño solo para mí. Podía bañar a mi bebé allí mismo. Una cuna casi a estrenar, wifi, sofá cama para el padre... Pero después mi siguiente reacción fue llorar, me sentía a la vez sola, a la vez con miedo, en ese momento apareció Samuel, me abrazó y me intentó animar diciendo «Bueno, ya ha llegado la hora». Le expliqué lo que me había dicho el ginecólogo, que me aterraba la idea de que me hicieran una cesárea, después de todo el ejercicio y masajes del periné que había estado haciendo para que no me dieran puntos, y que quería que fuera un parto de lo más natural, para enterarme de todo y que él pudiera estar presente en el nacimiento de su primer hijo. Al entrar una auxiliar me vio tan nerviosa que esperó un rato más para tomarme las constantes y la vía, después, el que empecé a ponerse nervioso fue el futuro padre, sin darse cuenta quería él ponerme el manguito de la tensión y la auxiliar tuvo que decirle que se tranquilizara y la dejara hacer su trabajo. De repente reaccioné y me di cuenta de que no estaba depilada, para mí eso era un horror, quería estar bien aseada, así que en cuanto me pusieron la vía, Samuel me ayudó a ducharme y a depilarme las piernas; tenía cita para hacerme la cera un par de días después, siempre con imprevistos.

Vinieron mis padres inmediatamente, querían tranquilizarnos, pero pasé toda la noche intranquila, deseando ponerme de parto, pues yo seguía preocupada por llevar tanto tiempo con la bolsa rota, y empecé con contracciones.

Vino mi matrón a presentarse, un hombre gay simpático y muy agradable. Le pedí que no me administraran epidural, que iba a aguantar sin ella.

—¡Muy bien!, ¡otra valiente! —dijo irónicamente el matrón.

Me llevaron a la sala de partos, era acogedora y eso tranquilizaba, pero lo que más agradeceré siempre es el trato humanitario de todo el personal sanitario de paritorio que estuvo acompañándome.

Mi matrón me miró la vagina, me puso una especie de hilo pegado a la pared uterina y me dijo que me quedaría unas diez horas para parir, pero rápido me empezó a molestar mucho.

Al verme de nuevo me dijo que ya no iba a ser necesario porque ya estaba dilatando y me quitó aquel hilo, aún recuerdo cómo me dolió ese tirón al quitármelo. Me dijo que seguramente tendría un parto natural sin ayuda.

Le pedí a Samuel que se fuera mientras a casa a asearse y a por su ropa.

Le pregunté al médico si podía levantarme y andar o botar sobre la pelota de pilates, me dijo que sí, era mejor para que el bebé se deslizara mejor por el canal del parto, pero que esperase a estar acompañada para no caerme o marearme.

Basta que Samuel se fuera que empecé a tener unos dolores de contracciones horribles, me hacían chillar de dolor, no había manera de aguantarlo, me duché varias veces a ver si me relajaba, pero cada dos minutos y medio me venía la contracción, chillaba como una loca, me

agarraba a las sábanas de la cama, a la silla, a lo primero que pillara, se me hizo eterno; Samuel solo tardó una hora, a mí se me hizo interminable, entró asustado, se me oía chillar en todo el pasillo. Más tarde oía también a otras parturientas chillar. Recordaba y maldecía a las personas que en su día me dijeron que yo al tener las reglas tan fuertes no notaría las contracciones, otro falso mito, «Bendita regla», pensé.

El personal médico y la matrona entraron asustados y más al verme de rodillas en el suelo, entonces pedí por favor que me pusieran la epidural cuanto antes. Decían que no podían, ya que solo estaba de dos centímetros de dilatación.

—¡Me da igual!, pues hacedme una cesárea o lo que sea —dije.

Ahora sé que el dolor me hacía decir cosas sin pensar.

A los diez minutos volvió a salir Samuel diciendo que yo no podía más, le dijeron que ya habían avisado al anestesista, que estaba de urgencias, pero que debía haber aguantado yo más porque la epidural me retrasaría el parto. Pero no fue así, vino el anestesista también muy simpático, me intentó explicar los pros y contras de los efectos de la anestesia, pero no le di tiempo, le dije que lo que fuera con tal de rebajar este dolor y firmé deprisa. Le pidieron a Samuel que se saliera, no sabíamos si ir avisando a la familia o esperar, al final optamos por avisarles.

Me iban diciendo cómo tenía que colocarme para colocarme el catéter en la espalda, ni siquiera pensé en lo que a muchas nos asusta, en si se equivocaban y lo ponían en mal sitio. Me avisaron de que notaría calor y un poco de dolor al sentir como pasa el líquido por la espalda, yo no sentí nada. También me comentaron que podría dormirse o sentir un cosquilleo en la pierna derecha, tampoco me pasó. No quisieron ponerme mucha epidural para que notara un poco las contracciones y así poder empujar, es cierto que seguía sintiéndolas, pero el dolor era más reducido, ¡qué alivio sentía! Ya estaba expulsando el tapón mucoso, eso le impresionó muchísimo a Samuel, que se lo comentó a mi matrón, y al verme de nuevo comprobó que tenía el cuello del útero prácticamente borrado, iba todo demasiado deprisa para ser primeriza.

La cabeza de mi bebé estaba muy cerca. De doce horas que se pensó en un momento, ya apenas calculaba un par de horas, pero no llegó, a los diez minutos les dije que tenía ganas de empujar y es cuando el parto se adelantó. Tenía varios ginecólogos jóvenes de prácticas colaborando en el parto y dos o tres auxiliares del centro viendo sorprendidas lo rápido que iba todo. Le pedimos a nuestro matrón si podíamos grabar el parto, nos dejó, siempre y cuando no les grabásemos a ellos y no se complicara el parto. Me hacía muchísima ilusión guardar este recuerdo para nosotros y para mi hijo/a cuando fuera mayor.

Cuando llegó mi padre le dejaron entrar un minuto para verme, sé que esto no suelen dejar hacerlo. También ya había pasado antes mi amiga Conchi para darme un beso y animarme.

Fuera en la sala mi amiga y mi padre estaban ansiosos de conocer a mi bebé, después llegó mi madre.

Todo iba perfecto, ya no tenía dolor, mi matrona y el resto de personal me animaban mucho, sobre todo con sus tranquilizadoras palabras y recalando que lo estaba haciendo muy bien, una de ellas me ayudó aplastando mi vientre para bajarlo al mismo tiempo que yo cogía aire y empujaba. Y en tres empujones mi bebé se asomaba a la vida.

Yo estaba semisentada, así pude ver su pelo. En siete minutos salió de mi interior, cuando tenía medio cuerpo fuera, el matrón me cogió las manos y me animó a sacarle, yo tenía miedo de que se me resbalase. Me lo puse en mi pecho, solo me fijé en su pelo, sus grandes pies, todavía no me había dado cuenta de que era un varón y eso que el médico decía «Coge a tu hijo, cógelo».

Al principio le costó llorar, le masajeaban la espalda y animaban a que tosiera hasta que por fin arrancó a llorar, el mejor sonido musical que estás deseando oír, y en cuestión de segundos abrió los ojos. Miraba atento a la cámara y a sus padres, yo lloraba de felicidad.

Me decían que cuando acabas de tener a tu hijo en brazos nada más nacer es lo más bonito que te puede pasar en la vida, y es así, pero hasta que no vives tu propia experiencia no es ni la mitad de cómo imaginabas.

Hay palabras y sentimientos difíciles para describir este cambio. Te das cuenta y valoras más, todo lo que tu madre ha hecho por ti desde que naciste para que crezcas sano.

Cuando vi que era un niño me alegré muchísimo, y eso que al ser el primero me daba igual el sexo, pero pensé en que mis padres pronunciarían mejor el nombre, y en su padre, que él deseaba darles a sus abuelos el primer bisnieto varón.

Christian, el ser más bonito para mí, no era un bebé arrugadito como suelen ser los recién nacidos, llamaba la atención, sus ojazos azules oscuros y su piel morena.

Al principio parecía chinito, pero a las pocas horas todos coincidíamos en que era un bebé muy espabilado.

Tenía la nariz de mamá, pero idéntico a su padre, hasta el mismo remolino del pelo y color de piel.

Mi hijo nació adelantándose once días, pesó solo dos kilos y setecientos setenta gramos, midió cuarenta y nueve centímetros, en el test de Apgar al primer minuto dio nueve y a los cinco minutos su resultado fue de diez.

Nada más ponérmelo en mi pecho intentaba rectar hacia su fuente de alimentación, el matrón cortó el cordón, oí que decía que el cordón no valía, después me explicó que notaría una presión porque estaba saliendo la placenta, pero tampoco noté nada, y eso que la placenta era doble. Yo estaba alelada con mi hijo, estaba maravillada con el bebé tan guapo que la naturaleza me había regalado.

Conseguí que se enganchara muy rápido a mi pecho, pero tuvieron que llevárselo a realizarle el test y a ponerle la vitamina K; eso sí, en todo momento pedían al padre que los acompañara, no como en otros centros que se lo llevan sin que puedas acompañar a tu propio hijo, además, yo desde la cama los veía.

Nos preguntaron si queríamos que entrara solo un familiar a conocer al pequeño Chris o bien que el padre saliera con su hijo solo unos segundos para enseñarles a nuestro hijo. Sin pensarlo le entregaron a Christian en un saquito que aún guardo de recuerdo, ¡qué pequeñito era!

Su padre temblaba de lo nervioso que estaba y salió a dar la buena noticia. Me contó que nada más salir, incluso otras personas que se encontraban en la sala esperando a otras futuras mamás, se acercaron corriendo a verle y todos decían «Qué chiquitín tan espabilado». A mi padre se le saltaron las lágrimas de auténtica felicidad y le dijo a mi amiga que cómo era posible, que él solo había valido para hacer hijas y sus hijas les estábamos dando hasta entonces solo nietos.

Mi amiga también se emocionó y abrazó a mis padres. Mi madre salía corriendo del baño en ese momento, para conocer a su nieto, en ese momento salía mi matrón para llevarlos de nuevo conmigo, de los nervios mi madre seguía sin saber qué era; «Un niño», dijo mi amiga, y gritó de emoción.

No hizo falta que me dieran ningún punto, habían dado resultado mis masajes del periné, mi matrón me dijo que me daría uno, pero que mejor que cicatrizara solo. No podía pedir más, me comía a besos a mi chiquitín. Me dio el mejor embarazo que se le puede dar a una madre primeriza y lo más importante, habíamos creado al mejor ser que se puede desear.

Enseguida me llevaron a mi habitación, como me encontraba tan bien y sentía casi totalmente mi cuerpo, era capaz de levantarme con ayuda de la celadora, que me vio tan espabilada al igual que a mi hijo que me dijo «¡Arriba, que la familia espera!».

Y, en efecto, ya estaban mis padres deseando vernos para darme la enhorabuena. Mi madre me comía a besos, me decía que era una campeona. Yo seguía emocionada y dando mil gracias a la vida.

Enseguida empezaron a llegar familiares y amigos. Cuando me veían levantada y andando de un lado a otro me decían que parecía mentira que acabara de dar a luz, hubo ocasiones en las que llegaron a juntarse doce personas en la habitación y ahí sí que me agobiaba porque no era capaz de darle el pecho a Christian. Hubo un momento que se quedó mi madre conmigo, pero con su nerviosismo me estaba poniendo alterada a mí también, así que le pedí que por favor se saliera un rato y entonces Chris se enganchó perfectamente, y aunque al principio solo tenía calostros, no se soltaba, estaba a gustito al calor de nuestros cuerpos pegaditos. En las primeras horas me aconsejaron que le diera mi propio calor corporal, ya que, de estar enseñándole a todos a Chris, estaba un poquitín bajo de temperatura.

Y llegó nuestra primera noche con él, apenas dormimos, nuestro hijo solo se dormía si estaba la luz encendida, yo estaba atenta a cada movimiento o ruidito que Chris hacía, y es que en el momento que le tuve no supe lo que volvió a ser el sueño profundo, supongo que como la mayoría de las madres, y es que el instinto maternal es así.

Y a la mañana siguiente otro mogollón de gente, mi habitación parecía la fábrica de bombones, Samuel no dejaba de subir y bajar al coche para dejar regalos que le habían hecho a Chris, y yo una madre orgullosa de mostrar al bombón, a mi mofletes, y él encantado. Le gustaban que le vieran, porque cuando le ponía en la cuna y entraba alguien se quejaba para que se acercaran a verle o le cogieran y les presentara.

El primer día que nació Chris, le limpiaron por encima, pero no se les baña hasta el día siguiente para que no pierdan calor, así que al día siguiente cuando entró una auxiliar y nos preguntó quién quería darle su primer baño, yo iba a decir que yo, pero la auxiliar al ver al padre nervioso le dijo que lo lavara él con su ayuda y lo hicieron muy bien.

Yo estaba deseando volver a casa, en el hospital estaba a gusto porque tenía todo hecho, no tenía que limpiar ni cocinar, pero quería tener mi propia intimidad, poder alimentar a mi hijo tranquilamente, bañarle...

Estaba muy ilusionada, atrás habían quedado los reproches a Samuel por no estar a mi lado cuando había que estarlo, le vi un cambio muy maduro en cuestión de horas, pensé «Por fin está ilusionado y con ganas de formar una familia, va a respetarme porque le he dado lo más bonito de la vida». Pero mis ilusiones se vieron esfumadas más adelante.

CAPÍTULO VI

Aprendiendo a ser padres

A los dos días nos dieron el alta en el hospital, primero vino otro matrócn del hospital, me vio la herida, vio que no tenía puntos y que mi estado en general estaba bien. Después vino la pediatra y nos dijo que todo estaba bien, pero que a mi bebé le habían visto un soplo en su pequeño corazón, no me habían comentado nada hasta entonces. Nos dijeron que no nos preocupáramos, que muchos bebés nacen con ello. Chris al nacer antes de tiempo no se había terminado de cerrar uno de los agujeritos, pero que en unos días se cerraría. No obstante, dijo que le habían pedido a la cardióloga del hospital que le mirase antes de terminar su turno para que nos fuéramos a casa más tranquilos. Yo también pensé que no era nada al confiar en las palabras de aquella pediatra que lo excusaba con haber nacido antes de la fecha, y porque yo también había nacido con un soplo funcional sin más complicaciones.

Y después de varias horas esperando, le vio la cardióloga.

Le hicieron una ecografía en el corazón, pero Chris no paraba de llorar, le di el pecho para que se tranquilizara y al probar otra vez a hacerle la ecografía, se puso otra vez a llorar, normal, mi bebé estaba ya cansado, le acababan de hacer la prueba del talón y como la cardióloga tenía mucha prisa por irse, nos dijo que no nos preocupásemos, que en unos días se cerraría y nos dio cita para tres meses más tarde, que le fuéramos observando.

Primera situación en la que no supe reaccionar. Debería no haberme quedado conforme y haberle llevado al hospital donde me trataron a mí de mi corazón.

Llegamos a las seis de la tarde a casa, estaba nevando, desde el mismo día que mi hijo nació no había parado de nevar, como si estuviera avisando al mundo de que él bebé más puro ya había nacido, ya que llevaba años sin nevar de esa manera.

Por fin en casa, nuestra primera noche en casa, y aunque estaba cansada de lo poco que habíamos dormido en el hospital, tampoco dormí mucho atenta a cada movimiento y a la respiración de mi bebé, pensando que le costaría adaptarse a su nuevo hogar.

Pero no fue así, porque pronto aprendió a dormir en nuestra cama grande entre los dos, se despertaba cada tres horas para comer y no se quedaba dormido hasta asegurarse que estaba a su lado, luego le metía en su cunita.

Las dos primeras semanas acabé agotada, de noche yo apenas dormía cuatro horas, por el día aprovechábamos para ir a arreglar todos los papeleos para registrar a Chris, asignarle un pediatra... Por las tardes venían las visitas, eso sí, a las ocho de la tarde les echaba de alguna manera porque quería mantener una rutina tranquila a la hora de bañarle y su última toma de noche.

Cuando Samuel volvió al trabajo, Christian hacía de su despertador, diez minutos antes de que le sonara, nuestro hijo ya estaba haciendo ruiditos para que le cogiera y darle con sus gestos los buenos días.

Cuando en mi trabajo veía a otras recién estrenadas mamás que venían a la tienda a comprar con sus bebés tan tranquilos, dormiditos y ellas tan bien maquilladas, peinadas de peluquería y sin rastro de cansancio, yo pensaba «O les ha salido un bebé de lo más dormilón o estas tienen a una criada en casa».

Para mí el primer mes fue de lo más agotador, después de que Samuel se fuera a trabajar, yo dejaba a mi bebé durmiendo en mi cama porque sabía que en otro par de horas volvería a despertarse y así no tenía que agacharme otra vez a cogerle de su cuna, pues me dolían mucho la espalda y los brazos, sobre todo la muñeca derecha donde antes de nacer en el hospital me colocaron una vía y me pincharon varias veces en el mismo sitio. Sobre las nueve de la mañana ya se despertaba por completo, ni comer, ni cambio de pañal, ni canciones, quería que nos arreglásemos y salir a dar el paseo diario, solo quería estar en mis brazos, para hacer las tareas de la casa lo más sencillo lo hacía llevando a Chris colgado de mi pecho en una especie de canguro, para ducharme le metía dentro del baño en su hamaca y desde la mampara de la ducha le observaba y le cantaba. Él tenía que sentir que no estaba solo, y cuando llegaba su padre, aprovechaba para que estuviera un ratito en sus brazos mientras que yo terminaba las tareas de la casa. Cuando venían los amigos y mi familia a vernos y se iban, se quejaba y para cenar teníamos primero que cenar uno y luego el otro o tenerle en brazos para poder cenar al mismo tiempo. Como ya he dicho antes, eso del sueño profundo se me terminó; la noche que Christian descansó seis horas seguidas, llamé a mi madre muy contenta porque yo por fin había descansado algo más, a veces incluso me daba cuenta de que usaba mi pecho para quedarse dormido, porque por más chupetes que le compramos no quería ninguno, le daban arcadas. Lo que más le gustaba para quedarse dormido tranquilamente era escuchar mi latido del corazón, le recordaría cuando estaba dentro de mi vientre.

Mi gran preocupación, quizás por la importancia que repercute en nosotros, en las charlas de embarazo y en las revistas, era la muerte súbita, si dormía más de lo que me tenía acostumbrada ya estaba mirándole con los cinco sentidos, a ver si respiraba. Ya desde que nació, algunos familiares, sobre todo mi madre, me decían que el niño respiraba muy raro. En principio no le di importancia, pensé que los recién nacidos respiraban así, como sus latidos son más rápidos y frecuentes que los nuestros, pero sí me extrañaba que siempre tenía los pies y las manos muy frías a pesar de abrigárselas.

La primera cita médica que nos dieron para su primera revisión, que suele darse a los quince días de vida, fue a los veintitrés días, me dijeron que estaba saturado, pedí que me buscaran otra pediatra y me dijeron que estaban todas igual, que no me preocupara, que la revisión más importante era la segunda revisión que me daban más tarde del mes. No me quedé muy conforme y como Christian empezó a tener un ojo hinchadito y legañoso, y a quejarse mucho por las noches, le pedí cita, pero no me la daban por lo mismo, estar saturados, así que me presenté en el mostrador del ambulatorio y les dije que o entraba con cita urgente o me iba al hospital. Una de las señoras que da las citas se asomó del mostrador y me dijo que sería un simple constipado, a lo que yo le contesté que quién era ella para valorarlo y al final me vio su maldita pediatra.

Nada más entrar en la consulta, sin apenas ver a mi hijo, me dijo que eso no era urgente, que le masajeara la nariz.

Le expliqué que por las noches él bebé se quejaba muchísimo, que no sé si podrían ser cólicos, ya que le había practicado los masajes que te enseñan en las charlas de embarazo y ella volvió a decirme cómo tenía que masajearle la tripita e insistió en que eso no era una urgencia. Le comenté también que le notaba respirar raro y que siempre tenía los pies y manos frías, que ya en el hospital le habían visto un soplo.

—¡Cómo se nota que eres madre primeriza!, respira normal

—me dijo ya con ganas de que abandonáramos la consulta.

—¡Soy madre primeriza, pero no tonta!, nos veremos por aquí dentro de una semana, si no me

toca ir antes al hospital
—contesté ya enfadada.

Desde aquí empieza ya mi lucha por que la seguridad social, la que todos los españoles pagamos, a que me atiendan como ciudadana que soy. Tanto yo como mi hijo registrado a los tres días de nacer, como todos los seres humanos de este país por tener derecho a una salud, que para eso los que se dedican a la sanidad tiene un sueldo, para hacer bien su trabajo.

No quiero decir con esto que todos estén metidos en el mismo saco de vagos e imprudentes. Pero mi hijo tuvo la mala suerte de tener unas incompetentes, incluso descubrí que hay pediatras que no lo son, sino que son médicos de cabecera y si ellas no saben lo que tienen están en la obligación de derivarte a urgencias pediátricas y avisarte de que no son pediatras, y no dárselas de listas y despacharte en tres minutos, como si fueras a comprar el pan.

No es culpa solo de los recortes que desgraciadamente cada año van haciendo en sanidad, como ahorrando personal, para los directivos, los políticos y demás para los que solo somos un número y lo único que importa es seguir llenándose los bolsillos con nuestro dinero. Sé que a muchos médicos les obligan a atender a cada paciente en tres minutos, así en una hora se pueden quitar a doce personas y no hace falta contratar a más personal, y no hablo por hablar, pues esto me lo comentaron varios profesionales de sanidad pública, tanto auxiliares como doctoras. También sé que hay obstetras y auxiliares que trabajan diez horas seguidas, seis días seguidos, hay una auxiliar para cuidar a diez bebés prematuros y tienen un sueldo bajísimo y en cambio, a pesar de su cansancio y malos rollos que tienen con sus jefes o con pacientes cabreados, a pesar de ello son humanos y tienen una sonrisa y educación para atenderte. A estos últimos que también conocí y que se interesaron por nuestra salud, miles de gracias, porque entienden que, a los adultos, si nos duele algo, podemos quejarnos y decir dónde nos duele y cuáles son nuestros síntomas, pero un bebé solo puede llorar para quejarse, y sin pruebas no hay resultados, por muy costosas que sean, repito, que ya pagamos nosotros con nuestras nóminas.

Como muchos se excusan ahora, ya que hace muchos años no había esos recortes y ya se cometían muchas negligencias médicas.

Que demuestren cuál es su profesión y por qué decidieron estudiarla y ejercerla y si tienen que estar cuatro horas tratando de estudiar qué es lo que tiene un paciente y haciéndole pruebas, aunque luego sea un simple constipado, que lo hagan, porque seguro que esos se irán a su casa igual que todos los afectados por la crisis, tristes pero orgullosos de seguir haciendo bien su trabajo, pero por desgracia estos son una minoría o están en otro país.

Luego están los que se quejan de que están saturados, pero siguen atendiéndote en tres minutos para irse corriendo a tomarse el quinto café y contarle a su compañera lo que ha hecho de fiesta, o la receta de un postre que le ha salido divinamente, o te están atendiendo, haciéndote una prueba y están más pendientes de contarse sus chismes que de lo que te están haciendo.

A los bordes que, si tienen un mal día o problemas familiares, lo pagan con los pacientes, a los que están a punto de jubilarse y como ya tienen la vida resuelta pasan de todo, a esta gentuza, independientemente de si tienen familia enferma, la vida debería pagarles con la misma moneda. Que luego pagan justos por pecadores.

Yo en mi trabajo, si tengo un buen día o tengo problemas en casa, no lo pago con el primer cliente que atienda, me pondrían una reclamación y me iría a la calle, porque en mi empresa miran lo primero por el cliente, en muchas ocasiones demasiado, pero yo sabía cuál era mi trabajo y mis funciones antes de firmar un contrato. Me pagan por tener buen género, por el orden y la limpieza, por atender o ayudar a los clientes en sus decisiones, y como sé que tengo la

suerte de tener un trabajo hoy en día, me sale solo ser amable aunque me pregunten mil cosas, porque yo elegí ese trabajo, porque soy yo la que me voy a casa a gusto conmigo misma, independientemente de que mis jefes no valoren mi esfuerzo.

Y en cambio yo no juego con la vida de nadie, al igual que un pintor si se deja una pared sin pintar. Por eso en su día cuando decidí no ejercer de auxiliar de enfermería en hospitales, aun habiendo sacado una nota alta, sabía que no valdría para ello en cuanto a cuestiones de ver en urgencias accidentes de tráfico, ver morir a las personas, como ya experimenté en la planta de terminales cuando tuve que hacer las prácticas del módulo, y no me perdonaría cometer fallos con enfermos.

Volviendo al tema de la salud de Christian, durante su primer mes de vida, tanto yo como nuestras personas cercanas se asombraban de lo espabilado que estaba, de su energía, con solo un mes ya sostenía su sonajero.

Durante las primeras semanas cogía peso a un ritmo normal, doscientos-doscientos cincuenta gramos a la semana. Nos apuntamos a un curso de masaje infantil, y también íbamos a charlas con otras madres primerizas y junto a la matrona resolvíamos nuestras dudas. Las otras madres se asombraban también de mi hijo, de lo chiquitín que era y lo espabilado que estaba observando todo y haciendo ruiditos, en quince días se puso hermoso, sus mofletes lo delataban.

—Buenos días, ¿cuándo nos vamos de paseo?, ¡vamos, mamá! ¡A levantarnos, que quiero ver la luz del día!, oír a los pájaros cantar. A ver qué traje me pones hoy, ponme guapo que ya sabes que me gusta cuando se me acercan a verme y que digan que soy un bebé muy guapo, que parezco un muñeco, y quiero que me cojas en brazos para que me vean. Y echarme la siesta al lado de tu corazón.

Aquel año fueron las mejores Navidades que había tenido en mucho tiempo, mi bebé había empezado el año cumpliendo su primer mes, que celebramos como si de su primer año se tratase, aquellos días cuando entraba en mi casa se respiraba auténtica felicidad, decoré toda la casa con motivos navideños, no faltaba detalle, árbol, Papá Noel colgando de la terraza, guirnaldas, zapatos llenos de caramelos, hasta las cartas de los Reyes Magos.

Se suele decir que un bebé con ese tiempo no se da cuenta de nada, pero mi hijo estaba fascinado con las luces navideñas, con los muñecos de nieve que le hice en el ático, sobre todo que le cantara villancicos y que las visitas continuasen. Por fin se decidió la hermana pequeña de Samuel a venir a conocerle, ya que sus padres seguían sin querer saber nada de su hijo, decían que ellos no habían tenido ningún nieto, en fin, me ahorraré por el momento comentarios de desagrado.

Nochevieja y Año Nuevo lo empezamos en casa de mis padres. Mi madre estaba deseando ayudarme a bañarle, a cambiar los pañales, cada dos segundos deseando coger a su nieto, y claro, mi hijo encantado.

Cuando terminamos de comernos las doce uvas y brindamos por el año que entraba, 2009, mi padre sin pensarlo se levantó rápidamente y se acercó al carro para darle el primer beso de Año Nuevo a su nieto.

Mi familia estaba feliz e ilusionada de vernos felices, nosotros felices de ser padres y mi hijo orgulloso de todos nosotros.

Mi madre insistía en que nos fuéramos con los amigos esa noche y le dejáramos a su nieto, a Samuel no le importaba la idea, pero no me atreví, era muy pequeñín y dependía de mi pecho para alimentarse, tenía miedo de que se despertara y yo no estuviera a su lado, en cambio, fue la noche que más durmió.

Al día siguiente nos recorrimos todas las pastelerías hasta que encontramos una tarta para celebrar su primer cumpleaños.

Y a pesar de ser el primer día del año, conseguí su tarta. Mi bebé se merecía que cada segundo de su vida fuera especial.

—Mamá, nunca imaginé que dentro de tu vientre iba a tener un hogar tan especial, la familia me mimó mucho y eso me encanta, tú siempre tan atenta y besucona. Me gusta que me hagas el caminito de los besos en mi cuerpo. Tengo ganas de aprender a sonreír para agradeceros vuestra atención, no dejes nunca de decirme te quiero, eso hace que me sienta protegido.

CAPÍTULO VII

Entre la vida y la muerte

Estaba deseando que llegara el día de su primera revisión, fue la misma supuesta pediatra que nos atendió la primera vez, nada más coger a mi bebé y sentarme me dijo:

—¡Qué bebé más moreno!, ¡está estupendo!

Le dije que era su primera revisión, le desvestí, le midió y le pesó. Me mandó vestirla.

—¿Ya está?, ¿no va a auscultarle? —le dije.

—¿Por qué? —me preguntó.

—¿Porque tiene un soplo y respira muy fuerte?, ¿porque se le ponen los pies moraditos y las manos heladas? Y ¿porque hasta dentro de tres meses la cardióloga no le verá? —le contesté ya cabreada.

—Tiene muy buen color de piel, abrígale más, en los bebés es normal, igual que los mayores tenemos siempre los pies fríos

—me respondió, sin volver a mirar a mi hijo.

Yo llevaba a mi hijo con manoplas y dos pares de patucos, cómo iba a abrigarle más. Le comenté que en mi familia había habido más casos de problemas de corazón, que lo mirase ella hasta que la cardióloga lo viera.

Me daba miedo porque aún yo no sabía si a mi hijo se le había conseguido cerrar el ductus, porque mi madre me repitió varias veces que no era normal ver al niño con los pies morados y a veces los testículos.

Pero la supuesta pediatra me miró medio riendo y volvió a repetirme esa frase que aún hay noches que al acostarme sigue retumbándome en la cabeza:

—¡Qué exagerados sois los padres primerizos!, tu bebé come y duerme bien, ¡tiene muy buen color de piel!

«¡Ay, si yo pudiera cogerte del cuello y dejarte a ti también con buen color de piel!», pienso yo ahora.

Así que se sentó en su ordenador e iba escribiendo, o eso creo, lo que iba respondiéndole, que si mi hijo respondía a los ruidos fuertes, que si me seguía con la mirada, cuánto tiempo mamaba, y en cuestión de segundos ya estaba fuera de la consulta, no me respondió ni a mi pregunta de cuándo le tocaban las vacunas, así que tuve que acercarme al mostrador y que otros me informaran.

Salí cabreada de ese centro, no podía cambiarme de pediatra, todas saturadas.

Es cierto que mi hijo hasta el mes y veintidós días tenía muy buen color de piel, pero pensé «Qué clase de pediatra te va preguntando desde su ordenador sin levantarse a comprobarlo ella misma», no sé, yo creía que, en una revisión, aparte de pesarle y medirle, le auscultan, le miran la cabecita a ver cómo se iba cerrando, los oídos... No sé, que le mirasen en general, pero, por desgracia, una vez más no fue así.

Yo todas las semanas le pesaba en la misma farmacia y a la misma hora, le controlaba muchísimo el peso y hasta el primer mes estupendo, luego no cogía peso y le volví a llevar al médico, y otra vez la estúpida de la aparente pediatra no le volvió a dar importancia, me dijo que yo estaba estresada, que mientras no perdiera peso era normal. Le dije que mi hijo tomaba pecho

cada tres horas y que yo llevaba una vida muy tranquila con él, le bañaba a la misma hora, salíamos todos los días a la misma hora a pasear.

Que quizás era mi leche que ya no le alimentaba, que me mandaba leche de farmacia..., pero insistió en que no había ningún problema, que esperásemos a la semana siguiente y si no cogía peso o perdía, entonces me mandaría una ayuda alimentaria.

Pero los siguientes días fueron a peor, ya empezaba a regurgitar, sobre todo después del baño, y notaba como cada vez estaba más irritable, así que le volví a llevar a la consulta. Ella volvió con la misma tontería de que estaba yo haciendo algo mal, de que a lo mejor al bañarle le estaba produciendo un corte de digestión, ya me puse de mala hostia.

—¿Ni siquiera le va a pesar? —le grité.

Salió otra doctora de la consulta de al lado y se ofreció a pesarla ella; en efecto, seguía perdiendo peso.

Me intentó explicar cómo dar el pecho, les pedí que me mandaran leche de farmacia, me volvieron a decir que esperase otra semana. Le conté que mi hijo tenía siempre los pies y los testículos morados y ni caso, así que yo salí rápido de allí y llamé a Samuel para llevarle al hospital de urgencias. Había estado aguantando por no saturar urgencias, pero lo que no era normal es que mi hijo llegara a pesar más de cuatro kilos y en tres semanas hubiera pedido más de medio kilogramo y estuviera agotado. Ese mismo día nada más salir del ambulatorio ya había vomitado dos veces.

En el hospital fueron más amables, porque por lo menos se dignaron a hacerle análisis de orina, le tocaron la tripita, le tomaron la temperatura, le pesaron y le auscultaron, nos dijeron que mi hijo tenía un rotavirus, que el ecografista ya no estaba para ver cómo iba el problema de su corazón. Aseguraron que ellos también veían demasiado nervioso al bebé y vieron su piel reticulada. Nos mandaron para casa y volver a llevarle al pediatra, les dije que no iba a volver a la consulta por el trato recibido, entonces me dijeron que tuviera al niño en observación y volviera en veinticuatro horas para hacerle una ecografía y ver su corazoncito.

A la mañana siguiente cuando Samuel se iba a trabajar como siempre Chris ya llevaba diez minutos despierto, le di el pecho y le tenía entre mis piernas hablándole, vino su padre y le dio un beso y al darme otro a mí, se rio, nos hizo mucha gracia.

No vomitó en todo el día. Me fui a comer a casa de mis padres, con mi madre, y cuando Samuel llegó de trabajar le llevamos por la tarde al hospital. Al ver los médicos sus heces, vieron que por su aspecto no era normal. Nos mandaron a la sala de prematuros y una auxiliar estuvo con nosotros durante una hora viendo cómo Chris tomaba mi pecho, después le hizo un electro, luego le bajaron a hacerle una placa, me dolía tanto ver a mi hijo cansado de llorar de tantos pinchazos que le hacían en el pie para hacerle pruebas, de aguantar las ventosas de goma que le pusieron por todo el cuerpo para hacerle el electrocardiograma. Yo rezaba por que solo fuera un rotavirus y que nos dijeran que solo tenía un soplo funcional como yo.

Cada vez que la enfermera que había pinchado a mi hijo se acercaba, Chris la miraba cabreado y lloraba.

Después de más de cinco horas de pruebas y teniéndolo en observación salió el médico y nos dijo que nos fuéramos al Hospital Doce de Octubre lo más rápido posible, que habían visto algo raro en su corazón y que lo mejor era trasladarnos allí porque en ese otro hospital estaban especializados en cardiología, que ellos mismos iban a mandar las pruebas allí y nos estarían esperando. Así hicimos, empezamos a preocuparnos, al llegar a urgencias del Hospital Doce de Octubre nos metieron en una sala. Allí aún no había llegado nada, o eso decían ellos, tuvimos

que explicarle a un médico otra vez todo desde su nacimiento hasta entonces, volvieron a sacarle sangre a mi bebé, yo insistí en que siendo su madre por qué no podía acompañar a mi hijo, me dijeron que porque les ponemos más nerviosos, lo dudo, les dije, y me contesto que era mejor para mí no verle llorar y que les dejásemos trabajar, que no nos preocupásemos. Le tomaron la temperatura tres veces, ya les avisé de que mi hijo tenía la temperatura muy baja y ellos insistían en que no se le sujetaba muy bien el termómetro, hasta que varias veces después se dieron cuenta de que en efecto tenía la temperatura baja. Al otro lado de la puerta oíamos a mi hijo llorar desconsoladamente, cuando salió la auxiliar me dijo que le habían tenido que pinchar en los dos pies porque al tenerlos tan fríos no le salía sangre. «Lo que está es agotado de tantos pinchazos en dos días», les respondí.

Al final le ingresaron, ya que la cardióloga llegaba por la mañana, me quedé toda la noche junto a él, no quería apartarme más de él.

Me quedé atónita cuando vi las habitaciones que había en esa planta, teníamos una cortina en vez de una puerta, una cuna viejísima y asquerosa, y un sillón más duro que el suelo, me dijeron que me buscarían una cama porque decían que las que dábamos el pecho teníamos derecho a cama. ¡Menuda cama!, un sillón viejísimo que se hacía minicama, con las tablas clavándose en todo mi cuerpo. Se oía a las demás madres toda la noche hablando con él móvil, llamando a las auxiliares.

A Chris le pusieron un aparato que controlaba sus constantes vitales y cada dos por tres pitaba, decían que era porque mi hijo se movía, pero mi hijo no se movía de lo agotado que estaba, solo se asustaba del bullicio del exterior. Yo estaba muy cabreada, cuando me decían que le agarrase para que no se moviera, que era imposible que tuviera las constantes tan bajas, yo les dije «¡No es imposible!».

No dormí en toda la noche, una auxiliar me obligó a despertar a mi hijo cuando llevaba cuatro horas durmiendo mi bebé, para darle el pecho, pero apenas comió, encima la auxiliar me echó la bronca al ver que le estaba dando el pecho con mi hijo tumbado a mi lado, me dijo que allí las normas no eran como en casa. Le dije que mi hijo en casa por las noches lo tomaba así y me volvió a responder que no estaba en mi casa, que no le malacostumbrara, ¡pero si mi hijo solo tenía un mes y veintitrés días!, le cambié el pañal y no había ni orinado.

Pensé que cuando le viera la cardióloga nos mandarían para casa, estaba deseando salir de aquella planta, con aquellas auxiliares tan bordes. Ni siquiera teníamos baños para asearnos, tenía que salirme al baño que había en la sala de espera y limpiarme como los gatos. Deseé que la presidenta que por aquel entonces gobernaba pasara una sola noche con su marido en la misma sala y en las mismas condiciones.

Por la mañana cuando mi hijo me pidió el pecho para darle su desayuno, al ver a sus padres, volvió a sonreír mientras yo le decía cositas. En ese momento vino otra auxiliar y me quitó a mi hijo de los brazos para bañarle, me levanté de inmediato, ¡pero si estaba dándole el pecho!, ella me dijo que tenía que estar en ayunas para darle el baño, bueno, «Pues voy contigo a bañarle o a acompañarte», y ella me dijo que no podíamos acompañarla, que no tardaría nada, «¡Malditas normas del hospital!», pensé, y al cabo de diez minutos me entregaron a mi bebé tiritando de frío y llorando desconsoladamente hasta que al sentir mis brazos y darle el pecho se tranquilizó.

Entro el médico preguntándonos qué le pasaba, por qué estábamos allí siendo de Valdemoro, preguntándonos nuestros antecedentes familiares, y le estuvo observando. Después entró otra doctora y nos dijo que por qué estaba mi hijo por un simple rota virus, entonces tuve que ponerme otra vez de mala hostia para decirles:

—Vamos a ver, mi hijo está esperando a que le vea la cardióloga, mírense las pruebas que les han mandado del hospital, la placa, el electro...

Cuando se dieron cuenta se reunieron entre ellos y nos mandaron con nuestro hijo en la cuna hacia la sala de ecocardiología y allí estaba la cardióloga, con una enfermera.

Aquella enfermera era muy simpática, menos mal, porque ya así tenía claro que a la próxima bordería me le llevaba al Hospital Niño Jesús. Nos explicó que, si el niño no se dejaba hacerle bien la prueba al ver que lloraba, que le dormirían, yo me asusté. Me daba miedo que se confundieran con la anestesia, pero no hizo falta, ya que una auxiliar trajo un muñeco, igualito al que tenía en su minicuna, su ratoncito y agarré su manita y tocaba su carita prometiéndole que pronto estaríamos en casa. Le susurraba lo fuerte que era, le cantaba muy bajito y mi bebé iba dejando de llorar, estaba agotado, ya solo gemía medio asustado, medio cabreado, no apartaba sus ojos de nosotros, esos ojos que tan llenos de vida estaban nada más nacer. Tenía su pecho marcado de algunos moratones que le habían dejado aquellas trompetillas del electro.

Por fin los médicos se empezaban a preocupar por su salud, nos empezamos a mosquear cuando la enfermera llamó a otro médico para compartir opiniones con la doctora, llevábamos más de media hora realizándole la prueba y sus caras eran de asombro, preferí ya ni mirar al monitor, yo seguía mimando a mi bebé a besos y caricias. Llegó un momento en el que en esa sala había cuatro médicos aparte de nosotros y me dio mala espina, cuando la auxiliar nos miró asustada y la doctora le dijo «¡Hay que hablar ya con los padres y no perder más tiempo!», entonces yo pregunté ya asustada qué pasaba, la auxiliar nos dijo «Tranquilos», pero la doctora al decirnos que nuestro hijo estaba muy grave, al explicarnos cómo estaba su corazón, al preguntarnos si había antecedentes familiares con problemas de corazón y yo contarle y ver cómo ella asentía, le dije que si tenían que operar a mi hijo:

—¿No me digas que tienen que abrir su corazón tan pequeñito? —le dije con un hilito de voz a consecuencia del nudo que se me estaba formando nudo en la garganta.

—Su corazón está prácticamente fracasado, tenemos que llevárnoslo a la UCIP (Unidad de Cuidados Intensivos de Pediatría) y hablar con los cirujanos rápidamente, está entre la vida y la muerte —nos dijo la doctora con semblante de pena.

En ese instante rompimos a llorar los tres, por primera vez vi llorar a mi bebé con lágrimas que cayeron en mi mano. Tuvimos que sentarnos del impacto que nos hizo escuchar esa desgraciada noticia, nos abrazamos a nuestro hijo, él nervioso de vernos así, vomitó y nos miraba muy asustado, recuerdo cómo hacía pucheros con su boca y alargaba su manita a través de los barrotes de esa cuna para no separarse de mí. Parecía que él ya intuía lo que estaba pasando.

Le pedí mil perdones, le pedí un último intento de mantenerse fuerte y aguantar esa operación, que ya no sufriría y que pronto estaríamos en casa estrenando su mantita de actividades.

Nos metieron prisa y nos dejaron que lo acompañáramos hasta el ascensor, iba en su cuna, yo le cogía la manita, no quería separarme de él, no podía cogerle en brazos de lo débil que estaba ya. La auxiliar nos dijo que le prepararían en la UCIP y que cuando nos llamaran podíamos a entrar a verle antes de que lo operasen.

Y mientras se cerraba el ascensor mi hijo y yo mantuvimos la mirada y le decía «No pasa nada hijo, no pasa nada, ahora mismo nos vemos», y allí nos quedamos rompiendo a llorar desconsoladamente, solos en aquel frío pasillo, inmóviles, mudos, solo llorábamos y gritábamos «¿Por qué a nosotros?, ¿no puede ser!». Tardamos en reaccionar para llamar a algún familiar, al final me vinieron a la mente mis padres, llamé a mi madre y al darle la noticia se puso a chillar desesperada, me puso más nerviosa todavía, tuve que colgarle y llamar a mi padre.

—Papás, ¿qué pasa? Estoy muy asustado, nunca os había visto así, algo horrible pasa, me miráis tristes. ¿Qué me está pasando?, estoy agotado, no me mintáis, ¿qué me pasa?, ¿van a separarnos?, no quiero que nos separen, ¡mamá!, ¡mamá!, no lo consientas, somos una familia. ¿Dónde me llevan?, ¡venid conmigo!, no quiero más pinchazos, me lo prometisteis, no dejéis que nos separen, vámonos a casa a dormir juntos.

Llevábamos ya media hora esperando en la puerta de la UCIP para que nos dejaran entrar a ver a nuestro hijo. Cuando entramos, primero nos llevaron a la sala de las malas noticias, le puse ese nombre porque cada vez que nos llevaban allí era para darnos precisamente eso, malas noticias.

Allí estaban los cirujanos que le iban a operar, nos lo explicaron todo muy rápido, apenas le quedaban horas de vida a mi bebé. Tenía signos de bajo gasto cardíaco, *shock* cardiogénico, hipoplasia de arco aórtico, estenosis aórtica, válvula mitral con escasa apertura y el ductus cerrado.

Nos lo pintaron todo muy mal, sería una operación de vida o muerte, fueron clarísimos al decir que nuestro hijo tenía solo un 25 % de no quedarse en la operación, era muy complicada, no sabían con lo que iban a encontrarse.

Firmamos rápidamente la autorización, no queríamos molestar ni hacerles perder tiempo, porque era perder tiempo en la vida de Chris.

Nos pidieron que fuéramos muy breves al despedirnos de nuestro hijo y que no nos asustáramos de verle que estaba dormido. La operación duraría de ocho a diez horas, y claro, me impactó muchísimo ver a mi pequeño de casi dos meses rodeado de cables que salían de su pequeña nariz, de su boquita, de sus muñecas, sus genitales, sus talones, y sobre todo lo que más me impactó era que de su pecho salían dos tubos dirigidos a una máquina, la extracorpórea.

Esa máquina hacía de su corazón, su vida y recuperación dependían de esa máquina. Nuestro hijo tenía los ojos cerrados y su piel estaba cada vez más reticulada, pensaba que podía darle ánimos antes de que le anestesiarán, pero suspiré e intenté cambiar mi tono de voz temblorosa y hablé con mi bebé brevemente, imaginaba que él me escuchaba. Le dije que siempre permaneceríamos a su lado, que tenían que quitarle una cosita mala de su corazón, pero que le pondrían otra buena, que en cuanto despertara nos vería a su lado, que no tuviera miedo, que lo quería muchísimo y le iban a cuidar muy bien.

Nos echaron enseguida porque se lo llevaban inmediatamente al quirófano, al salir, Samuel y yo nos volvimos a abrazar y a llorar.

Recordaba las palabras de aquella pediatra o no pediatra diciéndome que me preocupaba demasiado, si la hubiera tenido delante en ese momento, juro que hubiera tenido la suficiente sangre fría para ahogarla. Juré y perjuré que la denunciaría, que cuando saliera con mi hijo del hospital recuperado, lo primero que haría sería denunciarla y salir en televisión anunciando el milagro de la recuperación de mi bebé y todo lo que habíamos pasado por su culpa, incluso la doctora de la UCIP nos dijo que cómo le habíamos traído tan tarde, que quince días antes todo hubiera sido más favorable, que cómo me habían citado revisión del corazón para tres meses, y que menos mal que le había traído esa noche allí, porque mi hijo seguramente al despertarle al día siguiente, ya habría fallecido y dirían que era una muerte súbita.

Pronto empezaron a venir mis padres, amigos y compañeros de trabajo, todos estaban asombrados de la noticia.

Y allí nos quedamos, rodeados de mi familia y amigos, pero sintiéndome completamente vacía.

Confiaba en la suerte, no se me pasó por la cabeza en ningún momento que falleciera, sabíamos que existía esa posibilidad, pero me aferraba a ese 25 %.

Había otros bebés allí ingresados que tenían menor porcentaje de gravedad que el nuestro, incluso algunos familiares de esos bebés nos decían que dentro de la UCIP se oía que nuestro hijo era el más delicado y grave, pero que eso hacía que estuviera controlado las veinticuatro horas del día y eso nos daba un poco de seguridad. Después de experimentar las negligencias que habían cometido otros/as con nuestro hijo, confiaba plenamente en este equipo médico que contaba con más medios y práctica que en otros hospitales.

La semana que estuvimos en aquel hospital luchando por la recuperación de nuestro hijo, no me separé de su sonajero, de la foto que salíamos los tres cuando nos la hicimos a los tres días de nacer Chris y de su mantita, podía seguir oliendo su cuerpecito en esa mantita, que horas antes le abrigaba, aún sigo durmiendo a veces con ella, y una chaquetita suya, que me ha acompañado en algunos viajes, me sirve de desahogo.

Habían pasado seis horas cuando salieron los cirujanos, nos acercamos corriendo, la operación había salido bien en un principio, mi pequeño lo había aguantado.

Había que esperar para que en dos o tres días fuera mejorando, poder desenchufarle de la extracorpórea y que su corazón funcionara por sí solo. Le daban tres días de tiempo para ayudar a su corazón a coger fuerzas. Nos abrazamos todos, «¡Qué fuerte es!, ¡va a salir de esta!», nos decíamos, «¡Es un campeón!».

Le conectaron a ventilación mecánica para poder reabrirle el ductus.

A las tres horas de ingresarle le repitieron el ecocardiograma y hubo un 40 % de mejoría.

Lloramos de ilusión, de esperanza, aunque los médicos seguían poniéndonos en lo peor, pero yo me aferraba a que la prueba estaba, que le habían operado quedándole horas de vida, y ahí seguía nuestro pequeño, nuestro campeón.

Estaba agotada, pero al darnos esa buena noticia, recuperé fuerzas, eso sí, cuando anteriormente nos dijeron que le operaban a vida o muerte del disgusto me bajó la menstruación, después de once meses, ya que suele pasar que mientras le das el pecho a tu hijo, la menstruación no te baja. Al sacarme leche para que las enfermeras se la guardaran, para cuando pudiera alimentarle, mi pecho apenas producía ya leche, «¡Insiste!», me decían las auxiliares, pero ya era muy aguada.

No quería irme a casa, estaba deseando poder pasar para ver a mi bebé, y cuando nos dejaron, mi propio corazón me dio un vuelco, se les había olvidado tapar su corazoncito, estaba abierto, se veía su abertura y los tubos que le salían de él, esa imagen me marcó muchísimo. El apósito era transparente y no podían cerrarle por si tenían que intervenirle de urgencia, veía cómo latía, aparté de inmediato la vista, la enfermera se dio cuenta, nos pidió perdón y le puso una gasa encima para que no lo viéramos. Nos dijo que no nos preocupáramos, que estaba dormido completamente y no sentía ningún dolor. Samuel tuvo que salirse, no podía verle así.

Yo me quedaba hablando con mi pequeño, le acariciaba su pelo, su carita, su nariz, su pierna y su manita, con mucho cuidado de no tocar ningún cable o sonda, y le decía:

—HOLA, HIJO, ESTOY MUY ORGULLOSA DE TI, ERES TODO UN CAMPEÓN. TIENES A TODA NUESTRA GENTE AFUERA, DESEANDO VERTE. SABÍA QUE IBAS A SALIR ADELANTE. PERDÓNAME POR NO DARME CUENTA ANTES DE QUE TU CORAZÓN SUFRÍA. ESTARÁS ENFADADO CONMIGO, LO SIENTO MUCHO. TE PROMETO QUE CUANDO SALGAS DE AQUÍ Y LLEGUEMOS A CASA, NO VOY A CONSENTIR QUE NINGUNA PEDIATRA VUELVA A PASAR DE NOSOTROS. NO PUEDES VERME, PERO SÉ QUE PUEDES OÍRME. TE QUIERO MUCHÍSIMO, TE PIDO QUE, SI VES A DIOS, NO LE DES TU MANO NI COJAS LA SUYA, DILE QUE QUIERES QUEDARTE CON TUS PADRES. FUERA HAY GENTE QUE AÚN NO CONOCES, ME FALTAN TANTAS COSAS QUE APRENDER Y ENSEÑARTE.

VOLVEREMOS A TU CUNITA Y A PODER DORMIR CON TU RATONCITO. MIRA, HIJO, ESTOY GUARDÁNDOTE TU LECHE PARA CUANDO PUEDA DÁRTELA. NO ESTÁS SOLO, ESTAMOS MUY CERCA DE TI Y CUANDO DESPIERTES SERÁ LO PRIMERO QUE VEAS, A TUS PADRES, TE QUEREMOS.

Y tenía que despedirme de él, para dejar trabajar a los médicos. Me aguantaba las lágrimas, no quería que mi hijo sintiera mi pena.

Hasta llegar a la salida veía a los demás padres dando de comer a sus bebés despiertos y pensaba «Ojalá quede poquito para poder darle el pecho de nuevo».

—Hola, mamá, tengo mucho miedo, ¿dónde estabais? Veo una inmensa luz, escuchaba a los médicos, pero no os oía a vosotros, ahora puedo oírte. Mamá, estoy haciendo todo lo posible por aguantar, soy fuerte y tengo ganas de veros, de irme con vosotros a casa. Papá, quiero sentirte a mi lado, quiero que os mantengáis fuertes por mí, estoy muy cansado, pero cuando despierte, habládme y seguid dándome mucho cariño, me da miedo quedarme solo.

Llevábamos toda la noche en vela en aquella sala del hospital, junto a un par de padres más. Esperábamos ansiosos a que fueran las seis de la mañana para entrar de nuevo a ver a nuestros hijos. Se nos hacía eterno, hacía muchísimo frío y las sillas que eran de hierro te helaban los huesos, yo estuve dos días mala, afónica y resfriada, era la segunda noche que no dormía desde el ingreso de Chris.

Hablábamos de lo que haríamos cuando nuestros hijos estuvieran fuera del hospital, de la celebración que haríamos, esto nos mantenía despiertos y nos animaba un poco.

Como ya he dicho, yo nunca perdí la esperanza, antes de que pasara esto, yo no creía en Dios, ni en ninguna religión, ni en santos, pero en esos momentos pedí mil perdones a Dios por ello, hasta me leía y rezaba todas las oraciones y postales de santos que nos regalaban los familiares de otros bebés allí ingresados.

Durante la semana que estuvimos en el hospital conocimos a varios matrimonios que, como nosotros, esperaban la recuperación de sus hijos. Familias de todos los rincones de España: Ciudad Real, Canarias, León, Valladolid, Madrid, Toledo... Ya que ese hospital tenía fama de ser uno de los mejores en cardiología tanto infantil como adulta.

Conocimos varias historias. Un matrimonio que tuvieron que llevarse a su bebé en avión desde su ciudad porque en otro medio de transporte no llegaba a tiempo. Durante el trayecto sufrió una parada cardiorrespiratoria, pero se salvó. Tenía bronquitis, cuando iba mejorando cogió una bacteria del hospital y al cabo de tres semanas se recuperó y ahora estaba en planta. Al poco tiempo le dieron el alta.

Otra chica jovencita, su hijo nació con el labio leporino, al operarle vieron que tenía una cardiopatía que desconozco. Estaba en el box de al lado de mi hijo.

Se me llenaban los ojos de lágrimas, de envidia sana. Cuando veía a esa madre y a esa abuela pudiendo verle despierto, alimentándole y durmiéndole. Qué energía tenía aquel chiquillo. También se recuperó y pudieron operarle finalmente de su paladar. La abuela de ese bebé nos apoyó mucho psicológicamente, me regaló la postal de una Virgen y me decía que tenía que desear con todas mis fuerzas su recuperación y tener mucha fe, «Los médicos son muy profesionales y van a luchar por tu hijo, siempre se ponen en lo peor, ¡pero estos son muy humanos!», me abrazaba y me desahogaba en sus brazos. Cada vez que salíamos de la UCIP y yo rompía a llorar, por las malas noticias, veía cómo a ella también se la escapaba alguna lágrima, incluso estando ya su nieto en planta, bajaba todos los días a preguntarnos.

Otro matrimonio, a su bebé se lo habían detectado incluso durante el embarazo. Llevaba dos semanas más que el nuestro ingresado. Lo suyo era vivir a sobresaltos, un día todo perfecto, otro día estaba todo muy grave. Habían tenido que dejar sus trabajos, su casa, su familia. Menos mal que había una asociación que ayudaba a estas familias, les daban residencia en otras casas compartidas con padres que estaban pasando por la misma situación que ellos o en hoteles que colaboraban con esta fundación, descuentos en transportes como el AVE, apoyo psicológico y todo gratuitamente. Más adelante os hablaré de esta fundación digna de admirar.

Con la que más tratábamos era con otra pareja que vivía cerca de nosotros. Su hijo salía adelante lentamente, tenía dos años, lo habían pasado muy mal al principio. Su familia me regaló una Virgen de Jaén bendecida, que también conservo y pasaba por el cuerpo de mi hijo como me decían, que esa Virgen había hecho muchos milagros, la dejé pegada junto a su box al lado de nuestra foto.

Allí nos conocimos más que por nuestros nombres, era como en el colegio, por los padres de Chris, los padres de Dani, los padres de Sebas..., como nos llamaban también así para entrar en la UCIP.

Aquella madrugada solo entramos diez minutos, seguía enganchado a la máquina que le mantenía con vida. Preguntamos y nos dijeron que todo seguía igual. Al final nos acercamos a casa, nos convencieron diciéndonos que no nos preocupáramos, que nos fuéramos a descansar, que si pasaba algo nos avisarían. También podíamos llamar a cualquier hora, y aunque solo dormimos tres horas, porque el teléfono no dejaba de sonar de tanta gente que quería saber cómo iba todo, el poco tiempo que dormimos y el ducharnos nos volvió a reponer y dar fuerzas, pues ya eran más de dos días sin descansar.

Mientras me duchaba me desahogaba llorando para que con el ruido del agua no se me oyera, quería que todos me vieran fuerte. Al salir de la ducha, recordé a mi hijo esperándome en la puerta del baño sentado en su hamaca, mientras, yo le vigilaba y le cantaba a través de la mampara, y pensé «Hoy he tenido un bonito recuerdo, eso es que hoy va a ser un día bueno para mi chiquitín, nos toca una buena noticia, seguro».

Mi familia no paraba de traernos comida, yo comía sin ganas, mi estómago estaba cerrado, pero lo hacía para poder seguir teniendo algo de leche para mi bebé.

En todo el tiempo que estuvimos en el hospital, me daba pena ver cómo el padre de mi hijo solo tenía el apoyo de mi familia y amigos. Menos mal que más tarde sus amigos también estuvieron presentes, al igual que sus abuelos y sus tíos, porque sus padres y hermana mayor no fueron capaces de aparecer ni llamarle. ¡Qué clase de padres no están cuando más necesitan su apoyo!, cuando mi hijo, lo que ellos nunca consideraron su nieto, ni conocían siquiera, estaba entre la vida y la muerte. En esos casos hay que olvidar las diferencias y el orgullo, animar a tu propia sangre. Le dije a Samuel que, si aparecían, yo no me levantaría a saludarles después de todo el daño que me habían hecho, pero que él estaba en su derecho, ahora bien, que si después de esto no aparecían, entonces se olvidara para siempre de ellos. Su otra hermana sí que estuvo y lo llamaba a escondidas de sus padres, incluso los amigos de Samuel no entendían cómo estaban actuando así con su hijo.

Yo llevaba cuatro años sin hablarme con mi hermanastra por todo lo que me había hecho como he contado ya en páginas anteriores, pero allí estaba ella con mi sobrino, se lo agradecí mucho su apoyo y volví a perdonarle todo, al igual que con otras amigas que llevábamos un par de años sin hablarnos ni vernos, porque en esos momentos te das cuenta de la gente que te apoya y valoras mucho, estén ahí.

Volvimos a entrar a ver a nuestro hijo a las doce de la mañana, todo seguía igual, pero sus demás órganos al menos respondían. Orinaba por sí solo, y eso para mí fue esperanzador, después de dos días de malas expectativas.

Nada más entrar le daba un beso, le acariciaba su pelo y le daba los buenos días. Me sentaba lo más cerca posible de él y, cuando se podía, me sacaba la leche delante de él, y al terminar le enseñaba el biberón y le decía «Van a guardártelo para cuando despiertes».

Me daba pena ver que sus mofletes iban desapareciendo, pero pensaba que era normal, solo le están dando líquidos. Seguía estando tan morenito, y por lo menos le tenían con temperatura corporal calentita.

Las enfermeras me miraban de reojo con cara de pena al oírme cantarle sus nanas que le cantaba desde que estaba dentro de mi vientre y siempre me despedía de mi bebé diciéndole «Vamos a comer algo y a decirles a todos que sigues luchando por vivir, estoy aquí al lado, cariño».

Samuel le prometió que, si se recuperaba, le compraría el perro que eligiera. Él no aguantaba ni cinco minutos dentro viendo a Chris, a mí me sentaba mal, nunca se lo dije, sé que era duro ver a nuestro hijo así, pero quería que los dos le transmitiéramos esperanzas, y que aprovechara como yo el poco tiempo que podíamos verle a lo largo del día. Como nos dijo una enfermera, estaos todo lo que podáis a su lado. Y eso hice, tragarme mi pena, el sentirme sola sin su padre. Le hablaba mucho para excusar a su padre porque no se quedaba, no dejaba de darle besos, de decirle lo guapo que era y que las enfermeras le cuidarían y estarían pendientes de él en todo momento, de hablar en futuro.

Antes de llegar a la puerta de salida, había fotos de otros niños, algunos habían fallecido y los padres escribían sus agradecimientos por los cuidados recibidos y otros habían salido adelante y enseñaban con orgullo su cicatriz y yo pensaba «Ojalá mi hijo también pueda enseñar su cicatriz el día de mañana».

Y al salir de nuevo estaba mi familia con la esperanza de que si me veían sonreír es que todo iba bien, incluso cuando no era así yo salía aguantándome mi angustia. Yo misma me animaba y animaba a ellos, siempre acababa diciendo, pero bueno, yo sé que mi hijo es muy fuerte y va a salir lleno de vitalidad, observando todo y la prueba de ello es que ahí sigue. «¡Pues claro que sí!», me decían todos, y nos abrazábamos. Se escuchaba cómo decían «Si es que el chaval es fuerte y duro como la madre».

A las doce de la noche volvíamos a entrar, todo seguía igual, le di las buenas noches. Le dije que echaba mucho de menos bañarle, hacerle el caminito de los besos. Cuando terminaba de bañarle y secarle, desde el dedo gordito de su pie hasta su cabecita me lo comía a besos, y él se ponía muy nervioso y contento. Después le intentaba dar un masaje, pero ya le entraba el hambre y tenía que apresurarme a darle el pecho.

Cuando llegaba a casa y veía su cuna vacía, me daba el bajón. Dormía abrazada a su mantita y le pedía a Dios que le mantuviera con vida. Que me perdonase si había hecho yo algo malo en esta vida, que lo pagara conmigo, pero que a mi hijo le dejara crecer.

Y a la mañana siguiente volvíamos al hospital una hora antes, y otra vez las mismas caras de los otros familiares esperando algún avance. Me ponía muy nerviosa que, cuando pasaba la hora de entrar, se retrasaran en dejarnos pasar, pero entendíamos que estaban trabajando y no queríamos que nuestra ansiedad por saber distrajera a los profesionales y perjudicara a la salud de nuestros hijos. Y allí un día más volvía a estar nuestra familia, nuestros amigos y compañeros de trabajo.

En toda la estancia que estuvimos en el hospital, quizás no llegaran ni a dejarnos más de dos horas solos, y esas dos horas, quizás, también enganchados al móvil.

La enfermedad de mi bebé no solo unió a mucha gente, a mi madre con la hermanastra que no se hablaba, a mí con mis tíos, que llevaba mucho tiempo sin tratar con ellos, una pareja de amigos que sé que jamás volveré a perder su amistad porque la persona que en su día quiso separarnos ya ha desaparecido de nuestro entorno.

Quería sentir y tener el apoyo y la fuerza de todos los que deseaban la recuperación de mi hijo, por eso a esa sala de espera la llamé la sala del perdón, por unir a la familia, aunque solo sea en esas ocasiones, por recuperar a verdaderos amigos y darme cuenta del cariño de mis compañeros.

Media hora más tarde, avisaron por el megáfono de que podían entrar todos los padres, menos nosotros, me dio otro vuelco el corazón. Pregunté de inmediato y me dijeron que estaban operándole de nuevo, que cuando saliera nos avisarían para entrar. A la hora entramos, pero nos llevaron directamente a la sala de las malas noticias, nos dijeron que le habían puesto un catéter balón a través de la Ao ascendente, para mejorar su insuficiencia y absorber la sangre acumulada y a ver si así ayudaban a descansar el corazón. Si superaba las cuarenta y ocho horas, le harían una última operación para dejarle un único ventrículo. Nos informaron que había muchos niños operados y con un solo ventrículo, no podría hacer deportes en los que se cansara mucho y llevar unos cuidados especiales, pero que ahora lo más importante era que en ese tiempo pudieran quitarle la extracorpórea para recuperar su corazón fuerza.

Todo eran caras de pena y seriedad, pero, aun así, yo seguía con la esperanza de que, si mi hijo había aguantado dos operaciones en solo cuatro días, podía con la última operación. Les dije que si existía la posibilidad de hacerle un trasplante, consultar con médicos internacionales que hubieran hecho más operaciones como estas o trasladarle a otro hospital de Boston o donde fuera, nos dijeron que era imposible, no había órganos tan pequeños para el peso de nuestro hijo. Estaban consultando con otros profesionales y no paraban de estudiar la situación, pero el salir de España era prácticamente imposible debido a la gravedad y delicada situación. Cualquier movimiento o que fallara la máquina que bombeaba su corazón, nuestro hijo fallecería de inmediato. Entonces ya desesperada les dije que pagaría lo que hiciera falta, que viniera un cirujano de fuera, que lo hubiera hecho anteriormente con éxito, comentario que les molestó por el tono de su contestación de que les dejáramos trabajar a ellos. Pero yo insistí, lo que haga falta, sé que ellos iban a la desesperada, que esta situación nunca la habían tenido y estaban probando técnicas que ni ellos las tenían todas consigo, pero yo también era una madre desesperada como cualquier madre, si hubiera algo en mis manos por salvar a mi hijo, lo haría, incluso sabe Dios que hubiera dado mi corazón si le hubiera valido.

Me encogí de emoción cuando me llamó mi compañera Ara para decirme que si hacía falta daban un número de cuenta y recolectaban dinero todos para operar a Chris, al igual que una amiga llamó a la televisión para contar lo que estaba pasando, pero esperé a que saliéramos del hospital para hablar con estos medios, más que nada por intimididad hacia nosotros y hacia nuestra gente y no presionar más a los médicos y resto del personal.

Cuando salíamos de la sala, Samuel tuvo que contárselo a nuestra gente, ya que yo me quedé sin habla, todos intentaban darnos ánimos intentando ocultar sus caras de rabia y tristeza. Mi padre estaba destrozado, se apartaba hacia las escaleras para que no le viera nadie llorar, yo me acerqué a abrazarlo, decía «Joder, ¿cuántas operaciones le van a seguir haciendo al chiquillo?», yo le decía «No te preocupes, es muy fuerte, ahí sigue luchando, papá» y me quedaba en silencio.

A veces éramos nosotros los que teníamos que animar a los demás con nuestra esperanza, incluso se acercaban los padres de los demás bebés allí ingresados para animar a nuestra gente diciéndoles que sus hijos también habían llegado muy mal y se estaban recuperando.

Después de informarles, volví a entrar a ver a mi bebé y le hablaba:

—HOLA, CARIÑO, ¿QUÉ PASA, CAMPEÓN?, DEBES DE ESTAR AGOTADO, A VER SI ESE CORAZONCITO COGE FUERZA Y TE SUBEN A PLANTA, ALLÍ VAMOS A ESTAR MEJOR. NO SABES LA DE GENTE QUE ESTÁ PENDIENTE DE TI, ESTAMOS TODOS ADMIRADOS POR TU FORTALEZA, CARIÑO; ADEMÁS, ACUÉRDATE DE QUE YA TENEMOS FECHA PARA BAUTIZARTE EN MAYO, EL ABUELO VA A SER TU PADRINO. YA HE LLAMADO AL CURSO QUE ÍBAMOS A IR PARA LOS MASAJES Y NO PASA NADA, ESO PUEDE ESPERAR, AL IGUAL QUE EL VIAJE QUE TENEMOS PARA LOS CARNAVALES DE CÁDIZ, SE PUEDE RETRASAR. HE ESTADO PENSANDO Y CREO QUE TE VAS A LIBRAR DE LA GUARDERÍA. CUANDO EMPIECE A TRABAJAR VOY A COGERME LA JORNADA REDUCIDA, ASÍ ENTRE LA ABUELA Y YO NOS APAÑAMOS DE MARAVILLA Y PASO MÁS TIEMPO CONTIGO, MI MOFLETES. QUÉ GANAS TENGO DE VER ESOS OJAZOS MIRÁNDOME Y PIDIÉNDOME EL PECHO, YA TIENES MUCHA LECHE GUARDADA, AUNQUE CUANDO DESPIERTES CREO QUE VAS A TENER TANTA HAMBRE QUE VAN A TENER QUE DARTE LECHE DE FARMACIA.

»QUÉ GANAS DE QUE ESTRENES EL COLUMPIO QUE TE REGALÓ EL ABUELO. YA HABÍAMOS PENSADO EN PREPARAR TU CUNA GRANDE, QUE LA MINICUNA YA SE TE ESTABA QUEDANDO PEQUEÑA, Y TAMBIÉN ESTÁ TU PRIMITO ABRÍ, QUE LE HE DICHO QUE TIENES UN BICHITO EN LA TRIPA PORQUE QUERÍA ENTRAR A VERTE, TE HA GUARDADO UN BOLLITO PARA CUANDO ESTÉS BUENO Y DICE QUE VA A REGALARTE LOS JUGUETES QUE YA NO USA, Y ESO ES RARO EN ÉL, SABIENDO QUE ES UN GRANUJILLA Y NO LE GUSTA COMPARTIR SUS COSAS.

»¿CÓMO ESTÁS? ¿TE TRATAN BIEN, CARIÑO?, TIENES UNAS ENFERMERAS MUY GUAPAS Y SIMPÁTICAS Y EL BEBÉ QUE HABÍA AL OTRO LADO ESTÁ MEJOR, YA LE HAN SUBIDO A PLANTA, DENTRO DE UNOS DÍAS TÚ VAS A SER EL SIGUIENTE, SOLO TE PIDO QUE NO ESTÉS NERVIOSO Y SI HAS VISTO A DIOS DILE DE MI PARTE QUE HAY GENTE MUY MALA POR ESTE MUNDO QUE DEBERÍA LLEVARSE Y NO LO HACE, Y QUE TÚ NO TIENES CULPA DE NADA. TU NACIMIENTO HA TRAÍDO MUCHA ALEGRÍA A TODOS, NOS HAS UNIDO A PAPÁ Y MAMÁ, QUE NO ERA NECESARIO QUE TÚ PASES POR ESTO, QUE AQUÍ HAY VARIOS CULPABLES Y RESPONSABLES QUE NO VALORARON TU ENFERMEDAD EN SU MOMENTO Y YA ME ENCARGARÉ DE QUE LA JUSTICIA LOS CULPE, Y TAMBIÉN CULPA MÍA POR HABER HECHO CASO A ESA FALSA PEDIATRA, PERO QUE YO YA ESTOY PAGANDO POR ELLO MI CASTIGO. BUENO, CARIÑO. YA ME ECHAN, NOS VAMOS A COMER Y ESTA TARDE NOS VEMOS DE NUEVO. Y RECUERDA, TE QUIERO, MI VIDA.

—Hola, mamá. Estoy agotado, he vuelto a estar en una sala llena de cirujanos, oía sus voces, su nerviosismo, estoy muy triste y apenado. He estado hablando con Dios, me ha enseñado cómo sería mi mundo en el cielo y mi futuro en la tierra y, aunque no lo entenderéis, me asusta mucho quedarme aquí. Sois lo que más quiero. Mamá, tú me has dado la vida y con todas las ilusiones que tenéis puestas en mí no es justo que no siga vuestro camino, pero me espera una vida muy dura y con un final desgraciado, puede que aguante esta operación, me mantendré vivo con un tratamiento y varias operaciones, pero no seré un niño feliz y vosotros viviríais contando cada segundo que consiguiera vivir y así día y noche hasta que finalmente muriera en alguna operación. Podríamos vivir unidos durante tres, cuatro, quizás diez años, pero después la pena sería más grande. Dios me ha enseñado otro mundo, un mundo donde todos los seres humanos somos iguales, donde no existe el dolor, ni la enfermedad, donde podemos correr, saltar, jugar libremente, cuyo único esfuerzo es cuidar de vosotros desde el cielo, se llama ser «ÁNGEL». Lucharé un poco más para demostraros que os quiero, pero sí te puedo asegurar que tú no tienes la culpa de nada, me has demostrado que me quieres por encima de todo y Dios me ha prometido que allí todos volvemos a vernos para no separarnos jamás. He visto a muchos de vuestros seres queridos, dicen que al principio se pasa mal, ellos te ven y escuchan, he visto a los bisabuelos, a mi primo. Allí no envejeces, sigues igual; no existe el frío ni oscuridad, solo existe la ansiedad de tener a los seres que siguen en la tierra. No te hagas más preguntas de por qué a nosotros, qué has hecho mal o en qué fallaste. Aprovecha el tiempo a mi lado. Te quiero.

A la mañana siguiente me levanté más animada y esperanzadora, debido al sueño que tuve en el que mi hijo ya estaba en planta y le alimentaban mediante sonda, yo cuidadosamente le

cambiaba el pañal... De repente, sonó el despertador, me duche rápidamente y salimos disparados para el hospital, deseando que llegaran las doce de la mañana para entrar a ver a mi pequeño.

Y allí volvíamos a estar todos los padres impacientes, nuestros teléfonos sin parar de sonar para saber cómo iba la recuperación. Ese día hasta me arreglé y me maquillé la cara por si mi hijo despertaba, para que me viera bien.

Nos avisaron por megáfono que tendríamos que esperar un poco para entrar, que irían llamando poco a poco, ya que habían improvisado un quirófano de urgencias porque estaban operando a un bebé en el propio box, al nombrar a mi hijo, me puse histérica a pedir que quería hablar con los médicos, nos pidieron que esperásemos, no se les podía molestar, lo entendí, la vida de mi hijo estaba en sus manos, al igual que la mayoría de los padres no se quejaron por tener que esperar.

Cuando entraba algún padre les pedía que si se enteraban u oían algo luego nos lo dijeran, pero cuando salían solo nos explicaban que estaba todo tapado y con los cirujanos dentro.

Al cabo de una hora, salieron a por nosotros y nos llevaron a la sala de las malas noticias. Nos explicaron que la anterior operación no había dado resultado, esta vez le habían hecho otra especie de unión y desenchacararon de nuevo su corazón, si aguantaba, a las veinticuatro horas le quitarían la máquina y, si bombeaba por sí solo, entonces le harían la última operación y más importante que ya nos habían explicado anteriormente, para dejarle un solo ventrículo.

Lo que fuera con tal de que viviera, ahora reconozco que fui egoísta, solo miré la satisfacción de volver a tener a mi hijo con nosotros, no pensé en las consecuencias que tendría a lo largo de su vida.

Volvieron a decirnos que su situación era de extrema gravedad, pero cuando sabía que nos iban a decir eso yo respondía lo mismo.

—¡Mi hijo es muy fuerte!

Entre a verle, me di cuenta de que sus mofletes habían casi desaparecido. Le dije animándome a mí misma: «Con dos biberones esto se vuelve a rellenar, ¿verdad, comilón?». Me impresionaba ver sus ojitos cerrados, untados con esa especie de vaselina, tenía unas pestañas larguísimas, había desaparecido aquella costra de un arañazo que se hizo con las uñas, pero seguía la marca de su cicatriz en su cara que le hacía cara de travieso. Volví a pasar la Virgen por su cuerpecito, no quise tocarle mucho por miedo a tocar algún cable, volví a sacarme la leche, ya solo era agua, no conseguí llenar ni medio biberón.

Aquella noche no quería irme a casa, todos intentaban convencerme, los padres de otros bebés me decían que era mejor que descansara todo lo posible ahora que sabíamos que estaban más pendientes de él, que cuando le subieran a planta ahí sí que tendría que quedarme todas las noches vigilándole.

Me hubiera gustado poder dormir a su lado, en la UCIP todas las noches. Cómo echaba de menos cuando su padre se iba a trabajar y yo me le metía en la cama cerca de mi pecho.

Al final nos fuimos a casa, no me iba muy convencida, aunque nos habían dicho que parecía que su ventrículo izquierdo y su insuficiencia del ventrículo derecho se iban recuperando lentamente. Entramos a las doce de la noche para darle las buenas noches y por el camino a casa, intentaba hablar a Samuel para que no se quedara dormido conduciendo, debido al cansancio acumulado que llevábamos después de seis días.

Al llegar a casa llamé a la UCIP y me dijeron que todo seguía igual, aun así, no dormí tranquila, recordaba a mi padre que se apartaba hacia las escaleras del hospital para llorar sin ser

visto, recordaba a su otro bisabuelo abrazándome y diciéndome «Bueno, todo va a salir bien». Mi cabeza estaba llena de palabras de ánimo, de consuelo y mi corazón estaba con mi hijo.

Otra noche más durmiendo con su mantita y su sonajero en medio de nosotros, otra noche más moviendo su minicuna vacía y cargándome de fuerzas para entrar en su habitación.

El despertador sonó, por primera vez me quedé dormida, cuando me di cuenta eran las diez de la mañana, ya no nos daba tiempo a entrar a las siete de la mañana, me enfadé conmigo misma, llamé a la UCIP, me dijeron que sin cambios. Salimos corriendo hacia el hospital, me puse a llorar de camino en el coche, yo iba sentada donde antes iba el Maxi-Cosi de mi hijo, sentía que estuviera ocupando su lugar, pensé que tendría que haberme sentado detrás, me imaginaba saliendo del hospital con mi hijo y ocupando de nuevo su sitio en mi coche.

—Pero ¿por qué tiene que estar pasándonos esto a nosotros? —me preguntaba una y otra vez.

Ansiosa de nuevo por entrar a ver a Chris y hablar con los médicos, ya se cumplían más de cuarenta y ocho horas, para desconectarle de la máquina, estaba muy nerviosa, no quería por nada del mundo que su corazón no hubiera cogido fuerzas suficientes, apretaba su sonajero contra mi corazón y le pedía a Dios que por favor me quitara fuerza del mío para transmitírsela al suyo.

Llegó la hora de entrar, estábamos poniéndonos muy deprisa la bata y el gorro, cuando de repente oí correr a las enfermeras y auxiliares de un lado a otro.

—¡No, por Dios! —dije en voz alta, temiendo lo peor.

Samuel me cogió la mano al igual que otra de las madres allí presentes.

—No, mujer, el vuestro seguro que no es, no pasa nada, es que son muy exagerados —me dijo esa madre agarrando mi mano.

Pero al oír:

—Rápido, rápido, sangre para Chris.

Me fui corriendo hacia el box de mi hijo, vi su pequeño cuerpo brincando sobre su camilla y el cirujano se disponía a hacerle la reanimación.

Se dieron cuenta de que estábamos detrás, pusieron un biombo y una enfermera intentó tranquilizarme y tuvieron que sacarme casi a rastras para esperar fuera de la UCIP. No podía dejar así a mi hijo, no podía parar de oír aquel pitido de la máquina y cómo ese cirujano estaba cogiendo las placas para ponérselas en su pecho.

Nos llevaron a la sala de las malas noticias, vino la enfermera que siempre nos decía cómo iba todo.

—A vuestro hijo esta madrugada le dio una parada cardiorrespiratoria, le reanimaron y salió, pero ahora le ha vuelto a dar otra, esta vez llevamos más de dos minutos.

—Anoche y esta mañana llamé a la UCIP y me dijeron que todo seguía igual, ¿por qué no me lo dijeron?, ¡hubiéramos venido corriendo! Corran y hagan lo imposible, por favor —les dije.

—Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos, tienen que saber que ahora las secuelas serían más grandes

—me advirtió la enfermera.

—Confío en vuestras manos, mi hijo quiere vivir —insistí.

Se fueron hacia el box, yo repetía una y otra vez, «¡Vamos, hijo, vamos, campeón!», pero al ver que al poco tiempo venían, me sujeté a Samuel y hubiera dado lo que fuera por no oír jamás lo que mi esperanza nunca había querido oír.

—Lo sentimos, pero Chris no ha podido sobrevivir —dijo otro médico intentando ponerme el brazo en mi hombro, al que yo rechacé.

—No puede ser, vayan corriendo, él quiere vivir, vayan a asegurarse.

Aquellos médicos y cirujanos que habían estado todo el tiempo al lado de mi hijo reflejaban la pena, no olvidaré a la doctora que me decía lo siento con lágrimas en los ojos.

—Lo sentimos mucho, sabemos todo lo que vuestro hijo ha luchado, hemos hecho lo imposible, pero no hemos podido, ya eran dos infartos. Si queréis que llamemos a alguien, algún familiar para avisarlos. Vosotros podéis disponer de esta sala el tiempo que queráis y si tenéis ropa de vuestro hijo que queráis que le pongamos, podéis pedirnos lo que queráis.

—QUE MI HIJO VIVA —grité arrodillándome.

Samuel le dijo que si podían llamar a su tía, yo no era capaz de avisar a nadie. Sabía que todos esperaban buenas noticias.

Me quedé apoyada con la cabeza en la mesa, diciéndome una y otra vez que todo era un asqueroso mal sueño, que cómo iba a volver a casa sin mi hijo, lo que más quería y había luchado por tenerle.

Al final llamé a mi padre, me arrepentí de decirle que su nieto nos había dejado, pues me daba miedo que mi padre al estar tan nervioso tuviera un accidente con el coche conduciendo desde el trabajo al hospital. Le pedí que se lo dijera a mi madre.

Al final me levanté y nos fuimos al coche a por la ropita de mi bebé que tenía preparada para cuando le dieran el alta, me prometieron que luego podía cogerle y despedirme de él, en mis brazos.

Al salir de la sala todos nos miraban asustados, yo miré hacia dos matrimonios que se nos acercaban y les dije derrumbada:

—Mi bebé nos ha dejado.

Me llevaron al baño para lavarme la cara, no paraban de abrazarme y decirme lo siento, lloraban con nosotros, pero nos apresuramos para salir hacia el coche.

Por la calle parecíamos sonámbulos, cada paso que daba era como tener diez kilos de piedras en cada pie. Entre llantos miraba al cielo y le decía a Dios:

—¿Por qué eres tan egoísta?, ¡con mi bebé no!, él no tiene la culpa de nada, ¿cómo has sido capaz de destruir esta familia?

Al volver al hospital entregamos su ropita y nos quedamos en la sala de las malas noticias, inmediatamente llegó mi padre, lo abracé y le dije:

—Lo siento, papá, ya no vas a poder ser su padrino.

Mi padre estaba roto, desencajado, tuvo que sentarse porque se caía.

Empezaron a venir amigos, tíos, primos, a mi madre tuvieron que darle un tranquilizante porque estaba muy nerviosa chillando.

Vino la chica encargada de llevar los trámites del seguro, no hacía ni dos meses que lo había hecho para los tres.

Yo estaba deseando poder llevarme a mi bebé, quería verle, aún no me lo creía. Empecé a acordarme de las veces que le había llevado a que le viera esa supuesta pediatra, como me decía que me preocupaba demasiado. Me empecé a volver a sentir culpable de no haberle llevado antes de urgencias al hospital, quince días antes, como me dijo la cardióloga cuando ya le quedaban horas, qué impotencia, rabia, dolor..., no existen palabras ni existirán palabras suficientes que describan lo que se siente al oír que tu hijo ha fallecido, es como si tu corazón dejara de funcionar, como si te clavaran algo helado en el pecho. Tu cuerpo se congela, las piernas se te adormecen, no te salen ni lágrimas en ese instante. Tus manos y tu cara empiezan a temblar, la

voz que te decía que tu hijo ha fallecido empiezas a oírla como un eco y él lo siento de los médicos pasa a un segundo plano.

Intentas salir corriendo, pero no sabes a dónde, no sabes si te apetece estar sola o rodeada de tus seres queridos, solo deseas echar el tiempo atrás y miles de imágenes bonitas se amontonan en tu mente, hasta que vuelves a la cruda realidad y entonces recuerdas todo lo malo, quieres dar una patada o un puñetazo, te sientes enfadada y traicionada con el mundo, con la vida, con la gente..., con todo.

Cuando entraron para avisarnos de que ya podíamos entrar a ver a nuestro hijo, rápidamente nos dirigimos hacia su box.

Ahí estaba mi pequeño, de verde y blanco con su nombre que yo bordé orgullosamente. Le dije a la enfermera que quería cogerle y me ayudó a ponérmelo con mucho cuidado en mis brazos, cómo echaba de menos sentirle en mis brazos y en mi pecho. Le hice por última vez el camino de los besos, le agarré su manita que aún mantenía su temperatura, le pedí mil perdones por prometerle que volveríamos los tres a casa, hasta le canté en bajito, acunándole.

Estaba ida o podía parecerlo, pero quería pensar que mi hijo estaba dormido y darle el calor que tanto había añorado en aquellos días. El personal médico que pasaba por allí se escondía porque se les saltaban las lágrimas viendo aquella escena, quizás para ellos muy triste, para mí era la única recompensa que me quedaba, demostrarle que nuestras almas estarían unidas, pasara lo que pasara, fuera lo que fuera, nadie podría romper jamás esta cadena de amor, madre-hijo.

No aparté la vista de la cara de mi hijo, pero sentí cómo mis padres se ahogaban en su llanto, oía cómo decían que mi hijo estaba muy grande, ellos llevaban una semana sin ver a su nieto. Le dieron el último beso, también entró una hermana de mi padre, fue a abrirle los ojos a mi hijo, pero le quité la mano de inmediato; me molestó, me dio la sensación de que eso le haría daño a mi bebé. No recuerdo quién más fue capaz de entrar, recuerdo que vinieron a preguntarnos si queríamos que le hicieran la autopsia, aunque ya se sabía de qué había fallecido: Cardiopatía congénita (hipoplasia arco aórtico, estenosis aórtica y estenosis mitral).

Mis padres al oír decir eso a los médicos inmediatamente nos dijeron que no lo hiciéramos, ya que a mi hermana supuestamente fallecida sí se lo hicieron y por hacérsela le entregaron una cajita con sus restos y no querían que pasáramos por algo tan duro, está claro que eran otros tiempos, nosotros dijimos que si servía como estudio para otros futuros niños, que sí, pero con la condición de que dejaran su cuerpo y cara enteros para poder verle en el tanatorio. Al principio nos dijeron que sí, cuando les dije que lo quería por escrito, dudaron, mi padre insistía en que no, que ya bastante habían estudiado con él y luego descubrí que bastante razón tenía. Al final nos dijeron que en hacer eso tardarían unos dos días, entonces nos negamos, ya que queríamos cuanto antes llevarle al tanatorio. Sí que les dije que, si podían donar sus órganos para otros bebés, mi hijo ya había fallecido y quería que sus órganos pudieran dar la vida a otros, pero nos dijeron que sus órganos habían quedado dañados y que sí, que ya bastante habíamos pasado, que lo mejor era velarle cuanto antes.

Teníamos que irnos ya hacia el tanatorio, no quería, no podía soltar a Chris de mis brazos, me aferré a él, dejé que su padre también lo cogiera y lo abrazara y al mismo tiempo me agarré a ellos.

Nos despedimos de aquellas familias que aún quedaban con la espera de que sus hijos se recuperaran y les deseé de todo corazón que sus hijos se recuperasen para siempre.

De camino al tanatorio, tuvo que llevar mi coche un amigo de Samuel, ya que yo seguía sin dar crédito al destino de mi hijo, estaba hundida en otra dimensión. Cuando llegamos al aparcamiento del tanatorio nos dimos cuenta de que se iba completando únicamente de coches de todos nuestros familiares y amigos.

Llegamos antes que mi hijo, la sala estaba preparada, pero nosotros esperamos a que nos avisaran de que ya había llegado nuestro hijo, y así fue, a través del cristal que separaba aquella sala, vi cómo le traían metido ya en su pequeño ataúd. No podía creer que la vida me estuviera haciendo esto. Mi hijo no merecía estar ahí, merecía estar jugando en su cunita y crecer con su familia, se merecía conocer a todas aquellas personas que se habían estado preocupando por su salud, aquellos que deseaban tanto su recuperación. Mi hijo merecía llevar una vida normal, aprender a decir mamá, a cantar los cinco lobitos, a poder celebrar su bautizo, su primer cumpleaños, a conocer a sus compañeros de colegio, a jugar con sus primos... Yo me merecía poder leerle sus cuentos, ir a buscarle al colegio, recibir mi regalo el día de la madre, enseñarle a andar, a ver juntos los dibujos, llevarle a la cabalgata de Reyes... En definitiva, a seguir creciendo y crecer nosotros con él.

Los dos días siguientes que tuvimos que estar en el tanatorio hasta su entierro, estaba pegada a esa cristalera, solo me separaba para ir al baño y saludar a aquellos que perfectamente entiendo que no se atrevían a entrar a verle. A mí me pasa lo mismo cuando voy a otros funerales, y espero que ellos entendieran que no pude estar con ellos, porque no quería desperdiciar la imagen de mi hijo en el poco tiempo que me quedaba viéndole.

No quise que mis padres se quedaran toda la noche con nosotros velando el cuerpo de su nieto, hacía mucho frío y ellos andaban muy fastidiados con los huesos, pero era imposible convencerlos, lógico, soy su hija; al igual que los tíos de Samuel, la única familia con la que Samuel podía contar, sus tíos, para mí, sus verdaderos padres, porque hacían y actuaban como no hacían los suyos propios.

A veces de tanto mirar a mi hijo, la mente te hace ver cosas, parecía que mi hijo respiraba. Me hubiera gustado dormir a su lado, aunque me quedara helada, nos dimos cuenta de que le habíamos dejado la marca de darle besos en su frente.

Todos lo decían que estaba muy grande para el poco tiempo que tenía, y eso que en las últimas semanas perdió bastante peso, pero sí era alto, qué orgullo de hijo y de familia en esos momentos.

Tuvimos muchísimas visitas, muchos compañeros de trabajo, amigos, compañeros de mi padre, algunos vecinos del barrio donde me crie, incluso de personas que ni aún le conocían, me sentía tan agradecida y al mismo tiempo enrabietada con que el destino no hubiera dejado ver a todos ellos a mi hijo con vida.

Solo tengo una espina clavada, envenenada en mi mente, referente a unas personas que no merecen nada de nada.

Por fuerte que parezca la gente de mi alrededor que conoce la historia y los conoce saben que me quedo corta. La familia de mi ex, me hicieron la vida imposible prácticamente durante toda la relación, me desearon lo peor; que abortara durante mi embarazo, tuve que aguantar insultos, ver cómo durante tres años no se preocupaban para nada de su hijo ni de su salud. Fueron mis padres los que estaban en su lugar cuando él estaba enfermo, cuando tenían que apoyarle a ser padre, que te digan por terceras personas que ellos van diciendo que ese niño no es su nieto. Imaginé que cuando se enterasen de que mi hijo estaba entre la vida y la muerte, ellos aparecerían y dejarían a un lado ese comportamiento, pero no fue así y finalmente cuando mi hijo falleció, ya

fui yo la que decidí que no quería volver a saber nada de ellos, para mí estaban muertos desde ese día. Y si no les bastaba con el daño que habían hecho, se presentó su hermana en el tanatorio, me dio dos besos por cumplir, hizo el paripé con su hermano y se fue. Su padre ni apareció y se lo agradecí, lo mismo podía haber hecho su madre, por llamarla así, porque el significado de madre lo lleva solo en el libro de familia, se presentó, le obligó su hijo a que me diera el pésame, ¡encima!, dos hostias le tenía que haber dado yo cuando se echó a llorar en brazos de su hijo y a hacer la actuación de su vida, pero me volví a pegarme al cristal, sus abuelos y tíos me daban las gracias por no liarla, sabían que la actuación de esa mujer no era normal. Samuel también me dio las gracias, me prometió que ya no me dejaría más sola, yo estaba indignada. Para colmo, al final del entierro volvió a presentarse para joderme de nuevo con su actuación, me volvió a pedir Samuel que lo acompañara por última vez e intentaba agarrarnos a las dos, pero cuando oí cómo le decía al oído a su hijo que se alegraba de que esto hubiera pasado porque así había podido ver a su hijo, tiré del brazo de Samuel y le dije: «¡Vale ya!, se acabó». Y me fui hasta el coche, pero cuando reaccioné por las palabras que había oído me di la vuelta para ir a por ella, empujarla con las pocas fuerzas que me quedaban y decirle: «Tú deberías de estar muerta» y desahogarme contra ella todo el daño que nos había deseado, pero su hermana se puso en medio de su hermano y su madre para que su hermano me cogiera. Con el paso de las semanas me sentí tan inútil de no reaccionar a tiempo, con el carácter que yo tenía, de haber consentido esas palabras, de no decírselo a la gente que me preguntaba qué había pasado, porque más de uno hubiera ido a por ella. No voy a seguir hablando más de estos personajes tan insignificantes, que por suerte ya no están en mi entorno ni espero volver a saber nada de ellos, no les deseo ni la muerte porque no quiero que coincidan con mi bebé.

Quedaban ya unos minutos para que pudiéramos entrar a darle el último beso, estaba rodeado de tantas coronas, ramos y centros de flores. Fuimos egoístas y pedimos a la familia que solo entraríamos nosotros a darle el último beso, sé que a mis padres les hubieran gustado dárselo, pero es que, si no, iba a querer entrar más familia y sentíamos que así le agobiarían. Pido perdón por ser yo la que quisiera tener el último recuerdo del contacto con su piel y su carita. Se me hizo tan difícil despedirme de él, le metí su sonajero de Winnie y lo agarré con su manita, su sonajero, el mismo que tuve toda la semana que estuvimos en el hospital.

Tuvo su misa y su bautizo, ya que no había dado tiempo a bautizarlo, se lo pedimos al sacerdote, él fue directo y no se anduvo hablándonos de la Iglesia ni de Dios, se centró más en nuestro dolor. Uno de los momentos más duros fue seguir el coche fúnebre, ir nosotros andando donde estaba mi hijo, oír a la gente llorar; «Nuestro último viaje juntos», me decía su padre. Y sin duda el momento peor fue ver cómo metían su pequeño ataúd en el nicho, cómo iban metiendo las flores que tantos le habían regalado, también metieron la foto de los tres que nos hicimos a los dos días de nacer Chris, quería que mi hijo siempre nos recordara así; cuánto me arrepiento ahora de añadir a su padre en esa foto, pero no quería que mi bebé se sintiera solo, allá donde acabara.

Chillé al cielo quejándome de ese Dios, maldije a la supuesta pediatra que no hizo caso de mi insistencia, pedía explicaciones sobre por qué a nosotros tantas desgracias.

Me pidieron que no mirara más al nicho cuando estaban sellándolo con la tapa, y nos quedamos abrazados ahogados en la pena y maldiciendo. Pude ver a todos llorar, no podía imaginar que aún me quedarían fuerzas para aceptar el pésame de todos los que allí se encontraban, acordamos que mis padres y una pareja de amigos de Leganés iban a nuestra casa a recoger las cosas de nuestro hijo, cuando llegamos ellos ya habían guardado gran parte de sus cosas, todo iba tan rápido, que

de repente me senté en medio del salón y empecé de nuevo a llorar. Les dije que parecía que estaba deseando guardar todos los recuerdos de mi hijo y no quería que mi bebé pensara que quería olvidarme de él, entonces Samuel me dijo que nos quedásemos con lo que quisiéramos. Fui a su habitación, dejé alguna ropita suya, sus patucos, algunos los regalé a los que quisieron un recuerdo de mi hijo. Me quedé con sus muñecos y, por supuesto, con aquella mantita, la que tuve acompañándome en el hospital, la que viajó conmigo en algunas ocasiones y la que me acompañó durmiendo durante tres años seguidos y hoy sigo durmiendo con ella de vez en cuando.

Mis padres nos decían que nos fuéramos unos días a su casa, no queríamos molestar ni tampoco irnos de la casa que vio crecer mi vientre y a mi hijo, pero por otra parte queríamos irnos unos días de viaje. No sabíamos lo que nos apetecía ni qué hacer para llevar ese dolor, estábamos estancados. Me atormentaba preguntándome cómo iba a ser capaz de vivir sin mi hijo, ¿cómo iba a poder volver a mirar a otros bebés?, ¿cómo coger fuerzas para volver a trabajar de cara al público?, atender a miles de madres que van con sus bebés, embarazadas, compañeras que recientemente habían sido madres, me atormentaba el futuro sin mi hijo. Todos los pensamientos de planes que había tenido para él, ¿cómo seguiría mi relación con mi pareja?, en definitiva, ¿cómo volver y acostumbrarme al mundo real?

CAPÍTULO VIII

Comienza mi lucha por hacer justicia

Gracias a una amiga me puse en contacto con la asociación del Defensor del Paciente, lo denunciaron ante el fiscal, pero no hicieron ni caso y lo archivaron, así que nos aconsejaron un buen abogado, especializado en estos temas de negligencias médicas y así hice. También se puso en contacto conmigo una agencia de medios de comunicación pidiéndome que hiciéramos público nuestro caso para la televisión y la prensa, y a pesar de no tener fuerzas para ello, por el agotamiento tan físico y mental que teníamos, pensé que, si la gente lo veía y algunos seguramente habían pasado por la misma situación, los animaríamos a denunciar su caso, a no callar, y a los que aún estaban a tiempo, que no pasaran jamás por este terrible dolor. Para que quizás los médicos espabilaran y se dieran cuenta de que estaban tratando con humanos y no con objetos, que reconocieran su grave error y dejaran de ejercer, y sobre todo pensé en el sufrimiento del alma de mi hijo, que ningún niño tiene derecho a pasar por la dejadez de ser atendidos. Juré que si mi hijo salía con vida llamaría a la televisión para denunciarlo igualmente, denunciar a esa supuesta pediatra y demás personal involucrado, así que ahora tenía más motivo para hacerlo. A mi hijo ya no me lo iban a devolver, pero mi conciencia no estaba tranquila si me callaba.

Así que, a pesar de estar moralmente derrumbada, hablamos con la televisión, fueron pocos minutos, lo agradecemos. Explicamos brevemente lo sucedido, no podíamos dar nombres de los responsables, nos lo aconsejó nuestro abogado para no salir nosotros perjudicados, pero a partir de ahí miles de llamadas se repetían en mi móvil, de varios canales de televisión, de la radio, de la prensa, que querían venir a grabarnos o que fuéramos a los programas a contarlos. Me agobiaron muchísimo, no daba abasto a contestar a las llamadas, me di cuenta de que algunos solo buscaban ser los primeros en dar la noticia sin importar nuestro estado de ánimo. En una ocasión porque quedé primero en salir en directo en el programa *Las mañanas de Cuatro*, al verlo otra cadena, nos exigían que grabásemos con ellos y me recriminaron el no haberlo hecho primero, que les había destrozado la primicia, encima de que yo no cobraba por ello y ellos lo veían solo como un negocio. Al final me cabreeé y les dije que nos íbamos de viaje; bueno, pues me decían que no podía irme sin antes darles la noticia, así que no volví a cogerles el teléfono, incluso después de volver de viaje insistían con sus llamadas, en cambio, la periodista de Cuatro fue muy amable y humana con nosotros. Les pusimos en contacto con mi abogado, que les informó de lo que podían y no preguntarnos relativo a temas de justicia y acusaciones, lo entendieron perfectamente. El directo duró apenas unos minutos, lo hicimos en la calle por intimidad a donde vivíamos. Fueron unos excelentes profesionales, me sentí cómoda porque las preguntas iban más en relación con nuestro estado de ánimo.

La noticia salió en muchos periódicos, en los telediarios, en internet, incluso en la radio.

Nos fuimos de viaje a un balneario, lejos de Madrid, para intentar descansar, alejarnos de todas las personas que nos veían como los pobrecitos. Pensamos que era lo mejor que nos venía en ese momento, como también me había aconsejado mi médico. Me acompañó la mantita y una chaquetita de mi hijo para sentir que venía conmigo. El balneario nos relajó un poco, conseguimos por fin dormir del tirón. Esa misma noche cansada de pedir que mi hijo hiciera que

soñara con él, o que, si estaba en algún lugar y me echaba de menos, hiciera que a la mañana siguiente nevara como el día que nació, no conseguí verle en sueños, pero aquella mañana sí nevó, era febrero, quizás fue casualidad, pero a las pocas horas salió el sol, a mí eso me tranquilizó y me hizo llorar de paz, pensando que mi hijo estaba conmigo.

Al final no aguantamos tampoco mucho tiempo fuera de casa, pensamos que estaríamos a gusto, pero a los dos días regresamos. No sabíamos lo que queríamos, así que nos volvimos.

Me daba otra vez pánico abrir las puertas de casa, la de nuestra habitación, la de mi hijo, pero me di cuenta de que tampoco ayudaba huir de nuestro entorno, que tarde o temprano teníamos que enfrentarnos a los recuerdos, pues los recuerdos van allá donde vas tú. Y era lo que quería, recordar a mi hijo siempre, lo difícil y la prueba más dura que me dejaba la vida era recordarlo sin dolor.

A los quince días del fallecimiento de mi hijo decidí volver al trabajo. Me aterrorizaba enfrentarme al día a día, por mi trabajo en un supermercado, tenía que ver a mucha gente, embarazadas, bebés, parejas... Hubiese deseado trabajar en alguna oficina y creo que, si mi trabajo hubiera sido en un centro de bebés, hubiera tenido que buscar otro trabajo por muy mal que estuvieran las cosas en el terreno laboral, por la crisis.

Pero tampoco podía seguir sola en casa, encerrada en la habitación, llorando durante horas. Me daba miedo hasta ir sola al baño, y eso que deseaba con todas mis ganas ver la imagen de mi pequeño o soñar con él. Estaba obsesionada todas las noches pidiéndole que me enviara alguna señal, que solo así creería que estaba con Dios.

Pensé que el trabajo me distraería, pero las primeras semanas fueron horribles, parecía que todos los bebés tenían que pasar por donde yo cobraba en las cajas y hacer ruiditos o llorar fuertemente para que yo los oyera. Cada vez que veía a una pareja feliz, con su hijo recién nacido, se me saltaban las lágrimas y tenía que irme al baño o al almacén a desahogarme. No quería oír a mis compañeras que me dijeran que era normal, que el tiempo todo lo cura, y mucho menos que me entendían, en cambio, me relajaba que otras me dijeran que nadie se podría jamás poner en mi lugar y que mi hijo no quería verme mal, allá donde estuviera.

Estaba deseando salir de trabajar, montarme en el coche y romper a llorar, llegar a mi habitación y dormir abrazada a su mantita.

Finalmente, mi doctora me dio la de baja. Me estaba machacando emocionalmente estar tan en contacto con otros bebés, hasta que el médico de mi empresa llegó a un acuerdo conmigo y mi coordinador, a quien le había pedido desde el principio que no me pusiera en cajas y no quiso. Esta vez se lo dejé muy claro: o me ponían en otro puesto de trabajo que estuviera más ocupada y no tan de cara a los clientes o no me incorporaba. Parece que al final quisieron entenderlo un poco y estuve unas semanas sin estar en cajas cobrando, reponía o desmontaba los *pallets* en el almacén.

Después de que el fiscal nos diera la espalda, tuve que moverme por todos los centros médicos y hospitales que habían llevado mi embarazo, el parto y nacimiento de mi hijo, para conseguir todo el historial médico y que el abogado lo estudiara para ver si era viable. Tuve muchas pegas con los centros. El centro donde tuve la supuesta pediatra me ponía excusas para no dármele, me hizo hacer tres viajes de un centro a otro, hasta que mi abogado me hizo un escrito para que se lo enseñara y vieran que estaba en mi derecho de tenerlo. Finalmente lo habían trasladado a otro centro, a otra ciudad, pero lo conseguí, querían que me cansara para ver si así me daba por vencida, lo llevaban claro conmigo. Me pasó lo mismo con el hospital que me llevó casi todo el embarazo, que si mi hijo era un menor y yo no me podía llevar su historial, que si me creía que

iba a conseguir algo denunciando, que iba ser peor para mi dolor, bueno, barbaridades que salían de la boca de una trabajadora cuya especialidad era la atención al paciente. Pero también conseguí el historial en el hospital donde nació mi hijo, la verdad es que no me costó tanto, en dos días me lo entregaron y fueron más cordiales, es más, fui a ver al médico matrn, que me asistió el parto y también me había tratado. Quedó desenchajado cuando le comuniqué que mi hijo había fallecido, al igual que en el hospital donde estuvo mi bebé sus últimos días de vida. Me entregaron todo y me animaron diciéndome que cuando me animara a quedarme embarazada, ellos me controlarían todo el embarazo, pero en esos momentos yo no quería ni pensar en esa idea.

Fueron dos semanas muy agobiantes para mí sola, ya que fui la que me moví de una ciudad a otra consiguiendo toda clase de pruebas, Samuel solo me acompañaba para ir a hablar con el abogado, porque él trabajaba. Yo también trabajaba y hubo días que ni me daba tiempo a comer por tener que pasar toda una mañana en los centros, pero, en fin, más tonta fui yo en decidir poner la demanda con la firma de los dos. Encima después se rompió un tobillo jugando al fútbol y estuvo en casa sin poder trabajar, de mal humor todo el día, menos cuando venían sus amigos a jugar a la consola con él.

Yo estaba sin fuerzas, con la piel cuarteada y los parpados descamados e irritados, según mi doctora de tanto llorar, la lágrima te reseca mucho la piel.

No podía más yo sola llevando el dolor de la falta de mi hijo, luchar por la justicia y cuidar de Samuel, mientras él hacía la vista gorda a mi reclamo de atención a mi soledad. Yo no salía de la habitación recordando a mi hijo y él de risas y juegos con sus amigos, hasta que no pude más y decidí tomarme más pastillas de las que me había mandado mi doctora para relajarme, no quería acabar con mi vida, para nada, solo que pensé que al tomarme más dosis de Myolastan dormiría más. Quería descansar y descansar, despertar dentro de unos días y ver si así todo se veía de distinta manera. Fue la mayor estupidez que cometí en esos momentos, vaya si dormí, menos mal que mi amiga Conce me llamó por teléfono y me notó rara al hablar, me preguntó por Samuel, le dije que no sabía, y sin pensárselo se presentó con su novio en mi casa. Al ver que mi ex estaba tan tranquilo con un amigo jugando a la consola, y yo en la cama dormida, intentó despertarme. Estaba muy adormecida, las piernas me fallaban, me vistió y decidió llevarme con ellos a casa de su madre, mientras mi ex se quedaba inmóvil.

Estuve dos días durmiendo en su casa, en todo momento atendida por la familia de Conce y mi amiga. Me hablaban para ver que estaba consciente, me ayudaban a bañarme, en cuanto cogí fuerzas, volví a casa, agradecida para siempre de cómo me habían cuidado, frustrada porque Samuel había pasado de mí después de cómo le había cuidado yo siempre. Pero ni me molesté en pedirle explicaciones a su ausencia, dejé que se apañara él solo para ducharse con su pierna escayolada, para que su amigo fuera el que le ayudara a ponerse los pantalones, y no debería ni haberle llevado a las revisiones, pero seguía siendo la misma tonta con él, o creo que vivía más bien en el profundo luto de mi hijo y lo demás era un segundo plano para mí.

Lo que tenía muy claro era que no volvería a jugar con mi vida, que mi hijo me había enseñado el valor de la vida. No quería que mi familia pasara por el dolor que yo estaba pasando, ya no me vería más como un estorbo al que había que estar animando todos los días.

El médico nos recomendó ir al psicólogo, nos lo puso preferente y, aun así, tuvimos que esperar tres meses para que nos vieran en el mismo hospital donde nació mi hijo, y en qué horita fuimos.

La psicóloga nos iba diciendo todo el rato que lo que estábamos pasando ahora era de lo más

normal, pero en cuanto se enteró de que habíamos demandado, intentó convencernos para que la retirásemos, claro, sabía que una de sus compañeras, la supuesta pediatra de Chris, había cometido una negligencia, aunque me lo negase. Al ver que no iba a retirar la demanda empezó a hablarme con otro tono, nos dijo que no nos veía tan mal y que podíamos ir en otros tres meses a consulta. Lógicamente no volvimos, y para qué iba a ir a quejarme en atención al personal de allí si todos estaban unidos. ¡Qué hipocresía!, cómo deseaba que llegara el día que se supiera toda la verdad sobre estos hospitales que tan rápido construyen y que abren sin apenas tener personal y material suficiente, qué bien queda una foto de la ministra inaugurando un hospital mitad público, mitad concertado, y después de las fotos, llevarse todas las máquinas al otro hospital al que pertenecen. Qué bien queda que el alcalde de Valdemoro escriba en la revista de su ciudad, aportando datos de las personas que han pasado por ese hospital, del éxito de los ingresos y recuperaciones, que seguro las habrá, pero ¿por qué no deja que se expresen las personas que tantas quejas le mandan?, ¿por qué no se habla de las listas de espera?, de que en neonatos solo hay una auxiliar para varios prematuros, de que a todos se nos diagnostica un virus, con tal de no hacer pruebas, del número de enfermos que tienen que ser trasladados a otros centros con más experiencia. ¿Qué es más importante?, ¿disponer de habitaciones muy amplias y cómodas o disponer de buenos quirófanos y personal sanitario cualificado que de verdad les guste su trabajo y tengan afán de superación? Es más importante lo que le pase al director de sanidad, a los famosos, toreros, que les dejan una planta entera para ellos y ocasionan que otros enfermos se mueran en su casa esperando a que les operen, que lo que le pase a una familia que no dispone de medios económicos para pagar una clínica privada, y a veces incluso pagando.

Cuando me dijeron que cuándo pensaba animarme a volver a quedarme embarazada, yo decía:

—Cuando sanidad cambie, o sea, nunca.

Hacía todo lo posible por no ir al médico para no pasar por la consulta de aquellas pediatras, pues me daba rabia ver que seguía colgado el cartel con el nombre de la que desatendió a mi hijo. Me daban ganas de gritar cómo era posible que siguiera teniendo la conciencia tan tranquila y seguir trabajando. A varias madres les dije que se fueran a otro centro para que no pasaran por lo que yo pasé, a esa supuesta pediatra nos la encontramos un día y después de mirarnos de arriba abajo con su cara de asco, al ver que me iba hacia ella, se apresuró a entrar en su consulta, demasiado respeto guardé. Una de las madres que estaban en el centro junto a su hija y un bebé, que sería su nieto, me reconocieron por haber salido en la televisión y me dijeron que contara con ellas y que hablarían con otras madres que como ellas tuvieron también que cambiarse de pediatra, que si había que ir a testificar y contar sus experiencias con tal de que la echaran, lo harían, me dieron un abrazo de ánimo, incluso su correo electrónico, pero luego a la hora de la verdad no dieron señales de vida. Seguramente por miedo, porque sus hijos ya estaban sanos... Menos mal que a mí me quedaba poco por salir de ese barrio, de esa ciudad, nos mudábamos a un pueblo tranquilo, pero ellas tenían que seguir acudiendo a ese ambulatorio.

En mi empresa me consiguieron otra psicóloga, a la que la importaba más cómo iba asumiendo mi dolor en vez de como iba la demanda a sanidad.

Menos mal que también habíamos oído hablar de la terapia de una asociación. Hablamos con la psicóloga que lleva esta terapia, volvimos a ver algunos de los padres que seguían esperando en la UCIP, pasamos por el amargo recuerdo de volver a entrar a la sala de las malas noticias.

La psicóloga nos explicó cómo se realizaban las reuniones de la terapia, con otros padres que habían perdido a sus hijos por alguna cardiopatía congénita, tanto si habían fallecido durante el

embarazo, siendo bebés, niños o adolescentes. Y pensamos y no nos confundimos con que allí era nuestro sitio para afrontar el dolor.

—Hola, mamá: Ojalá pudieras oírme, me duele mucho ver cómo sufres porque estoy lejos, pero a la vez tan cerca de vuestros corazones. Mamá, no vuelvas a jugar con tu salud, es lo más importante en la vida, no te cabrees con el resto del mundo, no tiene la culpa. Yo también te echo mucho de menos, ojalá supierais que os veo, que intentaré ser vuestro «ángel de la guarda». He intentado volver a vuestro mundo, pero es imposible, no lloréis tanto por mí, que me apeno y me pongo malito, demostradme que creéis en mí. Cuidate mucho, mami, como hacías conmigo. Siéntete orgullosa de mí, como yo me siento de ti al saber que nunca te olvidarás de mí. Yo estoy bien, me cuidan y hay muchos niños con los que jugar. Todas las noches os doy un beso y estoy siempre a vuestro lado, aunque no podáis verme, aprenderás a sentir que te protejo.

Estábamos algo nerviosos e impacientes por asistir a nuestra primera reunión con otros padres que ya habían pasado por esta amarga experiencia, pero nos hacía mucha falta esa ayuda. Quería aprender a vivir con menos dolor, a hablar de mi hijo con total libertad. Allí me encontraba muy a gusto. Agradezco a todas las personas de nuestro entorno que tantas veces nos decían que contásemos con ellos para desahogarnos, pero realmente solo te entienden aquellos que hayan pasado por lo mismo. Ellos no te cambian de tema para que no te duela hablar de tu hijo, comparten contigo experiencias similares que hemos vivido cuando teníamos a nuestros hijos. Lloras, pero también ríes, y aprendes mucho más que con un psicólogo. Nos apoyamos los unos en los otros, es la mejor terapia que pueda existir.

Solíamos estar tres horas, empezábamos diciéndonos cómo nos encontrábamos y cómo habíamos pasado la semana, y terminábamos expresando cómo nos íbamos de allí.

La primera reunión nos presentamos y tuvimos que contar todo lo que había pasado, cómo y por qué, cómo nos sentíamos y lo que queríamos conseguir allí. Fue duro, las lágrimas te ahogan la garganta y apenas puedes pronunciar una palabra que se te entienda. Escuchando a los demás vas cogiendo confianza en ti mismo y te expresas sin miedos ni tapujos.

Al principio conocimos a cuatro madres, una de ellas perdió a su hijo con once años, otra madre perdió a su hijo con cuatro años, otra joven a su bebé, tan solo a los dos días de nacer. Lloré mucho oyéndola decir que no tenía ni siquiera una foto que llevar de recuerdo, me atreví incluso a decirle que se sintiera orgullosa de haberla llevado nueve meses dentro de su vientre. Otra madre había viajado por varios países buscando un tratamiento para su hijo, los mejores médicos y hospitales, pero finalmente su hijo falleció con tres añitos.

También iba un padre, su hijo había fallecido a los veintiocho años, era su único hijo y estaban muy unidos, a mí se me saltaban las lágrimas como a él, al oírle contar recuerdos y experiencias de su hijo, y siempre pensaba lo mismo: «Qué injusta es la vida». Todos nuestros hijos habían fallecido por distintas cardiopatías de corazón, pero a todos nos unía lo mismo, *la pérdida de un hijo*.

Allí no se valoraba si tu situación era peor, más triste por si habías compartido más o menos años con él... Había muchísimo respeto. Cuando entrabas llegabas triste por la mala semana que habías pasado, pero salías de allí más tranquilo, a gusto y con ganas de volver al mes siguiente.

Nos dimos cuenta de que no éramos los únicos ni los primeros en pasar por ello, me animaba mucho ver que otras madres y padres que llevaban más tiempo de duelo que nosotros habían conseguido seguir sus vidas, acordándose de sus hijos, pero pensando más en los buenos recuerdos y viendo las cosas de otra manera. Nos apoyábamos mutuamente, también gracias a

nuestra psicóloga, que organizaba un poco las preguntas, nos preparaba actividades para expresar lo que sentíamos a través de la música, de los dibujos..., al igual que la directora, que nos daba alternativas para llevar mejor las celebraciones, el día a día.

Me sentía bien también por Samuel, entre nosotros al principio no hablábamos de lo que sentíamos, pero en la terapia, él parecía expresarse cómodamente, incluso yo utilizaba con él los otros consejos que me daba mi otra psicóloga de la empresa, quería ayudarle, aunque de nada me sirvió, pues a los pocos meses se cansó de esta ayuda y de la de los demás. En cuanto se recuperó de su tobillo, volvió a sentir ganas de salir, tenía que insistirle para que me acompañara a las reuniones de la asociación, se cabreaba cada vez que mi psicóloga quería hablar con él, no hacía los ejercicios que nos mandaban... Yo lo dejé por imposible y le explicaba que yo no me encontraba tan bien como él y quizás yo necesitaba sentirme arropada por esta ayuda, ya que él no sabía cómo ayudarme.

Muchos amigos, familiares y conocidos nos decían que era de admirar lo fuertes que éramos y cómo lo íbamos superando, algunos decían que es que yo siempre había sido muy luchadora, pero no tiene nada que ver, nunca se está preparado para enterrar a un hijo. El curso de la vida es que sean los hijos los que entierran a sus abuelos, padres. Cuando se muere tu marido, se dice que te quedas viuda, si te quedas sin padres, eres huérfano, pero no hay palabra para decir cómo te quedas si se te muere un hijo.

Si me mantenía viva y fuerte era porque mi hijo, desde algún lugar, me protegía y transmitía esa fuerza, más ahora que me tocaba luchar por hacer justicia. Sé que me perjudicaría en mis sentimientos, el volver a recordar lo malo, pero quería que mi conciencia y el respeto a mi hijo estuvieran en su debido lugar. No me echaba para atrás la idea de que podía no conseguir nada, de que todos los médicos se unen, y tienen muy buen seguro de cara a la justicia, de perder y tener que pagar todas las costas de un juicio, de hecho, pagué a mi abogado con el dinero que te daban al nacer antes por un hijo, el cheque bebé de dos mil quinientos euros.

Mi descanso sería cuando hubiera conseguido que echaran a esa pediatra, a los que no habían hecho bien su trabajo por dejadez. No quería dinero, quería justicia, el dinero no me iba a devolver a mi hijo en vida, pero el saber que estas personas no trabajarían más jugando con la vida de los bebés me aliviaría. Lo hacía también por todos aquellos que merecieron una sanidad digna, por animar a los que no se atrevían a denunciar, por mi primo, por mi hermana la mediana, por mi hijo y por los demás futuros bebés.

Tal y como está la justicia en nuestro país, mi abogado me avisó de que se tardaría de tres a cuatro años.

Me indignaba que mientras estos/as sinvergüenzas siguieran trabajando con la conciencia tan tranquila tratando a otros niños, pero esperaría, tenía todo el tiempo del mundo. Esperaba ansiosa volver a ver la cara de esa mujer que ni era pediatra, pues descubrimos que era médico de cabecera y debía habérmelo dicho ella, nada más atenderme el primer día, y si no sabe lo que tiene mi hijo, ¡haberme mandado al médico de cabecera!, me repetía frustrada, dentro de nada podrán atendernos auxiliares, como yo, también, total, para mandar medicamentos y tomar la tensión. Qué casualidad que más adelante cambiaron el cartel de la puerta de la consulta, ya no ponía pediatra.

Después de varios meses sin tener noticias de nuestro abogado nos reunimos con su secretaria, lo primero que nos dijeron era que estaba muy difícil y que no veía claro que consiguiéramos algo, después hablamos con nuestro abogado y tuvimos mejores noticias, no se daba por vencido, veía algo raro, no entendía por qué no me habían hecho otras pruebas complementarias durante

el embarazo sabiendo mis antecedentes y los de mi familia, cómo me dan de alta en el hospital sin ver bien su corazón, cómo la doctora de cabecera hace caso omiso, la revisión que le hizo al mes de nacer sin auscultarle.

Nuestro abogado lo consultó con varios peritos médicos, nos dejó claro que luego los mismos peritos podrían no salir en nuestra defensa por ser compañeros o conocer a los implicados, con eso ya contaba. Nuestro caso lo veía viable, pero difícil. Nos pidió calma, y que en nuestras manos seguía si queríamos seguir adelante antes de pagar, por supuesto que quería llegar hasta el final, ya había perdido lo más importante.

Si al cabo de un año los responsables no reconocían nada, que era lo más probable, nos quedarían tres años más, pero yo no quería que esto quedara en el olvido y se fueran de rositas sabiendo que habían dejado morir a un bebé y a saber a cuántos más. Quizás si todos esos padres también hubieran denunciado y seguido adelante, pensando en los demás, en que no somos un número, en que todos pagamos a sanidad, seguramente muchos ya no estarían haciendo mal su trabajo.

Quería volver a ver a esa doctora y ponerle la foto de mi hijo en su cara, para que no se la olvidara jamás de lo que había hecho, como yo me acordaba todas las noches al abrazar a una manta vacía, porque me han impedido ver crecer a mi preciosidad de bebé. Porque gente así es también otra clase de asesinos, no le tengo miedo a nadie, solo a Dios, que es quien tiene ahora a mi hijo.

Esa pequeña esperanza que nos dio nuestro abogado me hizo salir más aliviada. El juez que archivó el caso la primera vez ahora sabría que no iba a parar, que los culpables tenían que pagar de alguna manera por ello, si hubiera dependido de mí y en los momentos en los que me dijeron que mi hijo había fallecido, si me hubieran dejado sola con la falsa pediatra, con la ecografista que vio en las ecografías que mi hijo venía con ese problema e ignoraba mis preguntas, quizás ahora estaría escribiendo desde la cárcel. Se dice que eres capaz hasta de matar por un hijo, pero no tengo la suficiente sangre fría de pagar con la misma moneda, a pesar de que ella tenía la suerte de llegar a casa y ver a los suyos, de darles a sus hijos el beso de las buenas noches, yo no.

Donde yo trabajo venía a comprar una administrativa que trabajaba en ese ambulatorio, parecía muy simpática y sé que ella no tuvo la culpa, pero solo el pensar que trabaja en el mismo centro e imaginarme que defiende a su compañera, me revolvía las tripas. Cada vez que la veía, me daban ganas de darle recuerdos para su compañera, oírla hablar con su marido de sus hijos, de sus Navidades en familia, por los pasillos donde yo estaba colocando, me daban ganas de girarme y decirle:

—Por culpa de tu compañera yo no pasaré jamás las Navidades con mi hijo.

Pero no podía, tenía que morderme la lengua.

Por lo menos iba a descansar un año de tener que ir a buscar más historiales y pruebas, que tanto me costaron conseguir. Mi abogado ya tenía todo, ahora les tocaba el turno a los peritos para ver si se veía que mi hijo venía con ese problema en su corazón en las ecografías.

Y así fue, efectivamente, dos de los tres peritos confirmaron que se veía en la segunda ecografía, vamos, que me lo tenían que haber dicho.

A los tres años, cuando yo había empezado una nueva vida, separada de mi ex, y luchando por mi cuenta, en plenas Navidades, tuve noticias de mi abogado. El caso podía cerrarse y llegar a un acuerdo económico o seguir adelante, pero el seguir adelante implicaba poner más dinero para el juicio, y mi ex no estaba por la labor de poner nada, y yo económicamente estaba arruinada pagando sola un piso que él había dejado de pagar su parte, así que me reuní con mi abogado.

Me explicó que el fiscal no había creído a esa doctora, encima la cobarde decía que ella no me había atendido nunca, pero, claro, las pruebas ahí estaban y su letra escrita en la cartilla del médico de mi hijo, lógicamente el fiscal no la creía, qué pena no haber estado yo delante.

Yo le conté la situación y la relación tan mala que estaba teniendo con mi ex, me aconsejó que lo mejor era aceptar lo que la parte contraria me daba, que en parte habían reconocido los hechos y así me quitaba ese vínculo con mi ex. Si seguía adelante, era esperar más tiempo para luego solo conseguir un poco más de dinero, que echarla no la iban a echar por no haber más denuncias, quizás la suspenderían unos meses de sueldo y empleo y seguro que ya tendría esa mancha en su historial de por vida. Le pedí que hablara con mi ex a ver que pensaba él, pero él ni siquiera se interesó por qué pasaría con los implicados, quería cobrar el dinero, dinero que no merecía por no haberse movido como yo me moví, y por enterarme de que antes de cobrar esa negligencia ya estaba pensando en cómo gastárselo sin ser capaz de gastarse unos euros en llevar flores a su hijo, cuando yo solo pensé en esperar estos años para que la echaran a esa doctora. Pero él había firmado conmigo en su día esa demanda y le pertenecía su parte, así que le pedí al abogado que nos citara a horas distintas, no quería volver a verlo en la vida.

Y así fue, primero me citó a mí, iba con la moral un poco bajada. Mi lucha contra esos médicos llegaba a su fin y no me encontraba satisfecha. Allí estábamos, mi abogado, una mujer que respondía por la parte contraria y yo, bloqueada. Me hicieron firmar unos papeles como que ya se acababa todo, y me entregaron un cheque, estaba a punto de llorar, mi hijo no valía ese dinero, solo había conseguido que contara en el historial de aquella pediatra su negligencia, solo la echarían quizás un par de meses. Encima cuando dudé en firmar, la mujer que representaba a la parte contraria me dijo que tenía que estar contenta por lo que iban a indemnizarme. Tiré el bolígrafo y me salí de la sala. Oí como mi abogado le dijo algo cabreado y ella decía «No es para tanto», de nuevo mi abogado la mandó callar esta vez en tono más alto y salió a buscarme y darme ánimos para terminar con esa situación.

Qué rabia no haber podido tener dinero suficiente para seguir adelante judicialmente, pero debía ya descansar y cerrar ese capítulo. Como no me daba por satisfecha, fue cuando me decidí a escribir este libro, entre otros motivos, para dar a conocer mi caso y animar a la gente a denunciar, a exigir sus derechos. Espero no tener que volver a pasar por otra injusticia con sanidad u otros, pero si la pasara, tengo muy claro que volvería a denunciar y luchar por mis derechos.

Lo que no me gustó nada es que al día siguiente salió en la radio y en el periódico la cantidad que habíamos cobrado por la negligencia, sin contar conmigo, si me apetecía que saliera a la luz, así que cuando me llamaron para publicarlo en otro periódico, dije que no.

Al cabo de unos días, me lo tomé como que mi hijo desde el cielo me había ayudado, aportándome la justicia ese dinero que, la verdad, me vino muy bien. Mi sueldo ya no daba más de sí, ya había trabajado en dos sitios a la vez para poder seguir pagando el piso y que no embargaran la casa de mis padres por estar avalándome ellos, como a mi ex le hubiera gustado por seguir fastidiándome. Así que sí puedo decir que económicamente me vino muy bien, esas Navidades no iba poder hacer regalos a nadie por primera vez, y en cuanto tuve el dinero, lo primero que hice fue devolver a mi padre un dinero que me había dejado para pagar dos letras de mi piso, comprarme un ordenador para poder trabajar en mi libro, ahorrar para dentro de unos años y poner el cuerpo de mi angelito en una tumba o en un sitio definitivo, así el día de mañana cuando los míos fallecieran, poder estar juntos, y esas Navidades pude ilusionarme un poco pudiendo comprar regalos para todos.

Una vez más, gracias a mi angelito, por ayudarme en mis malos momentos, cuando estoy a punto de rendirme; y gracias a las personas que me animaban a seguir luchando por hacer justicia, y a los que pensaban que no conseguiría nada, el que no se arriesga no gana.

Todos los derechos humanos, económicos, laborales..., si en su día se consiguieron fue porque existía gente de alguna manera, como yo, que luchaba por ello.

Capítulo IX

Un antes y un después

Desde el 28 de enero del 2009, mi forma de ver la vida dio un giro de ciento ochenta grados, al igual que cambió para mejor cuando nació mi hijo, esta vez se puede decir que mis ilusiones quedaron enterradas.

Ha habido un antes y un después, y no solo para mí. Nuestras formas de ser cambiaron; algunas para bien, como el hecho de que mi hijo me había enseñado la tranquilidad, el cariño, la paciencia, el ver las cosas desde distintos puntos de vista, la gran y rapidez madurez, el valor de las cosas más pequeñas, el no tomarme tan a pecho cosas insignificantes y sobre todo a hacerme valer, a no dejarme más manipular por nadie.

Me enseñó tanto en tan poco tiempo, cosas que creo que, sin esta amarga desgracia, no hubiera conocido.

Yo antes era muy nerviosa, quería tener todo planeado, saber lo que íbamos a hacer todo el mes. Mi vida era un esquema, era demasiada organizada con todo y con todos. Muy nerviosa, podía estar comiendo y al mismo tiempo estar limpiando los muebles de la casa, estar vistiéndome y al mismo tiempo hablando por teléfono, pasaba veinticuatro horas con mi hijo y, aun así, me arrepiento de no haberme tirado todo el día mirando a mi bebé. Si yo me iba al baño, ponía a mi hijo en su hamaca al lado de la ducha, barría mientras tenía a mi hijo cogido en el canguro, cuando él bebé dormía, conectaba el audiovigilancia..., pero piensas que nunca se hace lo suficiente para un hijo.

Un hijo también te demuestra la paciencia que tenemos, cuando tienes una mala noche porque el vecino ha estado con la música hasta las tantas, te levantas de mal humor. En cambio, sí es tu bebé el que te desvela cada dos horas por hambre, el día que duerme toda la noche, también estás preocupada porque no se despierta. Un hijo te vuelve más cariñosa o, como dicen, más ñoña y se te despierta tu sexto sentido.

La gente piensa que cuando pasas un año de luto, ya estás bien, ya no hay dolor, nada más lejos, no existe tiempo ni otros hijos o ilusiones que te curen, solo se aprende a vivir con la pena.

Tres meses después de la muerte de mi hijo, llegó mi cumpleaños, veintiocho años. Un año atrás daba la gran noticia de mi embarazo y, en cambio, ese año me encontré vacía de felicidad. No tenía a mi pequeño como imaginé, ayudándome a soplar las velas, así que en mi veintiocho cumpleaños decidí no celebrarlo. No me sentía con ganas de atender a las llamadas de felicitación, no hubo tarta ni brindis por respeto a mi tristeza y mi vacío interior. Todos lo entendieron, fui al cementerio y le dejé una carta expresándole cómo me sentía:

QUERIDO HIJO:

AYER FUE MI CUMPLEAÑOS, FUE UN DIA TRISTE Y EXTRAÑO. INTENTÉ SONREÍR AL CIELO PARA QUE VIERAS QUE TÚ ME TRANSMITES FUERZA, PERO AL RECORDAR QUE HACE UN AÑO CELEBRÁBAMOS QUE TÚ ESTABAS DENTRO DE MI VIENTRE, E IMAGINÉ QUE HOY ESTARÍAS ENTRE NOSOTROS, ENTRE MIS BRAZOS, MI GARGANTA SE AHOGABA Y NO TUVE MÁS REMEDIO QUE DESAHOGARME, UNA VEZ MÁS, LLORANDO. SEGUIRÉ LUCHANDO POR INTENTAR CAMINAR DÍA A DÍA, PARA PODER SEGUIR RECORDANDO TODO LO QUE ME HAS ENSEÑADO A QUERER EN TAN POCO TIEMPO. ME SIENTO ORGULLOSA DE HABERTE TENIDO, QUE, AUNQUE NO PUEDA TOCARTE, PUEDO SENTIRTE EN MI CORAZÓN.

TE QUIERO PORQUE TÚ, MI CHIQUITÍN, ERAS LA ILUSIÓN DE MI VIDA. PERDÓNAME SI MIS LÁGRIMAS TE HACEN DAÑO, VAMOS A PENSAR QUE SON BESITOS PARA TI Y QUE VOLVEREMOS A ENCONTRARNOS. GRACIAS POR TENER EN MI MENTE TU RECUERDO.

Una semana más tarde, también era el día de la madre, justo cuando te recuperas de una fecha significativa aparecen otras, cumpleaños, navidad, Día de la Madre, Día del Padre, aniversario de su fallecimiento...

Miraba con envidia a los demás padres, a los que llevaban un regalo que sus hijos habían hecho manualmente en la guardería, a los que se iban en familia a un restaurante a celebrarlo, y siempre daba la casualidad de que fuera donde fuera, siempre había un bebé enfrente de mí. Si íbamos a cenar, intentábamos ir lo más tarde posible, pensando que no habría bebés, pues bien, de frente o a mis espaldas se sentaba alguna familia con sus bebés. De camino al trabajo no me quedaba más remedio que pasar por la puerta grande de una guardería. Iba al cementerio a mediodía o a última hora para no ver a nadie y así evitar que me preguntasen al ver la foto de mi bebé en aquel nicho. Vivíamos encima de un parque abarrotado de niños, había días que ni me asomaba al balcón, ya que oírlos chillar o reír me enfurecía más. Fue ahí cuando me planteé que tenía que empezar a cambiar el chip, si no, volvería a enfermar. Me dejé aconsejar por mi psicóloga de la empresa, a hacer los ejercicios que me recomendaba, me ponía metas y yo difícil y lentamente iba aceptándolas. Me dijo que estuviera un tiempo sin ver el vídeo del parto de mi hijo, porque era como no separar su vida de su muerte. Me aconsejó no ir a donde abundaran bebés, dentro de lo que fuera posible evitar, como no ir a comprar al supermercado por las tardes, íbamos al mediodía, evitar mirar a los escaparates de tiendas de bebés. Si por el día no quería salir para no encontrarme con niños, salir por la noche con los amigos. Más adelante tendría que ir acostumbrándome a la vida real, pero de momento me vino bien evitar en lo posible lo que me hacía daño. Tuvimos que renunciar en varias ocasiones a quedar con los amigos que querían ir a los parques de atracciones o a la piscina, a estar un tiempo sin vernos con amigos que tuvieran hijos. Mi psicóloga me recomendó que me buscara algún entretenimiento, algún deporte, pero de momento solo me apetecía estar en casa, dormir para ver si conseguía dormir, soñando con mi hijo.

Esta psicóloga me hizo ver las cosas de otra manera, hacerme entender que este luto tenía que pasarlo como otro capítulo de mi vida. No me gustaba que me dijera que era normal que no me sintiera preparada para volver a quedarme embarazada, pero que otro hijo me vendría bien; me enfadaba, claro, que ella tampoco sabía que otro hijo se concibe cuando dos personas se quieren y se aman, y entre mi ex y yo eso se estaba apagando. No quise contarle cómo Samuel se portaba conmigo, sabía perfectamente que como todos me diría que le dejara de inmediato, pero yo en esos momentos quería centrarme en superar mi luto y no meterme en más quebraderos de cabeza con él.

Aprendí a que nadie, ni siquiera pasando por algo similar, puede ponerse en tu lugar, ni tú en el de otros, y me planteé la idea de que Dios no cuida de los vivos, sino de los que se lleva a su mundo, si no ¿por qué permite que tantas personas tan inofensivas mueran? ¿Que los niños se mueran de hambre? ¿Y que, en cambio, existan secuestradores, asesinos, maltratadores?... Cada cual con su fe y sus ideologías, yo me aferro a la mía para tener la esperanza de volver a encontrarme con mi hijo.

—Felicidades, mami, a mí también me gustaría estar entre vosotros, que me vieras sonreír oyéndonos cantar cumpleaños feliz. Sé que te duele ver a otros bebés e intentar pensar cómo estaría yo ya de grande, de qué color serían mis ojos, si tengo el pelo liso o rizado..., pero me gustaría que supieras que lo más

importante es que aquí estoy sano; que, si algún bebé te sonríe, pienses que estas señales son señales que te envío para que no te olvides de mí y para que entiendas que los otros niños no tienen la culpa de lo que pasó. Me gustaría que volvieras a ser cariñosa con ellos, sé que te costará, pero a mí me has demostrado que eres muy valiente día a día y esa es la mamá que conocí durante nueve meses y durante mis últimos días de vida en la tierra, y así quiero que sigas. Mami, disfruta de la vida; por ti, por mí.

Fue sin duda el verano más largo y duro. Nos sentíamos un poco solos. Nuestros amigos iban a la piscina, al río, mis compañeras hablaban entre ellas de quedar para ir con sus hijos al parque, veía un montón de cochecitos como el que me regalaron mis padres para Chris, y al oír a otra madre llamar a su hijo, el mismo nombre que el de Chris, me daba un vuelco al corazón. Solos en casa hasta ir acostumbrándonos a estar con bebés que salir con ellos y acabar tristes y contagiar esa tristeza a los demás. Hasta nos daba miedo irnos de vacaciones, por si el hotel en el que nos alojáramos estuviera lleno de familias. De hecho, si fuimos de vacaciones ese año fue porque nos convencieron unos primos para que fuéramos con ellos a Mallorca, al final ellos no pudieron ir, aun así, nosotros sí fuimos y no debíamos de haber ido. Aparte de que a mí me da pánico coger el avión, los oídos me duelen mucho, a pesar de mascar o comer algún caramelo. También tuvimos la mala suerte de dar con un hotel malísimo, mal situado de todo, muy viejo, todas las instalaciones destrozadas, los otros huéspedes parecían animales salvajes. Estábamos cansados de coger todos los días el coche, hasta para ir a la playa que estaba invadida de piedras, pero lo peor es que el hotel estaba invadido de familias con bebés que no paraban de llorar por las noches y por las mañanas. Y la vuelta en el avión se me hizo amarga al llevar en el asiento de atrás una madre con un bebé en sus brazos, del mismo tiempo que mi hijo, también otra casualidad.

El resto de los días que me quedaban de vacaciones los aproveché para hacer la mudanza hacia mi nueva casa.

Seguía yendo todos los domingos al cementerio, cuando llegaba a su nicho, me subía para besar su foto y su nombre inscritos en aquella piedra, le dedicaba algunas palabras, le hacía preguntas sin respuestas, le volvía a pedir perdón, le contaba cómo me había ido la semana, le echaba su colonia sobre las flores que le llevaba, volvía a despedirme dándole un beso a su foto, le rezaba a Dios pidiéndole que le cuidara y por el camino rompía a llorar. Me seguía pareciendo todo tan injusto, y más darme cuenta de que ya no era un mal sueño, sino la cruda realidad.

Fue el año que más amigas y familiares se quedaron embarazadas, la primera fue mi hermanastra, solo tres meses después de fallecer mi bebé, nos anunció que estaba embarazada, me quedé muda y se me puso un nudo en la garganta, después rompí el silencio para darle la enhorabuena y me desahugué más tarde de camino al coche.

Fue un cúmulo de varios sentimientos a la vez. Pensar que mi sobrina nacería el mismo mes que mi bebé, egoístamente pensé que en cuanto naciera ella, mi familia dejaría de acordarse de mi hijo. Sentí pena de no sentirme con fuerzas para ir a visitar a mi sobrina cuando naciera, no me sentía capaz de compartir esa felicidad y también pensé en que mi hermanastra debía haber esperado otras fechas para dar la noticia, ya que coincidía con el Día de la Madre y yo me sentía muy vacía echando de menos a mi pequeño, pero ella era así. Aprovechó para soltar la noticia delante de mis padres, porque sabía que a mi padre sobre todo le cabrearía por otro asunto, y nosotros en cierta manera le calmaríamos. Normal que mis padres se llevaran las manos a la cabeza, ella siempre hacía las cosas sin pensar, quería tener un segundo hijo sí o sí, da igual si su pareja fuera un inmigrante sin papeles, sin trabajo, con el que llevaba muy poco tiempo saliendo. Le daba igual no encontrar trabajo; no tener para pagar su piso, para eso sí estaban mis padres,

para pagárselo, y como ella me dijo en varias ocasiones, si tener un hijo no es un gasto, para eso están los abuelos, cómo me molestaba oír eso, pero era a lo que mis padres la tenían acostumbrada; a darle todo, a mantenerla, y ahora a mantener un nieto más y a su pareja. Y yo mientras trabajando en un supermercado y cuidando a un niño, pasándolas canutas para pagar mi piso, antes eso que debería caérsele la cara de vergüenza después de que mis padres han trabajado duro desde los catorce años, en el campo, de interna en una casa, de costurera, limpiadora, pescadero, camareros, electricista... para poder jubilarse y viajar, y ahora con la garrapata de hija, tener que emplear sus pensiones en pagarle la hipoteca, las facturas... y la garrapata y su pareja, a vivir del cuento. Vivir de sus padres hasta que pueda vivir de sus hijos.

Dos meses más tarde, una amiga de la infancia también me confirmaba que estaba embarazada, me alegré de todo corazón por ella, qué pena que no me sintiera con fuerzas para acompañarla a comprar cosas, compartir experiencias de embarazadas. Hablábamos lo menos posible del tema. A partir de su segundo trimestre de embarazo fui yo la que me atreví a preguntarle más por su estado y sentí un gran alivio cuando me confirmó que sería una niña, volví a dar gracias a mi hijo, el que no fueran niños aliviaba un poco mi herida, también pedí que las protegiera al igual que a mi sobrina como a los futuros hijos de mis amigas y familiares. La mujer de mi primo consiguió quedarse embarazada, el mismo año. Me alegró un montón, se merecían sentir esa experiencia tan bonita y buscada. Ella me dijo que no le hacían falta las revistas de embarazo, que con consultarme a mí le sobraba, pensé en cómo podía confiar en mí, yo que no había sido capaz de darme cuenta de la enfermedad de mi hijo. Ella me valoró muchísimo como madre, intentaba hacerme sentir bien, pero yo tampoco pude compartir esta experiencia tan bonita, me preguntaba cosas del embarazo, de los recién nacidos, yo le respondía sin atreverme a decirle que, al mismo tiempo, acordarme de que yo no podía aplicar esos consejos a mi propio hijo y ver cómo me enseñaba su habitación decorada para su futuro bebé, por dentro, me destrozaba el alma. Cuando me dijo que tendría un varón, pensé que tardaría un tiempo en conocerle, al menos hasta que pasaran los dos primeros meses de vida (el tiempo que estuvo con nosotros mi hijo), para que no me doliera ni sintiera rechazo hacia su hijo. Cuando la veía me alegraba verla ilusionada, pero al igual que con mi hermanastra, no fui capaz de tocar su tripa, de ver su futura ropita de bebé, era superior a mí, demasiado pronto, y lo que más miedo me daba era pensar si algún día sería capaz de coger a otro bebé en brazos. Pensaba que mis brazos flojearían, no quería borrar el recuerdo y la sensación desde que cogí por última vez a mi hijo después de fallecer. Aún sentía su tacto, su peso, y esa sensación aún me llenaba y no quería que ningún bebé ocupara ese lugar, quizás ese gran reto fue uno de los más difíciles que superé. En cambio, estar con mi otro sobrino de seis años me llenaba un poco de alegría, me hacía sonreír con sus travesuras, también me apenaba mucho cuando me hacía comentarios como que a él le gustaría ver a mi hijo, pero que le daba miedo subir al cielo, que le gustaría que Chris se le apareciera y poder pedirle que se llevara algunos de sus juguetes... Era difícil responder a sus preguntas sobre qué había en el cielo, sobre si, cuando mueres, pueden subirte tus cosas... Yo intentaba explicarle que el cielo no era tan malo y que su primo nos veía y nos protegía, que no se preocupara, que él subiría al cielo cuando fuera muy muy viejo.

La psicóloga también me ayudó a no pedirle tantas veces perdón a mi hijo. Me puso el claro ejemplo de ¿cómo me sentiría yo si mi sobrino me rompiera algo y cada vez que me viera me pidiera perdón por ello? Me sentiría apenada, y yo no quería que mi hijo se sintiera así. A veces se me seguía escapando, hasta que me convencí y pensé: «Si algún día vuelvo a reencontrarme con él, ya tendré la gran oportunidad de pedirselo».

Aprendí tanto y puse todo lo que pude de mi parte para cambiar las cosas que tanto me hacían daño a mí misma. Quería demostrar a todos lo que siempre pensaron de mí, que era muy fuerte. No quería que siempre estuvieran pendientes de mí, de si tenía un buen o mal día. A veces quería pasar tan desapercibida que, aunque estuviera destrozada, ponía alguna excusa de que no había dormido bien, para no sentirme como una víctima.

CAPÍTULO X

Un año sin tenerte entre nosotros

Llegó el momento de mudarnos a otra ciudad. Los tres últimos días que estuvimos haciendo la mudanza, me recorría una y otra vez la casa, me metía en cada habitación y recordaba todos los momentos allí pasados con mi hijo. Recordaba su llanto por las noches para que le diera el pecho, en la habitación de matrimonio, cuando se dormía en medio de nosotros, su habitación, donde le bañábamos y le preparaba para el paseo diario, aquel baño donde le observaba desde su hamaca mientras yo me duchaba, la terraza donde le hice muñecos de nieve; el salón, el sitio favorito cuando venían las visitas. Cada rincón de aquella casa me recordaba tanto, me daba pena irme y no llevarme esos recuerdos, pero puedo asegurar que, aunque viva en otras casas, en otras ciudades tan diferentes, estas imágenes nunca morirán en mi mente. Tenía la esperanza de volverme más fuerte al cambiar de aires, al dejar atrás aquel hospital y aquel centro de salud lleno de matasanos.

Nos fuimos a un pueblo demasiado tranquilo a lo que estábamos acostumbrados, pero allí nadie nos conocía, no éramos los pobrecitos. La nueva casa era más pequeña y fuimos los primeros en entrar a vivir en aquella urbanización, bueno, desastre de urbanización, os cuento.

Cuando el sector inmobiliario estaba en su gloria, vendiendo pisos de más de veinte años por el triple de su valor, yo decidí comprar uno nuevo en aquel pueblo, un dúplex de menos de setenta metros cuadrados, dos habitaciones, dos baños, sin terraza, ni patio, por el mismo precio que uno de segunda mano. Pero fue el gran fallo que cometí y que me pesará durante todos los años que quedé en pagar hipoteca, pues a los seis meses de firmar, los pisos bajaron muchísimo. El problema vino más cuando nos enteramos de que todos los vecinos habíamos sido estafados por el promotor, por la inmobiliaria y por el ayuntamiento que dio la cédula de habitabilidad a un edificio que se caía a trozos.

El día que teníamos que firmar, para la entrega de llaves de nuestro nuevo piso, estaba muy intranquila; por un lado, estaba mosqueada porque el promotor no te dejaba ver la vivienda hasta que no firmaras las escrituras y el préstamo hipotecario, y sobre todo porque me daba miedo poner a Samuel conmigo en el piso, siendo mis padres los avalistas con su propia casa. El día anterior tuve un sueño que solo conté a mi amiga, el sueño me advertía de que no pusiera el piso a nombre de los dos, que él me tendría atada de alguna manera, que no me quería, que lo único que quería era una persona que le mantuviera, y una vez más no me dejé llevar por mi intuición, pero si el no figuraba en el préstamo, a mí sola no me lo daban y perdía cuarenta mil euros que había pedido de anticipo, más el millón de pesetas que ya había pagado yo sola, pero ya se encargó él de engatusarme y demostrarme los últimos días a la firma que yo era lo único que tenía. Me convenció de que se buscaría otro trabajo por el día, para ahorrar mucho dinero y quitar el marrón a mis padres de ser avalistas, que íbamos a ser muy felices lejos. Claro, cuanto más lejos de toda la gente, familia y amigos, más podrías hacerme la vida imposible, sin que nadie lo viera y conseguir alejarme de la gente que me animaba a dejarte. Pero otra vez más me estrellé más tarde con las falsas esperanzas.

El mismo notario nos decía «No os veo muy ilusionados, tened en cuenta que esto es estar atado a un banco durante treinta y cinco años, hay que estar muy seguro de lo que se hace». Y

qué razón tenía, no solo estaré atada muchos años a un banco, sino que, por poner a Samuel en el piso, fue la gota final para llevarme a casi la ruina económica y sentimentalmente.

Cuando entramos en el portal, acompañados de mis padres, ya íbamos viendo cómo las paredes estaban llenas de humedades, el techo sin acabar, el ascensor sin funcionar, y cuando abrí la puerta del piso, ya fue lo peor, estaba todo hecho un asco, no habían quitado ni el yeso de suelos y paredes. Los azulejos de la cocina y del baño se caían, la tarima del suelo rota, mi padre quejándose de la mierda de piso que había comprado, mi madre arrepintiéndose de habernos avalado, y yo a punto de llorar, desilusionada por completo.

Nos pasamos durante un mes discutiendo y exigiendo al promotor que lo arreglaran, gracias a que mi padre estuvo todas las mañanas viendo cómo colocaban de nuevo los azulejos y el suelo, hasta tuvieron que recolocarme la escalera que va a la planta de arriba, ya que no estaba sujeta. Chapuza tras chapuza, había ochenta viviendas, pero solo vivíamos doce vecinos, muchos se habían quedado en el paro y perdieron la señal económica de la vivienda y el piso, y otros, al ver cómo estaban los pisos, seguían de juicios con el promotor, que desapareció y dejó a los trabajadores sin pagar su trabajo realizado, y algunos de los que ya vivían en sus casas sin arreglarnos algunos fallos estéticos del piso. Por más demandas que tuvo, no daba señales de vida, hasta la inmobiliaria cerró. El promotor ya había hecho más engaños así. No entendía cómo le habían dejado seguir trabajando con nuestras viviendas, si esa promotora ya era un fraude conocido en Canarias. Qué tonta fui, no buscar información antes sobre este promotor, si yo lo hubiera sabido, qué distinto sería todo ahora.

Pero el quedarme lamentándome no me llevaba a ningún lado, así que intenté hacer de una casa ruinosa un piso moderno, y lo conseguí. Solo teníamos un mes para mudarnos de donde estábamos de alquiler a la nueva casa, así que nada más salir de trabajar me iba a la casa, me pinté el salón y las habitaciones, amueblamos el piso en quince días. Mi madre nos ayudó con la gran limpieza, los amigos que venían a verla me decían que era muy bonita, claro, de puertas para dentro yo estaba muy orgullosa de cómo había quedado, pero de puertas para afuera eso era un horror. El garaje con goteras, las escaleras del portal se abrían, en fin, solo quedaba la esperanza de que el día de mañana fuéramos más vecinos y poco a poco ir arreglando las zonas comunes, hasta debíamos dar gracias de que no se nos cayera el piso encima.

Me arrepentí muchísimo de irme a ese pueblo, la crisis había hecho que todos los negocios tuvieran que cerrar; el alcalde, un ladrón, como muchos otros. Cuántas reclamaciones tuvimos que poner para que nos pusieran un cubo de basura, que más tarde nos quitaron, pero bien que estábamos obligados a pagar las tasas de basura. Un año para que vinieran a vernos los contadores del agua, broncas con el de urbanismo, el que había dado el visto bueno del edificio, que me dijo a la cara que la culpa era mía por haberme comprado un piso sin haberlo visto antes.

El pueblo parecía casi abandonado, tres o cuatro bares, dos panaderías, un estanco, dos bancos y carreteras sin asfaltar, un centro médico, con un solo doctor y una enfermera. Tenías que coger el coche para casi todo. Los que creíamos que irnos a vivir a un pueblo era para ahorrarnos dinero, estábamos muy equivocados. Oías a más de medio pueblo quejarse del alcalde, de que no había nada de nada. Todos los que veníamos de la ciudad estábamos tan arrepentidos de habernos mudado aquí. Pero no era época de malvender tu casa. Nosotros, por suerte, como otros, solo parábamos en nuestras casas para cenar y dormir, nuestro trabajo estaba en la ciudad, y los fines de semana los pasábamos en casa de familiares y amigos.

Con el paso de los años como que los vecinos que vivíamos allí nos acostumbramos a nuestras casas, fuimos arreglando los desperfectos, ya que, por lo menos, aunque éramos pocos vecinos,

nos llevábamos bien entre nosotros.

Samuel, en cambio, nunca llegó a adaptarse, siempre se quejaba por todo, no había día que no me recordara la mierda de casa que había buscado, una vez más echándome la culpa de todo, pero irse no se iba, ni hacia nada por cambiar las cosas.

Llegó el primer aniversario del cumpleaños de mi hijo, llevaba una semana antes muy angustiada, pensando si tendría fuerzas para afrontar ese día. Tuve la suerte de poder cogerme dos días que me debían en mi empresa y el segundo día me lo cogí para el día que mi bebé hacía un año que subía al cielo.

El día anterior en el trabajo estaba deseando que llegara la hora de irme a casa, en cambio, cuando llegó el temido día, como estuvimos tan ocupados, se me pasó menos trágico de cómo pensaba. Lo primero que hicimos fue ir a por sus flores blancas y azules y llevarlas al cementerio, junto a unos muñequitos que le había comprado el día anterior.

Lloré de rabia, de desconsuelo, de amor, qué injusto era tener que llevarle flores a mi bebé, cuando lo que tendría que estar haciendo era ayudarlo a abrir sus regalos. Quizás ya andaría por toda la casa arrastrando sus juguetes. La psicóloga me decía que no pensara ni me creara un futuro que no he vivido con él, pero no podía evitarlo y hoy en día, tampoco.

No olvidaré la llamada que recibí de mi amiga Conce y que tanto me llenó. Me llamó para recordarme que nos quería un montón, sabía qué día era, solo me dijo eso, es increíble cómo tres palabras tan bonitas (te quiero, amiga) me llenaron y consolaron tanto, en el momento adecuado y justo cuando más lo necesitaba.

Coloqué en su nicho la carta que había escrito entre lágrimas la noche anterior.

El resto del día lo pasamos comprando cosas para la casa y así el día se nos pasó volando, en vez de quedarnos en casa llorando por el vacío.

Nos parecía increíble lo rápido que pasa el tiempo. A partir de aquel día me prometí que intentaría no estar tan atenta a las fechas con antelación, pues eso me perjudicaba, cuando llegara el día, se intentaría pasar lo mejor posible dentro del gran dolor de nuestros sentimientos.

—Querida mamá, en este día tan especial para los dos, hace un año que empujabas con todas tus fuerzas, deseando ver cómo era, y yo impaciente me deslizaba para conseguir vuestro calor. Intentemos no olvidarnos de ese momento para siempre. Me diste la vida y Dios me ha llevado con él. Con el tiempo aprenderás a vivir notando mi presencia, allá donde vayas. Gracias por seguir así de fuerte, por aprender a respetar mi presencia en el cielo. No te preocupes, estoy muy bien atendido. Intentaré protegeros siempre, soy vuestro ángel de la guarda, el mayor regalo que puedo haceros, ya nunca moriré, como sé que viviré siempre en tu corazón. Te quiero, mami, tu moflete.

En nuestra siguiente terapia, nuestra psicóloga nos dijo que lleváramos un recuerdo o alguna carta hablando de nuestros hijos.

Una madre trajo y compartió con nosotros un bizcocho que hacía y tanto gustaba a su hija, otra madre un libro que escribió su hijo en el cole hablando de su deseado futuro, eso nos emocionó muchísimo. Otros padres llevaron fotos de sus hijos y contaban hazañas que habían hecho. Yo llevé una carta que escribí hablando de cómo era nuestro hijo:

Chris solo pudo estar con nosotros apenas dos meses, pero en este tiempo hemos aprendido y nos ha enseñado más que en veintiocho años de vida que llevábamos en este mundo. Nos ha enseñado a valorar y amar las cosas por pequeñas que parezcan, nos ha transmitido la fuerza que nuestro pequeño tuvo por querer vivir, a intentar buscar cosas positivas y hacerlas menos graves, ha habido un antes y un después.

Suspiré para evitar el nudo de garganta y continué.

No hay día que no nos acordemos de nuestro hijo, recuerdo desde el primer segundo, nada más nacer miraba a sus orgullosos padres.

Chris desde el principio fue muy despierto, con sus sonidos y gestos, llamaba la atención de todos, quería que le mostrase siempre y que todos le dijeran lo guapo que era. Creo que mi hijo sabía que se iba a convertirse en un ángel y no quería desperdiciar ni un segundo en nuestros brazos.

Era muy comilón y mimoso, pero por desgracia también nos queda el amargo recuerdo del día que nos dejó. Cómo lloraba al saber que algo malo pasaba, los días que estuvimos a su lado esperando a que despertara. Pero nos hace fuertes también recordar su sonrisa, sus ojazos llenos de vida, la fuerza de su manita para agarrar su sonajero y mi pecho. Pudimos cogerle y darle su último beso y, aunque echamos muchísimo de menos su presencia, allá donde voy sé que siempre me acompañará. Queremos creer que Dios se lo llevó para que no sufriera en este mundo tan cruel. A veces, incluso, sigo acariciando mi vientre echando el tiempo atrás, cuando parecía, con sus movimientos, estar deseando salir a conocernos. Cojo su mantita y le hablo, termino llorando por no poder haber hecho nada por evitarlo, solo puedo dar las gracias a la vida por haberme dejado compartir al menos estos momentos junto a la personita más grande de mi vida.

Nos gustó mucho compartir entre todos las hazañas y experiencias de nuestros hijos, emocionantes pero muy agradables. Volvíamos a salir de allí muy relajados, sentía que mi hijo desde arriba también se sentía a gusto viéndome así.

También en la reunión hablamos de qué planes teníamos para pasar las cercanas Navidades. Algunos iban a pasarlas en familia, normal, tenían más hijos por los que seguir ilusionados en esas fechas; otros se iban de viaje lejos o hacían una cena de lo más normal. Nosotros queríamos salir de todo ese ambiente navideño, de los adornos que inundaban las calles de Madrid. El año anterior, tras el nacimiento de Chris, fue una de las primeras Navidades que mejor había tenido en mi vida, porque estaba mi hijo recién cumplido su primer mes, y mis padres se comportaron de forma muy cordial e ilusionados. Pero este año faltaba el responsable de esa felicidad, mi bebé, no tenía nada que celebrar, a pesar de que mis padres no entendían el hecho de que no me apeteciera celebrar las Navidades, que no me apeteciera compartir con la familia la alegría de que mi hermanastra acababa de tener a su hija, a la que no fui capaz de ir a conocerla al hospital. Solo fui capaz de llegar a la entrada del hospital y darle a mi padre un ramo de flores para que se lo entregara a mi hermanastra. Si hubiéramos tenido días libres en nuestros trabajos, seguramente hubiéramos huido a un país lejos, donde no lo celebraran tanto.

Si algo empecé a llevar a rajatabla, era a hacer lo que de verdad me apeteciera. Estuve buscando escapadas fuera de Madrid, a escondidas de Samuel, para darle una sorpresa, pero todos los hoteles te ofrecían cena con el cotillón de fiesta. Al final conseguí algo más íntimo. Bastante tenía con ver en mi trabajo a todos tan contentos, cantando los villancicos, los adornos, colocar los turronecillos y oír a las demás familias cómo iban a pasar las Navidades.

Y al final conseguí que esa noche pasara volando, estuvimos en la habitación de un hotel, cenando una hamburguesa y cambiando los canales donde te ponen las doce uvas, viendo vídeos musicales. Nos quedamos dormidos, cuando quisimos darnos cuenta teníamos que abandonar el hotel.

Por fin ya habían pasado esas dichosas fechas, iba al trabajo con más ganas. Oía a mis compañeras hablar de lo que les habían traído a sus hijos los Reyes Magos, incluso me atreví a preguntarlas yo por ello. Me di cuenta de que ya no me dolía tanto hablar de ello y verlas tan orgullosas de sus hijos.

Me puse como meta ir tratando todo con normalidad, porque la vida sigue, porque los niños son lo más especial de la tierra y para demostrar a mi «angelito», que me preocupaba la salud de

los demás. Aunque también había alguna compañera que se pasaba todo el día hablando de su hija y a veces llegaba a molestarme pensando que delante de mí debía de cortarse un poco, porque ese día yo llegaba a mi casa con la moral por los suelos, pero las personas no somos conscientes por lo mismo que he dicho en varias ocasiones, nadie puede ponerse en el lugar de otro. Como decía mi psicóloga, mi dolor es menor cuando soy yo la que decido si me acerco a ver los bebés, a hacerles alguna gracia, que si en cambio se me acercan a mí, y es totalmente cierto.

Después de la muerte de mi hijo, mi inocencia desapareció, mi simpatía tardó en regresar y por supuesto perdí la confianza en muchas cosas y personas.

Aprendí que el orgullo es lo peor de nosotros, que solo tenemos una vida como para estar perdiéndola en criticarnos, en enfadarnos en malentendidos, que no es mejor el que tarda en pedir perdón, sino quien se adelanta a ello, que las verdaderas buenas personas no solo están en los buenos y malos momentos, sino el resto de tu vida.

Pero también aprendí que no debes dejarte pisotear por nadie, que tienes que luchar por tus intereses, nadie tiene que desvalorarte. Lo que no te aporte, a un lado, lo que te transmita negatividad, fuera, y las personas que solo buscan tu dolor, ignorarlas.

Antes me cabreaba por cosas insignificantes, como que se me hubiera olvidado comprar unas medias y ya no pudiera vestirme para salir, por poner un ejemplo tonto, o porque en mi trabajo se valorase más a otras personas que no trabajaban nada, pero que caían en gracia al jefe. Ahora cuando a alguno de mi alrededor nos pasa algo o no salen los planes como uno quiere, intento ayudar para buscar una solución. Que pinchamos una rueda, pues para algo está la de repuesto, que mis padres no se ponen de acuerdo en la separación de bienes y me intentan meter en sus problemas, yo desaparezco de sus vidas una temporada. Que todo todo tiene solución, todo menos la muerte, que por desgracia yo sé lo que me digo, lo que pasa es que parece que a veces los humanos no somos conscientes de lo complicada que es esta vida y nos la complicamos más con tonterías.

Yo era una persona muy bromista, divertida y muy muy niñaera. Los primeros meses de la pérdida de mi hijo me volví muy seria, apartada y pasota. Hubo unos meses que yo estaba más muerta que viva, me daba igual estar un día sin comer, a todo lo que oía, ya fueran consejos o palabras de ánimo, le buscaba la parte negativa y lo ponía en mi contra, era un círculo cerrado, y aquel que intentaba acercarse, el círculo daba marcha atrás. Con el paso de los meses, me fui dando cuenta de que la gente no tiene la culpa de mi desgracia, de mi soledad, que la vida sigue y tiene que seguir para todos, lo más difícil era recuperar el ritmo de mi vida pasada. Yo antes siempre pensaba en el futuro, y por entonces vivía el día a día. Disfruto acordándome de los buenos momentos del pasado, es una meta que me puse, como tantas otras que, gracias a la terapia, a la ayuda psicológica y, sobre todo, a la idea que tuve de expresarme escribiendo este libro, conseguí volver a vivir. Volver a despertarme a mí misma, a ir quitándome las personas negativas de mi vida, y esta vez, por fin, me di cuenta de que la peor persona y enemiga que debía empezar a sacar de mi vida era con la que había compartido más de cuatro años viviendo con ella, mi peor enemigo, mi ex.

Pues sí, llegó el día en el que me miré al espejo y me dije:

—¡O cambia esto ahora o no merezco esta vida!

Sus gritos pasaron a un segundo plano. Después de intentar lo imposible por que aprendiera a amar las cosas, por que dejara de pagar conmigo lo que el pasado le había hecho. Le había intentado buscar ayuda psicológica. Cada vez que le intentaba dejar me decía que iría a un

psicólogo por mí, porque me quería y no podía perderme a mí también, pero en cuanto volvíamos, volvía a ser ese monstruo celoso, obsesivo, que envidiaba a todo el mundo. Solo le caía bien la gente que le daba la razón, si no, dejaban de ser sus amigos.

Se agotó mi límite de aguantar cómo te dejan tirada en la carretera porque se cabree con sus amigos y lo pague contigo, cómo me echaba de la cama tirándome del colchón, tener que irme a dormir a un colchón hinchable o a mi coche pasando frío. De ver cómo casi me atraganto a pastillas por su ignorancia... ¡Sí!, mi límite llegó tarde, pero por fin llegó.

Por fin me armé de valor, ignorando sus amenazas, no pensando que en un mal golpe podía acabar conmigo. Después de ver que la muerte de mi hijo no había podido conmigo, menos iba a poder un niño.

Pensé también que el cambiarnos de ciudad acabaría con nuestra crisis, mi último fallo en ese momento y que me pesará durante más de treinta años, que es lo que durará mi hipoteca, fue ponerle conmigo en las escrituras y encima avalarnos mis padres, porque, claro, su familia, una vez más, no iba a ayudarlo. Pero ni cambio de ciudad ni nada.

Llegó el día, después de llevar varios meses sin sentir que lo quería, sin desearle, sino todo lo contrario, darme asco, hasta cruzarme con él por las habitaciones de la casa y ni mirar a su sombra. Él intentaba besarme, intentaba forzarme a hacer el acto sexual, pero ni mi cuerpo ni mi mente pertenecían ya a él. Me encerraba en el baño o me iba a dar una vuelta con el coche e imaginaba cómo sería de bonita mi vida sin él. Deseaba que él encontrara a una chica e intentara volver a engañarme para que se cansara de mí y abandonara, o se quedara con mi casa y con la hipoteca, ya que si yo no abandonaba mi casa era porque sabía que él dejaría de pagarla, me la destrozaría, cualquier cosa con tal de seguir haciéndome la vida imposible.

Y aquel día de enero dejé que me escupiera por última vez, que me insultara, que llamara a sus amigos diciendo que estaba loca, que me tirara la ropa, hasta que me empujó y caí por las escaleras con la suerte de agarrarme a la barandilla y no rodar hasta el último escalón. Entonces una llamada y gracias al apoyo de mi amiga Conchi y su exnovio, pude dar carpetazo a ese inhumano y descansar.

Es increíble lo rápido que pasa el tiempo en ciertas etapas de nuestras vidas. Dicen que lo bueno dura poco y que lo malo tarda en pasar, en mi caso, sé que mi hijo estuvo muy poco tiempo con nosotros, pero son tantos sus recuerdos que parece que hubiera vivido más tiempo.

Al igual que no parece que ya hubiera pasado un año que Dios se llevara a mi hijo, nos encontrábamos en el mismo sitio donde nos despedimos del cuerpo de mi hijo, celebrando su misa del año. Esta vez, todo fue más tranquilo, no pudo venir mucha gente por que trabajaba, pero, a mí, con todos los que ya estuvieron cuando más nos hizo falta su apoyo, me basta y me sobra para sentir que seguían queriéndonos.

Hicimos la misa del año, queríamos algo breve, al final se alargó, el cura nos dijo que Dios nos había quitado y pedido mucho, que debíamos nosotros al igual exigirle y pedirle a Dios y a nuestro hijo, que habláramos con él, que nos escucha, que la vida nos mandaría señales de que está entre nosotros y que lo mejor era ir animándose a tener más hijos y enseñarles a valorar que siempre tendremos un ángel. En algunas cosas que nos dijo yo estaba de acuerdo con él, por supuesto que mis futuros hijos sabrían que tenían un hermano especial en el cielo, si quisieran vendrían con nosotros al cementerio y que no les diera miedo, todo lo contrario, se sintieran también protegidos por nuestro angelito. Pero con lo que no estaba de acuerdo era en pedirle y exigirle a nuestro ángel, solo podía pedirle que no se olvidara de mí, que estuviera contento de ver cómo iba superando mi luto. Él pidió venir al mundo y yo, en cierta manera, sentiré que los

médicos no actuaron a tiempo para dejarle vivir y crecer con nosotros, entonces qué derecho tenía yo a pedirle a mi hijo, solo puedo pedir al destino que pare de hacerme daño, que ya bastante he pagado, bastante he sufrido y bastante ya he perdido. SI existe Dios, él es el que estará siempre en deuda conmigo.

Yo pensé que no me iba a venir abajo durante la misa, pero era oír al cura nombrar a mi hijo y volvía a llorar de rabia, rabia que creía superada, pero que siempre me quedará por esa impotencia de por qué mi hijo allí y no aquí.

Después fuimos a su nicho a llevarle flores, pero había mucha gente y no me sentí a gusto para hablar a solas con él.

Tuve que estar parte de la ceremonia más pendiente de mis padres, que estaban separándose y ni siquiera ese día me lo respetaron, mareándome cada uno por su lado; que si tu padre es un tal, que si tu madre es una cual, evitando que no se sentaran juntos en la iglesia, que ninguno se quedara apartado de la familia, en vez de estar más con mis amigos y otros familiares y agradecer a todos su compañía.

A la semana siguiente fui al cementerio, al salir del trabajo, y a pesar de la lluvia que estaba cayendo, estaba más tranquila, y a pesar de no querer hacer más misas en su nombre, no habría noche que no me fuera a la cama besando su foto, acariciándome su nombre tatuado cerquita de mi corazón, pensando en él y celebrar el día de su santo junto a los míos, aunque él no estuviera físicamente, encender una vela el día de su cumpleaños, el Día de Todos los Santos y en su aniversario de fallecimiento. Ahora sí que tenía claro que por mucho tiempo que pasara, aunque tuviera más hijos, él siempre sería especial por ser el primero en llegar a mi vida y el primero en irse.

No intento hacer un balance de mi vida echando el tiempo atrás desde que nació Chris, porque podría volver a hundirme recordar sus operaciones. Como me ha pasado escribiendo este libro, cuántas veces he tenido que parar de escribir porque me ahogaba en lágrimas y necesitaba coger aire para continuarlo más tarde. Así que intento trabajar con mi mente y crear mis bonitos recuerdos con mi hijo, también a veces cerraba mis ojos y planificaba mi sueño o hacía clases de relajación pensando cómo sería el día que subiera al cielo, viendo cómo mi hijo estaba sonriendo, feliz de volver a verme a su lado, deseando que estirase sus brazos para cogerle y yo deseando hacerle el caminito de los besos. A veces sigo teniendo la esperanza de que se me aparezca en sueños y me diga que está bien y que me echa de menos. Y aunque parezca que se me haya ido la cabeza, empiezo a entender las señales que él me manda, no veo su imagen, ni le oigo, no puedo explicarlo, pero me deja una sensación tranquila. La fuerza que tengo para levantarme día a día aunque a veces no me apetezca ni sonreír ni pintarme la cara para camuflar mi tristeza, mi hijo me transmite esas fuerzas y ese coraje para seguir construyendo mi vida. Por eso no me parece una locura cuando otras personas cuentan que sienten la presencia de sus seres queridos que ya no están, no están locas, y si no, yo soy otra loca más, pero al menos esto me alivia, me alivia creer que existe otro mundo mejor y que yo en otra vida tuve que ser una auténtica hija de puta para que me hayan destrozado mi vida de esta manera.

—Querida mamá, me siento orgulloso y más tranquilo de ver cómo poco a poco vuelves a tener ganas de continuar con tu vida, de retomar tu camino, yo también te echo de menos día a día. No te asustes cuando duermes sola de noche, yo cuido de ti, siempre estaremos unidos por esa fuerza que de alguna manera intento transmitirte. Sé que lo que más te apena es no poder verme, no poder olerme ni oírme, pero mi alma no se ha quedado en aquella casa, en aquel coche, mi alma no es solo una mantita o una chaqueta, mi alma te abraza cuando duermes, cuando estás conduciendo, te acompaña en tus viajes, en fechas

importantes; si lloras, yo lloro: si estás cabreada, yo cojo tu mano para calmartte; si te pones enferma, yo beso tu frente para intentar remediarlo. Nada ni nadie podrá borrar nuestros recuerdos, eso es lo más valioso. No puedo evitar que estés triste, que llores de rabia, que vuestra recuperación sea más rápida, no puedo, pero sí puedo estar dentro de tu corazón. Oigo lo que nadie puede oír, vuestros pensamientos, y como tú también dices, no muere quien no es olvidado, y sé que nunca perderemos la ilusión de que me volváis a ver, te quiero, mami.

Y como muy bien dice un dicho:

«LO NO QUE ME MATA ME HACE MAS FUERTE».

FEBRERO 2010

—Algún día contare la historia de cómo salí adelante y servirá para calmar a algunas madres, como yo, o animar a otros padres a que su mejor terapia es desahogarse escribiendo sus sentimientos, pensamientos... ¡Y por qué no publicarlo!

»No busco ganar dinero con mi dolor, busco ser inspiración de más personas, para animarlas a que se informen de lo que pueden denunciar y exigir, a luchar y que se respeten sus derechos, para que entre todos de alguna manera la ley, justicia, seguridad social... cambie, una sola persona no mueve el mundo, pero entre todos, sí. Sentados desde el sofá de casa, viendo los problemas por la televisión, no solucionamos nada.

Capítulo XI

La vida es bella, pero no fácil

Después de casi cinco años aguantando maltratos psicológicos, de haber malgastado mi mejor edad de juventud entre lágrimas y mentiras, decidí empezar a valorarme, a no seguir pensando en lo que estaba bien para los demás y en agradarles, sino a reconstruirme a mí misma. Volver a ser la jovencita que no se dejaba pisotear ni humillar por nadie, volver a reír de auténtica felicidad, mirar por mí y mi futuro.

VOLVER A ILUSIONARME.

Me quedé viviendo sola en mi casita, en aquel pueblo solitario. No quería la compañía de mis padres, agobiándome con sus consejos y recordándome los fallos que había cometido y que me habían llevado a estar en esta situación económica y sentimental. Tenía la gran suerte de tener a amigos verdaderos, que me levantaban siempre el ánimo y me revaloraban muchísimo. Que aunque pasara poco tiempo con ellos, ese tiempo hacía sentirme positiva y fuerte. Tenía mi trabajo para estar ocupada y distraída. Sé que no sería capaz de vivir mucho tiempo sola, estaba destinada a volver a enamorarme, aunque en aquellos días me negara y no confiara en ninguno. Admiro a muchas personas que conozco y viven solas, pero yo necesito amor, amor de amigos, amor familiar y amor de un hombre que me enseñe el respeto, la confianza, el deseo, en definitiva, el amor verdadero.

Las primeras semanas después de mi separación con mi peor enemigo se me hicieron muy duras, la verdad, pero no por él. Todo lo contrario, jamás lo eché de menos, y como tenía una orden de alejamiento, no pensé en el miedo, más tarde sí, pero en esos momentos no. Se me hizo duro olvidar sus gritos, sus insultos, sus humillaciones, sin que me entraran ganas de llorar por saber que había sido muy estúpida de aguantar tanto. Qué extraño se me hacía acostumbrarme al silencio de mi casa, a poder llegar a la hora que quisiera sin tener que dar explicaciones, a vestirme como quisiera sin tener malas opiniones, a ver mi ropa y zapatos como nuevos... A respirar auténtica tranquilidad.

Volví a dormir plácidamente, sin pasar frío ni dolores de espalda por dormir en el colchón o en el sofá.

Los fines de semana hacía todo lo posible para no estar mucho tiempo en mi casa, para que no se apoderara la soledad de mí. Quedaba con mi amiga en su casa y nos reíamos recordando anécdotas de nuestra juventud, veíamos películas. También salía con algunas compañeras una o dos veces al mes, a tomar algo, no mucho tiempo porque ahora era yo la única que pagaba el piso, y todos los gastos de la casa, y mi sueldo duraba poco, pero la verdad es que nunca me hizo falta mucho dinero para salir, porque cenar cenábamos cada sábado en casa de alguna y en las discotecas nos tomábamos apenas dos copas, y los domingos solía ir a ver a mis sobrinos, que me daban el cariño que en esos momentos me hacía falta.

Cuando salíamos a las discotecas, no salía con la idea de encontrar a un hombre con el que liarme, es más, las primeras semanas me daban hasta asco y ni me fijaba en ellos. Salíamos a bailar, a reírnos de nuestro entorno y de nosotras mismas. Por lo menos nos olvidábamos de los problemas que teníamos a la vuelta de la esquina. Hubo sábados en los que salía decidida a pasármelo bien y al cabo de una hora me daba la vuelta a mi casa porque me sentía muy triste.

Mirabas a tu alrededor y pensabas: «Madre mía, ¡qué mal esta la juventud hoy en día!», casi todos los *pubs* llenos de borrachos o interesados que solo buscaban el rollo de una noche, al igual que las mujeres. «¡Jamás encontraré a un hombre en condiciones!, ¡me voy a quedar soltera! ¡Tengo una edad muy difícil!», me repetía en más de una ocasión y solo rondaba casi los treinta años.

Empecé a interesarme más por las redes sociales, a hablar con las amigas a través de estos medios para ponerme al día de sus vidas.

Y en este medio fue cuando comenzó mi futuro sentimental. Me metí en el perfil de una compañera con la que estaba mandándome mensajes y vi a un amigo suyo que me llamó la atención, solo se veía su foto de perfil, pero no sé, físicamente me gustó y tras hablar con mi compañera en plan cachondeo que vaya amigo más guapo tenía, me informo de que estaba soltero y era muy buena persona. Mi compañera me decía que era un chico muy caballeroso, respetuoso con las mujeres y muy simpático y divertido. Me intentaba convencer para que yo le enviara una solicitud de amistad a través de esta red social y que quedara con él, pero, aunque yo siempre había sido muy atrevida, ahora no me fiaba de nada ni nadie. No tenía ganas de iniciar ni siquiera una amistad con un chico, seguía reacia a los sentimientos. Lo comenté con mi amiga, le enseñé las fotos de aquel desconocido, todas me decían que no perdía nada por mandarle un mensaje, y no sé cómo, pero a la semana siguiente, al llegar del trabajo, encendí el ordenador, contesté a otros mensajes de chicos que querían conocerme, pero que ninguno coincidía con lo que yo buscaba, o eran muy jovencitos, y ya bastante había tenido en mi currículum de relaciones con niños, o físicamente no me gustaban, o se les veía demasiado interesados, o eran demasiado mayores. Vamos, que por otra parte yo también me había vuelto muy exigente.

Al final decidí echarle morro y mandarle una solicitud de amistad a aquel hombre que tanto me había llamado la atención, no pensé si me contestaría; si lo hacía, podía acceder a más información acerca de sus gustos e intereses. Poder crear una amistad a través de una red social, recuerdo que le puse «Vaya, vaya, ¡no sabía yo que mi compañera tuviera amigos tan guapos!». Después reconozco que cuando él recibiera ese mensaje, podría pensar que era demasiado atrevida, pero me salió como me salió y lo hice sin pensar. Como tampoco pensé que, si él aceptaba aquella solicitud, también tendría acceso a mi vida personal, a mi pasado. Vería las fotos de mi hijo, su amigo (el novio de mi compañera) podría informarle de todo lo que yo había pasado con mi ex, y a lo mejor esto le ahuyentaría de mí. Pero sinceramente me daba igual, era mi pasado, y ahora yo no estaba pidiéndole nada, solo amistad.

A los dos días, cuál fue mi sorpresa que. al abrir mi correo electrónico, tenía una solicitud de amistad concedida y un mensaje suyo. A partir de ahí, nos estuvimos escribiendo mensajes a diario, él quería quedar conmigo, una cita a ciegas, con su cena romántica y todo eso, y yo para nada me atrevía a quedar con él a solas. Siempre me había dado miedo quedar a solas con un desconocido, vale que era amigo de mi compañera, que me había hablado muy bien de él, que yo estaba deseando llegar a mi casa y abrir mi correo para ver si había recibido algún mensaje suyo, al igual que él conmigo, pero también la vergüenza se apoderaba de mí. Suena ilógico, ¿verdad?, yo que siempre he sido muy echada para delante, que me había atrevido a empezar a escribir a un desconocido, que a través de los mensajes me mostraba tal y como era en un tiempo atrás, de espontánea y atrevida, pero el hecho de imaginarme el vernos por primera vez, de qué hablarle, si seguramente los primeros minutos estaría muda. Cenar con un hombre a solas, después de llevar cinco años viviendo por y para otro, de no saber sinceramente lo que buscaba.

¿Y si después no me gustaba nada? O, al contrario, yo a él no, ¿y si me hacía ilusiones?, pues

¿por qué no conformarme con una amistad?

Estaba en un caos de sentimientos, a veces me hubiera apetecido salir y liarme con cualquiera, y al día siguiente si te he visto no me acuerdo, a veces pensaba que lo mejor era tomarme un tiempo para mí sola. No buscaba para nada la venganza de enrollarme con otros e ir a mi bola por todo el daño que me habían hecho en el amor, pero, bueno, al final me dejé llevar por lo a gusto que estaba mandándome mensajes y conociendo una persona, algo nuevo y desconocido para mí. Le dejé claro que el día que nos viéramos por primera vez sería con más amigos, tanto suyos como míos presentes, a poder ser en algún bar o discoteca, por eso de que con una copita y de bailoteo te da menos corte, no sé, yo me conozco y sé que al principio me pondría colorada. Me dio su número de teléfono, yo también el mío, pero le advertí que de momento no le llamaría, prefería seguir con el jueguecito de los mensajes.

Pero con poco que habláramos ya no sería tan reservada, a no ser que el llevara otras intenciones, fuera un grosero o un chulito de los que ya estaba cansada y seguro que le mandaría a la mierda, pero él no era así.

Y llegó el gran día para conocernos. Un sábado al llegar al trabajo, miré mi móvil y tenía una llamada perdida suya, mi compañera me decía que lo llamara. Era para quedar, pues coincidía que ese sábado él tenía el cumpleaños de un amigo y yo salía esa noche con otra compañera y amigas por la misma zona de *pubs*. Al final lo llamé, y nada más escuchar su voz me puse colorada, hablaba muy educadamente y caballeroso conmigo, cosa que me hizo gracia, le dije a mi compañera «¡Uuf, creo que mal empezamos!, habla demasiado correcto, no sé si lo hace en plan cachondeo o es que es así, y yo con lo espontánea que soy hablando...». Bueno, el caso es que al final quedamos en que cuando se acercara al *pub* donde yo estuviera, me llamaría y así saldría a conocerle. Como era de esperar, al colgar hubo cachondeo por parte de mis compañeras, al verme lo colorada que estaba. Según se acercaba la hora de vernos, más nerviosa estaba, tanto que ya iba con una copa de más cuando me llamó para decir que ya venía a verme. Salí a la puerta del *pub*, me retiré unos metros, mis amigas se quedaron espiando en la puerta. Sus amigos seguían andando, pero mirando también de vez en cuando, me hacía gracia ver a mis amigas allí, una diciéndome a través de gestos que no, y otra que sí, que quedara con él, uno de sus amigos diciéndole, no recuerdo el qué, cosas a lo lejos. Y nosotros en medio, como dos chiquillos, repitiendo nuestra conversación monótona: «¿Qué tal estás?», «Bien, ¿y tú?», «Bien, aquí con los amigos, ¿y tú?», «También aquí con mis amigas», y otra vez, «¿Qué tal?», «Bien, hace frío, ¿verdad?», «Sí, es verdad...». Y así hasta que decidimos quedar para vernos después en el *pub* donde estaría con sus amigos, y otra vez dos minutos diciendo «Vale, pues luego te veo», «Vale, bien, ¡hasta ahora, Joss!».

Mi primera impresión, la verdad, no fue ni buena ni mala, estábamos los dos algo tímidos, sinceramente, no parecía el mismo de su foto de perfil. Sí era guapo, pero diferente, más hombre, parecía simpático y más natural hablando en persona que por teléfono. Creo que él quería causarme tan buena impresión por teléfono que se las dio de demasiado caballeroso, pero en verdad era igual de espontáneo que yo.

Cuando fui con mis amigas a verle de nuevo, comenzaron nuestros intentos por entablar una nueva conversación, pero Joss también iba con dos o tres copas de más. Hablaba conmigo dos o tres frases y yo me iba a bailar con mis amigas. Cuando yo me acercaba a él, daba la casualidad de que salía a la calle a fumar, y así jugando al gato y al ratón. Los amigos animándonos a que hubiera más acercamiento, y fue terminarme la copa y lanzarme sin paracaídas, me acerque a él, nos agarrábamos de vez en cuando para bailar un poquito de reguetón, y nos besamos, bueno,

más bien me acerqué yo más, si no, yo creo que no hubiera habido beso hasta la despedida. Y, bueno, el resto de la noche la pasamos así, bailando, hablando un poco de nuestros trabajos, de cómo estaba la vida, hablando con los demás amigos, besándonos, riéndonos... Me di cuenta enseguida de que en la forma de ser teníamos muchas cosas en común, y las horas volaron, cuando quisimos darnos cuenta ya eran las siete de la mañana y ya cada uno iba yéndose a su casita, menos nosotros.

Joss se vino conmigo a mi casa, y de camino iba diciéndome «Madre mía, Miriam, ¿sabes lo que estás haciendo?», pero ya no éramos críos, y yo era independiente y no tenía que dar explicaciones a nadie de mi vida personal e íntima, no tenía nada que perder. Si solo queríamos pasar un buen rato y luego seguir en contacto vía internet, pues que me quitaran lo bailado, ya bastante tiempo había perdido en mi vida, qué mínimo una alegría para el cuerpo.

Cuando llegábamos al portal, nos decíamos que solo íbamos a dormir, que estábamos muy cansados, pero claro eso no se lo creía ni la luna, siendo claros, la debilidad es la debilidad.

No recuerdo mucho ya de esa noche, y lo que recuerdo me lo quedo para mi intimidad, solo decir que en pocas palabras fue increíble, por el desenfreno, la pasión, las ganas, y al mismo tiempo, la dulzura, el tacto, y el cariño, que yo creía ya olvidados. Seguramente lo que más me gustó fue dormir al lado de ese hombre con el que me sentía protegida. Nos despertó su madre con el teléfono, claro, eran las once de la mañana y su hijo no había llegado a casa, y tal y como está la vida, la mujer estaría preocupada por si le había pasado algo, me hizo gracia que le dijo que estaba en casa de una amiga, y la mujer se quedó más tranquila.

Llegó el momento de levantarse y despedirnos, me daba cierta vergüenza, ¿y ahora qué?, esperar a que alguno de los dos se atreviera a llamar por teléfono al otro, ¿seguiríamos con nuestros mensajes? Pero no tuve que esperar mucho para volver a verle, esa misma tarde Joss jugaba al fútbol, y al terminar se arregló, y se presentó en mi casa, recién duchado, tan guapo, con su pelo moreno de punta, sus vaqueros y esa camisa que me vuelve loca, por que exhibe un poco su torso. Ahora que yo estaba más despierta y ebria, le veía incluso más guapo, más seductor, ¡y yo en pijama y despeinada!, bueno, mejor que me viera al natural y, si no le gustaba, a correr. Pero creo que incluso a Joss le gustaba más que fuera así y con ese puntito de alocada. No podía creer lo que me estaba pasando en tan poco tiempo. Las dos siguientes semanas fueron de lo más alocadas y especiales.

Joss entraba de madrugada a trabajar, y yo salía muy cansada de mi trabajo, pero el cansancio desaparecía cuando le veía esperándome a la salida de mi trabajo, apoyado en su coche, con la misma cara de ilusionado que yo, y nos pasábamos horas y horas dentro del coche. Hubo noches incluso que Joss se iba seguido a trabajar, y cuando yo entraba de mañana a trabajar, llegaba con los ojos entreabiertos y rojos del cansancio, de haber disfrutado toda la noche al lado de él. Estábamos viviendo lo que se dice la tontería e inocencia del enamoramiento. Cada día que nos veíamos, queríamos más. El tiempo volaba porque nos sentíamos tan a gusto, mi flechazo *online* estaba haciendo que recuperara la ilusión, las ganas de vivir y retomar mi camino. Mis amigas contentas de verme por fin ilusionada. Mis padres aún no sabían nada, me daba pavor decírselo a mi padre por si se pensaba que mi ruptura con mi ex había sido porque ya había otro hombre, cuando a Joss empecé a conocerle a los tres meses después. Si también se enteraba mi madre, me avisaría una y cien veces más que tuviera cuidado, además, ellos no daban tiempo a que les contara cómo iba mi vida, se desahogaban cada uno por separado por su interminable divorcio, o contándome los problemas de mi hermanastra. En cierta manera me daba envidia sana de que Joss sí tuviera esa confianza para contárselo a su familia, y que ellos le apoyaran.

No quería que pensara que, si yo no hacía lo mismo, era porque estaba menos ilusionada, todo lo contrario, estaba demasiado a gusto. No quería pensar ni escuchar a los demás cuando decían «Vais demasiado deprisa, frenad un poco, a ver si os vais a cansar o a ver si yo me iba a llevar otra patada después de la mala suerte que había tenido», pero creo que ambos hacíamos oídos sordos. Ahora muchas de esas personas que creían que íbamos demasiado deprisa han seguido nuestro ejemplo y también les va de maravilla. Jamás habíamos vivido un romance tan especial, ¿y qué es lo que lo hacía tan especial a esta futura relación? Muchas cosas, por lo divertido que había empezado, porque los dos buscábamos lo que nunca nos habían dado y demostrarlo el uno al otro; respeto, cariño, confianza, mucho apoyo moral. Jamás me habían hecho sentir tan mujer y tan valorada como él, que te diga que se siente orgulloso de la persona que lleva a su lado a mí me emociona, que los dos seamos un tanto payasos a ver quién hace la mayor gracia. Nos divertimos tanto el uno con el otro, él por su gansería y yo por mi imaginación, éramos el cóctel perfecto.

Cuando me fue conociendo más y mis problemas familiares, me dije, «Si ya no ha salido corriendo de mi vida, es que verdaderamente esto es amor»

Al cabo de unos meses se lo dije a mis padres y, para mi sorpresa, se alegraron ambos por mí, y más cuando le fueron conociendo. Admiro la paciencia que tuvo Joss con mi familia, el ver cómo se portaban conmigo, cómo se preocupaban más por su otra hija, cómo a mí solo me llamaban para contarme sus problemas. Su familia era totalmente distinta. En todas las familias se cuecen habas, pero en la de Joss, si había habido problemas o rollos familiares, se llevaban de otra manera, desde el respeto y la educación. Trataban a sus hijos y los valoraban por igual, jamás oí un insulto despectivo entre ellos, jamás metieron a los hijos entre medias de sus problemas. Era una familia muy unida, de la que tengo la gran suerte de formar parte.

Conocí a la familia de Joss de manera muy rápida debido a que el padre de Joss sufrió un ictus, y fue operado de urgencias en el hospital. Ingresó muy grave, debatiéndose entre la vida y la muerte. La familia estaba destrozada, Joss no canalizaba sus sentimientos e intentaba estar el más fuerte para transmitirlo a los demás. Pese a darme vergüenza a presentarme en esos momentos tan íntimos y familiares, pese a que no sé si me vería capaz de aguantar en ese hospital que tantos recuerdos tenía, porque era el mismo hospital donde mi hijo también luchó por su vida y finalmente falleció. Me armé de valor una vez más e hice lo que sentía que tenía que hacer, estar con la persona que tanto me había apoyado y me sigue apoyando en mis problemas, ahora yo le hacía falta a él. Aunque no pudiera ayudarle mucho, mi silencio y mis abrazos fueron su compañía. No me veía capaz de darle falsas esperanzas de que su padre viviera, intentaba sacarle las cosas y recuerdos positivos que había tenido con su padre para que también sonriera un poco y se olvidara unos segundos de la imagen de su padre en la UCI.

Al llegar al hospital me presentaron a casi toda su numerosa familia: su madre, su hermana, que ya había conocido unos días antes, sus tíos, primos... Iba casi todos los días a darle ánimos a Joss. Su padre ya iba mejorando, a pesar de que, según los médicos, se quedaría inmóvil toda la parte izquierda de su cuerpo y no daban esperanzas de que volviera a andar. Los dos últimos días que siguió mi suegro ingresado dejé de ir porque tampoco me sentía con fuerzas de seguir visitando ese hospital, me removían muchos sentimientos y en varias ocasiones tuve que aguantarme las ganas de llorar por lo vivido con mi hijo allí.

Tengo la suerte por primera vez de conocer y tener a una familia política que tanto me quiere y se preocupan por mí. Te dan todo sin esperar nada a cambio. Mi suegra, el pilar de esa familia, una mujer tranquila, cariñosa, fuerte, se merece todo por la dedicación que tiene con lo que ello

supone dejar a un lado la vida que llevaba antes para dedicársela por entera a su marido. Ella es la mano que su marido no puede mover, fuerte por las horas de sueño reducidas por atender a las necesidades de su marido, por la paciencia infinita que tiene, y tan buena por tratarme como una hija más. Al igual que el padre, que me quiere y me valora muchísimo, no deja de repetirme a su hijo que me cuide y me proteja, que soy una mujer de los pies a la cabeza. Siempre pendientes de que no nos falte de nada. La hermana de Joss, una mujer inteligente, tozuda, humanitaria, dispuesta a escuchar los problemas de todos, dispuesta a ayudar y resumiendo al resto de su familia, simpáticos, agradables y muy, muy cariñosos.

A Joss no puedo describirlo, no acabaría el libro, reconociendo también que tiene sus cosas malas, a cabezón no le gana nadie cuando no lleva razón, cuando se mosquea no soporto que hable con él mismo, sobre todo cuando se cabrea por algo que reconoce que él mismo ha hecho, y hoy en día sigo intentando hacerle entender que no soporto que cada vez que se cabree porque se le ha olvidado algo o porque se ha golpeado o tropezado con algún obstáculo se ponga a chillarse a él mismo. No comprende que bastantes gritos he aguantado ya en esa casa, pero ya sabemos que no existe ni el hombre ni la mujer perfectos, y una relación tiene sus cosas buenas y sus cosas malas, siempre y cuando las buenas ganen por goleada a las malas, si no, la relación se acaba debilitando.

Yo siempre le dejé muy claro a Joss que la comunicación y el respeto en una pareja, para mí, eran de gran importancia, y que la monotonía no podría apoderarse nunca de nosotros. Siempre intentamos hacer cosas nuevas, viajar para conocer sitios nuevos, irnos a cenar fuera de casa, aunque en estos casos soy yo la que casi siempre planifica, porque, si fuera por él, a veces nos quedaríamos toda la tarde en el sofá. Se puede decir que yo planifico y él me sigue, aunque a veces una echa en falta que sea la otra parte la que también sorprenda y no tenga como respuesta «Es mucho gasto». Valoro también cosas que no hace falta tener dinero y que ilusionan incluso mucho más, el que me levante por la mañana y vea un cartel en la nevera en la que él haya escrito lo mucho que me quiere, el que llegue Joss a su coche y le haya dejado una notita en el parabrisas, el que me ponga para comer arroz en forma de corazón, yo le haga un masaje en la cabeza relajante... No sé, son chorradas que a todos nos encantan y nos enamoran, y más de esa persona día a día. Yo siempre había tenido ese puntito de imaginación y ahora por primera vez mi pareja me lo valoraba y compartía.

Reconozco que el primer año, aunque de cara a la gente y a mi propia pareja parecía que yo me había adaptado demasiado rápido a otra nueva relación, lo mío me costó, y es que todo el daño que te hacen en el pasado pasa factura.

Me costó confiar en Joss, él había sido un poco mujeriego antes de conocerme. Cuando sus amigos hacían bromas que tuvieran que ver con las mujeres me las tomaba fatal, porque me recordaba a la falta de respeto que me hacía mi ex. Cuando discutíamos algún tema, dejaba de hablarle por temor a que acabara pasando a mayores; sí reconozco que las comparaciones son odiosas y que mi ex no le alcanzaba en hombría ni de lejos, pero después de vivir varios años con un ser tan despreciable que no te respeta ni lo más mínimo, en cuanto conoces a otro hombre, te pones un escudo de protección del que tardas en separarte. Al igual que tuve que aprender a volver a luchar por las personas que de verdad merecían la pena, dejar de tirar la toalla cada vez que veía algún feo que Joss me hacía, como llegar tarde a nuestras citas por haberse entretenido con sus amigos en el bar, en vez de hacerle ver que ya tenía novia y eso conllevaba un cambio en nuestras vidas cotidianas. Enseguida me encendía y le decía que mejor dejarlo antes de ilusionarnos más. Meses más tarde, tanto él como yo, nos dimos cuenta de que nuestra relación

merecía la pena para cambiar aspectos de nuestras vidas, que los amigos con el tiempo hacen sus vidas y pasamos a un segundo plano y tu pareja es con la que compartes el resto de tu vida, y eso hay que ganárselo día a día, no con flores, con regalos, sino con sentimientos, con hechos, con mucho mucho amor.

Nunca conoces del todo a una persona y ahí está la salsa de la vida, el seguir aprendiendo de tu relación.

Gracias, Joss, por valorarme y enseñarme a confiar en mí misma, por respetar mis noches llorando cuando echo tanto de menos a mi hijo, por echar en falta una familia respetuosa, por aguantar mis súplicas y cabreos familiares, provocándome ansiedad el hecho de no poder desvincularme de mis problemas familiares, intentando poner a cada uno en su sitio, por acompañarme al cementerio a ver a Chris, sin ni siquiera ser tu sangre, por protegerme en mis pesadillas nocturnas, pero, sobre todo, por haber sido el único capaz de devolverme las ilusiones y haber conseguido colarte en mi corazón.

Y así fue cuando creí haber perdido casi todo lo más importante en la vida, cuando a veces deseaba salir corriendo de esta ciudad e irme lejos, incluso a otro país para que todos me dejaran tranquilos, y de no haber sido por la hipoteca que tenía que seguir pagando, lo hubiera hecho. Pero entonces apareció el amor, y todo me fue cambiando para mejor o al menos lo malo y negativo ya lo veía de otra manera, ya no me hacía tanto daño ni le daba tanta importancia. No solo gracias al apoyo moral de Joss y mis amigas, no solo por la fuerza que me transmitía mi hijo desde el cielo, sino que yo misma también me estaba recomponiendo y haciendo de mí y de mi futuro lo que yo siempre había deseado, una familia, un hogar, tranquilo y seguro.

Recuperé a los verdaderos amigos y eché de mi entorno a personas que me di cuenta de que solo valían para salir de cachondeo y buscarte problemas. Con el tiempo vas conociendo a personas, vecinos, compañeros... que merecen la pena y te aportan, quizás, más que otros que creías que eran tus verdaderos amigos.

Mi tranquilidad solía desaparecer en el momento que sonaba mi móvil y en la pantalla aparecía el nombre de mi madre, el de mi padre o el de mi hermanastra, porque era como siempre, para contarme algún problema, como si yo una vez más fuera su solución a sus problemas. Yo siempre en medio, si mi padre discutía con mi hermanastra, yo hacía por que se perdonarán, se sentaran a hablar las cosas, y cuando se reconciliaban, había unos días que yo ya no existía para ellos, que para mí hasta mejor. Que si me llamaba mi madre para decirme que le diera un recado a mi padre, claro, entre ellos no querían hablarse porque seguían con temas de divorcio, que si hay que pagar el seguro de la casa, que si dile que te dé cosas más que hay en el piso... Luego tocaba el turno de mi padre, que si quiere sus cosas que venga ella, que si dile esto y lo otro, y yo como si no tuviera más cosas en mi vida que solucionarme, era la hija tonta de turno para hacer de su recadera, y lo más fuerte es que, si quedaba con mi madre para comer o pasar alguna fiesta como cumpleaños o Navidad, no se lo podía decir a mi padre porque se cogía unos celos increíbles, y a la inversa igual. ¿Cómo unos padres pueden o no darse cuenta de lo egoístas que estaban siendo y el machaque psicológico que me estaban dando?, debía de haber cortado la relación con ellos. Aunque, de hecho, varias veces lo intenté, el pedirles que no me llamaran para contarme siempre los mismos problemas, daba igual; me llamaban, hacían como si no tuviera motivo ninguno para estar hasta las narices de ellos, total, para acabar igual, discutiendo con ellos, sin que entraran en razón.

Esto me fue creando ansiedad, pero a ellos les parecía que o me lo inventaba o mi ansiedad era solo por mi ex, cosa que tenía más que superada, pues ya hacía tiempo que este personaje había

salido de mi vida familiar. Lo jodido era echar de mi vida a mi verdadera familia, como hay un dicho que los amigos se pueden escoger, los novios también, pero por desgracia la familia no, la familia que tienes es la que te toca aguantar.

Lo que más me fastidiaba es que cuando me cabreaba con ellos y terminaba de desahogarme llorando, a los pocos días, me sentía fatal porque en el fondo eran mis padres, y ellos más se aprovechaban de mis sentimientos para volver a enterrarme y agobiarme con sus problemas.

Veía a los demás hijos la buena relación que tenían con sus padres y me preguntaba una y otra vez: «¿Por qué mis padres no podían ser así de respetuosos?», no toda la vida amargados y transmitiéndonos ese sentimiento a los demás. Nunca a gusto con nada de la vida, como piensan muchos de los que nos conocen, lo raro es que yo no esté igual o haya acabado trastornada. Pues porque, por suerte, en cuanto vi la oportunidad de salir de mi casa y huir de alguna forma de los problemas, lo he hecho, aunque siguiera vinculados a ellos, y tendría que haberme ido quizás antes y yo sola a un piso de alquiler, no con mi hermanastra o con mi ex, que fue más de lo mismo.

Muchas veces, gracias a las escapadas que Joss y yo hacíamos, como viajar a las playas de Andalucía o perdernos en los rincones y paisajes más bonitos de Santander, Toledo... por un par de días, por lo menos descansaba de tantos problemas y podía disfrutar completamente de mi pareja.

Conseguí dar un pasito más en mi recuperación; yo, que era incapaz de acercarme y coger a un bebé que fuera varón, la vida me trajo una agradable sorpresa. Mi mejor amiga tuvo un varón, guapísimo y simpático a más no poder. Me armé de valor y fui a conocerle el día de su nacimiento, nada más entrar en el hospital tuve la misma sensación de ahogo y respiración contenida que cuando meses atrás había acompañado a ella y su familia para saber qué esperaba y cuando nos enteramos de que era un niño. Por una parte, me alegré muchísimo por ellos, pero, por otro lado, me angustiaba la idea de no ser capaz de mirar a ese niño, de no poder compartir junto a ellos los momentos de felicidad de ver cómo su hijo iba creciendo, cómo me había pasado anteriormente con más niños. Pero subí un escalón más en el camino de mis metas, y me lo tomé de otra manera pensando que mi hijo o Dios tenía que ver en esto, para que me recuperara un poco más y me enfrentara a ello con positividad.

Tenía que intentarlo, que luego me hiciera daño o no, tendría que arriesgarme algún día. Y así hice, entré en la habitación del hospital y allí estaba mi amiga con su retoño en brazos, no pude contener la emoción, los recuerdos, la felicidad que se transmitía esa familia, no pude contener mis lágrimas, apenas pude pronunciar palabra. Me abracé fuertemente a los dos; mi amiga, que había vivido tan de cerca mi desgracia, tampoco pudo reprimir sus lágrimas, al igual que su hermana y su madre.

Tuve la suerte de tener a Joss a mi lado en esos momentos, apretándome la mano y abrazándome fuertemente para transmitirme fuerza y al mismo tiempo serenidad, pero qué extraño fue y qué especial experimentar por primera vez dos sentimientos a la vez, dolor y felicidad al mismo tiempo, con qué naturalidad pude asimilarlo, llevaba más de tres años aferrándome a mi dolor y después vino otro gran paso para mí, como fue ir a ver al hijo de mi amiga a su casa, un mes más tarde de su nacimiento, y lo cogí en brazos, me temblaba todo, desde la muerte de mi hijo no había cogido a ningún bebé varón. A partir de ese día, el coger a ese niño en mis brazos me transmitió tanta paz en mi interior que supe que ese niño estaría protegido por mi angelito.

Al año de relación con Joss, me quedé embarazada, no se puede decir que por accidente, como

muchas se excusan hoy en día si te quedas, es porque medios no ha habido, que no vivimos en un país de subdesarrollados.

Nosotros no íbamos buscándolo, pero yo dejé de usar el aro vaginal, que es lo que usaba por entonces como método anticonceptivo. El aro vaginal me empezaba a molestar y decidí descansar unos meses, y en ese mes de descanso, usábamos la marcha atrás, así que nos arriesgamos, chispeó y lógicamente me quedé embarazada, otra vez, a la primera.

A los dos días de retraso fui al médico y mientras esperaba mi turno, me hice el predictor en el aseo del ambulatorio. Mi sorpresa fue tal cuando me dio positivo, que en ese momento me estaba llamando por teléfono Joss, le dije que no viniera a buscarme, que no quería verle, el pobre, que no sabía nada, me decía que me tranquilizara. Me puse a llorar nerviosa, le dije que estaba embarazada, pero que quería estar sola y hablar con mi doctora, él me dijo que no me pusiera así, que antes lo habláramos, y en diez minutos se presentó en el médico. ¿Sabéis por qué reaccioné tan mal y quería estar sola?, no es que estuviera cabreada con Joss, pues lo dos habíamos participado y consentido el riesgo de quedarme embarazada, pero yo no estaba preparada para tener un hijo ni Joss tampoco. Primero, porque es algo que habíamos hablado, pero para tenerlo más adelante, cuando lleváramos más tiempo viviendo, quería primero terminar con los problemas de mi casa, conseguir ponerla a mi nombre, para desvincularme por completo de mi ex, de los juicios que tenía pendientes con él, queríamos ahorrar y poder meternos de alquiler en otro piso, hasta que pudiera vender o alquilar mi casa, volver a nuestra tierra natal, cerca de los nuestros, cerca de las comodidades como el transporte, más médicos, colegios, guarderías, parques... En fin, un barrio en condiciones para que un hijo crezca con más comodidades, y para las nuestras también, pues estaríamos más cerca de nuestros trabajos.

Quería esperar a que mis padres se terminaran de divorciar por completo e hicieran sus vidas para dejarme hacer la mía, aunque esto era prácticamente imposible incluso a largo plazo, y sobre todo no me veía totalmente recuperada del luto de mi hijo.

No era buen momento para Joss tampoco, en su trabajo la crisis también estaba afectando a ese oficio. En su ámbito familiar, tenía que colaborar con su madre y hermana en el cuidado y recuperación de su padre. Entre el trabajo de ambos, el visitar a la familia y amigos, poder tener también tiempo para nosotros solos, no disponíamos de más tiempo para ocuparnos y educar a un hijo, en esos momentos lo veíamos desde ese punto de vista.

Por otra parte, me vinieron amargos recuerdos de cómo mi ex, el día que se enteraba de que iba a ser padre, me castigó tanto moralmente, y aunque sé que jamás debí compararle con mi actual pareja, también creí que reaccionaría mal, pensé hasta por unos minutos abortar, yo que siempre había dicho que si me quedaba embarazada apechugaría con ello aunque acabara siendo una madre soltera, pero esta vez todos los problemas que llevaba a mi espalda me hicieron sentirme tan insegura que hablaba sin pensar las cosas y el daño que podía a hacer a mi pareja, pues, aunque a Joss la sorpresa le descolocó, a los pocos minutos y sorpresa para mí empezó a ilusionarse y a intentar que no me lo tomara tan a la tremenda.

Decidimos no decir nada a nadie de momento, excepto en mi trabajo, no me quedaba más remedio, ya que trabaja de carnicera y reponedora y, claro, ya no podía estar entrando en cámaras de frío y congelado ni coger mucho peso, pero, vamos, que para lo que me valió comunicarlo, mejor no lo hubiera hecho y me hubiera ahorrado el disgusto que me creó mi jefe.

Cuando le dije que estaba embarazada, se lo tomó fatal, los primeros minutos se cabreó, empezó a decir «¡No me jodas, no me jodas, ahora no!», hasta que mi compañera le dijo «¡Bueno, pobrecita, no es un crimen, encima que ella está nerviosa!». Me puso de mala hostia, y

más aún cuando me dijo que cómo era posible, a lo que yo le contesté: «¡No creo que tenga que explicarte a estas alturas cómo se queda una embarazada!».

Segundos más tarde, cuando vio que se me escapaba alguna lágrima, entonces me fue a dar un abrazo y darme la enhorabuena, pero yo lógicamente ya estaba reacia a recibirlo. Me jodió bastante su reacción, sabía que no le gustaba que nos quedáramos embarazadas, porque eso significaba que en poco tiempo se quedaría con menos empleadas en su tienda y tendría volver a formar personal para las tareas que desempeñaba, pero entonces que solo contratara a personas mayores de cincuenta sin hijo o con hijos ya crecidos... Pero lo que más me fastidió fue el poco tacto que tuvo conmigo, sabiendo que yo merecía ser madre de nuevo, después de todo lo que había pasado con la pérdida de mi primer hijo, que fue testigo de su entierro.

Mi cabreo me duró varias semanas, no tenía ni ganas de levantarme para ir a trabajar, encima seguía en mi mismo puesto; vale que yo no quisiera estar en todo el día cobrando en cajas, pues yo necesitaba estar más activa, podía perfectamente encarar la tienda, ayudar en la perfumería, reponer cajas que no pesaran tanto, no sé a qué esperaban para mandar a otra persona en la carnicería y ocupar mi puesto. Lógicamente yo empecé a negarme a colocar cajas pesadas de carne sin ayuda, intentaba atender más en el mostrador o colocar bandeja a bandeja.

A los dos días de dar la noticia en mi empresa, empecé a sangrar un poco, me acerqué al hospital y me dijeron que tenía amenaza de aborto, no me dieron la baja, pero me recomendaron que me cambiara mi puesto de trabajo y en una semana volviera a ir a urgencias.

Esa misma semana, tenía reservada una sorpresa para mi chico, ahora que ya me había hecho a la idea de que íbamos a ser padres y al ver a Joss tan ilusionado, quería regalarle para el Día del Padre una escapada de fin de semana a los Picos de Europa. Había reservado una casita rural en un entorno de lo más natural, en medio de las montañas, tal y como le gusta a Joss, yo soy más de playas del sur, pero he de reconocer que el norte tiene unas vistas impresionantes, y aunque hasta el último momento estuvimos a punto de no ir, por miedo a que por el viaje tuviera un aborto, al final nos decidimos a ir, me hacía falta, para olvidarme un poco del agobio del trabajo, de los médicos... Pues volví a tener problemas, esta vez con una trabajadora del departamento de atención al paciente del hospital, quise que ese hospital me siguiera el embarazo, ya que ellos mismos fueron los que me dijeron tras el fallecimiento de mi Chris que, cuando me volviera a quedar embarazada, ellos me llevarían el control y seguimiento de este, pues bien, tras intentar mi médico de cabecera ponerse en contacto con el hospital para que comenzaran a mandarme las citas de obstetricia y no obtener respuesta, tras intentarlo nosotros un montón de veces por teléfono y tras mandar correos electrónico a dicho hospital, decidimos presentarnos personalmente al hospital. Dicha profesional sin apenas dejarme terminar de explicarle mi caso anterior nos negó dicha propuesta, nos dijo que era imposible que me siguieran el embarazo, que a mí me pertenecía otro hospital, yo le respondí que desde hacía tiempo los ciudadanos teníamos derecho a elegir centro dentro de la misma Comunidad de Madrid, donde yo estaba empadronada. Me dijo que eso solo valía para los ambulatorios. Me empecé a poner nerviosa e intenté darle el nombre de la cardióloga, enfermeras y cirujanos que habían operado y asistido a mi hijo, para que hablara o me dejaran hablar con los mismos que me aconsejaron llevar el control de mi embarazo allí, pero la asquerosa y borde de aquella mujer no aceptaba dicha propuesta. Podíamos en ese momento haber puesto una reclamación y me arrepiento de no haberlo hecho en su momento, pero no quería que Joss se calentara más, y menos que el disgusto fuera a más y alterara mi embarazo, así que salimos del hospital una vez más indignados, eso sí,

meses después mandé una carta a la dirección del hospital agradeciéndoles su falta de atención hacia nosotros, aunque eso y nada es lo mismo, no iba a conseguir nada.

Quería agradecerle a Joss su dedicación y apoyo, aprovechar para hacer nuestros últimos viajes solos. No supo dónde íbamos hasta mitad de camino, lo malo es que nos perdimos por culpa del GPS, y acabamos en la otra punta de donde teníamos que ir. Un viaje de tres horas se convirtió en uno de seis horas, ya estábamos agotados, menos mal que el paisaje era bonito y eso te entretenía algo, y cuando llegamos al sitio, nos impresionó lo bonitas que eran todas las casitas rurales de distintos colores, cómo tenían tan cuidado el entorno y no faltaba detalle. Un río con su puente, de lejos se veían las cascadas, teníamos piscina climatizada y sauna para los que nos alojábamos, aunque yo la sauna no la podía ya usar. Nuestra casa tenía un montón de detalles decorativos en la entrada, su porche con su banco para sentarte al aire libre, nada más entrar teníamos nuestro comedor con su cocina amueblada y con electrodomésticos, su baño impecable, el suelo hacía de calefactor, y al lado de nuestra gran cama, un *jacuzzi* grande, a mí me daba envidia, pues, debido a mi estado, solo podía usarlo sin los chorros de agua en funcionamiento, aun así, me había traído espuma de baño, sales y bolas de jabón que cuando se deshacían en el agua expulsaban pétalos de rosa. Quería que mi pareja se sintiera feliz a mi lado, y él alucinando de la gran sorpresa que le había preparado.

Al día siguiente, teníamos previsto conocer Potes o subir a los Picos de Europa, pero me levanté manchando de nuevo y tuvimos que irnos al hospital, que estaba a una hora de donde nos alojábamos. El personal de ese hospital me trató de maravilla, me miró un ginecólogo que, al hacerme una ecografía vaginal, vio que podría ser un aborto retenido, ya que desde que me hicieron la primera eco a esta otra, el saco embrionario había disminuido su tamaño. El ginecólogo fue muy claro diciéndome que lo más seguro era que lo expulsara, que podía andar y hacer vida normal, si estaba para expulsarse, lo expulsaría igual por mucho reposo que guardase. Me dio un bote por si lo expulsaba, lo recogiera y lo llevara lo más pronto posible a mi hospital para que lo analizaran, la enfermera que me pidió los análisis, en cambio, intentaba darme ánimos diciéndonos que se habían visto más casos así y luego había llegado a buen término el embarazo, pero yo ya estaba desilusionada, sentía hasta que Dios me había castigado por haberme planteado la idea de abortar la primera vez que me dio positivo en el test de embarazo. Al final salimos muy tarde del hospital y solo nos dio tiempo de ir a comer a Potes y andar un poco por el pueblo, estaba cansada y desanimada con la poca esperanzadora noticia. Estaba deseando llegar a nuestra casa, y los dos días siguientes a nuestro regreso, estuve intentando moverme lo menos posible, del sofá a la cama y de la cama al sofá, creo que fueron los dos días que más reposo he guardado en toda mi vida, Joss no me dejaba ni que fuera sola al baño, pero yo sabía que algo no iba bien, ya no manchaba, pero interiormente, en mi cuerpo, me sentía rara, no sé, es difícil de explicar, estaba muy revuelta e incómoda. Noté como un empujón hacia el útero, y cuando fui a orinar, noté cómo expulsaba un coágulo, ese coágulo finalmente era mi diminuto embrión, tuve que cogerlo y meterlo en aquel bote para llevarlo al día siguiente al hospital, no tenía que haberlo mirado, pero la curiosidad me invitó a hacerlo.

Joss se llevó un duro golpe, emocionalmente hablando, al ver su ilusión atrapada en ese bote, nos abrazamos y lloramos juntos. Intentábamos darnos ánimos mutuamente, para Joss era la primera vez que experimentaba el dolor que se siente cuando pierdes la ilusión de tu vida como es tener un hijo, aunque solo llevara dentro de mí seis semanas, aunque no fuera buscado, ya había puesto muchas ilusiones, incluso le había comprado unas zapatillas para el invierno. Sé que Joss estaba muy afectado aunque quisiera disimularlo, para no hundirme más a mí, pero lo mío

ya era inevitable, por más palabras de ánimo que escuchara, ya no había consuelo, ya era el segundo golpe que recibía en menos de tres años, nada que ver con la pérdida de Chris ni mucho menos. Ya sabía lo que era tener un aborto y perder a un hijo en mis brazos. Entendía en cierta manera a algunas compañeras que habían tenido algún aborto, es doloroso ver a las demás embarazadas ilusionadas cuando acabas de perder a tu embrión, yo tuve una recaída emocional, estuve una semana sin poder ir a trabajar, no me veía con ganas de enfrentarme a los ánimos y consuelos de mis compañeras, no me apetecía ver a nadie, solo esperar a que llegara Joss de trabajar y dormir a su lado.

Decidimos seguir sin decírselo a la familia y amigos a los que todavía no nos había dado tiempo ni siquiera a comunicarles que íbamos a ser padres, teníamos reservada la sorpresa para un par de días después, que coincidía con el Día del Padre, así que para qué íbamos a decirles que había tenido un aborto; a ninguno de los dos, y mucho menos a mí, que ya había pasado por el trauma de que todo el mundo, me apetecía, que te pregunten, te intenten dar ánimos, te miren con cara de pena. En mi trabajo les pedí que no me preguntaran mucho y me lo respetaron. Un tío de Joss también lo sabía porque Joss trabajaba con él y necesitaba desahogar su pena con alguien, al igual que con un amigo suyo, y por supuesto yo con mis dos amigas, pero ni mis propios suegros, a los que no queríamos disgustar, ni mis propios padres, que no quería que me agobiaran o me compararan una vez más con las desgracias de mi hermanastra, y hasta día de hoy, tanto Joss como yo no nos arrepentimos de no haberlo contado al resto de familia y amigos, pues eso ha hecho que nuestra recuperación haya sido más rápida, dejándolo encerrado en el fondo de nuestra alma y llevándolo en secreto, secreto que ahora queda al descubierto porque sentimos que ya una vez recuperados de otra mala experiencia, nos tenemos que conformar pensando que mejor haberlo perdido con seis semanas que no más adelante, que si fue un aborto es porque bien no venía. No nos preocupa tanto la reacción de los demás, y desde estas líneas pedimos perdón y al mismo tiempo respeto a todos nuestros familiares y amigos que se están enterando en estos momentos.

Muchas personas que habrán tenido un aborto seguramente retrasen sus ganas de volver a quedarse embarazadas, por miedo a que les vuelva a pasar lo mismo, en nuestra situación fue todo lo contrario por extraño que parezca, recuperamos muy rápido las ganas y la idea de formar una familia, de volver a intentarlo más adelante; si me paraba a pensar que me iba a volver a pasar o que aún quizás no estaba preparada por la pérdida de mi primer hijo, seguramente hubiera tenido una gran recaída y me hubiera encerrado más, si cabe, en mí misma, pero ahí estaba mi Joss, para levantarme, para abrazarme fuertemente y decirme que juntos podíamos con todo, que jamás me dejaría sola, que se había dado cuenta de las ganas que tenía de formar una familia conmigo, y en gran parte fue eso lo que me hizo apartar un poco mis penas y volver a ilusionarme.

Después del aborto, me di cuenta de que para Joss yo era una mujer de los pies a la cabeza y me dio la seguridad de que él intentaría ser un padrasto y siempre respetaría la ausencia de mi Chris.

No pensamos en esperar a que se solucionaran mis problemas, con la hipoteca del piso que había por medio entre mi ex y yo, pues sé que me costaría más de una demanda para que me pagara y sería un proceso largo. Si tuviera que esperar un acuerdo por su parte, seguramente ya se me hubiera pasado el arroz. No podía esperar a que mis padres solucionaran sus problemas, ellos habían elegido esa vida, ya era hora de que yo empezara a mirar más por la mía.

Es increíble cómo nos había cambiado la forma de ver las cosas, tanto a Joss como a mí, antes,

la idea de tener un hijo lo veíamos como algo lejano, no hasta que pudiéramos irnos a un piso mejor, no hasta que Joss ganara más dinero o encontrara un trabajo mejor... Y ahora era no hasta dentro de unos meses que mi cuerpo y nosotros nos recuperásemos del aborto. Queríamos disfrutar un poco más de nosotros en solitario, viajar, salir con los amigos, pero no tuvimos que esperar más de tres meses para tener la suerte de volver a quedarme embarazada.

Pues sí, los tres meses siguientes al aborto, estuvimos usando el preservativo, y una semana antes de irnos de vacaciones a Rivera Maya, no usamos ningún método anticonceptivo, ya lo habíamos hablado; si me quedaba embarazada, bien, si nos costaba quedarnos, pues con calma y sin prisas. No hacíamos el amor con esa idea que tanto obsesiona a las parejas cuando están manos a la obra, cuando hacíamos el amor era porque existía el deseo de unirnos en uno. Y sé la noche exacta en la que me quedé embarazada, porque esa noche celebrábamos la boda de una prima de Joss. Ambos íbamos alegres con dos copas de más, hicimos un aquí te pillo, aquí te mato en el *parking*, no llevábamos preservativos, hicimos la marcha atrás y una vez más me equivoqué con mis pensamientos y me quedé embarazada por tercera vez a la primera, será una de las cosas buenas que la vida me haya otorgado, el ser muy fértil.

Pero, como ya digo, para nada sabíamos que estábamos embarazados cuando estuvimos de viaje, de haberlo sabido, seguramente no hubiera cogido ni avión, con el pánico que ya de por sí me dan los viajes, mucho menos un trayecto de siete horas. Pero era un viaje que teníamos muchas ganas de hacer por cómo me habían hablado del encanto de sus playas, de sus excursiones y cultura, nos hacía falta tener unas vacaciones de lo más relajadas, y disfrutamos muchísimo, a pesar de pillar una bacteria, muy común en esos sitios, que me tuvo tres días muy mala, con diarrea y fuertes dolores de estómago, sin poder disfrutar de los cócteles y gran variedad de comida. De las cuatro excursiones que hicimos, dos merecieron la pena, recuerdo que en una de ellas teníamos que ir en una furgoneta cuya atracción era que el conductor nos llevaba saltando por todos los baches que hubiera en la selva, durante tres horas, pero a todos los pasajeros nos llegaba ya a molestar tantos saltitos, incluso yo llegué a decir bromeando «¡Anda que si estuviera embarazada, en uno de estos saltos ya se ha escapado!» (y sin tener ni idea, resulta que ya estaba embarazada de cuatro semanas).

Por mis cuentas, la menstruación tenía que bajarme de regreso a nuestro viaje, en el avión, pero no le dimos importancia, pensaba que era normal que no me bajara, por el viaje. Al igual que dos días después más de retraso, como yo seguía con fuertes diarreas, lo achiqué a mi bacteria, pero asustada de la deshidratación que podría tener, fuimos al médico y me mandaron dieta blanda y bebida isotónica o suero. A la semana siguiente tenía que volver a ir al médico, en dos días mejoré, pero me sentía rara, recuerdo que ese día había quedado con mi hermana política en ir a la piscina, ella estaba a punto de dar a luz, más tarde vendrían Joss y un amigo suyo a pasar el día con nosotros. Sin que nadie se enterase, me compré un test de embarazo y me lo hice en el aseo de la piscina, en menos de cinco segundos apareció el resultado, positivo, otra vez esa experiencia de ponerme nerviosa y colorada. Disimulé todo lo que pude delante de ellos, estaba deseando llegar a casa y darle la buena noticia a Joss, quien se ilusionó, aunque él decía que ya se imaginaba la sorpresa.

Decidimos de nuevo no comunicar la noticia hasta que estuviera de dos meses, cuando a través de una ecografía nos confirmaran el embarazo. Sí tuve que volver a comunicarlo a mi jefe y compañeros de trabajo, esta vez de inmediato me quitaron de mi puesto de trabajo en la carnicería y me mandaron a cajas, cobrando a los clientes, de apoyo en la perfumería, colocando precios, trabajos que no requerían el mismo esfuerzo físico, pero yo lo llevé fatal, empecé a tener

problemas de circulación en las piernas por estar todo el día en cajas, tanto si me sentaba como si estaba de pie, el problema era no moverlas durante siete horas. Mi doctora me mandó un gel, y unas medias de compresión, también hice caso a lo que me recomendaba el médico de mi empresa, el que estaba de acuerdo con que me sacaran de ese puesto cada cierto tiempo, para poder andar y alternar con otras tareas de la tienda, lo mío me costó para hacerles entender que no podía más, no dormía por los calambres que me ocasionaban las piernas; había probado de todo, andar, los chorros de agua fría en las piernas, hacer pilates, dormir con las piernas elevadas, y nada, hasta que ya le dije a mi jefe que no podía más, que por favor me mandaran otras actividades, y una vez que empecé a salir más de cajas, noté cómo mi espalda y mis piernas descansaban.

Ese año, con todos los recortes que los políticos estaban haciendo, también nos afectaron a las embarazadas, pues a los pocos meses de mi embarazo, se firmó un acuerdo en el que ya no nos daban la baja a las veinte semanas, sino a las treinta semanas, vaya suerte la mía, pero por suerte yo me encontraba activa para trabajar tanto en mi empresa como en las actividades de la casa, también iba de vez en cuando a nadar y hacía gimnasia en mi casa, ejercicios que te enseñaban en la preparación al parto.

Tuvimos la fenomenal idea, tanto Joss como yo, de hacernos un seguro privado de salud, meses antes de quedarme embarazada, así ya no tendríamos que volver a discutir con los médicos de la seguridad social para que me siguieran mejor el embarazo después de mis antecedentes, es triste reconocer que, si no es pagando, no puedes exigir pruebas.

A pesar de estar un poco agobiados las primeras semanas, por hacerme las pruebas de embarazo por las dos vías, por lo privado y por la seguridad social, siempre es bueno tener dos opiniones y contrastar los resultados, pero, como ya digo, llegó a agotarme tener todas las semanas citas con ambos, doble análisis, dobles ecografías... He de reconocer que esta vez en el hospital de la seguridad social se preocuparon un poquito más al principio, pero después de las veinte semanas de embarazo, me iban a seguir con el mismo retraso de pruebas que el resto de las embarazadas que no habían tenido mis antecedentes de salud, después de ver que por culpa de las huelgas que se estaban haciendo en la sanidad pública para que no nos privatizasen el derecho a esa sanidad, muchas de las personas que estaban embarazadas y conocía estaban siendo desatendidas. Conocí el caso más dramático que me hizo volver a mi pasado, revivir la pérdida de mi hijo. Un familiar muy cercano a mi compañera había llevado un embarazo un poco complicado, le dio diabetes gestacional, se supone que los médicos de la seguridad social que le estaban llevando el control de su embarazo deberían de haber dejado a un lado sus exigencias, derechos y huelgas para seguir con su tratamiento y no negarle sus derechos a ser atendida; no le daban sus últimos resultados de los análisis para ver cómo iba su diabetes, ni siquiera la atendían en urgencias. Cuando se puso de parto, al llevarla a monitores y ver que apenas se apreciaban los latidos del corazón, decidieron provocarle supuestamente el parto, y digo supuestamente, porque al final estuvo más de ocho horas hasta que tuvo a su niña. Tuvieron que trasladarla a otro hospital porque la niña venía con un problema en el corazón. No sé muy bien si a consecuencia de esperar tantas horas para provocarle el parto, por no haber visto antes su problema mediante pruebas o por que no siguieran su diabetes gestacional debidamente ocasionó que esta bebé tuviera que pasar más de una semana en la UCIP, enganchada a varias máquinas, luchando por recuperarse y, como resultado, tener esa familia que pasar por la experiencia más dolorosa de perder a su bebé.

También, dos compañeras de mi trabajo estaban embarazadas, y una vez más el mismo hospital

de nuestra zona actuó a la ligera retrasándoles las pruebas, a una de ellas le mandaron la prueba de la glucosa dos meses antes de dar a luz y le daban los resultados a las dos semanas: si hubiera tenido la mala suerte de haberle salido diabetes, cuando quisieran haberla puesto en tratamiento, seguramente ya estuviera de parto. Pero volvemos a las mismas, muchas quejas, muchos cabreos, pero luego nadie denuncia, entonces más de lo mismo.

Como nosotros no queríamos pasar por ese estrés, nos quedamos con la sanidad privada, donde todos los meses me llevaban un control, acabamos cansados de tantas ecografías, más de ocho por lo privado, seis análisis de sangre y orina, todos los meses cita con el ginecólogo, y encima a los seis meses volvimos a cambiarnos de centro privado, mi ginecólogo era muy bueno, pero el hospital en el que él asistía a los partos no me convencía; material viejo y no tenía las máquinas e instalaciones suficientes si había algún problema después del parto. Así que gracias a una compañera y una amiga de Joss, me aconsejaron y me hablaron muy bien del hospital privado por sus propias experiencias. Decidí acercarme a conocerlo y tener una nueva cita con otra ginecóloga, y a pesar de que Joss iba ya cansado de volver a cambiarnos de médicos, cuando fuimos a siguientes consultas, vimos que se preocupaban más, incluso me hicieron una eco cardiotetal, para asegurarse más de que nuestro futuro hijo no tendría los mismos problemas de corazón que su hermano. Ahí ya empezamos a sentirnos más aliviados, no importaba que tuviéramos que recorrer cuarenta kilómetros para ir casi todas las semanas allí, lo importante es la atención que mostraban, comprobar que ese hospital tenía de todo: UCIP, quirófanos, sala de cardiología adulta y pediátrica, urgencias pediátricas... Una chica que hacía de guía nos enseñó la planta donde tendríamos a nuestro bebé, el quirófano, la sala de monitores, te explicaban todo muy bien para cuando llegara el momento de ponerme de parto. Solo tuvimos un pequeño altercado con un doctor que nos hizo una ecografía, le expliqué lo que me había pasado con mi primer hijo, y que por eso la ginecóloga quería que me hiciera esa eco, se lo tomó a mal y entramos en un pequeño debate de si lo de mi hijo había sido mala suerte o no, él intentaba defender a su gremio y yo la negligencia que otros habían cometido. Pero no fue a más, porque en esos momentos lo más importante era valorar la salud actual de mi embrión, pero más de una vez me quedé con las ganas de ponerme a la altura de todos aquellos médicos que negaban la evidencia de las negligencias, pero en mi estado no iba a alterarme ni alterar a mi pareja; si hay discusiones que se pudieran evitar, mejor. Otras, como mis discusiones familiares, eran imposible de evitar, por mucho que intentara apartarme de mi familia, era imposible poner a cada uno en su lugar.

A los dos meses de embarazo cuando estábamos a punto de dar la buena noticia, me encuentro merendando en mi descanso laboral y me llama de nuevo mi madre, nerviosa y alterada, contándome que mi hermanastra está muy mal, que ha discutido con su marido, en fin, lo de siempre, le digo que no me llame más para darme disgustos, que estoy en el trabajo, le cuelgo, le da lo mismo, me vuelve a llamar, gritándome, que a ver qué hacemos, que si mi hermanastra va a hacer una locura, que si esto, que si lo otro, ya consiguen lo de siempre, alterarme, ponerme a gritar diciéndole que yo no soy Dios, que no voy a perder mi puesto de trabajo por salir corriendo a solucionar problemas de pareja que a mí ni me van ni me vienen, que siempre es lo mismo y que no me molesten más, vuelvo a colgar. Ya se me jode la merienda, no puedo probar bocado de mi sándwich del nudo que tengo en la garganta, rompo de nuevo a llorar encerrada en el baño, para que no me vean, llamo a Joss y le cuento la movida, me pide que me relaje, que mire por lo que llevo dentro, y lo intento, pero necesito desahogarme para poder tomar aire, lavarme la cara y volver al trabajo, ya preocupada todo el día, no por ellos, sino por mi sobrina,

que en este caso es la víctima de ver esas escenas. Me entero de que Joss llama a mi madre e intenta tranquilizarla, después llama a mi hermanastra y al final la calma un poco. Me sentó mal que mi pareja tuviera que preocuparse por ellos, porque ellos van a su bola, y lo que menos quería es que ahora tuvieran una nueva víctima a la que llamar cada vez que yo no les cogía el teléfono, sé que lo hacía para que me dejaran un poco respirar, pero se dio cuenta de que de nada servía.

Al día siguiente recibo un mensaje en mi móvil de mi hermanastra, pidiéndome que me aleje de ellos y de sus hijos, que soy una egoísta... Al principio me cabreo por la rabia del contenido de sus palabras, ¿yo egoísta? Que aguantaba como todos los domingos por la mañana me llamaba por teléfono para decirme que si mi padre era un tal, que si mi madre peor, que si su marido es un vago, que si no tiene para pagar su piso. Nosotros, que casi todas las semanas nos acercábamos a verla, a estar con mis sobrinos, a llevarle fruta y verduras, a echar dinero en la hucha de mi sobrina, para que luego encima ella me confiese que ese dinero se lo gasta después su marido en tabaco. Ella, que se va al país de su marido, durante varias semanas, dejando a su hija de dos años a cargo de mi madre y de nosotros, en plenas Navidades prefiere pasarlas con su marido que con su propia hija, la que se pone malita y tenemos que llevarla nosotros al hospital, de madrugada, a urgencias infantiles, y no es capaz de adelantar un vuelo y venir a preocuparse por la salud de su propia hija. ¿Quién eres tú para decirme que ya me daré cuenta cuando tenga hijos?, claro que me daré cuenta de lo mala madre que eres, porque yo no consentiré que vean todo lo que tú has consentido.

Después de mi fase de cabreo, me viene el desahogo de llorar en los brazos de mi novio, y después entro en un estado de relajación y tristeza al mismo tiempo, relajación porque el volver a apartarme de mi hermana significa un poco de tranquilidad, no tener que escuchar sus problemas, no tener que salir corriendo a solucionarlos, pero tristeza porque me utiliza con sus hijos, sin poderles ver y disfrutar de ellos.

Llegó el día en el que nos decidimos a anunciar que íbamos a ser padres, me daba mucho apuro estar delante de mis suegros y mi cuñada en el momento de decírselo; de mis suegros por la tontería que yo tenía metida en la cabeza de que en alguna ocasión había oído decir a mi suegra que ella ahora no quería nietos, y para nada se esperaba que nosotros tuviéramos la idea de ir a por uno, por mi suegro sé que le iba a hacer mucha ilusión, estando en su situación sin poder hacer muchas cosas por sí solo, un niño sé que le animaría a recuperarse, y me daba más pavor por mis cuñados, que estaban intentando tener un hijo. A Joss le entró vergüenza para decírselo a sus propios padres, le miraba haciéndole gestos para que se lanzara a decirlo y él me hacía lo mismo para que me lanzara yo, tenía guasa siendo sus propios padres. Al final les entregué los resultados de la segunda eco, mi cuñada empezó a leer en voz alta:

—Embarazo de siete semanas y media. Feto único...

Mi suegra al principio nos miró asustada, después se emocionó al oírlo, empezó a gritar ilusionada: «¡Ay, ay! ¡Que vamos a ser abuelos!».

Mi suegro no dejaba de decir lo feliz que le habíamos hecho con la noticia.

Mi padre también se ilusionó muchísimo con la noticia, le pedí que no dijera nada a mi hermanastra, no quería que supiera nada de mi vida, pero me podía haber ahorrado saliva, porque se lo dijeron, y a mi madre, con la que seguía muy cabreada por el disgusto que me dio aquel día en el trabajo y por no entender que no quería saber nada de mi hermanastra, aprovechamos para ir a su pueblo donde ella estaba veraneando, para llevarnos todo lo de mi hijo Chris y poder aprovecharlo para su futuro hermano y para decirle que estaba embarazada. Me abrazó llorando,

estaba delante mi tía, le dije lo que me habían aconsejado los médicos, que me apartara un poco de ellos, para no recibir más disgustos en mi estado, le pedí que no me llamara tan a menudo, que me agobiaba, que no volviera a contarme nada más de mi hermanastra, solo me importaban mis sobrinos y, por supuesto, que no volviera a hablarme de cómo era mi padre, que yo ya no iba a mirar más por sus problemas. Dentro de mí estaba creciendo mi hijo, Joss y yo estábamos creando una familia y no iba a consentir que mi hijo creciera en el ambiente de ansiedad, nervios y falta de respeto que creaban mis padres y mi hermanastra, que yo ya bastante tiempo había aguantado, pero era como volver a hablar con la pared.

Nos pedía que nos quedáramos a comer cuando acababa de decirle que me agobiaba, seguía excusándose con que si mi hermanastra le estaba haciendo mucho daño, que la utilizaba económicamente, pero que pobrecilla, le dije que lo que iba a conseguir era que me desentendiera por completo de ellos y hasta cambiara mi número de teléfono para que no me molestaran más, hasta mi tía le decía que me dejara tranquila, en fin, me vi en la obligación de apagar el móvil o ponerlo en silencio, porque hacía caso omiso y seguía llamándome; si no respondía, llamaba a Joss, y prometo que no cambié de número de teléfono porque no tenía tiempo y me parecía un jaleo tener que estar mandando a todo el mundo mi número nuevo, pensé: «Hasta que se canse», y tardó en cansarse, pero conseguí que solo me llamara un par de veces a la semana y otra vez, yo solo para preguntarle por su salud, su nueva vida con amigas y por la salud de mi abuela, y en cuanto se ponía a volver a hablarme de mi hermanastra, cortaba la conversación por lo sano. Por suerte mi hermanastra no volvió a llamarme ni a mandarme mensajes amenazantes.

Cuando llegamos a casa del viaje del pueblo y empezamos a subir y desembalé las cosas de mi hijo, rompí a llorar, sobre todo con la ropita, que hermosos recuerdos me traía. Me colocaba su ropita en mi pecho y cerraba los ojos, reconociendo imágenes del pasado, tuve que dejar de hacerlo porque empezaba a sofocarme mucho y no quería hacérselo sentir a mi embrión. Di un paso muy grande al verme capaz de volver a tener en mis manos y querer que su futuro hermano lo usara; todo estaba impecable, su carro de paseo, su cambiador, sus juguetes... y ropa que ni siquiera le dio tiempo a estrenar. Había personas que me decían que ellas no serían capaces de ponerle la misma ropa si hubieran pasado por mi desgracia, pues yo sí, porque para mí era como si su hermano le protegiera y yo sentir al mismo tiempo a mis dos hijos, y al que tendría que importarle es a Joss, y él estaba encantado con la idea, incluso me dijo que si teníamos un varón y yo quería ponerle el mismo nombre, que contara con su aceptación, pero yo tenía muy claro que Chris solo habría uno y no podría llamarle igual a su hermano, es más, era oír el mismo nombre a otros niños y aún se me encogía el corazón, las comparaciones a veces son odiosas.

El resto de los amigos y familiares se alegraron bastante por nosotros, porque sabían que nos merecíamos este regalo de la vida, por cómo lo había pasado yo de mal anteriormente y cómo se notaba el gran amor que existía entre Joss y yo. Yo estaba agradecida a todos los que se alegraban y se ilusionaban con nuestro futuro hijo, que por primera vez la familia pudiera contar con una familia política inigualable, siempre tan pendiente de nosotros, pero el dolor que tenía todavía dentro de mi alma por Chris no dejaba que disfrutara completamente de esa alegría, de esa felicidad que tantos compartían con nosotros, mi miedo hizo que los tres primeros meses de embarazo fueran un largo camino de temores, depresiones y lágrimas.

Obsesionada con que pudiera acabar en otro aborto, cada vez que iba al baño y terminaba de hacer mis necesidades, miraba en el váter y en el papel por si había manchado algo de sangre; cuando me cambiaba de ropa o me iba a duchar, lo mismo, me miraba una y otra vez mi ropa

interior. Que tenía demasiadas pérdidas de flujo, me alertaba, a pesar de consultarlo con mis médicos y decirme que era normal, a pesar de preguntar a otra compañera que, como yo, estaba embarazada y había experimentado también el tener un aborto anteriormente, me decía que a ella le pasaba lo mismo, que ya se nos pasaría. Pero no se me pasó, es cierto que a partir del quinto mes había días que con las prisas ni me miraba, pero esa mala idea de perder a mi embrión aún me acompañaba.

Pero, sin duda, lo que peor llevé fue el recuerdo, las dudas y el miedo a que mi segundo hijo pasara por lo mismo que Chris. Debía de estar tranquila porque por fin había conseguido que los médicos se preocuparan y me aseguraran que de momento no se apreciaba nada raro en el feto, porque confiaba que mi angelito estaba cuidando en salud a su hermano, pero las personas que hemos pasado por algo semejante, solo nosotros sabemos que es inevitable el daño psicológico al que quedamos sometidos de por vida, por eso me daba mucha rabia la falta de comprensión de algunas personas cercanas a mí, que en el momento en el que me quedé embarazada y me preguntaban qué tal lo llevaba, yo respondía que psicológicamente mal, y enseguida se las daban de expertos a la hora de opinar y me decían que no estuviera tan obsesionada, que no me iba a volver a pasar, que me olvidara un poco de todo, y cuando tú intentabas que te escucharan y te intentaran entender tus sentimientos, te cortaban para volver a decirte que me estaba haciendo daño a mí misma y no estaba pensando en mi bebé. Qué rabia me daba esa actitud de algunas personas, pero, por suerte fueron pocas, y a la segunda vez que me preguntaban por mi estado les decía que muy bien para no oírlos.

Hice esfuerzos de ilusionarme y disimular mi tristeza delante de Joss, pues él estaba muy ilusionado, como es lógico, más al ser el primer hijo, como yo lo estuve en su día, él me consolaba diciéndome que mi ángel nos protegería, que él siempre cuidaría de su hermano, pero cada vez que teníamos una nueva ecografía, u otro tipo de pruebas, me ponía muy nerviosa y rezaba y le pedía una vez más a mi angelito que, por favor, fuera todo bien. Recuerdo que en la tercera ecografía me emocioné tanto al verle, al oír latir su corazoncito y sobre todo en el momento que sin esperármelo el ginecólogo nos dijo que era un varón. Joss insistió en que si era verdad, si se podía equivocar, nos parecía demasiado pronto que a las doce semanas se viera también su sexo, pero el ginecólogo nos lo afirmó y nos dijo que rara vez se confundía. En ese momento a Joss se le saltaron las lágrimas de felicidad, pues él prefería un varón, en cambio, yo me estaba ahogando, aguantándome a llorar, hasta que rompí a desahogarme. El ginecólogo me miraba extrañado como pensando que yo no quería que fuera niño, y no era ese mi motivo de ansiedad, en el fondo yo también quería un niño, para que pudiera usar lo de su hermano y porque me apetecía volver a tener la experiencia de ser madre de un varón, pero también temía las comparaciones, tanto las de las personas que conocieron a Chris como las mías propias. Temía que no fuera capaz de cogerle en brazos cuando naciera, de no ser capaz de darle todo el amor que tanto le di a su hermano, no sé, estaba tan segura de que esta vez tendría una niña, o más bien me aferré a esa idea para no comparar tanto un bebé con otro, pero en el momento en el que me estaba haciendo la ecografía, yo tenía mi mano puesta en el nombre tatuado de Chris cerca de mi corazón, y oír de repente «Es un varón» fue como si mi corazón diera un brinco y se me acelerara a mil por hora. Minutos más tarde, al oír que todo iba bien en cuanto a peso, medidas y frecuencia cardiaca de mi bebé, ya empecé a pensar que mi hijo había querido que su hermano fuera un varón, y tenía que aceptar el regalo de mi angelito, que él estaba poniéndome estas pruebas para dar un paso más a mi recuperación.

Pero me di cuenta de que por mucho tiempo que pasara a decidirme a animarme a tener un hijo,

y yo que pensaba que ya estaba preparada para volver a ser madre por el hecho de ver a los hijos de mis amigas y sentir menos rabia y dolor, reconozco que cuando lo vives en tu propia experiencia, cuando vas siendo consciente de que estás creando una nueva vida dentro de tu vientre, es cuando reconozco que no estaba tan preparada como creía, que todo me recuerda a mi primer embarazo, solo que esta vez se mezclan la alegría y la ilusión con el miedo, todo son temores: «¿Qué me dirán en la próxima ecografía?», «¿Correrá peligro mi feto dentro de mi útero?», «¿Vendrá con alguna malformación que me haga acabar en un aborto?», «¿Volverá a tener una enfermedad congénita?»...

Cuando el ginecólogo me hacía una ecografía, al principio no quería ni mirar el monitor, solo quería oír que todo estaba bien, y no empecé a disfrutar completamente de mi embarazo y a dejar de pensar en negativo hasta que me hicieron una ecocardiografía fetal, en la que miraban el corazón de mi hijo, debido a mis antecedentes, para asegurarse de que no había ningún problema. Iba asustada, me hubiera gustado que en esos momentos hubiera estado Joss a mi lado, dándome su mano, pero fue a la única ecografía que no pudo acompañarme por el trabajo, sé que cualquier familiar o amigo me hubiera acompañado si se lo hubiera dicho, pero, por otra parte, quería tomármelo como una prueba más y restarle importancia para tranquilizarme a mí misma. La cardióloga estuvo mirando su corazoncito casi media hora, quería asegurarse y mirarlo todo con la máxima precisión; yo estaba temblando, pero sus palabras y su experiencia como profesional de enfermedades congénitas de cardiopatías me iba tranquilizando. Todo iba bien, no se apreciaba válvula bicúspide, como la de mi corazón, sus orificios y ventrículos bien, me sentí más tranquila. Salí ilusionada y por fin relajada, a partir de ese día, volví a sentirme orgullosa con mi embarazo, a compartir con mi pareja el poner nuestras manos en mi barriga y el sentir cómo nuestro hijo no paraba de moverse, oír a Joss, poniendo sus labios en mi ombligo y dedicarle palabras de relajación a su bebé.

Al principio de mi embarazo recuerdo que se me hacía extraño cuando Joss me besaba la tripa, la primera vez hasta sentí rechazo, como si mi cuerpo fuera solo mío y el estuviera invadiendo mi intimidad de mamá-bebé, sé que fue por el recuerdo de mi anterior pareja, que era todo lo contrario, nunca tuvo un gesto de cariño hacia mí y hacia su futuro hijo Chris, nunca me besó la tripa, nunca tuvo la ilusión que tenía ahora mi nueva pareja, y ahora en cambio me encantaba que me acariciara la tripa, que le hablara del futuro a su hijo, que siempre le diera el beso de las buenas noches, y cuando yo ya no podía más por lo incómodos que se me hacían los movimientos de nuestro hijo dentro de mi vientre, Joss intentaba tranquilizarle y le pedía que no hiciera daño a mamá, que me dejara dormir.

Físicamente tampoco tuve un embarazo muy bueno, pero no voy a quejarme, que sé por experiencia de otras amigas que los hay peores.

Los tres primeros meses fueron malos, por mis síntomas de náuseas, algún que otro vómito, dolores intensos de cabeza, una infección de orina, pero que solo me duró dos semanas, insomnio, dolor de boca y encías, hasta tuve que ponerme un empaste; lo peor que llevé fueron las diarreas y los dolores de piernas. Mis mejores meses, sin duda, del quinto al séptimo mes, cuando mis síntomas desaparecieron, cuando pude descansar más al encontrarme psicológicamente mejor, pero a partir del séptimo mes volví a tener días buenos y días regulares, días en los que apenas dormía cinco horas, días en los que ninguna postura hacía que mi bebé y yo estuviéramos cómodos, los dichosos ácidos estomacales, dolores leves de espalda, pero, bueno, lo normal de un embarazo. Lo importante es que seguía activa, y mis preocupaciones y las de Joss eran normales, como les pasará a muchos futuros padres, el no descansar por pensar

en el momento del parto y en el después: «¿Tendré un parto corto y sin complicaciones?», «¿Mi hijo saldrá sanote?», «¿Podrán evitarme una cesárea?», «¿Nos dará tiempo a llegar al hospital?», «¿Me darán muchos puntos?», «¿Seremos buenos padres?», «Que no nazca prematuro»...

Pero, sin duda, mi mayor temor y prueba final para sentir que estoy recuperada, si no al 90 %, al 80 % de mi desgraciada experiencia de perder a mi primer hijo, era enfrentarme al miedo que vivía dentro de mi cabeza desde hacía cuatro años, el ser capaz de poder volver a sentir la experiencia tan agradable y única de coger a mi futuro hijo en brazos, de ofrecerle todo mi calor y el vínculo de darle mi pecho y mis besos, de acariciar su carita sin que me tiemble el alma, cambiar mis lágrimas del recuerdo de su hermano por lágrimas de esperanza y sentirme orgullosa de haber formado mi propia familia.

Lo bueno de estar ya en casa sin trabajar fue dedicar mi tiempo a escribir este libro, a realizar manualidades como terminar de pintar un cuadro, preparar la habitación de mi bebé, y así comprobé que la espera se me hacía más corta y no me daba tiempo a pensar tanto en estos temores. Me venía bien estar activa aunque, a veces, acabara agotada con otras actividades que muy a pesar tuve que realizar, como seguir presentándome en los juzgados y reunirme con mis abogados por el tema de mi ex y el piso, ya que él seguía fastidiando sin querer pagar el piso, negándose a pagar, incluso ante la justicia, el dinero que me debía y que así el juez había reconocido y me había dado una vez más la razón. A veces hasta comentaba con mis amigos bromeando que o bien rompía aguas en los juzgados o bien en las visitas a los médicos. Pues eran mis únicas salidas entre diario.

Y después de llevar dos meses ajena a los problemas familiares, consiguiendo que mi madre me llamara menos y poder vivir mi embarazo más relajada, esta vez le tocó el turno a mi padre. Me llama una tarde cabreado diciéndome que han visto a mi madre tonteando con un vecino, que iba ella muy arreglada, le digo a mi padre que ella puede hacer lo que le dé la gana puesto que ya están divorciados y que, por favor, me deje de llamar para demostrarme una vez más sus celos y obsesión por ella.

Pero él continuó hablando barbaridades, y pidiéndome que hablara con ella, y ya cuando me dijo que iba a mi bola y pasaba de los problemas de los demás, fue cuando me entró la ansiedad y nos empezamos a gritar, le dije que fuera la última vez que se le ocurriera llamarme para esto, que claro que ahora iba más a mi rollo, después de todo lo que me habían hecho vivir ellos desde mi infancia, que no tenía vergüenza sabiendo que debía de estar tranquila en mi embarazo y nada más que sabían darme disgustos, que no me llamara más y que hiciera lo que le diera la gana con su vida. Oía cómo sus palabras se cruzaban con las mías, Joss me cogía de la mano y me tocaba la tripa como indicándome que no me pusiera así por mi hijo y finalmente terminé la conversación. Le pedí a Joss que me dejara unos minutos a solas en el baño, me empecé a asfixiar, a marearme un poco, abrí la ventana para coger aire y por fin conseguí arrancar a llorar. Después de preguntarme varias veces cómo podía ser mi familia tan egoísta y seguir sin darse por vencidos involucrándome más en sus problemas, sin que me dejaran vivir en paz, les daba igual que el médico me aconsejara apartarme de ellos, les daba igual que hubiera decidido empezar una vida alejada de gritos, problemas y falta de respeto, que sus disgustos pudieran provocarme un aborto, que no descansara por las noches cada vez que me llamaban para desahogarse y que yo les buscara soluciones a sus líos. Su otra hija estaba para ayudarla económicamente, para cuidarla y cuidar de sus hijos, y yo estaba para que me amargaran la vida.

A partir de entonces, mi padre llamaba a Joss para preguntarle por mí, lo más gracioso y estúpido de la situación es que él hacía como que no entendía por qué no quería verle ni hablarle,

y una vez pasadas las Navidades me llamó por teléfono, dudé en cogérselo, llevábamos más de un mes sin hablarnos, al final decidí descolgar el teléfono, pero tenía muy claro que en el momento que se pusiera a contarme historias, colgaría de nuevo el teléfono. Y otra vez a hacer como si no hubiera pasado nada, esta vez yo ya no quedaba tanto con ellos y evitaba hablar muchos días con ellos por teléfono, pues ya que no me habían respetado el dejarme llevar un embarazo tranquilo, por lo menos estos últimos meses de embarazo quería estarlo. No pude evitar, por fuerza mayor, estar presente en una operación de mi madre, la operaron de un pie cuando yo ya estaba de baja médica y solo me quedaba un mes y medio para dar a luz, pero una vez más yo era la hija que estaba para los momentos malos. Joss y yo fuimos los únicos que estuvimos todo el día en el hospital, más de ocho horas, yo con un dolor insoportable de espalda y de piernas y Joss con ciática, y al día siguiente tuve que coger el coche y desplazarme veinticinco kilómetros desde donde yo vivo hasta el hospital donde estaba mi madre para ver cómo seguía, y lo que más rabia me daba es que mi madre seguía excusando delante de la gente a mi hermanastra, que si no había podido estar porque tenía que estar con los niños, ella que vivía a quince minutos en autobús de su casa al hospital o a la casa de mi madre, que si al día siguiente tampoco se podía pasar porque estaba en Madrid arreglando papeles, y ya lo más gracioso fue que si al día siguiente tampoco porque le había entrado otro de sus ataques de ansiedad provocado por la angustia de no poder acercarse a ver a mi madre. Tampoco podía llevarse a mi madre a su casa, ella, que tenía tres habitaciones, no como nosotros, que solo teníamos nuestra habitación con cama y vivíamos en una segunda planta, mi madre no podía subir escaleras, lógicamente, después de la operación tenía que estar varios días sin apoyar el pie.

Hasta mi tía, hermana de mi madre, estuvo más pendiente y fue más veces a verla. Mi madre no dejaba de darme las gracias y decirme que no quería que yo me pusiera peor en mi estado, pero éramos los únicos con los que contaba para llevarla a revisiones y curas médicas, eso sí, ya cuando mi hermanastra se dignó en ir a verla al tercer día, ya mi madre la excusaba y volvía a ponerla en un altar; en fin, viendo lo visto el último mes de embarazo lo dediqué plenamente a mí, a mi pareja, y sobre todo a mi futuro hijo. No pensaba darme más viajes, ni tener a Joss de arriba abajo de taxista para mi familia, bastante teníamos con ir a mis revisiones médicas y preparar los últimos detalles para el nacimiento de nuestro hijo.

Pero cuando más tranquilos y relajados llevábamos nuestras últimas semanas de embarazo, mi querido novio se rompió el menisco externo, en la misma rodilla donde hacía varios años ya le habían operado del menisco interno, estábamos encerrados en aquel pueblo, yo ya no podía coger el coche, me molestaban mucho las costillas y la espalda y a Joss le dolía apoyar esa rodilla. Por suerte los primeros días en que teníamos que ir a sus visitas al médico nos pudo llevar un amigo suyo, luego se ocupó mi padre de estar llevándonos con su coche.

Lo que más me agobiaba era la idea de que se me adelantara el parto y Joss no pudiera estar conmigo en el nacimiento de su primer hijo, le operaron cuando solo me quedaban seis días para salir de cuentas, días anteriores me obsesionaba cada vez que iba al baño, por si expulsaba el tapón mucoso y me ponía de parto antes de que le operaran.

Pero tuvimos suerte de que no se adelantara, a los dos días siguientes de operar a Joss, empecé a expulsar lo que llaman el tapón mucoso y así estuve durante una semana, con algunas contracciones leves por las noches, muchos dolores parecidos a cuando tienes la menstruación, la incomodidad de no conseguir una postura cómoda cuando empezaba a sentir que se me iban a salir las costillas, y sobre todo lo que más nos angustiaba era el día que nuestro bebé no se movía dentro de mi útero, probando de todo, comiendo chocolate, poniéndome a botar encima del balón

de pilates, moviéndome la tripa, hablándole... Joss empezaba a ponerse nervioso y a insistirme con que nos fuéramos al hospital, al igual que cuando le decía que había tenido alguna contracción, vamos, que porque el pobre con su recién rodilla operada no podía conducir, si no, hubiéramos ido al hospital más de una vez. Yo intentaba tranquilizarle diciéndole que era normal, que cuando yo viera que las contracciones iban a más o rompiera la bolsa, llamaríamos a mi padre para que viniera a buscarnos, pero ni rotura de bolsa, ni contracciones cada cinco minutos, ni dilatar, nada. Al día siguiente de pasar una mala noche, me levantaba como nueva.

Lo pasaba fatal cada vez que mi padre venía a buscarnos para llevarnos o bien a las revisiones de la rodilla de Joss o bien a mis consultas ginecólogas, porque eran viajes de media hora, y nada más subirme al coche, comenzaba mi dolor de costillas y del costado derecho.

Tenía la esperanza de que en la última revisión que tenía con mi ginecóloga, justo el mismo día que salía de cuentas, me dejaran ya ingresada y me pusiera de parto, pero nada, que nuestro hijo estaba muy a gusto dentro de mi vientre, no me extraña, tendría que estar agotado del movimiento que habíamos tenido los dos últimos meses; que si la operación de mi madre, que si la operación y revisiones de su papi y su mami.

Me volvieron a poner las correas de monitores para comprobar el ritmo cardiaco de mi bebé y el nivel de las contracciones, todo perfecto y apenas dos contracciones leves, después pasé a consulta ginecológica, mi ginecóloga me hizo una revisión de mi útero para comprobar que todo seguía igual, apenas había borrado un punto el cuello del útero en dos semanas, mi bebé estaba colocado, pero seguía muy arriba. En la ecografía se veía todo normal, lo más importante es que había suficiente cantidad de líquido amniótico, y él estaba tan a gustito, ya pesaba tres kilos cuatrocientos gramos, así que mi ginecóloga nos dio a elegir esperar una semana más a ver cómo había avanzado, aunque ella aseguraba que si en dos semanas anteriores no había progresado mucho, en otra semana seguramente seguiría igual, que si estaba pasándolo mal, podría programarme el parto, que mi bebé tenía ya un peso bueno. Estaba suficientemente desarrollado y ya estaba fuera de cuentas, así que, para seguir pasándolo mal, decidimos que nos lo programaran. Me hubiera gustado haber podido aguantar una semana más para que Joss pudiera recuperarse mejor de su rodilla, pero yo ya no podía más, estaba reventada, mi espalda y mis costillas no daban más de sí, y no quería seguir aterrada en mis pensamientos cada vez que hubiera un día en el que nuestro bebé apenas se moviera dentro de mi vientre.

Me programaron el parto para tres días después a mi fecha probable de parto, por lo menos ya estaríamos más tranquilos sabiendo que no teníamos que preocuparnos por si me ponía de parto y no llegábamos a tiempo al hospital, que también podía haber pasado, y nuestro hospital encima estaba a cuarenta minutos de nuestra casa. Teníamos más hospitales cerca, pero yo me sentía más segura y tranquila en el hospital que ya conocían todo mi historial.

Teníamos la suerte de poder contar con mi padre que había estado haciendo de nuestro taxista, le doy las gracias por su cambio de actitud, por respetarme lo que tantas veces le había pedido, que no me hablara ni mal ni bien de mi madre, de los problemas de mi hermana aunque en alguna ocasión al hombre se le escapara, pero ya por lo menos era posible tener una conversación fuera de los dichosos problemas familiares, le damos las gracias por su entera disposición en estos días tan cercanos al nacimiento de su nieto, porque, al igual que he recalcado sus cosas negativas, también sé reconocer sus virtudes.

Con mi madre seguía el proceso de intentar que no fuera tan nerviosa y cansina en ocasiones con nosotros, me llamaba casi todos los días para preguntarme lo mismo; que cuándo salía de cuentas, que cómo se llamaría nuestro hijo, que cuándo iba a vernos, que si se venía a casa a

echarnos una mano. Sé que lo hacía por ayudar, y por más que le dejaba claro que estaría más tranquila en mi casa y que podía apañármelas bien sola, como siempre me había apañado, que cuando me pusiera de parto no se preocupara, que la avisaría, pero nada, oídos sordos y a llamarnos casi todos los días o bien por la mañana o a la hora de la siesta, yo creo que la mujer no confiaba en que la avisáramos, pero yo no soy así, y Joss mucho menos, a pesar de dolerme todo lo que había pasado en el pasado, era mi madre y mientras hubiera una cordura dentro de lo posible mantendríamos la relación aunque me jodiera bastante que treinta años atrás siguiera llamándome con el nombre de mi hermanastra, en vez de por mi propio nombre.

Sé que ambos estaban muy ilusionados con volver a ser abuelos y más sabiendo por lo que yo había pasado con mi anterior hijo, al igual que la familia de mi novio, que estaban nerviosa y muy contenta de conocer a su primer nieto.

Así que un domingo a las ocho de la mañana, nos recogía mi padre para llevarnos rumbo al hospital a nuestra mejor cita, ¡conocer por fin a nuestro hijo!

Días anteriores, probé los miles de chorradas que lees o te comentan que hagas para provocar el parto de forma natural: comer según qué alimentos, moverme mucho, subir y bajar escaleras; yo, además, vivía en un dúplex, pero nada, que tampoco dio resultado para tener contracciones.

Qué nervios, qué ilusión y qué miedo al mismo tiempo, no tanto miedo al parto, sino a que mi bebé naciera sano, a enfrentarme a poder volver a amar otro hijo con la misma ilusión que dediqué a Chris, pero confiaba en que «nuestro angelito» había estado protegiendo a su hermano dentro de mi vientre y seguiría a nuestro lado en todo momento.

Y el 17 de marzo de 2013 venía al mundo el hijo que me devolvió la sonrisa, Unai.

No dio tiempo a esperar a provocarme el parto, noté mucho dolor cuando tuvieron que romperme la bolsa, porque seguía sin romper aguas, empecé con fuertes contracciones y a las dos horas, tras tres empujones vino al mundo nuestro bebé. Pude sentir, al empujar, cómo se deslizaba, venía, también, como Chris, con una vuelta de cordón en el cuello, pero no hubo más complicaciones. No me dieron puntos tampoco esta vez. Pero lo pasé mal cuando, al ponerme a Unai en los brazos, me quedé inmóvil, no podía mover los brazos, se lo dieron a Joss y me lo volvió a colocar para que tuviera mi calor. No sé si fue un efecto secundario de la epidural o yo, que por unos segundos me paralicé al recordar a mi otro hijo.

Cuando llegamos a la habitación, mi bebé intentaba succionar de mi pecho, tenía mucho pelo en la cabeza, era muy largo. Cuando mis suegros entraron en la habitación a conocerle, en su primera foto con ellos salía sonriendo, sé que era un gesto involuntario, pero nos hizo mucha gracia. Todos estaban como locos por cogerle y hacerse fotos con él; mis padres, suegros, cuñados y amigos. Algunos amigos y compañeros decían que era clavado a su hermano Chris, pero eran muy distintos, los dos muy guapos y muy hambrientos, pero no se parecían físicamente. Unai era clavadito a su padre.

Tuvimos mucha suerte con el personal que nos tocó en ese hospital privado. Todos, desde atención al paciente, el servicio de limpieza, auxiliares de enfermería, enfermeras, celador, ginecólogas, anestesista, cocina..., todos dando un servicio y trato de diez. Joss encima estaba recién operado del menisco y hasta lo atendían a él, trayéndole hielo para la inflamación de la rodilla o si le hacía falta algún analgésico.

A los dos días, nos dieron el alta médica, Unai tenía los niveles de la tiroides un poco alterados, pero a los pocos meses le repitieron analítica, le hicieron ecografía del corazón por si había heredado mi problema o el de su hermano y estaba todo bien. Joss, por suerte, se recuperó enseguida para poder ir apoyando el pie y podía ayudarme con él bebé y con las tareas de casa.

Tuvimos muchas visitas a lo largo de la primera semana, me agobié muchísimo, sé que para la familia de Joss era el primer nieto, estaban muy contentos, pero tuvimos que parar las visitas y que vinieran los fines de semana pronto, porque Unai estaba muy nervioso. Le costaba dormir por la noche y yo estaba agotada, entre la lactancia materna, despertarnos cada dos o tres horas por la noche por el bebé, si encima por el día no podíamos descansar por las visitas. Creo que llegué a tener la depresión posparto, lloraba cuando me duchaba, el ratito que podía desahogarme, porque Unai demandaba mucho pecho, lloraba porque no tenía tiempo de asearme, de peinarme, de poder echarme una siesta sin tener que despertarnos el teléfono, el timbre..., de que todas me dijeran cómo colocarme el pecho para darle de mamar, que si él bebé estaba muy abrigado, que si tiene hambre, que si tiene sed, gases... Todos sabían cuidar más que yo a mi bebé. Además, los dos primeros meses me obsesioné con que a Unai le pasaría lo mismo que a Chris, vigilaba su respiración, su color de piel, sus latidos, me preocupaba cuando regurgitaba. Hubo una mañana que, duchándome, Joss me vio llorando y entró a la ducha a abrazarme, ya le dije que no podía más, que estaba agotada y estábamos muy nerviosos, nuestro bebé lo notaba y solo quería estar en nuestros brazos, todas las noches Joss tenía que coger a Unai de la minicuna y ponérmelo en los brazos porque yo ya no sentía ni la espalda de agacharme a cogerlo, incluso me quedaba dormida un rato y al despertarme me daba cuenta de que tenía toda la ropa y las sábanas manchadas de leche, pero Unai estaba tan a gustito al calor de mi pecho y brazo. Estuve cuatro meses recuperándome de la tendinitis que me provocó esa postura para darle el pecho. Joss habló con su familia y les pidió que no vinieran todos los días y tuvimos que hacer una agenda para saber cuándo iban a venir unos y otros para no juntar a tantas personas en casa. Y lo mejor que pudimos hacer es ir nosotros a casa de los demás, así, cuando queríamos, nos íbamos.

Pasados los dos meses, empecé a perder ese miedo y a poder disfrutar mejor de mi bebé, de la familia que habíamos creado.

Llevábamos una rutina de horarios, de comidas, he de decir que no fuimos de esos padres de tener que quedarnos en casa todos los días porque nuestro bebé no pudiera dormir un día fuera de casa o llegar una hora más tarde por la noche a casa. Teníamos que adaptarnos a nuestro bebé, pero también el a nosotros. A partir del mes podíamos ir a comer a un restaurante o a casa de alguien, cada fin de semana, con la familia o amigos, que mi hijo tomaba leche cuando tenía hambre y si esa tarde no se echaba la siesta en su minicuna, se la echaba en su carrito tan tranquilo; que hacía frío, nos abrigábamos y dábamos el paseo menos tiempo, pero lo dábamos. Unai con cuatro meses viajó con nosotros a Ibiza, en avión y fue de los mejores viajes, iba tranquilo, tomando pecho, y para sorpresa nuestra en el hotel dormía toda la noche del tirón. La verdad es que en ese sentido también tuvimos suerte de poder viajar con él y estar tranquilos en los viajes. Aunque hasta los cuatro años no dejó de despertarse cada tres horas, comía de todo muy bien, apenas se ponía malo por su faringitis dos veces al año, era muy cariñoso, espabilado, sonriente; qué voy a decir como madre del hijo que me devolvió la sonrisa.

Unai era un niño muy nervioso, le encantaba tirarse al suelo, ya fuera por el fútbol, porque imitaba a algún superhéroe, tirarse desde lo alto de las rocas al agua, no le daba nada miedo. En el cole, con cinco años, pensaban que era hiperactivo, pero su pediatra nos lo negó, además, él se entretenía con cualquier cosa, a partir de los cuatro años dormía como un tronco sin enterarse de nada y era muy inteligente, a eso ha salido a su madre, en las buenas notas, en no parar de hacer cosas, de imaginar. Mi suegro dijo que este niño iba a ser un crac, un fenómeno de persona; su profesora de infantil nos dijo que iba a llegar donde quisiera, por su inteligencia y su buen fondo como persona.

Unai y mi madre tenían un vínculo muy especial, se entendían y se divertían mucho compartiendo sus bromas y gracias. Unai estaba muy consentido por mi suegro y sus dos abuelas, él era muy cariñoso con ellos, con mi madre tuvo la suerte de estar más tiempo, los cuatro primeros años de su vida.

Mi madre fue mi mano derecha a la hora de ayudarme a cuidarle cuando nosotros no estábamos por razones de trabajo o porque podíamos hacernos una escapada como pareja, con la confianza y seguridad que nos daba dejarle con mi madre, su yaya. Cuando mi madre estaba con su nieto, se olvidaba de su artrosis, de sus dolores, jugaban incansablemente, su mejor medicina era, como ella decía, su nieto. Cómo echo de menos oír esas carcajadas, echarles la bronca a los dos para que dejaran de reírse por las noches mientras se inventaban historias para no dormir. Cómo son los abuelos con los nietos, lo que no nos han dejado hacer en sus casas, a ellos, sin problemas; que salten en las camas, que ensucien el baño, que coman lo que quieran... y la frase típica: «¡Connmigo se porta muy bien!».

Los dos primeros años de relación de Joss con su hijo Unai los recuerdo muy felices, sus primeras palabras llamando a su papá, sus primeros pasos, sus baños y siestas juntos, inventándose canciones y bailes, pero Joss estaba obsesionado con que nuestro hijo se convirtiera en un nini, se enfurecía y le chillaba mucho cuando no hacía caso a la primera, cuando no recogía la habitación... Entendía que si hacía algo mal había que castigarle y explicarle por qué estaba mal y enseñarle a hacerlo bien, pero él perdía la paciencia y enseguida alzaba la voz, y yo con los gritos no podía, era superior a mí por lo que ya había vivido anteriormente. Que yo lo consentí al principio, lo reconozco, ya había perdido un hijo, seguía arrastrando ese dolor de no tenerle y a Unai le sobreprotegía, no quita que yo también le regañase y le diera un cachete, yo tampoco quería criar ni iba a consentir que mi hijo hiciera lo que quisiera si eso nos perjudicaba, Joss pasaba casi más tiempo con Unai que yo por mi trabajo y reconozco que es un padrazo a la hora de cuidarle, él le ha llevado más veces al médico que yo, sobre todo cuando eran urgencias, porque yo tenía el mal recuerdo de mi otro hijo y odiaba pisar los hospitales, jugaban muchísimo juntos, compartían muchos gustos y aficiones, le daba charlas tranquilas cuando a Unai no le salía algo bien o no se conformaba con algo, pero en cuanto a Joss se le acababa la poca paciencia, de nada valía, odiaba los gritos y no quería que mi hijo se acostumbrara a ello por perjuicio para su futuro y relaciones con los demás. Yo era la que tenía más paciencia. En esa etapa entendí por qué había parejas que se casaban, tenían hijos y se separaban, siendo sus hijos pequeños, aparte de por otras causas; infidelidades, se acabó el amor de pareja..., pero está claro que la convivencia y el ser padres son dos pruebas de fuego y es complicado, lo más importante para mí es el respeto y la paciencia para superarlas. Las parejas que están todo el día discutiendo, haciendo daño, ya sea físico o psíquico delante de sus hijos, por favor, que busquen una salida, no hay que aguantar eso, por mucho que los niños lloren diciendo que no quieren que sus padres se separen, violencia cero, los niños crecen más felices viendo a sus padres por separado que en un ambiente tóxico, y por supuesto, violencia hacia los niños, a denunciarlo. Los niños son inocentes, no tienen la culpa de las acciones de los mayores, lo que eduquemos y vean en nuestra casa es lo que verán normal cuando sean mayores.

Unai me devolvió la sonrisa, me hizo creer de nuevo en la esperanza. Sufrí durante el embarazo y sus primeros meses de vida, obsesionada con lo que le pasó a su hermano, recé y di millones de millones de gracias a Chris por mandarme este regalo de bebé. Me seguí preguntando por qué la vida no le había dejado crecer a Chris junto a nosotros, jugar con su hermano, poder recoger a ambos del colegio..., preguntas en vacío.

Desde los tres años Unai fue consciente de que tenía un hermano en el cielo que nos cuidaba y protegía y eso le hacía sentirse seguro, me pedía que le hablara como era su hermano, él luego lo hablaba con sus amigos, profesores y compañeros que deberían alucinar un poco con la naturalidad con la que lo contaba. Un día vino llorando del cole, muy disgustado porque su profesora de Religión le había dicho que los niños que no estaban bautizados no iban al cielo, yo le dije que su hermano fue bautizado al fallecer pero que todos, todos los que habían sido buenos, estuvieran bautizados o no, íbamos al cielo. Pedí una tutoría con esa profesora, no me la dieron y a los cursos siguientes no volvió a ir a Religión. Porque una cosa es que enseñes a mi hijo a rezar, a las costumbres católicas... y otra muy distinta aguantar tonterías así como que tu madre es la Virgen María, y yo qué soy, ¿una compañera de viaje?

Yo he sido bautizada, confirmación y comunión porque mis padres lo quisieron, porque los colegios te medio obligaban a dar la catequesis, eran otros tiempos, las chicas estábamos encantadas con llevar un vestido de princesa, recibir regalos y pasar un gran día en familia. He bautizado a mis hijos por tener una excusa para juntar a la familia y celebrar su nacimiento con los que no le conocían aún, económicamente podíamos hacerlo. Mis hijos no van a hacer la comunión, el día de mañana que decidan ellos. Creo en Dios a mi manera, pero no creo en el negocio de la Iglesia. Por ese motivo tampoco Joss y yo nos casamos por la Iglesia.

Después de llevar cuatro años de relación y convivencia y tener un hijo en común, Joss y yo nos casamos. Lo habíamos hablado por encima desde el sofá de casa en alguna ocasión, pero queríamos esperar a que Unai tuviera tres años, para poder quedarse con los abuelos o sus tíos mientras disfrutábamos de la luna de miel. Le pedí matrimonio por un programa de radio, fue muy gracioso, algo original y rompiendo con las tradiciones de ser el hombre el que tiene que pedirlo. Nuestros familiares y amigos muy contentos, nosotros muy ilusionados. Como iba a ser una boda civil, un día antes firmaríamos en el ayuntamiento y al día siguiente lo celebraríamos en unos jardines y salones de cuento de hadas, con damas de honor incluidas; el maestro de ceremonias, un amigo de Joss; testigos de boda, mi amiga Dave y mi suegro; y la mayor ilusión se la llevaron mi suegra, que sería la madrina de su hijo; mi madre, que sería mi madrina; y mi hijo, el que me llevaría los anillos. Pero la alegría se vio afectada cuando una vez dada la noticia, le dieron a mi madre los resultados de su biopsia de un bultito que tenía en el pecho. Le habían hecho una mamografía en una caravana de las que instalan cerca de algún centro sanitario y te hacen como control anual a partir de los cincuenta años, todo bien, pero a la semana estaba duchándose después de su clase de natación y se notó un bultito. Llevaba tres meses esperando los resultados, pero ese hospital los había perdido, el bultito iba creciendo y cuando le dijeron que era cáncer de mama ya quedamos hundidos. Aunque no perdimos la esperanza e intentábamos darle ánimos, mi madre era muy hipocondriaca, pero en esta etapa luchó por su vida como nada en el mundo.

Fue muy injusto, mi madre llevaba apenas dos años divorciada, tenía sesenta y cuatro años, disfrutando de su vida en el pueblo, saliendo con sus amigas, haciendo cursos de cocina, costura, natación o en mi casa junto a su nieto Unai, presente en todas nuestras celebraciones. Estaba llena de vida, no paraba de hacer excursiones con los jubilados, podía vestir y comprarse lo que le gustara sin tener que dar explicaciones a nadie. Era libre como merecía, pero aquella maldita enfermedad lo cambió todo. Intentamos estar todo el tiempo a su lado, más del que nos hubiera gustado y del que pudimos, estábamos solos luchando con ella, la entreteníamos ayudando a hacer los adornos de la boda, visitando tiendas de vestidos de novias y madrinas, eligiendo y probando los menús de la boda, pero entre medias, teníamos que aguantarnos mucho las ganas de

llorar, pues al mismo tiempo que compartíamos las ganas de preparar unos jarrones de centros de mesa, teníamos que salir corriendo con mi madre al hospital porque empeoraba con la quimio. Gracias a Joss que fue el que se ocupó más veces de salir corriendo con el coche, a llevarla al hospital mientras yo me quedaba cuidando de nuestro hijo, y gracias a mi suegra por quedarse con Unai, mientras yo salía del trabajo corriendo hacia el hospital donde estuviera ingresada, porque, si no, mi madre hubiera estado más tiempo sola. Solo tenía nuestras visitas y la de mi tía, su hermana. Mi madre tenía que quedarse a dormir en mi casa, una casa de setenta metros cuadrados y solo dos habitaciones, que estaba a cincuenta kilómetros de los hospitales de Madrid, el tratamiento era muy agresivo, sobre todo la radioterapia; yo ya no podía cogerme más reducción de jornada, hubo días que mi madre tuvo que ir sola a estos tratamientos y esperar a que fuera Joss a buscarla o cuando saliera yo de trabajar porque su otra hija pasaba, no quería saber nada, le ponía de excusa de que ella también estaba mala, mientras publicaba fotos en las redes sociales con sus hijos haciendo gracias en el sofá de su casa. No quería que mi madre se quedara a descansar en su casa; ella, que vivía sola con su hija, que no trabajaba y su casa estaba más cerca de los hospitales, tenía una habitación libre, autobuses en la puerta de su casa, el tren a diez minutos, pero así era si no le pagaba la luz, el agua, la comunidad..., no la dejaba que estuviera en su casa, ni un plato de comida. En cambio, si le daba cincuenta por visita, sí. Solo estuvo presente en dos de las tres operaciones que hicieron a mi madre del pecho en menos de un mes y medio.

Yo, la verdad, prefería que mi hermanastra no estuviera, no quería coincidir con ella, ganas de decirle la cara tan dura que tenía, que mis padres seguían pagando su hipoteca, que tenía todo el tiempo libre para cuidar de mi madre, pero mi madre tampoco quería que ella la cuidase; le tenía miedo, sus razones son muy fuertes para ponerlas por aquí y no puedo demostrarlo, por desgracia, solo puedo escribir lo que puedo demostrar.

La enfermedad de mi madre no fue tratada bien desde el principio, se cometió la negligencia de mandarle pruebas para saber si era cancerígeno dos meses después de que la ginecóloga la viera, le tocase el bultito, perdieran los resultados y no darse cuenta hasta que mi madre habló con atención al paciente, en total, tres meses en saber los resultados de una biopsia con carácter urgente. Negligencia por tardar tanto en iniciar el tratamiento, por operar mal la primera vez, la segunda, la tercera; finalmente, después de dejarla con media axila, deciden quitar el pecho por completo. Al empezar con la radio, mi madre tenía muchos dolores de espalda y mediante pruebas le detectaron metástasis. Pero, sobre todo, por el trato inhumano que le dieron en el primer hospital que la siguieron, fui testigo de la antipatía de una de las doctoras, de cuando la operaron, le quemaron el brazo con el bisturí, mi madre me dijo que la cirujana y otras dos enfermeras estaban en el quirófano contándose la vida y una de ellas no se dio cuenta de que estaba apoyando el bisturí en el brazo de mi madre.

A la tercera operación que le hacían sin éxito pedimos el traslado a otro hospital donde estuvo mejor atendida, le explicaban todo de forma correcta y para que lo entiendiéramos, aunque tengo mis dudas de que podían haber hecho más.

Estuve a punto de cancelar la boda por mi madre, esperar a que se recuperase, pero su ginecóloga me dijo que mejor hacerlo, que por esas fechas mi madre no estaría tan mal.

Y llegó lo que tenía que ser nuestro gran día. Un día lleno de nervios desde que sonó el despertador y teníamos que prepararnos para la gran boda.

Joss la noche anterior ya se fue a casa de sus padres, para al día siguiente cuando fuera el fotógrafo estuvieran guapísimos y preparados. Unai, mi madre y yo dormimos en mi casa. La

tarde anterior había estado adornando mi coche con lazos blancos y flores, tenía un Peugeot ranchera 308, en negro muy bonito y quería que mi mejor amiga me llevara en él. Desde que sonó el despertador fue una locura, mi padre se presentó antes de la hora que le dijimos y estábamos sin vestir, mi madre no quería verle y él vino antes aposta. Mi mejor amiga, la que es mi hermana política, ayudándonos a mi madre, a Unai y a mí a vestirnos. La pobre no pudo ni ponerse sus uñas postizas, no daba más de sí con nosotros. Mi madre tan presumida, como siempre, entreteniendo más de la cuenta a la maquilladora, que tenía que maquillarme y peinarme y el fotógrafo estaba a punto de llegar. No sabíamos de qué manera colocarnos en las fotos para que mis padres no estuvieran juntos, encima mi casa era muy pequeña. Mi padre salió primero con su coche, después el fotógrafo fue hacia la finca y mi madre, Unai y yo íbamos en el coche conducido por mi guapísima dama de honor y hermana Mon. Tantas prisas para luego esperar, una vez llegamos a la finca, dos horas dentro del coche. La anterior novia que se casaba se había dejado su ramo de novia y no quería que le fueran casando ni que le dejaran otro ramo hasta que la trajeran el suyo.

Hubo muy mala organización en mi boda, elegimos ese sitio porque supuestamente todo lo que les pidiéramos, que no fue mucho, estarían dispuestos a ayudarnos, pero ojalá pudiera volver atrás para no casarme allí.

Dos horas esperando dentro del coche, para que los invitados no me vieran, como marca la tradición; Mon, el niño, mi madre y yo muertos de sed y de calor. Mi madre, la pobre, demasiado aguantó, una semana antes había tenido quimio y estaba con los cambios de temperatura que le daban de efectos secundarios, la cara medio roja, medio mareada abanicándose, y mi hijo queriendo orinar cada dos por tres, que demasiado bien se portó con solo tres añitos. Estábamos todos muy guapos, mi madre iba deslumbrante con su vestido azul, su tocado y sus zapatos de cenicienta que tanto le molestaban y mi hijo parecía un mininovio, con su traje y su corbata, sus zapatos como los de su padre en miniatura. A día de hoy es una de las cosas de las que me siento orgullosa por haber hecho a tiempo, ver a mi madre sonreír, siendo mi madrina dándole su puesto donde a ella le gustaba, ser un poco el centro de atención, y ese día también lo era porque iba guapísima; el esperar a que mi hijo tuviera tres años para llevarme los anillos y la cola del vestido cogida, disfruté muchísimo de este día aunque la organización fuera un desastre: no colocaron las letras de nuestras iniciales a tiempo, pensaban que las habían perdido, comimos muy tarde por el retraso de la boda anterior, al entrar no estuvieron las mesas enumeradas con el nombre de los invitados, no pusieron los centros de mesa, adornos y regalos que con tanto cariño estuvimos construyendo durante meses. Pero nos quedamos con lo especial que hicieron la velada los invitados. Mis damas de honor, formadas por tres amigas, Mon y mi cuñada, iban preciosas con vestidos de color rosa, cada una a su estilo. Mi marido no solo por lo guapo que iba, sino por lo feliz que le veía, al igual que sus padres, las madrinas preciosas. Lo más bonito, la ceremonia, las palabras tan bonitas que nos dedicaron, el paseo en calesa con nuestro hijo; la comida, por suerte, estaba buena, que es lo que luego más critica la gente, y lo más importante: me casaba con y por amor. Sin duda, una boda muy emotiva.

Llegó el momento del baile, ese baile que habíamos ensayado Joss y yo junto a Unai. Una vez más, fuera tradiciones de elegir un vals como baile de novios, nosotros bailamos una canción de una cantante afroamericana muy famosa. Al llegar a la discoteca, allí estaba nuestro hijo en la pista, él se sabía casi mejor el baile ensayado que nosotros. Se nos hizo corto nuestro día, supongo que como a la mayoría de los novios, tanto tiempo de preparativos y en un día se acabó. Y aunque acabamos cansados, los pies doloridos y la cabeza retumbándonos, nos fuimos a

terminar la noche en la intimidad. Teníamos una cabaña al lado de la finca, donde pasaríamos lo que quedaba de madrugada. Nos metimos en la bañera llena de espuma y bebimos champán, bueno, más bien lo derrochamos, disfrutamos como se disfruta una pareja, a solas, por fin.

Al día siguiente, lo primero que hicimos fue ir al cementerio a llevarle mi ramo de flores al nicho de mi hijo Chris.

Después a casa, con mi madre y nuestro hijo, a preparar las maletas que al día siguiente nos íbamos de luna de miel a Nueva York y al Caribe.

Nuestra luna de miel fue fantástica, quitando una gracia que hizo Joss que casi le cuesta el divorcio. Primero estuvimos en Nueva York y nos encantó, menos la comida, todo muy grasiento, comida basura, hamburguesas, perritos, bocadillos... Ya desde por la mañana me olía a aceite, a fritanga. Seguramente para comer bien están los restaurantes que por un refresco mínimo pagas cinco euros y un primer plato cuarenta euros, como suele pasar en algunos sitios, que para comer bien te arruinas, menos en España; ahí puede comer en restaurantes, bien y barato, sin hablar de ciudades como la zona sur de Madrid, Ávila, Toledo. León..., que con dos refrescos que pidas comes con el gran aperitivo que te ponen, esas migas, machaconas, torreznos, patatas, paella... Y seguro que hay más ciudades donde se come bien, pero yo siempre que he salido de España he echado de menos la comida mediterránea auténtica.

Como ya he dicho anteriormente, Nueva York nos encantó por sus edificios, sus monumentos, la estatua de la Libertad, Central Park, Madison Square Garden, Empire State Building, Museo Naval, Aéreo y del Espacio, los edificios iluminados de Times Square, los contrastes de barrios, pasear por el puente de Brooklyn... Lo único con lo que me llevé mal sabor de boca fue ir a ver el museo conmemorativo 11S, me dio mucha pena y creo que si volviera no volvería a verlo, ante estas cosas soy muy sensible, ver los peluches que encontraron entre los escombros, el calzado, cómo habían quedado las escaleras, las vigas, todas aquellas fotos de personas inocentes... Estuve dos noches dándole vueltas.

En cinco días que tuvimos enteros para patearnos Nueva York, nos quedó mucho por ver, y eso que salíamos a las ocho de la mañana del hotel y llegábamos a las diez de la noche, con las rodillas y los gemelos doloridos de tanto caminar; he de reconocer que al cuarto día ya estaba un poco agobiada de tantos edificios altos, quería ver la luz, el horizonte despejado, llegar a Cancún y pegarnos la vida padre aunque solo fueran cinco días.

Los primeros días, echaba mucho de menos a Unai, lo llamábamos y apenas quería hablar con nosotros, él lo llevó muy bien, salvo por las noches, que nos echaba de menos, pero luego dormía como un tronco al lado de su abuela. También llevé fatal el viaje en avión, tantas horas, las escalas, las esperas en los aeropuertos, pero, bueno, olvidando eso, me gustaría volver a Nueva York en época de Navidades, que tiene que ser precioso.

En Cancún descansamos, comimos muchísimo, bebimos muchísimo y disfrutamos del descanso, de sus aguas cristalinas en las playas. Como anteriormente habíamos estado en Rivera Maya, esta vez no hicimos tantas excursiones, ya bastante habíamos andado por Nueva York. Y como os contaba antes, casi me divorcio la primera noche en el resort. Esa noche el espectáculo que hacían iba dirigido a parejas que debían demostrar que estaban en buena forma, Joss se fue hacia las gradas del escenario donde iban a hacer el concurso, le dije que me esperase allí, mientras subía al baño después de cenar. Cuando llegué no le veía entre tanta gente, decidí quedarme en una esquina del escenario a ver si él sí me veía, pero nada, el concurso empezó, a nosotros al llegar al hotel nos apuntaron para participar, pero al preguntar el presentador dónde estaba y ver que no llegaba, empezaron, pidieron una voluntaria y subió una chica, cuando vi que

la chica tenía que tumbarse encima de Joss y él hacer abdominales con la chica subida, me empecé a enfadar, porque al principio era gracioso, pero luego las pruebas iban subiendo de tono, me fui corriendo hacia de allí, justo ahí sí que me vio Joss, salió corriendo detrás de mí, el presentador alucinaría. Le tiré el anillo de casados, le dije que me cogería un vuelo mañana y que iba a divorciarme. No es que yo sea una mujer celosa, al contrario, a no ser que me dé motivos para ello, y esto me pareció uno grande, una falta de respeto; si tu mujer no está, no lo haces y punto, y menos en nuestra luna de miel. Porque le afectó muchísimo el que estaba decidida a irme, se dio cuenta de que la había cagado pero bien, si no, no se lo hubiera perdonado. El querer ganar una botella de alcohol, un masaje para dos o una cena en un restaurante exclusivo casi le cuesta el matrimonio y a mí me estropeó en Cancún los dos primeros días que estaba cabreada con él y aguantar las risitas de los que fueron testigos.

Cuando llegamos a nuestra casa, noté a Unai muy cambiado, más grande, la voz distinta, y eso que solo habíamos estado doce días sin verle.

La gente se pensaba que ya por el hecho de habernos casado, tenía que venir pronto un hermanito para Unai, pero no estábamos seguros de tener más hijos, a mí me daba miedo volver a pasar por lo mismo que con Chris; Unai era un niño sanísimo, no solía ponerse malo, pero estuvimos muy agotados los tres primeros años que dormía tan mal y queríamos disfrutar más años de Unai como hijo único. Unai sí que nos pedía un hermanito en un viaje que hicimos a Teruel para que viera un parque de dinosaurios, y es que a Unai le encantaban los dinosaurios, las películas, los dibujos, los cuentos, juguetes, casi todo eran de dinosaurios. Allí en Teruel, una noche Unai vio una cigüeña y le pidió un hermanito. Unas semanas después, fuimos de escapada romántica: cena y apartamento con *jacuzzi*, y allí encargamos lo que pidió a la cigüeña, otra vez más a la primera me quedé embarazada. Desde que supe que estaba embarazada supe que sería una niña, y aunque Unai quería un hermanito, le hizo mucha ilusión cuando en la ecografía vimos que era una niña. Cuando le dimos la noticia a mis suegros y cuñados, llevé una tarta en la que ponía «¡A por la niña!», cuando abrimos el envoltorio de la tarta en casa de mis suegros, no hizo falta decir nada. Mi madre también se alegró un montón, la pobre estaba empezando con la radioterapia e iba a probar un tratamiento científico nuevo, al principio dudó en probarlo, pero, si no, siempre le quedaría la duda de si podría haber mejorado, aunque este tratamiento hizo que su enfermedad fuera más rápida. Vivimos el embarazo de nuestra niña en ocasiones igual de triste que cuando estábamos preparando nuestra boda, con idas y venidas al hospital con mi madre. Cuando los médicos creían que mi madre había terminado la quimio y no vieron restos de células cancerígenas, le preparamos una sorpresa en casa. Le llenamos la entrada de casa de globos rosas, dibujamos lazos y escribimos en aquellos globos «¡Lo lograste!», «¡Lo has superado!», «¡Campeona!», Unai no dejaba de abrazarla y fue la última vez que la vi sonreír de felicidad.

El embarazo de nuestra hija fue algo complicado, tuve muchas molestias, principio de neumonía, los médicos me decían que la niña venía pequeña, yo acariciaba mi tripa y la llamaba mi *muffin* de chocolate. Saló de cuentas una semana antes de cuando tenían previsto, me volvieron a llevar el embarazo y parto por privado, como a Unai. Nos costó un poco decidarnos por el nombre, Joss se había quedado con las ganas de ponerle José a Unai, así que ahora quería poner a su hija María José, pero luego decía que le gustaba Lucía, Sara, Alba, que era como se llamaba la habitación donde hicimos a nuestra hija. A mí me gustaba Naiara o Alma; Naiara porque así iba a llamarse mi primer hijo que al final fue niño, nuestro Chris, y Alma porque es un nombre que me gustaba mucho desde que tenía catorce años, cuando nos presentábamos a los

chicos en las discotecas solía engañar diciendo que me llamaba así, me parece un nombre que transmite fuerza, la fuerza de todas las almas. Un nombre sencillito, corto y fácil de decir.

En el cumpleaños de Joss empecé con contracciones, no había echado el tapón mucoso ni roto aguas, pero me encontraba muy revuelta, pero quise aguantar, que Alma no naciera el mismo día que su padre para tener cada uno su día especial de celebración. Y al día siguiente ya no podía más, cuando llegamos a la clínica por la mañana, la ginecóloga me dijo que aún no estaba dilatada, que si quería podía provocarme el parto o irme a andar para que me pusiera de parto de forma natural, y así hicimos, nos fuimos a repartir papeles de buscamos piso de alquiler por la zona que queríamos mudarnos, no sé en cuántos buzones echamos, pero a la hora tuve que parar porque se me ponía la tripa muy dura y me venía una contracción cada media hora. Nos fuimos a comer a casa de mi suegra, porque estábamos más cerca del hospital. Y nada más terminar de comer, me acosté, pero no podía, no estaba cómoda con ninguna postura, las contracciones iban a más. Nos fuimos deprisa al hospital, por el camino odié los badenes, los rasantes de la carretera, Joss intentaba pasarlos lo más despacio posible. Por el camino me llamó mi madre, que se encontraba muy mal y la iban a ingresar, que fuera con ella, le dije que estaba a punto de llamarla también porque estaba de parto, no había nadie más que pudiera estar con ella en el hospital, nadie; mis tíos estaban en el pueblo, su otra hija ni le cogía el teléfono, me puse a llorar, tanto por los dolores como por la impotencia de no poder estar con mi madre, pero cerré los ojos, respiré profundamente y me dije a mí misma «Tu madre va a estar atendida y tú tienes que mirar ahora por lo que tienes dentro de ti».

Cuando llegamos, me volvieron a mirar y ya estaba dilatada, dijeron que me subirían lo más pronto posible a la habitación para ponerme la epidural, que fuera rellenando los papeles de consentimiento, pero se olvidaron de mí, hasta que vino el celador y me llevó a la habitación, y de allí seguido a la sala de paritorio, la matrona me rompió la bolsa uterina. Igual me dijeron que enseguida me pondrían la epidural, pero que estaba ya dilatada de cinco centímetros, se confundieron y se la pusieron a otra que estaba en la habitación de al lado, oí cómo le preguntaban qué tal se encontraba y decía que bien, sin dolores, y yo muriéndome de dolor. Joss dice que es la primera vez que me ve con los ojos dados la vuelta, le gritaba: «¡Ya estás operándote, ni un embarazo más!», parecía que estaba endemoniada, corriendo por todo el paritorio, intentándome poner en una postura cómoda, pero cuando me venía la contracción quería morirme. Cuando vino el anestesista y me vio como estaba, no sabía cómo decirme que ya no podía ponerme la epidural, estaba de parto. Me lo dijo una ginecóloga, en ese momento vino la ginecóloga que me había estado supervisando todo el embarazo.

—¡Lo siento, corazón, pero ya estás muy dilatada y tu bebé tiene asomada la cabecita!, si te pongo la epidural, no te va a hacer nada, no hay tiempo, solo te queda empujar con todas tus fuerzas —me dijo la ginecóloga.

Ganas me dieron de decirle: «¡Normal, si no os hubierais confundido al ponerle la epidural a otra paciente que se encontraba como una rosa!», pero estaba tan cansada de chillar, del dolor de las contracciones, que reservé las pocas fuerzas que me quedaban para empujar, y al igual que mis otros hijos, en tres empujones vino al mundo nuestra preciosa Alma.

Alma nació pequeñita, pero el peso justo para no estar en la incubadora; era calvita, sin ninguna arruga en la cara, parecía una muñeca Nenuco, mi *muffin*. ¡Sueño cumplido, la parejita!

Cuando la tuve en mis brazos, se me saltaron las lágrimas, tenía muchas emociones y sentimientos mezclados: felicidad, alegría de tener a mi bebé sana, pero triste por no poder tener a mi madre a mi lado conociendo a su última nieta. Me parecía tan injusto que mi madre

estuviera sola en otro hospital, ya no estábamos pendientes de las llamadas de los familiares dándonos la enhorabuena, estábamos pendientes de que nos llamara ella o alguna enfermera suya.

Cuando empezaron a venir las visitas, mi padre, mis suegros, cuñados..., me entraba la tristeza de no ver aparecer a mi madre con su sonrisa y sus gritos de alegría como fui testigo con el nacimiento de mis otros hijos. Y en cuanto pude hablar con ella, más lágrimas se me caían, porque tenía que quedarse dos días ingresada, estaba muy débil. Menos mal que al ver llegar a mi cuñada con mi sobrino y mi hijo Unai, me hizo olvidar por un rato el mal trago.

Cuando supimos que venían con Unai a conocer a Alma, le dije a Joss que pusiera a la bebé en la cuna, para que Unai al entrar no le diera celos verla con nosotros en la cama del hospital, no se sintiera desplazado, y fue buena idea, él entró directo a conocer a su hermana, me lo comí a besos, solo llevaba medio día sin verle y ya me parecía que había crecido por minutos, al haber tenido a su hermana tan pequeñita. Igual me pasaba con mi sobrino, me parecían de repente todos muy grandes. Unai la miraba con tanta ternura, nos hizo gracia cuando le dijo:

—¿Cuándo va a hablar?

—¡Tendrás que enseñarla! —le dijimos.

CAPÍTULO XII

Maldita enfermedad

A pesar de todo lo mal que lo había pasado en las contracciones, me recuperé enseguida, al día siguiente tuvimos alguna visita más de nuestros mejores amigos y algún familiar, pero nada que ver cuando nació Unai, esta vez teníamos experiencia y no queríamos estar agobiados. Alma se enganchó muy bien al pecho, al principio, con los calostros, pero cuando la pesaron el segundo día, había perdido ciento cincuenta gramos, estaba al límite del peso, así que les pedí que me dieran una ayuda alimentaria, y aunque solo me trajeron una jeringuilla de leche de fórmula, por lo menos sirvió para que le llenara hasta que llegáramos a casa.

Al día siguiente, le dieron el alta a mi madre y Joss fue a por ella, estábamos deseando que conociera a su nieta Alma. Mi madre no quería ser una carga para nosotros y a pesar de estar agotada, de no poder mover apenas el brazo derecho porque la radioterapia le había producido una herida que crecía muy rápido y le estaba comiendo todos los tejidos, a pesar de ello, sacaba fuerzas para comer, levantarse y estar con sus nietos. Seguía haciendo bromas y jugando con Unai, su ojito derecho, quería coger a menudo a Alma y le echábamos la bronca cuando no se esperaba a que se la pusiéramos en el brazo bueno y la intentaba coger. Seguíamos con sus revisiones médicas, sus tratamientos.

Cuando Alma tenía dos meses nos mudamos a nuestra ciudad de origen, para estar más cerca de los hospitales, de mis suegros, de los servicios públicos... Así ya mi madre estaba mejor con nosotros en una habitación solo para ella, en la que iba a ser la cama de Alma, cerca de la habitación de Unai. Tuvimos noches muy malas, oyendo a mi madre agonizar de dolor, ella al día siguiente no se acordaba, o eso decía, no sé si por las pastillas o porque estaba tan agotada, la fiebre era constante por la noche, Joss me ayudaba a meterla en la bañera para poder ducharla, no teníamos ayuda de nadie, solo venían a mi casa una vez a la semana a curarle la herida y a revisar las pastillas que se estaba tomando, la llevé a su médico de cabecera, con mi bebé a todas partes para poder darle el pecho a demanda; Unai, mientras, se quedaba en casa de mi suegra si Joss estaba trabajando. La llevé mosqueada, porque no eran normales los dolores por los que estaba pasando con esa herida abierta en la axila y la zona del pecho que le habían quitado, estaba abrasada, en carne viva y las enfermeras que venían a curarla a casa me decían que poco a poco se curaría y que ellas no podían darle pastillas más fuertes.

Su médica de cabecera, cuando la vio, se quedó boquiabierta, tenía los ojos a punto de llorar, la herida estaba muy infectada, le decían que cómo había podido aguantar así. Le pidieron una ambulancia para llevarla al hospital, pero llamé a Joss y vino corriendo acercarla al hospital, porque a saber cuándo vendría la ambulancia. Yo mientras volvía a casa a ocuparme de los niños.

La dejaron ingresada dos semanas, tenían que controlarle la infección y querían hacerle más pruebas porque se quejaba mucho de la espalda. Yo intentaba ir a verla al hospital todas las mañanas cuando dejaba a Unai en el colegio y a Alma con mi suegra, mi bebotita solo tenía cuatro meses, solo estaba una hora con mi madre y volvía a toda prisa con el coche a por Alma para darle el pecho, pero ya apenas la alimentaba, yo estaba estresada de ir corriendo a los sitios. Joss y yo no dábamos más de sí, me dio igual que la matrona me dijera que mi hija iba a aborrecer mi

pecho si continuaba dándole ayudas de leche de fórmula, no quería que mi hija perdiera peso por mi culpa, más me dolía a mí no poder pasar más tiempo con ella, tranquilamente darle el pecho..., pero la situación lo requería, mi hija no iba a morirse por tomar leche de fórmula y mi madre sí estaba muriéndose y me necesitaba también. Joss y mi suegra eran los que en esos días más tiempo pasaban cuidando a Unai y Alma. Unai echaba mucho de menos a su «yaya», como la llamaba, sabía que algo no iba bien. Los días que yo no podía ir al hospital, iba Joss al salir de trabajar, se nos partía el corazón de dejar a mi madre sola el resto del día, aunque tuvo una visita de mi tía y de mi prima. Ella se sentía muy sola y estaba asustada pensando que su otra hija se iba a presentar, no quería verla, mi hermanastra le mandaba audios deseándole la muerte, yo le decía a mi madre que tuviera el teléfono en silencio, que no escuchara sus audios, que estuviera tranquila, ella me pidió que no le dijera ni a mi hermanastra ni a nadie relacionado con ella el sitio donde estaba ingresada y así hice.

Tuvimos la boda de una amiga, y aunque dudamos en ir por la situación que teníamos de mi madre, fuimos porque mi amiga había estado a mi lado en las buenas y en las malas, por desconectar unas horas, y porque ese día irían mi cuñada y mi prima a ver a mi madre. Aunque no estuvimos nada a gusto, ya que, estando en el banquete de la boda, tuve la llamada de mi madre, en las pruebas que le habían hecho de la columna vertebral le habían diagnosticado metástasis. La peor noticia que nos quedaba por oír, intentamos contener las lágrimas, mi amiga no sabía nada, pero cuando empezó el baile, nos marchamos, pusimos de excusa que los niños estaban cansados, pero queríamos llegar a casa, descansar algo y volver a la mañana siguiente al hospital.

Cuando por fin pude hablar con la médica del hospital que estaba tratando a mi madre, me dijo que en el hospital no podía seguir más días mi madre, que allí iban los enfermos que podían recuperarse y ella ya no se recuperaría, que me la llevara a casa y cada dos días irían las enfermeras a verla, le dije: «¿Cómo me voy a llevar a mi madre a mi casa, viendo mi hijo cómo sufre su abuela de dolores?». Me respondió que tenía recetada ya la morfina y estarían controlándole el dolor, le dije: «¿Quién se lo iba a controlar?, ¿las mismas que iban solo una vez a la semana porque estaban saturados?, ¿las mismas que empeoraron la cura de la axila de mi madre porque no sabían ni cómo curarla?». Me puse a llorar, a decir necesito ayuda, solo nos tiene a mí y a mi marido, y tenemos dos hijos pequeños, necesito hablar con servicios sociales. Me dijo que ella no podía decirme más, que en breve le darían el alta, por suerte estaba por allí la psicóloga que había estado hablando con mi madre durante su tratamiento, que conocía todos los problemas que mi madre había tenido con su otra hija y con mi padre, y aunque no me conocía en persona, mi madre le había hablado muy bien de mí, sobre todo de su nieto Unai.

La psicóloga había informado a servicios sociales de la situación que teníamos y pude hablar con la mujer de servicios sociales. Me dijo que iban a intentar ayudarme, la pedí que, si tenían que llevarla a otro centro, no estuviera muy lejos de donde vivíamos, y que no le dijeran a mi madre que no se recuperaría, y se lo agradeceré enormemente, porque sé que había listas de esperar para coger plaza en dichos centros, y a los tres días encontraron un centro para mi madre, nuestra situación era especial, porque no podíamos encargarnos veinticuatro horas de mi madre, y en este centro estaría muy bien cuidada y vigilada. Era un hospital-fundación muy grande, con distintos pabellones; centro de día para personas con discapacidades, cuidados neurológicos, rehabilitación, residencia, cuidados paliativos..., con médicos, celadores, auxiliares... muy humanos y cercanos. Rodeado de espacios verdes y jardines muy bonitos.

Mi madre fue trasladada a cuidados paliativos, con pacientes terminales. No me gusta nada la

palabra terminales, me causa mucha pena y angustia porque sabes que su final está más cerca. Yo engañé a mi madre diciéndole que iba a ese centro porque en el hospital no había espacio para seguir dejándola ingresada, hasta que encontraran otro tratamiento efectivo contra su cáncer.

El día que me llamaron para decirme que fuera al hospital, porque mi madre iba a ser trasladada rápidamente a esta fundación, dejé corriendo a Alma con su otra abuela, y me fui cuanto antes al hospital, por el camino avisé a Joss, a mi tía y una prima de mi madre. No avisé a ningún familiar que tuviera trato con mi padre o con mi hermanastra, tal como me pedía mi madre.

Desde que me avisaron por la mañana que la ambulancia iba a ir a por mi madre, hasta por la noche no se la llevaron. Estuvimos acompañadas por una prima de mi madre, vergonzoso cómo tenían a mi madre enferma esperando más de diez horas sentada en la silla de ruedas con una manta, tenía mucho frío, me daban ganas de llevármela en mi coche, pero no me dejaban. Finalmente seguí a la ambulancia hasta que llegamos al pabellón donde ingresaba mi madre. Allí nos recibieron muy amablemente, lo único que, como nos esperaban desde por la mañana a que llegáramos, no pude conocer al médico ese mismo día; nos explicaron por encima los trámites, horarios de comidas y poco más, tenía que esperar al día siguiente para hablar con el médico y enfermeras, así que la dejé en aquel centro cenando y otra vez corriendo a mi casa, a ver a mi marido e hijos un ratito y preparar el neceser para llevarle a mi madre al día siguiente. Lo bueno de aquel centro era que podías ir a visitarla todo el día hasta las ocho de la tarde, quedarse una persona a dormir con ella, podían ir mis hijos a verla, así no tenía que agobiarme con la bebé y Unai estaba deseando ver a su abuela. Allí recogía a mi madre de su habitación en la silla de ruedas y dábamos paseos al aire libre por los jardines, había columpios para que se entretuvieran los niños en las visitas, participaba con mi madre en las sesiones de cine que hacían un día a la semana junto a otros pacientes y acompañantes, incluso Unai y yo les llevábamos palomitas, también acompañaba a mi madre a los talleres que hacían de manualidades. Aún conservo las pinzas, diademas y adornos que hacía mi madre para sus nietos. Pasábamos los días muy entretenidos. Había días en los que mi madre estaba muy activa y alegre, y otros días que se encontraba agotada o de mal humor, por suerte, también tenía psicólogo y cura, porque mi madre era religiosa y aunque no era practicante de ir todos los domingos a misa, sí era creyente y el cura era muy simpático y agradable. De hecho, nos dio la opción de poder bautizar a Alma en el centro religioso que tenían en el mismo centro, lo descartamos porque ya habíamos decidido hacerlo en la iglesia donde Joss hizo la comunión, y en principio mi madre no tenía problemas para que la llevara fuera del centro con su botella de oxígeno y silla de ruedas en mi coche, que era amplio y cómodo.

Cuando conocí al médico de mi madre, le pedí por favor que ante todo y aunque fuera en contra de sus principios, ni él ni nadie de su equipo le dijera a mi madre que estaba allí porque era una paciente terminal, si no, mi madre moriría en el momento por el disgusto de la horrible noticia. Me respetaron ese favor, cuando mi madre preguntaba al médico, a las enfermera o auxiliares cuánto tiempo le quedaba de vida, ellos le decían que eso nunca se sabe o le cambiaban de tema; gracias a eso y a la historia que me inventé diciéndole que ella estaba allí porque necesitaban tiempo para estudiar y probar otro tratamiento que, aunque no iba a poder curar su metástasis, haría que viviera más años sin dolores y sin extenderse más. Y al principio me creyó al 100 %, a veces preguntaba a los pocos familiares y amigos que fueron a verla, les decía estoy aquí porque están estudiando un nuevo tratamiento para la metástasis, mi hija dice

que puedo vivir diez años más, ¿vosotros creéis que duraré más años? (lloraba). Y es que, a mi madre, como es normal, le parecía poco vivir diez años más, no quería morir a los setenta y siete años, como para decirle la verdad, que la quedaban semanas o días de vida. Tenía que estar muy pendiente de quién iba a verla para hablar antes con ellos en el pasillo y que no le dijeran la verdad, y aunque sepa mal, muy mal, vivir con esa mentira por poco tiempo, tuve que hacerlo y no me arrepiento, porque sé que, gracias a eso, mi madre aguantó y siguió luchando hasta el último suspiro por su vida.

Los médicos pensaban que enviaban a mi madre a ese centro porque la quedaban dos o tres semanas de vida, y gracias a esa mentira, a el cariño de sus dos nietos, el de mi marido, amigos, mis tíos y mi prima, gracias a eso aguantó dos meses, sin sufrir dolores como llevaba sufriendo hasta que ingresó aquí. Por suerte mi madre no fue consciente de que su vida iba consumiéndose, a ella no se le iba la cabeza, menos la penúltima semana, que hubo dos ocasiones en las que estaba hablando con mis tíos y de repente quería pegar a su hermana o a su hermano, o me daba alguna contestación cabreada o insultando a algún paciente, por suerte ese paciente estaba lejos y no la oía; al día siguiente, cuando le contaba lo que había dicho, no se acordaba, le decía que sería la morfina y nos reíamos de lo sucedido. No perdió el apetito ni las ganas de dar un corto paseo.



Mi madre no agonizó de dolores como vi morir a mis abuelos maternos, no se vio día a día consumirse con sus propios ojos, fue de la noche a la mañana, que era lo que yo pedía rezando, que no sufriera.

Tuvimos la mala suerte de que unos días antes de bautizar a Alma tuvo una recaída, estaba más flojilla y se ahogaba con las flemas, por lo que ni el médico ni nosotros nos arriesgamos a sacarla del centro; ella, que había estado tan ilusionada, deseando que llegara el día para poder salir unas horas, celebrar el bautizo de su nieta. A todos les decía «Voy a ir muy guapa al bautizo de mi Alma, voy a comer y a bailar con mi nieto Unai», y cuando le dijimos que no podía, se vino abajo, la animamos diciéndole que lo retrasaríamos dos semanas, hasta que se encontrara mejor, pensamos en la opción que nos había dado el cura de celebrarlo en la fundación, pero mi padre no podía enterarse de dónde estaba mi madre, y claro, mi padre iba a ir a la iglesia y al banquete de su nieta, si le llevábamos a la fundación, ya lo sabría y se lo diría a su otra hija, la cual había estado llamando a mi madre y mandándole audios aterradores, diciéndole que cuánto estaba tardando en morir, que si había sido una mala madre, que si iba a hacer todo lo posible porque a mí me echaran de mi trabajo... Bueno, y frases más fuertes.

Consiguió lo que quería, atemorizar a mi madre, tuvieron que subirle los tranquilizantes para dormir por su culpa, le pedí a las auxiliares que le quitaran el sonido por las noches a su móvil, no lo podíamos apagar porque mi madre no se acordaba de su número pin para volver a encenderlo. Una mañana, al llegar al centro, hasta me regañaron a mí por la noche que había pasado mi madre nerviosa por mi hermanastra, ¿y yo qué podía hacer?, solo denunciarla, pero mi madre no estaba para ir a juicios, quería que el tiempo que le quedara viviera ajena a los problemas y lo más tranquila posible.

Al final no retrasamos la fecha de bautizo, lo hicimos porque si mi madre finalmente iba a peor y moría, ya entonces no me apetecería hacerlo, y lo hice por mi hija, por el resto de familiares, que fuimos pocos; mis suegros, mi padre, mi sobrino, cuñados y padrinos, pero fue un bautizo agri dulce para todos, la echábamos de menos, comimos tanto Joss como yo con un nudo en la garganta de aguantarnos las ganas de llorar, viendo después las fotos y notar la ausencia de mi madre, teniendo que ocultar que la habíamos bautizado. Por suerte ese día mi madre no se quedó sola en el centro, tuvo la visita de unas primas del pueblo y unos amigos. La engañé diciendo la que, como iba a tener visita, aprovecharía para ir de compras y descansar un poco la mente.

Cuando me llamaban primos por parte de padre y me preguntaban dónde estaba mi madre, también tenía que ocultar dónde estaba, temía que se lo dijeran a mi hermanastra y viniera a verla, mi madre estaba atemorizada con ella, todos los días me pedía que no le dijera a nadie donde estaba ingresada. Mi madre pidió al personal del centro que, si aparecía su otra hija, le prohibieran la entrada y avisaran a seguridad, por todo lo que la estaba haciendo y había hecho anteriormente, y es que mi madre les contó al médico y al psicólogo cómo era la relación con su hija, lo mal que había sido su relación con mi padre, lo que la habíamos ayudado nosotros, lo a gusto que se sentía con sus nietos y las ganas que tenía de volver a su pueblo. Cumplí con lo que me decía, mi padre se cabreaba por no decirle dónde estaba ingresada, no lo entendía, pero me daba igual, ella tenía derecho a vivir tranquila. Cumplí hasta con sus últimas voluntades, que el día que muriera no viniera ni su hija, ni una excuñada suya, no pude parar a mi padre para venir al tanatorio, pero ya por entonces no me quedaban fuerzas para discutir.

Joss y yo estábamos agotados, física y moralmente, tuve la oportunidad de desahogarme con el psicólogo de mi madre, me sentía mal porque no podía estar con mis hijos, había tenido que dejar la lactancia materna con Alma porque de tanto salir corriendo a los sitios y estar poco tiempo en casa se me cortaba. Puede parecer una tontería, no es que me importara que Alma tuviera que tomar leche artificial porque la mía no la alimentara, era el hecho de echarla de menos, ese vínculo de mi bebota con mi pecho, esos momentos que viví con Unai cuando tenía

el tiempo de Alma, tiempo para bañarla, para acostarla, jugar, no lo tenía, tampoco tenía ganas de jugar con mi otro hijo Unai, y con mi marido tampoco podía hablar aunque fueran diez minutos, y delante de Unai no podíamos hablar de la realidad. Me dolía la cara, la tenía agrietada de llorar, había perdido de peso, pero eso no me preocupaba, me preocupaba levantarme un día y no tener fuerza para ocuparme de mi madre. Como matrimonio, como familia, necesitábamos salir unos días, cancelamos un viaje a Mallorca, pero decidimos irnos tres días a otra zona más cercana, con playa para que Unai disfrutara también, lo hicimos porque mi madre estaba muy bien atendida y vigilada allí, y dos primas suyas iban a visitarla esos días; no debía haberme ido, mi madre me pidió que no me fuera, que no la dejara sola, la tranquilicé, le dije que iba a estar vigilada y no iba a venir ni su hija ni quien ella no quería, pero creo que ya después de varias semanas sin saber nada de su supuesto nuevo tratamiento, viendo que unos pacientes se iban muy malitos, otros nuevos venían, ya preguntaba muy a menudo «¿Voy a morirme?», no tenía el mismo apetito y se cansaba más. Me pidió perdón por todo lo que había sufrido con mi hermana, que la denunciara para que mi familia y yo estuviéramos protegidos. Yo le decía que no tenía que pedirme perdón, pero ella continuó diciéndome a mí, a las auxiliares y al médico cuando pasaban por allí que no había sido buena madre por consentir que yo viera cosas en su matrimonio que no tenía que haber visto, por no apoyarme lo suficiente con lo de mi ex, y terminaba siempre diciendo que iba a echar tanto de menos a Unai, que no le iba a dar tiempo a conocer a Alma como a sus otros nietos; yo la abrazaba, le daba un beso y me salía al pasillo a llorar.

Mi mejor amiga y amigo fueron a verla al centro y mi madre le pidió, a la que considero como mi hermana política, que cuidara de mí, mi madre la apreciaba mucho, hubiera deseado tener una hija como ella, y yo una hermana de sangre como ella también.

Solo pudimos estar un día en la playa, yo llamaba por la mañana y por la tarde al centro, me decían que todo seguía igual, pero me llamó una prima de mi madre para decirme que mi madre ya no comía, que apenas abría los ojos y que respiraba muy raro.

Salimos disparados del hotel, al llegar a la habitación de mi madre, me dio mucha impresión, en cuarenta y ocho horas su cuerpo de había consumido, sus piernas sin masa muscular, sus brazos muy delgados, le habían puesto un pañal, su cara, antes regordeta, ahora tenía los pómulos hundidos, al igual que sus párpados, la dejé cenando su postre, batido de proteínas, y ahora estaba sumamente dormida, con máquinas controlando sus constantes vitales y suero por vía venosa. Me senté en el sofá a pasar la noche, lo más cerca posible de ella, a veces me inclinaba a dormir en su pecho, otras veces, cuando susurraba agitada, le cogía la mano, acariciaba su frente y lloraba, me sentía mal por haberme ido. Si me hubiera quedado, ¿hubiera aguantado más fuerte?, ¿o no? No lo sabré. Pero ella quería que me quedara con ella, que no la dejara sola, y yo, agotada, había preferido irme tres días a la playa. Cuando hablaba a mi madre intentaba abrir los ojos, y la última vez que los abrió fue esa noche, estaba soñando con su madre, mi abuela, lo sé porque susurraba «¡Madre, madre!». Mi madre, el tiempo que estuvo en aquel centro, me contó que en dos ocasiones había soñado con sus padres fallecidos, decía que había soñado con la muerte. También tuvo lo que llaman la recuperación fuerte antes de la muerte, porque antes de irnos a la playa, le dio un chute de energía, estuvo bailando y cantando las jotas de su pueblo. Y cuarenta y ocho horas más tarde se desvaneció por completo.

Al día siguiente, vino mi prima a ver a mi madre, aproveché para irme a comer algo y ducharme para regresar pronto, ya que por la tarde iban a darle a mi madre la extremaunción, yo no era partidaria de estos rituales religiosos, no sé, me daba la sensación, por experiencia y testigo de otros familiares ya fallecidos, de que cuando se lo hacían, les provocaba a su cerebro

estímulos que aceleraran su muerte, pero por mi madre, como lo era, acepté que se lo hicieran, yo quería esperar al día siguiente para dormir otra noche con mi madre, pero el cura, que al día siguiente no iba a estar, me dijo que cuanto antes, mejor.

Cuando estaba terminando de ducharme, me llamó mi prima para decirme que mi madre estaba respirando muy raro y que el cura les había pedido que me llamaran para venir cuanto antes, y acostumbrada a correr, salí casi sin poder despedirme de Joss y mis hijos, acelerada por la carretera. Cuando llegué a la habitación, mi madre estaba muy agitada respirando y tuvieron que entrar a sacarle mucosidad, al salir los enfermeros me dijeron «Háblale bajito y despacito, para que se marche tranquila y en paz».

Y allí estábamos, mi prima, su marido y yo, solitos con ella, abrazándola, pidiéndole mil perdones por no haberme quedado con ella antes, por las discusiones que tuve con ella en el pasado, le dije que me sentía muy orgullosa de haberla tenido como madre, de su fortaleza, que estuviera tranquila, porque ya iba a estar con sus padres, con mi hijo... Le dije todos los «¡TE QUIERO, MAMÁ!» que me faltaron por decirle en el pasado y en el futuro, sin ella.

Seguidamente vino el cura, le dio la extrema opción, se agitó un poco mientras el cura leía, y nada más irse el cura, a los pocos minutos, mi mamá falleció, me dejó con el corazón huérfano y sin consuelo, no quería dejar de abrazarla y besarla, aparecieron mis tíos maternos y nos pidieron que saliéramos afuera de la habitación para prepararla, limpiarla, les dejé el conjunto de ropa blanco que iba a llevar al bautizo de su nieta Alma, para que la pusieran guapa, me preguntaron si quería que la maquillaran y les dije que sí, a mi madre la gustaba verse maquillada; aunque estuviera muy malita, ella siempre iba con sus cejas pintadas y sus labios.

Enseguida empezaron a venir amigos míos, mi compañera Vanila, que dejó a sus tres hijos con su suegra, ya de noche, a veinte kilómetros de su casa, al igual que mis otros amigos, Joss, mi mejor amiga y mi cuñado, tampoco recuerdo si vino alguien más, estaba algo saturada ocupándome con todos los trámites del seguro de decesos, hablando con la enfermera y el médico de guardia, dándome el pésame los familiares de otros pacientes... Igualmente se lo agradezco a todos, todos los que estuvieron también al día siguiente en el tanatorio y en el entierro, compañeras de las dos tiendas donde había trabajado, amigos, familiares por parte de mi padre y madre que estuvieron en el funeral, primas, tíos y amigos de mi madre.

Pese a que mi madre no quería ni ver a mi padre, tuve que llamarlo y darle la noticia, se presentó en el tanatorio, lloró, nos abrazamos y por suerte se fue pronto como le pedí, no era cómoda la situación. Decidí que el tanatorio fuera en el mismo centro donde había pasado sus últimos días, hubo críticas de la gente del pueblo de mi madre sobre por qué no lo hacía en el pueblo, pero me dio igual, ¿acaso muchos de los que se quejaban habían estado al lado de mi madre en sus últimos días?, no.

Por comodidad mía podía haber decidido llevarla al tanatorio que tengo al lado de donde vivíamos, pero por respeto a su cuerpo no quería estar moviéndola de un lado a otro. El entierro sí fue en la iglesia y cementerio de su pueblo, porque quería que estuviera en la misma tumba donde están sus padres, abuelos, su sobrino y supuestamente su hija de dos días de vida.

Pudieron sus familiares y amigos del pueblo darle el último adiós; allí nos encontrábamos Joss, mis tíos maternos, mi prima, mi hijo Unai y yo, aguantándonos el cansancio de ir dando la mano a todos agradeciendo sus pésames, sin duda, lo peor fue el camino de mi casa hasta el pueblo, ochenta kilómetros llevando conmigo las cenizas de mi madre, me parecía imposible que su cuerpo y su vida se vieran reducidos a un bote, no podía creer lo que estaba viviendo de nuevo, no entendía ni había explicación a por qué yo merecía quedarme sin hijo y sin madre, tan pronto.

El duro momento no solo fue depositar sus restos en la tumba y ver cómo la cierran, que lo es, pero la vida sigue y ahí siguen los duros momentos, sino cuando te das cuenta de que tu madre no está de viaje, que no va a volver, cuando la echas de menos en todas las celebraciones, en las llamadas que ya no te contestará, en las fotos que ya no saldrá, ver a los demás hijos ir de compras con su madre, todo lo que le gustaba hacer, ya no puedes compartirlo con ella.

Hoy en día, cuando hacemos un viaje, salgo del trabajo, Unai y Alma han hecho algo gracioso, comunicar las notas de mis hijos..., todo a lo que estás acostumbrado a llamar a los abuelos para contárselo, me sigue pasando que voy a coger el móvil para buscar su número y me quedo en el intento, con un nudo en la garganta. Cuando estás preparando algún cumpleaños, me acuerdo de su ayuda, el que no pueda estar presente duele mucho, duele a rabiar, la impotencia, la injusticia, la ausencia.

Joss y yo cuatro años después seguimos teniendo en la boca, a cada cosa que hacemos «¡Ay, si estuviera la abuela, cómo iba a disfrutar!», y nos ahorramos las lágrimas para que no nos vean tristes los niños, aunque se dan cuenta de ello.

Mi tía se desahogaba con nosotros, le pasaba igual que a mí, con la sensación de que se había ido a unos de esos viajes con los jubilados y volvería en breve.

Yo tenía sueños muy repetidos, en los que no sabía si estaba soñando o era real, sueños en los que mi madre estaba en el pueblo viva en su casa y se cabreaba porque había cambiado sus cosas de sitio o regalado su ropa, yo en los sueños le iba contando a la gente que mi madre se había recuperado, también tuve pesadillas horribles, de tres esqueletos, a veces eran tres sombras blancas, pero siempre era lo mismo, se oía cómo abrían la puerta de casa, me daba la vuelta a la cama y venían hacia mí. En uno de esos sueños, toque un dedo huesudo que se me rompía en las manos, intentaba levantarme, pero me quedaba inmóvil, hasta que Joss se enteraba de que estaba gritando o hablando en sueños y conseguía despertarme y ya me quedaba fatal, despierta toda la noche y llorando. Fui al médico por estas pesadillas y por los dolores de cabeza tan intensos que tenía, me mandó tomar una pastilla para las migrañas, más fuerte de las que ya tomaba, y para los sueños me dijo que intentara con un psicólogo, pero entre los niños, la casa y el trabajo no sacaba tiempo; al final me cambié de lado de la cama, dormía hacia la ventana, no hacia la puerta y pasillo, y los sueños desaparecieron, después de unos meses he vuelto a dormir en mi sitio, hacia la puerta y escribiendo las últimas páginas de este libro volví a tener esa pesadilla, pero fue muy corta, no le encuentro significado, si es estrés, del más allá, no lo sé e intento no darle importancia para no asustarme, pues estos temas me dan mucho respeto, no puedo ni ver una película de miedo.

A las dos semanas de fallecer mi madre, tenía que incorporarme a trabajar, pero estaba tan agotada física y moralmente, después de tantos hospitales, papeleos de funeral, testamento..., que decidí cogerme un mes de excedencia y ese mes lo dediqué a estar todo el día con mis hijos, mi marido, a descansar. Luego lo típico cuando vuelves a tu trabajo, siento mucho lo de tu madre, las excusas de que si no pude ir porque tenía que hacer no sé qué, que si no te he querido llamar o mandar un wasap porque me daba mucha pena, abrí los ojos con muchos compañeros con los que yo me había portado bien en esos casos, y si esperaban que les dijera «No te preocupes, lo entiendo», pues no, cada día la falsedad y las excusas me sobran. Al igual que me pasó cuando falleció mi primer hijo, que veía a los demás bebés en los carros y me ahogaba la pena y la envidia, ahora cuando veía a las hijas venir a comprar con sus madres o a mis compañeros hablar de lo que iban a regalar a sus madres para el Día de la Madre, se me encogía el corazón. A Joss la pérdida de mi madre le afectó bastante, yo intentaba no sacar el tema

delante de los niños para que no me vieran llorar, pero él, a cada recuerdo, hablaba de mi madre, ellos discutían mucho por Unai, pero luego se querían un montón; Joss cuidó a mi madre y la mimó hasta sus últimos días. A veces le enseñaba cómo llevaba este libro escribiendo sobre mi madre o fotos y se iba por el pasillo, saltándosele las lágrimas. Que mi padre siguiera hablando de mi madre no me gustaba, ya llevaban divorciados años y hablaba como si todavía fuera su mujer, para acabar criticándola en sus recuerdos, a veces tenía que cortarle, diciéndole que un respeto, que mi madre estaba muerta. Él, que no había sido el típico abuelo cariñoso y preocupado por sus nietos, desde que murió mi madre, empezó a intentar ayudarnos con los niños, no le importaba quedarse con ellos, cuando yo tenía que trabajar y no se los podía quedar mi suegra, pero un par de horas solo, hasta que llegara Joss del trabajo, porque no tenía paciencia con los niños. Luego se cabreaba cuando venía a vernos y los niños no salían corriendo a dar un beso a mi padre solo cuando les traía un huevo de chocolate, y yo le decía «Es que donde no ven cariño no puedes exigirlo, te quieren por el interés». Mis suegros son muy cariñosos con ellos, tienen más paciencia, juegan con ellos, como hacía mi madre con ellos, por eso mis hijos no actúan igual de una manera u otra, según como los trates. Alma y Unai son muy cariñosos, quizás Alma lo sea más con las mujeres, con sus tíos, con sus padres y hermano, con el sexo masculino al principio le cuesta. Unai es cariñoso y sociable con todos y hablar habla más que los políticos.

CAPÍTULO XIII

Media vida de juicios

El premio gordo en dar trabajo a la policía, abogados y jueces se lo lleva mi hermanastra sin duda, desde que tuvo catorce años, juicios por peleas, robos, amenazas..., y claro, como tiene una incapacidad por su enfermedad de la que se aprovecha, al no pagar gastos ni costas de procedimientos judiciales, le da igual, con dar pena la mayoría de las veces sale ilesa. Así va este país de mentirosos y aprovechados.

Estuve ahorrando dos años para comprarme un coche y cuando fui a pedir un préstamo, estuve a punto de quedarme sin él porque ella había utilizado mis datos de DNI y mi firma para hacerse una tarjeta en una tienda y gastarse cuatro mil euros en menos de un año, debía esa cantidad y si no lo pagaba yo con intereses, me ponían en la lista de morosos, podían embargarme la nómina y demás. Fuimos a juicio, un perito que analiza la escritura de la firma confirmó que era su letra, se libró, como siempre, por dar pena, porque mi madre me suplicaba que retirase la denuncia, que no siguiera con el proceso judicial, y finalmente mi abogado me dijo que iban a cargar también sobre la tienda que había permitido hacerle una tarjeta sin comprobar bien foto del DNI, datos bancarios... Al final, como ella no tenía ni un euro, se libró y a cambio me sacaron de la lista de morosos, si es una persona normal la que lo hace, ya la ley le trataría de otra manera.

Cuando mi madre falleció, cumplió su promesa que días anteriores había dicho a mi madre mediante audios a su móvil, que iba a intentar que me echaran de mi trabajo. Mandó una queja a la línea 900 para que lo vieran todos, recursos humanos, jefe de zona, mi jefe de tienda... Cuando mi jefe me llamó a la oficina para enseñarme el escrito, no podía creerlo, ella exponía que yo era muy mala persona, egoísta, que había maltratado a mi madre, que no había dejado que ella la cuidara, que tuvieran cuidado conmigo y que no entendían cómo permitían tener a una trabajadora así, entre otras lindezas, que porque mi jefe y mis compañeros me conocían, llevaba más de diez años trabajando en la misma empresa, y quejas más de clientes jamás, al revés, pero, si no, me hubieran conocido, podían haberme echado.

Llegados a este punto, decidí denunciarla por amenazas y porque había empezado a cumplirlas; me llamaba, me mandaba mensajes, la bloqueaba, escribía mensajes y llamaba a mi tía también, intentaba llamar mi atención por las redes sociales, escribiendo que yo había tenido secuestrada a mi madre, también la tenía bloqueada, pero había familiares que no y me enteraba de lo que escribía y de que decía que me anduviera con cuidado con mi familia... Todo esto lo hizo por la herencia de mi madre, porque mi madre cuando se dio cuenta del maltrato que le estaba haciendo su hija, de lo sola que la había dejado cuando más falta le hacía, la intentó quitar de la herencia, pero la ley no te deja a no ser que haya y se demuestren denuncias de malos tratos por medio, solo consiguió dejarla como legítima, y ella, que quería aprovecharse de sus bienes y dinero como había hecho en vida, al ver que no iba a poder le entraron los mil demonios por el cuerpo.

Y aunque no me sirvió de mucho denunciarla, primero, porque en comisaría cuando les expliqué lo que le había hecho a mi madre y los audios que tenía, me dijeron que era mi madre la que tendría que haberla denunciado, ¡estaba mi madre para juicios, en su estado de salud! Y segundo, aunque por el escrito que había hecho a mi empresa, demostré cuál era su fin, su abogada de oficio me decía «**Pero** no te han echado, no te has perjudicado», y la jueza la miraba

a ella, que minutos antes de entrar al juzgado venía tan alegre, al entrar a la sala, estaba cabizbaja, llorando sin lágrimas y haciéndose la víctima, se le daba genial actuar, seguidamente la jueza me miraba a mi como diciendo «¿No te da pena, que no se tiene en pie y ni puede hablar?». En un principio aceptaron los audios que había realizado a mi madre, a mi tía y a mí, pero al final la jueza no los escuchó, si no, sí me hubieran dado la protección que pedía, una orden de alejamiento. Le pusieron una multa económica, que tampoco llegó a realizarse porque, como no trabajaba, les dio pena. Cuando salió de la sala y de los juzgados, iba por la calle estirada y orgullosa, ¡milagro! ¡Ya no estaba enferma! Luego, en verano, manda a sus hijos a que se pasen por donde estoy en la casa de mi madre del pueblo, no tiene dinero para pagar los gastos de la herencia, pero sí para irse los fines de semana en verano al hotel del pueblo. A vivir del cuento con los servicios sociales, que ven que está enferma para trabajar, para poder cobrar una pensión, pero no ven que esté enferma para cuidar de sus hijos, cuando saben que ha estado ingresada en el hospital por intentar quitarse la vida más de una vez.

Llevamos cuatro años de proceso judicial, porque no está de acuerdo con lo que mi madre la dejó de herencia. Y así estaremos, hasta que el juez se dé cuenta de que se está burlando, haciéndonos perder el tiempo.

Su intención, como ha repetido en varias ocasiones a un familiar, es arruinarme, pero no lo va a conseguir aunque se consuma el último euro de la cuenta de mi madre por las comisiones que se están cobrando del mantenimiento de la libreta, tampoco ella va a conseguir ningún euro, ella solo quería la casa del pueblo, para hacer la vida imposible a mi tía, ya que su casa está al lado, para irse allí a vivir o alquilarla y sacar dinero, mientras que mi padre continúa pagando su casa porque ella no quiere trabajar, y si no, embargarían al avalista de su casa, que es mi padre, pero, por suerte, mi madre sabía cuáles eran sus intenciones y me la dejó a mí, para que mi familia y yo disfrutemos y tengamos ese recuerdo. Después de lo mal que se ha portado siempre con mis padres, de su egoísmo y jeta, se pensaba que iba a seguir manteniéndola.

Dicen que no hay que guardar rencor ni odiar, que me expliquen, entonces, qué se merece una persona así; no quiero volver a verla, ya me he hecho a la idea de que mis sobrinos me odiarán por lo que ella haya querido contarles, y me da mucha pena la infancia y juventud que han tenido que tener, solo deseo que el único vínculo que nos una familiar sea mi padre, y cuando mi padre fallezca, que espero pasen muchos años, seguramente volveré a tener los mismos problemas, porque ella no cuidará de él tampoco, pero cuando todo termine, podré sentirme liberada de no volver a verla más en unos juzgados.

También tuve varios episodios de juicios con mi expareja Samuel, por malos tratos, por no pagar la hipoteca que teníamos a medias, y lo más fuerte, por las cenizas de mi primer hijo. No teniendo ya bastante con la enfermedad y muerte de mi madre, me llegó una carta del cementerio donde tengo a Chris en su nicho, a los diez años te avisan de que va a cumplir el plazo establecido de tenerle allí y te dan la opción de volver a dejarle en el nicho diez años, comprar una tumba, incinerarle y ponerle en otro nicho o enterrar sus cenizas en lo que llaman el jardín del recuerdo.

El nicho y el seguro estaban a mi nombre porque yo era la titular y quien pagó dicho seguro de decesos. Yo le mande un escrito al abogado de Samuel para comunicarle que yo me haría cargo de los gastos de renovación y que se le incineraría para poder tenerle en otro nicho, en el mismo cementerio, le mandé hasta el día y la hora en el que se realizaría por si quería estar presente, solo le pedí que estuviera a una distancia máxima de mí, y no fue, sí que se presentó, días antes,

en el tanatorio para decirle a la empleada de allí que me iba a denunciar y a ellos si me dejaban hacer eso, ¿él?, ¡que no era capaz de ir al cementerio en diez años a llevarle flores!, después de lo que había aguantado durante el embarazo, la posterior muerte de mi hijo y lo del piso, decidí ir a por todas, no iba a consentir más que me tuviera con temor, que utilizara lo último que le quedaba para seguir jodiéndome; si quería denunciarme, que me denunciara, no me iba a acojonar más. Finalmente, no lo hizo, seguramente le aconsejarían que no lo hiciera.

Por fin pude cerrar capítulo con Samuel y espero no volver a coincidir jamás con él, ni por la calle ni en ningún sitio.

Es increíble cómo las grandes empresas abusan de los empleados, somos números para todos, pero lo de la empresa donde trabajaba, como seguramente muchas otras empresas, parece una secta. Queda muy bonito publicar las condiciones laborales, horarios, sueldos, jornadas reducidas por cuidados de menores, servicio médico, pero luego lo único que cumplen es lo del sueldo y tener tu nómina siempre ingresada a finales de mes, también si pagan bien es un pro del que se benefician bien, claro. Pero ¿a cambio de qué tienes que sacrificarte por tener esa nómina y trabajo fijo?; horas extras, cambios de horarios, aguantar faltas de respeto, abuso del esfuerzo físico del trabajador... En los años que llevaba he visto de todo: jefes buenos, no tan buenos y malos. He visto cómo se aprovechaban del débil, del que menos recursos económicos tenía, o problemas con los hijos, separados, divorciados, no poder ver a sus hijos por los horarios, gente que teníamos que pagarnos unas hipotecas, y nuestro miedo a quedarnos sin trabajo para poder pagarlas lo usaban para aprovecharse de que estaríamos al servicio veinticuatro horas. Cuando querían echar a una persona que se quejaba por sus problemas de salud, o porque luchaba por su convenio, hacían todo lo posible para que se fueran y así no pagarles por un despido improcedente, ¿cómo? No dándole los beneficios, con decir que no ha trabajado bien, que ha bajado su rendimiento laboral, dándoles las vacaciones otra vez en junio cuando no le viene bien al trabajador. Lo más fuerte de todo fue meter en la taquilla de una trabajadora productos de la tienda, llamar la jefa encargada u otra trabajadora de testigo para que esté de testigo cuando le haga abrir a la empleada la taquilla y ¡sorpresa! Injustamente le dicen que lo ha robado y la falsa testigo, por miedo a que la echen, firma que lo ha visto. Yo no sé si es que de pequeños sufrieron acoso, o yo qué sé, para que luego, cuando se sienten con algo de poder, hagan la vida imposible a los demás, y no se dan cuenta de que más tarde o más temprano ellos también caen. También hay jefes maravillosos, pero eso dura poco en las empresas, por eso, por ser buenos. Cuando no permites que se te falten el respeto o te informas de tus derechos, ya eres problemático.

Y luego teníamos que oír de clientes decirnos «¡Qué bien estáis aquí!», «¡Pagan muy bien!»; claro, ellos ignoran a lo que estamos expuestos.

He tenido compañeras de mi primera tienda muy majas, otras que cuando ven el peligro no quieren involucrarse y otro tipo de personas pelotas, que son capaces de pisotearte para subir de rango. Tuve dos compañeras con una enfermedad rara, como el lupus, que te duelen las articulaciones, los músculos, huesos, hasta el pelo, hay días que no pueden ni levantarse de la cama, con fiebre, les hacían ir a trabajar cuando ese día habían terminado el tratamiento, las ponían de cajas, pensando que eso no crea dolor. Las he visto llorar, andar a rastras y los jefes y demás cargos de arriba no tener ninguna consideración con ellas. Compañeros que han tenido fracturas, problemas musculares, por su tipo de trabajo, y aguantado hasta no poder más, después la mutua se ha lavado las manos y se lo han derivado a la seguridad social. Habrán conseguido una indemnización, pero ¿a dónde van ahora a trabajar hechos polvos por haberse dejado el

cuerpo y alma en su anterior trabajo?, o a los que tienen con cincuenta años en los trabajos más forzosos, algunos no pueden llegar ni a jubilarse.

Yo ya he aguantado muchas tonterías y faltas de respeto en hostelería, en almacenes por ser de las pocas chicas que hacíamos el mismo esfuerzo físico que los chicos, en supermercados, teniendo que morderme la lengua con la esclavitud que siguen obligando hoy en día a que el cliente siempre tenga la razón, ¡y una mierda! ¿Cuándo dejarán los jefes de acostumbrar al cliente a que sea así?, no siempre la lleva, a más de uno habría que ponerle a su sitio, pero los jefes prefieren que quedemos humillados a perder un cliente.

CAPÍTULO XIV

Punto y seguido en mi vida

Con la llegada del maldito covid-19, sufrimos una pandemia que a algunos nos hizo valorar la vida y a otros les daba lo mismo seguir contagiando y saber que la gente moría sola en hospitales y residencias. Yo me lo tomé muy en serio, no lo viví en primera persona como el personal sanitario, policías, personal de funerarias..., pero sí estuve atendiendo llamadas de personas desesperadas que no podían ni moverse de sus camas o habían perdido a sus seres queridos por ese maldito virus, la mayoría ancianos, pero también algún compañero de trabajo, jóvenes y niños. Tuve la suerte de teletrabajar desde casa el tiempo que estuvimos confinados, atendiendo llamadas relacionadas con covid-19, mutuas, vacunas, bajas médicas... Al ser de riesgo y tener el título de enfermería me ofrecieron este puesto durante dos años y medio. Aprendí mucho y muy rápido por las circunstancias de esos momentos. Hubo mucho compañerismo y apoyo entre compañeros del *call center*; y, aunque tuvimos momentos muy duros, las llamadas de agradecimiento nos daban un subidón de alegría.

Mi marido trabaja en una empresa donde estaba en contacto con mucha gente, muchos se contagiaron, más los que no decían nada por no perder dinero, pero estaban trabajando con fiebre y tosiendo. Cuando Joss llegaba a casa, se quitaba la ropa en el descansillo, la metía en una bolsa de basura y se pulverizaba de desinfectante, tenía mucho miedo también de contagiarnos, se tomaba la temperatura cada hora, yo conciencié muy bien a los niños de lo que estaba pasando y que si teníamos una buena higiene no pasaría nada. En este tiempo tuvimos que dejar de salir y quedar con nuestros familiares y amigos, me importaba más la salud de los míos, ya habría tiempo para celebraciones, lo que no íbamos a hacer era arriesgarnos a celebrar un funeral.

Me daba rabia e indignación cómo algunas personas no hacían caso a las normas de higiene y aislamiento, les daba igual contagiar a los demás, los negacionistas que salían en la tele... no tenían que haber tenido derecho a ser atendidos después en sanidad, colapsada por muchos que, como ellos, se lo tomaban a broma todo.

Nosotros nos vacunamos con las tres dosis, y cuando todo estaba normalizado, decidí celebrar la Navidad con los amigos más allegados en la casa del pueblo, con tan mala suerte que nos contagiarnos todos, los niños lo pasaron más leve, pero yo, que desde que tenía uso de razón no había tenido fiebre, lo pasé muy mal durante tres días, no podía moverme de la cama al sofá, me pesaban las piernas y brazos, estuve tres semanas con tos y con sensación de quemazón en la garganta. Al principio me sentía fatal, yo, que tantas medidas había usado, que todos nos contagiáramos, pero no había sido culpa mía, ni de nadie, cada uno de nosotros trabajaba en otros empleos en contacto con otras personas, otros seguían yendo a bares, intentar saber dónde o quién había traído el virus era inútil, lo importante era que lo superamos aunque nos dejara secuelas. No sé si por las vacunas o por habernos infectado, pero yo tuve varias secuelas; menstruaciones más seguidas, mayor cansancio, falta de apetito sexual, más dolor de huesos, caída del pelo, más migrañas... Pero tengo claro que, si volviéramos a una pandemia, que esperemos que no, volvería a tener la mayor precaución posible, porque yo sí valoro mi vida y la de los míos, y veo la realidad del momento.

Hace un año que ya se ha normalizado el covid-19, demasiado creo yo, no es muy bueno, sobre todo para los niños, tener que llevar las mascarillas doce horas al día, pero en épocas de frío o alergias la mascarilla ha sido nuestra salvación al resto de virus, no lo olvidemos.

Si tuviera que pedir tres deseos, antes diría que volvieran a la vida mi hijo y mi madre, pero como es imposible, me quedo con seguir aguantando con mi salud porque, a pesar de mi artrosis y artritis, de haber tenido ansiedad, seguiré disimulando mis dolores para poder disfrutar de mi familia y amigos. Así que pediré mucha salud, amor y suerte para el futuro de mis hijos.

La vida sigue por suerte, y seguiré con mis defectos y virtudes, luchando por lo que vale la pena. Intentaré cambiar mi forma de tomarme las cosas a la tremenda antes de que sucedan, a dejar de preocuparme tanto por qué pasará con mis hijos cuando crezcan, salgan a la calle solos...; de ahorrarme a veces mi opinión, según con quien, aunque tenga que morderme la lengua, pero me cansé de aceptar mis críticas y que las demás no acepten las tuyas. Antes era muy orgullosa, ahora perdono a los que de verdad me merecen la pena y a los que intentaron joderme y destruir mi vida, no pierdo ni un segundo en darles importancia, no les deseo nada, ni malo ni bueno, bastante tienen con sus desgraciadas e incompletas vidas.

Mi vida está casi completa, sí, me faltan muchos escalones por subir, problemas que afrontar y alegrías que celebrar, pero me refiero a que he llegado hasta donde quería, a formar una familia, a elegir mi ritmo de vida, quitarme de encima lo que no me aporta y me daña y rodearme de personas maravillosas, tan distintas, pero de buen corazón.

Nada es para siempre, ni el amor, ni la mala suerte..., ni la vida.

No sé qué pasará en diez años, si el amor y el respeto en la convivencia entre Joss y yo caducará por la monotonía o nuestras discusiones por nuestros hijos, o bien seguiremos haciéndonos fuertes ante las adversidades, si podré por fin poner punto final a los juicios, si seguirá mi padre muchos años a nuestro lado, como está ahora, ilusionado, pudiendo valerse por sí mismo, corrigiendo errores del pasado.

Con el apoyo y ayuda de Joss he conseguido vivir donde debería haber estado hace trece años, cerca de los míos, de todas las comodidades, donde por fin podemos sentir que encajamos. Seguiremos luchando y trabajando para poder alcanzar nuestra casa propia, nuestros viajes deseados, la educación de nuestros hijos..., pero, sobre todo, para vivir felices y en paz.

No puedo volver a ser aquella jovencita de veinte años; bromista, alocada, tan cariñosa con todos, debido a las piedras que me he encontrado en el camino, pero voy a seguir intentándolo.

A MI MAMÁ:

Querida mamá, no quiero pensar en esos duros momentos cuando nos despedimos, intento pensar y me esfuerzo por no olvidar nuestra corta vida, juntas.

Negaba lo parecidas que somos, y ahora me veo tan igual a ti; tozuda, divertida, habladora, generosa... Obligando a mis hijos a darnos un beso cada vez que nos vemos, que nos vamos a la cama, que nos despertamos..., como tú nos hacías. ¿Sabes? ¡También me llaman pesada! Pero no me importa, y desde que dejé de oír tus te quiero por teléfono, no hay día que no les diga ¡os quiero, no lo olvidéis nunca! Aunque les haya regañado o estemos agotados, les digo todos los TE QUIERO que no te dije a ti. Hay noches que me piden clase de relajación y yo les hago que cierren los ojos, relajen su cuerpo y se imaginen con quién les gustaría bailar, abrazar o jugar en el cielo; Alma, como es tan pequeña aún, se pide a Frozen o Rosalía, pero Unai te elige a ti, y acaba llorando, desahogándose; aunque es triste, al mismo tiempo compartimos una sensación agradable de verte ir en paz.

Por fin desaparecieron esos sueños horribles que tenía, y algunos en los que no distinguía al despertarme, si seguían siendo un sueño o realidad, en los que me pedías que no te descubrieran viva y te cabreabas porque

había cambiado algunas cosas de lugar en tu casa del pueblo.

Me vienen imágenes de cuando era una niña y me peinabas las coletas, ese dolor de tirones en mis tirabuzones que hoy experimento con tu nieta Alma. Nuestros viajes en familia a la playa, a la vuelta, como era una vaga andando, acababas llevándome a caballito, de nuevo tus nietos hacían lo mismo con Joss. La vergüenza que pasaba porque con ocho años yo quería llevar bikini y tú seguías llevándome en braguita de bañador, cuando me dabas pesetas por cada espina que encontrara en el pescado, así conseguías que me lo comiera, tradiciones que yo sigo con mis hijos.

También he vuelto acordarme mucho de los abuelos, de nuestros veranos con ellos, montada en el burro del abuelo, haciendo patatas machaconas con la abuela, nuestros baños en el Charco del Cura...

Te echo tanto de menos, mamá, en lo malo y en lo bueno, siempre estás presente en nuestras celebraciones, Unai siempre brinda por ti, por su abuela, la que se tiraba al suelo sin importarle sus dolores de huesos, la que le perdonaba todo y hacía pasarelas de moda, de las que tanto nos reíamos.

No es que te eche de menos egoístamente porque ya no podemos contar contigo para que vengas a cuidar de tus nietos, te echo de menos por nuestras llamadas de teléfono aunque me sacaras de quicio siempre con problemas de la otra; te echo de menos porque una buena madre es la pieza más importante en la vida de un hijo, la que aconseja, te ayuda en todo; porque, aunque nuestra relación era un día discutir y al día siguiente reírnos de nuestras tonterías, eras la madre que intentaba ser perdonada por esta hija que nada tenía derecho a reprocharte, lo hiciste lo mejor que sabías y podías. Yo también cometí el error de aguantar a mi primera pareja, a abrirme como un libro con personas que no lo merecen, ¡si es que en el fondo no somos tan distintas!, hasta compartimos enfermedades, pero la mejor herencia que tengo de ti es tu fuerza y esa sonrisa permanente que siempre tengo, a pesar de no ir bien las cosas.

Te agradezco que estuvieras a mi lado cuando murió mi primer bebé, tú ya habías pasado por esa experiencia y nadie mejor que tú podía entender mi dolor.

Te quiero y adoraré toda la vida, tu Mandi.

Agradecimientos

Sin mi propia fuerza de voluntad y el ánimo y cariño recibido durante estos años de mi familia y amigos, no hubiera sido capaz de aprender a vivir con tanto dolor y rabia, así es que, en primer lugar, quiero agradecer a mi madre, como madre y abuela por su paciencia y cariño; a mi marido, por aparecer cuando mi vida se desmoronaba y crear juntos una nueva familia; a mis hijos, el pilar de mi vida.

En segundo lugar, a mi padre, aunque no creo que lea este libro y lo que le llegue a sus oídos de lo que he escrito de él puede que le sienta mal, pero es lo que fue y fuiste, y ahora eres lo que queríamos de ti, un hombre que se esfuerza, agradecido. A pesar de todo, me siento orgullosa de que sigas creciendo como persona, padre y abuelo. Sin tu ayuda, tampoco hubiera podido tomar el camino adecuado.

En tercer lugar, a mi familia política y a mi Family-Friends, siempre dispuestos a ayudar en todo y a todos, por darme siempre unos abrazos y hombros sobre los que llorar. Por cuidar de mí y de mis hijos.

Gracias a las últimas personas que estuvieron escuchando y cuidando a mi madre, sin tratarla como si fuera «su final», sino una nueva etapa.

A todos los nuevos amigos, a los que quedan por venir, a todos los que confiaron en mí, a los que me han ayudado a publicar este libro y a los que están leyendo esta historia, mi historia.

